

Revista

LA BIBLIOTECA

Cuarta época | Diciembre 2017 | Publicación digital | ISSN 2545-8116



2 | Desobediencia civil



Biblioteca Nacional
Mariano Moreno

Presidente de la Nación

Mauricio Macri

Ministro de Cultura

Pablo Avelluto

BIBLIOTECA NACIONAL

Director

Alberto Manguel

Subdirectora

Elsa Barber

**Directora General de Coordinación
Bibliotecológica**

Elsa Rapetti

**Director General de Coordinación
Administrativa**

Marcos Padilla

Director General de Acción Cultural

Ezequiel Martínez

REVISTA LA BIBLIOTECA

Editor responsable

Alberto Manguel

Jefe Departamento de Publicaciones

Sebastián Scolnik

Edición general

Departamento de Publicaciones

Jefe Departamento de Producción

Martín Blanco

Jefa Departamento de Diseño

Luisina Andrejerak

Diseño editorial

Alejandro Truant

Contacto:

4807.6778 | publicaciones@bn.gov.ar

Biblioteca Nacional Mariano Moreno
Agüero 2502 (C1425EID)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
República Argentina

Sumario

- 4 | **Editorial.** Desobediencia civil. *Alberto Manguel*
- 7 | **El fascismo eterno.** *Umberto Eco*
- 17 | **La cólera de un particular.** *Anónimo*
- 19 | **¿Predicó Voltaire la desobediencia civil?**
Ethel Groffier
- 25 | **Destellos libertarios.** *Carlos Bernatek*
- 30 | **Desobediencia civil.** *Henry D. Thoreau*
- 35 | **La lógica de la preferencia.** *Enrique Vila-Matas*
- 38 | **Dos poemas.** *Santiago Sylvester*
- 40 | **La soledad del corredor de fondo.** *Alan Sillitoe*
- 48 | **La carta del Jerilderie.** *Ned Kelly*
- 61 | **Calfucurá.** *Álvaro Yunque*
- 67 | **El Reino: años ochenta.** *Majda Gama*
- 68 | **No digas que no tenemos nada.** *Madeleine Thien*
- 71 | **El cuerpo del migrante.** *Maaza Mengiste*
- 75 | **Tengo un asiento en un teatro abandonado.**
Mahmoud Darwish
- 76 | **El día en que descubrí que el pueblo sirio era capaz de levantarse.** *Ghalia Kabbani*
- 82 | **Noam Chomsky: sobre Trump y el Estado de la Unión.** *George Yancy*
- 90 | **Dos semblanzas de Gandhi.** *Victoria Ocampo*
- 99 | **Papá Noel en la pira.** *Claude Lévi-Strauss*
- 112 | **Por qué un niño negro de Zimbabue robó un libro de física avanzada.** *Doris Lessing*
- 121 | **Fábulas de la dictadura.** *Leonardo Sciascia*
- 125 | **Cartas clandestinas.** *Fernando Reati*
- 137 | **“O juremos con gloria vivir”. Formas de la desobediencia durante la dictadura cívico-militar.**
Federico Lorenz
- 140 | **Crónica de una indignación.** *Rogelio García Lupo*
- 144 | **Antígona furiosa.** *Griselda Gambaro*
- 148 | **Antígona.** *Salvador Espriu*

He-Gassen (Batalla de pedos) es un rollo de papel ilustrado con tinta creado por un artista japonés desconocido durante el período Edo (1603-1868). Los dibujos señalan los cambios políticos y sociales que atravesaba Japón durante aquellos años. Archivo digital de la Universidad Waseda, Japón. www.waseda.jp



una mirada desde la alcantarilla
puede ser una visión del mundo

la rebelión consiste en mirar una rosa
hasta pulverizarse los ojos

Alejandra Pizarnik

Desobediencia civil

Desobediencia, a los ojos de cualquiera que haya estudiado historia, es la virtud original del ser humano. Es por medio de la desobediencia que hemos progresado, por medio de la desobediencia y por medio de la rebeldía.

Oscar Wilde

La lectura tiene algo de desobediencia. Casi ningún lector —ningún auténtico lector— actúa servilmente ante las páginas de un libro: ni con el orden preciso que su autor le ha dado, ni con el tono prescripto ni en busca de la supuesta moraleja del final. Puede saltarse párrafos, corregir errores percibidos, dar un acento irónico a lo sentimental y uno trágico a lo que parece a primera vista cómico. Cuando Cortázar propone a sus lectores que elijan la secuencia de los capítulos de *Rayuela*, o cuando Diderot, en *Jacques el fatalista*, pregunta al lector en qué dirección prefiere avanzar, no hacen más que admitir lo que todo lector intuye: que un texto depende de lo que los lectores eligen hacer con él. Toda lectura, en su sentido más profundo, es subversiva.

Ninguna sociedad humana está exenta de injusticia, y debemos aprender a leer entre las líneas de las historias oficiales que cada sociedad propone. Los muchos siglos de nuestra historia han tratado de acostumbrarnos a la idea de que el sufrimiento ajeno es necesario para consolidar una nación y conquistar tierras y fama: la caída de Troya para Grecia, el genocidio de Cartago para los romanos. Muchas de las sociedades del planeta fueron fundadas sobre atroces violencias más o menos olvidadas. En las Américas, con la enarbolada excusa de una guerra de independencia o de conquista, estas infamias fueron dirigidas hacia los pueblos aborígenes, estableciendo desde la fundación de nuestras primeras ciudades el principio de desigualdad y el abuso de poder.

Otro de los deberes de un lector es ser precavido. El estado de terror que crea todo régimen dictatorial es siempre, en última instancia, una ocurrencia inesperada. Casi nadie, en las décadas que precedieron el nazismo en Alemania, el fascismo en Italia o la dictadura militar en Argentina, pudo prever la magnitud de sus actos criminales; e incluso en países en los que los dictadores no son desconocidos, el hecho de que tales abominaciones puedan ocurrir “en casa”, aquí y ahora, parece, en la tranquilidad de las vísperas, algo prodigiosamente imposible. A pesar de las lecciones de la historia, todo país que se define como democrático (rótulo casi siempre discutible) cree ser invulnerable a los grandes abusos del poder. Y siempre se equivoca. Ningún país, por más arraigado que esté su contrato social y su sistema de leyes, está absolutamente a salvo de la corrupción y de la violencia estatal. Con la excusa de proteger a sus ciudadanos, de gobernarlos mejor y dirigirlos correctamente, el poder de un

Estado supuestamente democrático puede discretamente reformar una ley, suspender un derecho, imponer una censura, para luego promulgar medidas de represión que, paso a paso, eliminarán las reglas constitucionales e instalarán en su lugar el régimen dictatorial. No existen garantías de seguridad para ningún país, nunca, en ningún momento. Cada mañana corremos el peligro de perder nuestros derechos por la tarde; cada tarde, de perderlos a la mañana siguiente. Es por eso que los maestros deben enseñar, o deberían enseñar, que una de las obligaciones esenciales de todo ciudadano es la de permanecer alerta, y no aceptar la más mínima transgresión gubernamental, el más mínimo abuso de poder. Otra obligación es la de testimoniar.

Los horrores de la historia, no solo nacional sino mundial, necesitan ser contados para que no resulten impunes. Pero esa narración, a pesar de nuestro deseo de verdad, no puede venir de los culpables. Los culpables pueden confesar, pueden acusarse a sí mismos, pero no pueden explicarse. La violencia voluntaria hacia los otros, el deseo de infligir deliberadamente dolor a otra criatura, el regocijo en el sufrimiento ajeno, son todos actos que carecen de argumento. El victimario renuncia al derecho de la palabra en favor de la víctima. Solo la víctima puede contar lo ocurrido.

¿Cómo explicar esa falta de voz en el victimario? Es como si el culpable de actos atroces no supiese o no pudiese poner en palabras los espantos cometidos. Podemos contar un hecho atroz en todos sus sangrientos detalles, podemos describir el castigo que le corresponde, pero decir cómo y por qué se cometió algo absolutamente infame parece imposible. Una suerte de pornografía de la violencia autoriza ciertas escenas en Homero, en Shakespeare y en Esteban Echeverría, como así también en los escritos supuestamente eróticos del Marqués de Sade —escenas que después resultan justificadas en un contexto literario y filosófico—. Pero la anatomía de esos actos, contadas por los culpables en la primera persona del singular, parece carecer de vocabulario. Hay actos tan terribles que sus ejecutores solo pueden decir “yo hice esto” (lo cual ya es mucho) pero nunca “fue por sentir de tal manera, pensando estos propósitos, razonando así que lo hice”. Alejandra Pizarnik, en una reseña de la vida de la espantosa condesa húngara Erzébeth Báthory, conocida como la “Condesa sangrienta”, quien se entretenía torturando muchachas en su castillo, se preguntó en qué podía pensar cuando regresaba a su dormitorio desde la sala de torturas, para cambiarse el vestido empapado de sangre. La pregunta de Pizarnik resuena implacablemente en nuestras conciencias, ayer y hoy. ¿Con qué sueñan los torturadores cuando se retiran de su lugar de trabajo, vuelven a sus casas, abrazan a sus hijos, se miran en el espejo por las mañanas? ¿Recuerdan las acciones del día, las reviven, se regodean en ellas, las juzgan? Es lícito suponer que si lo hacen, es a través de imágenes, de sensaciones físicas, de recuerdos instantáneos, puesto que los sentimientos, las ideas y los razonamientos que a tales recuerdos corresponden se hallan fuera de los límites de lo que las palabras pueden nombrar. La crueldad es áfona.

Es por esto, por esta inevitable falta de testimonio de los torturadores y asesinos, que la crónica de las víctimas que vienen a buscar refugio —anteayer las víctimas de la Shoá en Europa, ayer las de la dictadura militar en nuestro país, hoy los refugiados— resulta imprescindible. La memoria cívica es siempre pobre: confiamos en monumentos y en la discreción de los manuales de historia para recordar los hechos fundamentales, tanto

positivos como atroces, que definen nuestra identidad nacional. Las piedras y las cifras no bastan nunca. Necesitamos el testimonio personal, la narración de los protagonistas voluntarios e involuntarios, la palabra de quien estuvo en el infierno y regresa para contarnos esa parte de nuestra experiencia común, nacional, que nos duele confrontar pero que sigue viva en nuestras pesadillas. Necesitamos que las víctimas nos cuenten lo que pasó para que podamos reconocerlo y condenarlo, y hacer todo lo posible para que no vuelva a pasar. A ese impulso de combatir la injusticia del Estado, el americano Henry David Thoreau, en 1849, llamó desobediencia civil.

Alberto Manguel
Director de la Biblioteca Nacional Mariano Moreno

El fascismo eterno

Umberto Eco

La Italia de Mussolini y de los partisanos, los primeros soldados norteamericanos en llegar a la región de Piamonte y el fin de la Segunda Guerra Mundial forman parte de los recuerdos más tempranos de la infancia del escritor Umberto Eco. Esas imágenes lejanas, y al mismo tiempo demasiado cercanas, le permiten al autor reflexionar sobre el fascismo como un fenómeno difuso que desborda lo explícito y sistemático de estos regímenes, volviéndose más profundo y peligroso.

En 1942, a la edad de diez años, gané el primer premio de los Ludi Juveniles (un concurso de libre participación forzada para los jóvenes fascistas italianos, esto es, para todos los jóvenes italianos). Había discursado con virtuosismo retórico sobre el tema: “¿Debemos morir por la gloria de Mussolini y el destino inmortal de Italia?”. Mi respuesta había sido afirmativa. Era un chico listo.

Después, en 1943, descubrí el significado de la palabra “libertad”. Contaré esta historia al final de mi discurso. En aquel momento “libertad” no significaba todavía “liberación”. Pasé dos de mis primeros años entre SS, fascistas y partisanos, que se disparaban mutuamente, y aprendí cómo evitar las balas. No estuvo mal como ejercicio.

En abril de 1945, los partisanos tomaron Milán. Dos días después llegaron a la pequeña ciudad donde yo vivía. Fue un momento de alegría. La plaza principal estaba abarrotada de gente que cantaba y agitaba banderas, invocando a grandes voces a Mimo, el jefe partisano de la zona. Mimo, ex brigada de los carabinieri, se había pasado a los seguidores de Badoglio y había perdido una pierna en uno de los primeros choques. Se dejó ver en el balcón del ayuntamiento, apoyado en sus muletas, pálido; intentó, con una mano, calmar a la muchedumbre. Yo estaba allí, esperando su discurso, visto que toda mi infancia había estado marcada por los grandes discursos históricos de Mussolini, cuyos pasajes más significativos aprendíamos de memoria en el colegio. Silencio. Mimo habló con voz entrecortada, casi

no se le oía. Dijo: “Ciudadanos, amigos. Después de tantos dolorosos sacrificios... aquí estamos. Gloria a los caídos por la libertad”. Eso fue todo. Y volvió dentro. La muchedumbre gritaba, los partisanos levantaron sus armas y dispararon al aire festivamente. Nosotros, los niños, nos abalanzamos a recoger los casquillos, preciosos objetos de colección, pero yo había aprendido también que la libertad de palabra significa libertad de la retórica. Algunos días más tarde, vi a los primeros soldados norteamericanos. Eran afroamericanos. El primer yanqui que encontré era un negro, Joseph, que me hizo conocer las maravillas de Dick Tracy y de Li'l Abner. Sus historietas eran en color y tenían un buen olor.

Uno de los oficiales (el mayor o capitán Muddy) era huésped en la villa de la familia de dos compañeras mías del colegio. Me sentía en mi casa en aquel jardín donde algunas señoras hacían corrillo en torno al capitán Muddy, hablando un francés aproximado. El capitán Muddy tenía una buena educación superior y sabía un poco de francés. Así pues, mi primera imagen de los liberadores norteamericanos, después de tantos rostros pálidos con camisa negra, fue la de un negro culto de uniforme verdeamarillento que decía: “Oui, merci beaucoup Madame, moi aussi j'aime *le champagne*...”. Por desgracia, faltaba el champán, pero el capitán Muddy me dio mi primer chicle y empecé a masticar todo el día. Por la noche lo metía en un vaso de agua para conservarlo para el día siguiente.

En mayo, oímos decir que la guerra había acabado. La paz me dio una sensación curiosa. Me habían dicho que la guerra permanente era la condición normal para un joven italiano. En los meses siguientes descubrí que la Resistencia no era solo un fenómeno local, sino europeo. Aprendí nuevas, excitantes palabras como *réseau*, *maquis*, *armée secrète*, *Rote Kapelle*, *ghetto de Varsovia*. Vi las primeras fotografías del Holocausto y entendí de esta manera su significado antes de conocer la palabra. Me di cuenta de que habíamos sido liberados. En Italia, hoy en día, hay personas que se preguntan si la Resistencia tuvo un impacto militar efectivo en el sesgo de la guerra. Para mi generación la cuestión no tiene relevancia alguna: comprendimos inmediatamente el significado moral y psicológico de la Resistencia. Era motivo de orgullo saber que nosotros los europeos no habíamos esperado la liberación pasivamente. Pienso que también para los jóvenes norteamericanos que derramaban su tributo de sangre por nuestra libertad no era irrelevante saber que, detrás de las líneas, había europeos que estaban pagando ya su deuda. En Italia, hoy en día, hay personas que dicen que el mito de la Resistencia era una mentira

comunista. Es verdad que los comunistas han explotado la Resistencia como una propiedad personal, al haber desempeñado en ella un papel fundamental; pero yo recuerdo a partisanos con pañuelos de diferentes colores.

Pegado a la radio, pasaba mis noches —con las ventanas cerradas y el oscurecimiento general que convertía el pequeño espacio en torno al aparato en el único halo luminoso— escuchando los mensajes que Radio Londres transmitía a los partisanos. Eran a la vez oscuros y poéticos (“El sol vuelve a salir una vez más”, “Florecerán las rosas”), y la mayor parte eran “mensajes para la Franchi”. Alguien me susurró que Franchi era el jefe de uno de los grupos clandestinos más poderosos de la Italia del Norte, un hombre cuyo valor era legendario. Franchi se convirtió en mi héroe. Franchi (cuyo verdadero nombre era Edgardo Sogno) era un monárquico, tan anticomunista que después de la guerra se unió a grupos de extrema derecha y fue acusado incluso de haber colaborado en un golpe de estado reaccionario. Pero ¿qué importa? Sogno sigue siendo todavía el sueño de mi infancia. La liberación fue una empresa común para gente de diferente color.



Partisanos durante la liberación de Milán.

En Italia, hoy en día, hay personas que dicen que la guerra de liberación fue un trágico episodio de división, y que ahora necesitamos una reconciliación nacional. El recuerdo de aquellos años terribles debería ser reprimido. Pero la represión provoca neurosis. Si reconciliación significa compasión y respeto hacia todos aquellos que combatieron su guerra de buena fe, perdonar no significa olvidar. Puedo admitir incluso que Eichmann creyera sinceramente en su misión, pero no me siento capaz de decir: “Vale, vuelve y hazlo otra vez”. Nosotros estamos aquí para recordar lo que sucedió y para declarar solemnemente que “ellos” no deben volver a hacerlo.

Pero ¿quiénes son “ellos”?

Si todavía estamos pensando en los gobiernos totalitarios que dominaron Europa antes de la Segunda Guerra Mundial, podemos decir con tranquilidad que sería difícil verlos volver de la misma manera en circunstancias históricas diferentes. Si el fascismo de Mussolini se fundaba en la idea de un jefe carismático, en el corporativismo, en la utopía del “destino fatal de Roma”, en una voluntad imperialista de conquistar nuevas tierras, en un nacionalismo exacerbado, en el ideal de toda una nación uniformada con camisa negra, en el rechazo de la democracia parlamentaria, en el antisemitismo, entonces no tengo dificultades en admitir que Alianza Nazionale es, sin duda, un partido de derechas, pero tiene poco que ver con el antiguo fascismo (al que sí se remitía, en cambio, su progenitor, el Movimiento Social Italiano, MSI). Por las mismas razones, aunque estoy preocupado por los diversos movimientos filonazis que están activos aquí y allá en Europa, Rusia incluida, no pienso

que el nazismo, en su forma original, vaya a reaparecer como movimiento que involucre a toda una nación.

Sin embargo, aun pudiéndose derribar los regímenes políticos, y criticar y quitar legitimidad a las ideologías, detrás de un régimen y de su ideología hay una manera

de pensar y de sentir, una serie de hábitos culturales, una nebulosa de instintos oscuros y de pulsiones insondables. ¿Es que todavía queda otro fantasma que recorre Europa (por no hablar de otras partes del mundo)? Ionesco dijo una vez que “solo cuentan las palabras, lo demás son chácharas”. Las costumbres lingüísticas son a menudo síntomas impor-

tales de sentimientos no expresados.

Déjenme preguntar, entonces, por qué no solo la Resistencia sino toda la Segunda Guerra Mundial han sido definidas, en todo el mundo, como una lucha contra el fascismo. Si vuelven a leer *Por quién doblan las campanas* de Hemingway, descubrirán que Robert Jordan identifica a sus enemigos con los fascistas, incluso cuando piensa en los falangistas españoles.

Permítanme que le ceda la palabra a Franklin Delano Roosevelt: “La victoria del pueblo americano y de sus aliados será una victoria contra el fascismo y contra ese callejón sin salida del despotismo que el fascismo representa” (23 de septiembre de 1944).

Durante los años de McCarthy, a los norteamericanos que habían tomado parte en la guerra civil española se los definía como “antifascistas prematuros”, entendiéndose con ello que combatir a Hitler en los años cuarenta era un deber moral para todo buen americano, pero combatir contra Franco demasiado pronto, en los años treinta, era sospechoso. ¿Por qué una

En Italia, hoy en día, hay personas que se preguntan si la Resistencia tuvo un impacto militar efectivo en el sesgo de la guerra. Para mi generación la cuestión no tiene relevancia alguna: comprendimos inmediatamente el significado moral y psicológico de la Resistencia. Era motivo de orgullo saber que nosotros los europeos no habíamos esperado la liberación pasivamente.



“Ritratto di F. T. Marinetti”, del artista futurista italiano Enrico Prampolini, 1924-1925.

expresión como *Fascist pig* la usaban los radicales norteamericanos incluso para indicar a un policía que no aprobaba lo que fumaban? ¿Por qué no decían: “Cerdo Caugolard”, “Cerdo falangista”, “Cerdo ustacha”, “Cerdo Quisling”, “Cerdo Ante Pavelic”, “Cerdo nazi”?

Mein Kampf es el manifiesto completo de un programa político. El nazismo tenía una teoría del racismo y del arianismo, una noción precisa de *l'entartete Kunst*, el “arte degenerado”, una filosofía de la voluntad de poder y del *l'Urbemensch*. El nazismo era decididamente anticristiano y neopagano, con la misma claridad con la que el Diamat de Stalin (la versión oficial del marxismo soviético) era a todas luces

materialista y ateo. Si por totalitarismo se entiende un régimen que subordina todos los actos individuales al estado y a su ideología, entonces nazismo y estalinismo eran regímenes totalitarios.

El fascismo fue, sin lugar a dudas, una dictadura, pero no era cabalmente totalitario, no tanto por su tibieza, como por la debilidad filosófica de su ideología. Al contrario de lo que se suele pensar, el fascismo italiano no tenía una filosofía propia. El artículo sobre el fascismo firmado por Mussolini para la *Enciclopedia Treccani* lo escribió o fundamentalmente lo inspiró Giovanni Gentile, pero reflejaba una noción hegeliana tardía del “estado ético y absoluto” que Mussolini no realizó



“Locomotiva + Velocità”, de Roberto Baldessar, 1916.

nunca completamente. Mussolini no tenía ninguna filosofía: tenía solo una retórica. Empezó como ateo militante, para luego firmar el concordato con la Iglesia y simpatizar con los obispos que bendecían los banderines fascistas. En sus primeros años anticlericales, según una leyenda plausible, le pidió una vez a Dios que lo fulminara en el mismo sitio para probar su existencia. Dios estaba distraído, evidentemente. En años posteriores, en sus discursos, Mussolini citaba siempre el nombre de Dios y no desdeñaba hacerse llamar “el hombre de la Providencia”.

Se puede decir que el fascismo italiano fue la primera dictadura de derechas que dominó un país europeo, y que todos los movimientos análogos encontraron más tarde una especie de arquetipo común en el régimen de Mussolini. El fascismo italiano fue el primero en crear una liturgia militar, un folklore e, incluso, una forma de vestir, con la que tuvo más éxito en el extranjero que Armani, Benetton o Versace. Solo en

los años treinta hicieron su aparición movimientos fascistas en Inglaterra, con Mosley, y en Letonia, Estonia, Lituania, Polonia, Hungría, Rumania, Bulgaria, Grecia, Yugoslavia, España, Portugal, Noruega e incluso en América del Sur, por no hablar de Alemania. Fue el fascismo italiano el que convenció a muchos líderes liberales europeos de que el nuevo régimen estaba llevando a cabo interesantes reformas sociales, capaces de ofrecer una alternativa moderadamente revolucionaria a la amenaza comunista.

Aun así, la prioridad histórica no me parece una razón suficiente para explicar por qué la palabra “fascismo” se convirtió en una sinécdoque, en una denominación *pars pro toto* para movimientos totalitarios diferentes. No vale decir que el fascismo contenía en sí todos los elementos de los totalitarismos sucesivos, digamos que “en estado quintaesencial”. Al contrario, el fascismo no poseía ninguna quintaesencia, y ni tan siquiera una sola esencia. El fascismo era un totalita-

rismo *fuzzy*.¹ No era una ideología monolítica, sino, más bien, un *collage* de diferentes ideas políticas y filosóficas, una colmena de contradicciones. ¿Se puede concebir acaso un movimiento totalitario que consiga aunar monarquía y revolución, ejército real y milicia personal de Mussolini, los privilegios concedidos a la Iglesia y una educación estatal que exaltaba la violencia, el control absoluto y el mercado libre? El partido fascista nació proclamando su nuevo orden revolucionario, pero lo financiaban los latifundistas más conservadores, que se esperaban una contrarrevolución. El fascismo de los primeros tiempos era republicano y sobrevivió veinte años proclamando su lealtad a la familia real, permitiéndole a un “duce” que saliera adelante del brazo de un “rey”, al que ofreció incluso el título de “emperador”. Pero cuando, en 1943, el rey relevó a Mussolini, el partido volvió a aparecer dos meses más tarde, con la ayuda de los alemanes, bajo la bandera de una república “social”, reciclando su vieja partitura revolucionaria, enriquecida por acentuaciones casi jacobinas. Hubo una sola arquitectura nazi y un solo arte nazi. Si el arquitecto nazi era Albert

Speer, no había sitio para Mies van der Rohe. De la misma manera, bajo Stalin, si Lamarck tenía razón, no había sitio para Darwin. Por el contrario, hubo arquitectos fascistas, sin duda, pero junto a sus pseudocoliseos

El término “fascismo” se adapta a todo porque es posible eliminar de un régimen fascista uno o más aspectos, y siempre podremos reconocerlo como fascista. Quítenle al fascismo el imperialismo y obtendrán a Franco o Salazar; quítenle el colonialismo y obtendrán el fascismo balcánico. Añádanle al fascismo italiano un anticapitalismo radical (que nunca fascinó a Mussolini) y obtendrán a Ezra Pound. Añádanle el culto de la mitología celta y el misticismo del Grial (completamente ajeno al fascismo oficial) y obtendrán uno de los gurus fascistas más respetados, Julius Evola.

surgieron también nuevos edificios inspirados en el moderno racionalismo de Gropius.

No hubo un Jdanov fascista. En Italia hubo dos importantes premios artísticos: el Premio Cremona estaba controlado por un fascista inculto y fanático como Farinacci, que promovía un arte propagandístico (me acuerdo de cuadros que llevan títulos como “Escuchando por la radio un discurso del Duce”, o “Estados mentales creados por el fascismo”); y el Premio Bérgamo, patrocinado por un fascista culto y razonablemente tolerante como Bottai, que protegía el arte por el arte y las nuevas experiencias del arte de vanguardia, que

en Alemania habían sido proscritas como corruptas y criptocomunistas, contrarias al *Kitsch* nibelungo, el único admitido.

El poeta nacional era D’Annunzio, un dandy que en Alemania o en Rusia habrían mandado al paredón. Se lo elevó al rango de Vate del régimen por su nacionalismo y su culto al heroísmo (al que había que añadir fuertes dosis de decadentismo francés).

Tomemos el futurismo. Habría debido considerarse un ejemplo de *entartete Kunst*, igual que el expresionismo, el cubismo, el surrealismo. Pero los primeros futuristas

1. Usado actualmente en Lógica para indicar conjuntos “difuminados”, cuyos contornos son imprecisos, el término *fuzzy* podría traducirse como “difuminado”, “confuso”, “impreciso”, “desenfocado”.

italianos eran nacionalistas, por razones estéticas favorecieron la participación italiana en la Primera Guerra Mundial, celebraron la velocidad, la violencia, el riesgo, y, de alguna manera, estos aspectos parecieron cercanos al culto fascista de la juventud. Cuando el fascismo se identificó con el Imperio Romano y descubrió las tradiciones rurales, Marinetti (que proclamaba más bello un automóvil que la Victoria de Samotracia y quería incluso matar el claro de luna) fue nombrado miembro de la Academia de Italia, que trataba el claro de luna con gran respeto.

Muchos de los futuros partisanos y de los futuros intelectuales del Partido Comunista, fueron educados por el GUF, la asociación fascista de los estudiantes universitarios, que debía ser la cuna de la nueva cultura fascista. Estos clubes se convirtieron en una especie de olla intelectual, donde las ideas circulaban sin ningún control ideológico real, no tanto porque los hombres de partido fueran tolerantes, sino porque pocos de ellos poseían los instrumentos intelectuales para controlarlas.

En el transcurso de aquellos veinte años, la poesía de los herméticos representó una reacción al estilo pomposo del régimen: a estos poetas se les permitió elaborar su protesta literaria dentro de la torre de marfil. El sentir de los herméticos era exactamente lo contrario del culto fascista del optimismo y del heroísmo. El régimen toleraba este disentimiento evidente, aunque socialmente imperceptible, porque no le prestaba suficiente atención a una jerigonza tan oscura.

Lo cual no significa que el fascismo italiano fuera tolerante. A Gramsci lo metieron en la cárcel hasta su muerte; Matteotti y los hermanos Rosselli fueron asesinados; la prensa libre fue suprimida, los sindicatos desmantelados, los disidentes políticos fueron confinados en islas remotas; el poder legislativo se convirtió en una mera ficción y el ejecutivo (que controlaba al judicial, así como a los medios de comunicación) promulgaba directamente las nuevas leyes, entre las cuales se cuentan también las de la defensa de la raza (el apoyo formal italiano al Holocausto).

La imagen incoherente que acabo de describir no se debía a la tolerancia: era un ejemplo de descoyuntamiento político e ideológico. Pero era un “descoyuntamiento organizado”, una confusión estructurada. El fascismo filosóficamente era desvencijado, pero desde el punto de vista emotivo estaba ensamblado firmemente con algunos arquetipos.

Y llegamos al segundo punto de mi tesis. Hubo un solo nazismo, y no podemos llamar “nazismo” al falangismo hipercatólico de la España de Franco, puesto que el nazismo es fundamentalmente pagano, politeísta y anticristiano, o no es nazismo. Al contrario, se puede jugar al fascismo de muchas maneras, y el nombre del juego no cambia. Le sucede a la noción de “fascismo” lo que, según Wittgenstein, acontece con la noción de “juego”. Un juego puede ser competitivo o no, puede interesar a una o más personas, puede requerir alguna habilidad particular o ninguna, puede poner dinero en el platillo o no. Los juegos son una serie de actividades diferentes que muestran solo un cierto “parecido de familia”.

1	2	3	4
<i>abc</i>	<i>bcd</i>	<i>cde</i>	<i>def</i>

Supongamos que exista una serie de grupos políticos. El grupo 1 se caracteriza por los aspectos *abc*, el grupo 2 por *bcd*, etcétera. 2 se parece a 1 en cuanto que comparten dos aspectos. 3 se parece a 2, y 4 se parece a 3 por la misma razón. Nótese que 3 también se parece a 1 (tienen en común el aspecto *c*). El caso más curioso es el de 4, obviamente parecido a 3 y a 2, pero sin ninguna característica en común con 1. Sin embargo, en razón de la serie ininterrumpida de parecidos decrecientes entre 1 y 4, sigue habiendo, por una especie de transitividad ilusoria, un aire de familia entre 1 y 4.

El término “fascismo” se adapta a todo porque es posible eliminar de un régimen fascista uno o más aspectos, y siempre podremos reconocerlo como fascista. Qúitenle al fascismo el imperialismo y obtendrán a Franco o Salazar; quítenle el colonialismo y obtendrán el fascismo balcánico. Añádanle al fascismo italiano un

anticapitalismo radical (que nunca fascinó a Mussolini) y obtendrán a Ezra Pound. Añádanle el culto de la mitología celta y el misticismo del Grial (completamente ajeno al fascismo oficial) y obtendrán uno de los gurus fascistas más respetados, Julius Evola. A pesar de esta confusión, considero que es posible indicar una lista de características típicas de lo que me gustaría denominar *fascismo primitivo o eterno*. Tales características no pueden quedar encuadradas en un sistema; muchas se contradicen mutuamente, y son típicas de otras formas de despotismo o fanatismo, pero basta con que una de ellas esté presente para hacer coagular una nebulosa fascista.



Umberto Eco (1932-2016)

Escritor, semiólogo y profesor italiano. Autor de numerosos ensayos sobre semiótica, estética, lingüística y filosofía, su interés por la filosofía tomista y la cultura medieval atravesó también varias de sus novelas, entre las cuales *El nombre de la rosa* y *El péndulo de Foucault* son las más conocidas.



La cólera de un particular

Anónimo

En 1967, Ediciones de la Flor publicó bajo el título El libro de los autores una compilación realizada por Susana “Piri” Lugones con la premisa de reunir “los cuentos favoritos de los favoritos”. Borges, Castillo, Mujica Lainez, Sabato, Viñas y Walsh fueron las figuras escogidas para compartir sus historias predilectas y explicar brevemente las razones de su elección. El cuento anónimo “La cólera de un particular”, de origen chino, fue la propuesta de Rodolfo Walsh —por mucho tiempo sospechado de ser en realidad el autor de la historia—: quiso con esta elección relacionar este pequeño acto de resistencia individual con la guerra de Vietnam, pero visto retrospectivamente, a la luz del compromiso que tomaría su propia vida, este cuento puede leerse de otro modo.

página
17

Seguramente hay cuentos más importantes que este. Lo elijo, primero, porque tengo un prejuicio a favor de la literatura breve. Hablo de rendimiento: la proporción entre lo expresado y el material requerido para expresarlo. Mi segundo motivo es un prejuicio a favor de la literatura útil. “La cólera de un particular” plantea de manera perfecta las relaciones entre el poder arbitrario y el individuo; entre ese poder y la suma de individuos que forman un pueblo. Da el comienzo y la solución del conflicto. En Vietnam especialmente, pero también en lugares del mundo cada vez más próximos, simples particulares se han visto “obligados a encolerizarse” como T’ang Tsu y a proponerse como cadáveres antes que hombres mediocres. La retórica del poder arbitrario no ha cambiado mucho en veinticuatro siglos. El rey de T’sin podía hablar de ríos de sangre y millones de muertos. En 1967 oleadas de B-29 y lluvias de napalm ejercitan diariamente ese tipo de pensamiento. Es terrible sin duda. Pero en el campo de las decisiones individuales, el epigrama de T’ang Tsu sigue brillando con un fulgor compulsivo: “Cadáveres aquí no hay más que dos”.

Rodolfo Walsh

El rey de T’sin mandó decir al príncipe de Ngan-ling:

—A cambio de tu tierra quiero darte otra diez veces más grande. Te ruego que accedas a mi demanda.

El príncipe contestó:

—El rey me hace un gran honor y una oferta ventajosa. Pero he recibido mi tierra de mis antepasados príncipes y desearía conservarla hasta el fin. No puedo consentir en ese cambio.

El rey se enojó mucho, y el príncipe le mandó a T’ang Tsu de embajador. El rey le dijo:

—El príncipe no ha querido cambiar su tierra por otra diez veces más grande. Si tu amo conserva su pequeño feudo cuando yo he destruido a grandes países, es porque hasta ahora lo he considerado un hombre venerable y no me he ocupado de él. Pero si ahora rechaza su propia conveniencia, realmente se burla de mí.

T’ang Tsu respondió:

—No es eso. El príncipe quiere conservar la heredad de sus abuelos. Así le ofrecieras un territorio veinte veces, y no diez veces más grande, igualmente se negaría.

El rey se enfureció y dijo a T’ang Tsu:

—¿Sabes lo que es la cólera de un rey?

—No —dijo T’ang Tsu.

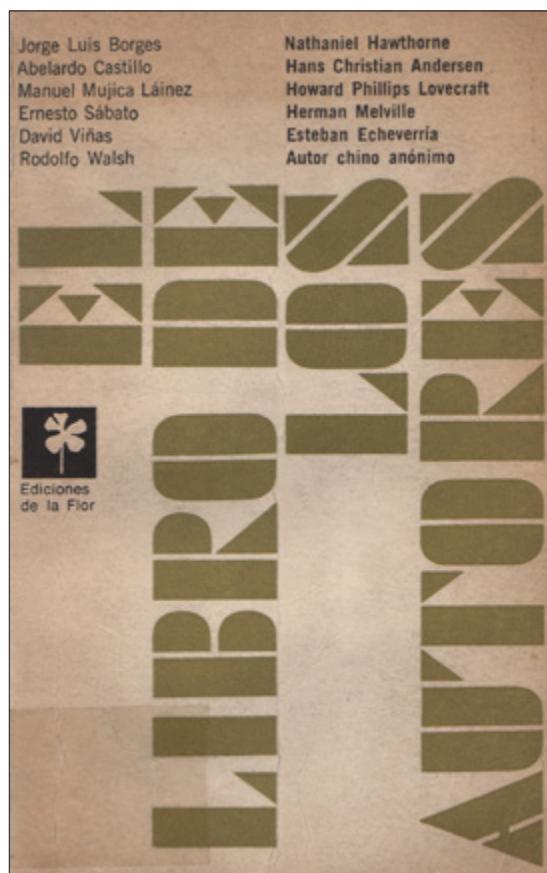
—Son millones de cadáveres y la sangre que corre como un río en mil leguas a la redonda —dijo el rey.

T’ang Tsu preguntó entonces:

—¿Sabe vuestra majestad lo que es la cólera de un simple particular?

Dijo el rey:

—¿La cólera de un particular? Es perder las insignias de su dignidad y marchar descalzo golpeando el suelo con la cabeza.



—No —dijo T'ang Tsu—, esa es la cólera de un hombre mediocre, no la de un hombre de valor. Cuando un hombre de valor se ve obligado a encolerizarse, como cadáveres aquí no hay más que dos, la sangre corre apenas a cinco pasos. Y, sin embargo, China entera se viste de luto. Hoy es ese día. Y se levantó, desenvainando la espada. El rey se demudó, saludó humildemente y dijo:
—Maestro, vuelve a sentarte. ¿Para qué llegar a esto? He comprendido.

“La cólera de un particular” procede de la *Crónica de los reinos combatientes*, recopilación de relatos históricos de autores varios que abarcan la época comprendida entre los años 481 y 221 a. C. Esta versión se ha tomado del francés: *Anthologie Raisonnée de la Littérature Chinoise*, de G. Margouliès.

¿Predicó Voltaire la desobediencia civil?

Ethel Groffier

Las formulaciones teóricas modernas que distinguen sociedad civil y Estado fueron confrontadas, desde sus primeros esbozos, con la dificultad de definir hasta qué punto y en qué ocasiones es legítima la rebelión de los súbditos respecto al mando de la autoridad. El contractualismo ofreció diversas respuestas a este dilema. La jurista e historiadora Ethel Groffier rastrea las tardías concepciones del pensador francés François-Marie Arouet (1694-1778), más conocido como Voltaire, respecto al derecho a la resistencia pacífica a la tiranía, y encuentra en este representante de la Ilustración a un posible precursor de Thoreau y el anarquismo.

página
19

Un gran número de autores modernos ha adoptado una definición de la desobediencia civil similar a la que propone John Rawls: “un acto público, no violento, consciente y político, contrario a la ley, cometido con el propósito de ocasionar un cambio en la ley o en los programas de gobierno”.¹ Sin embargo, en Voltaire, no existía tal concepto. Desde los tiempos de la antigüedad, los filósofos habían expresado el derecho de resistir a la tiranía. Más cerca de Voltaire, John Locke, en su *Segundo Tratado sobre el Gobierno Civil*, había establecido los límites de la obediencia de los ciudadanos al poder. No estaban obligados a obedecer a la ley solo por ser la ley, sino porque era justa.² Describe las condiciones en que se puede ejercer el derecho de desobediencia: “cualquiera que, en una posición de autoridad, excede el poder que le ha dado la ley y hace uso de la fuerza que tiene bajo su mando para imponer sobre los súbditos cosas que la ley no permita, cesa en ese momento de ser un magistrado, y, al estar actuando sin autoridad, puede hacérsele frente igual que

a cualquier hombre que por la fuerza invade los derechos de otro”. No se trata de una resistencia pacífica. Locke precisa que “el que sin más hace uso de la fuerza, se pone a sí mismo en estado de guerra y hace que sea legal toda resistencia que se le oponga”.³ Como se sabe, Voltaire era un asiduo lector de Locke. Le dedicó la decimotercera de sus *Cartas inglesas*. Aunque entre las obras del filósofo inglés que hay en su biblioteca, no se encuentra el *Segundo tratado sobre el gobierno civil*. Tampoco podemos saber si llegó a leerlo. No lo comenta. No parece conocerlo. Más bien eran las ideas expresadas en el *Ensayo sobre el entendimiento humano* lo que le interesaban. Pero estaba convencido, como la mayoría de sus contemporáneos, de que los oprimidos tenían el derecho de usar la fuerza para liberarse de la tiranía tal como ya lo había dicho John of Salisbury en el siglo XII.⁴

Por otro lado, existía un tratado sobre la resistencia pacífica. A mediados del siglo XVI, un futuro magistrado, Étienne de La Boétie, escribió el *Discurso de la servidumbre voluntaria* en el que se pregunta “cómo es posible que tantos hombres, tantos burgos, tantas ciudades, tantas naciones, soporten a veces a un solo tirano que no tiene más

1. John Rawls, *A Theory of Justice*, revised edition, Cambridge, The Belknap Press of Harvard University Press, 1999, p. 320. Traducción de María Dolores González. Citada por Beatriz Magaloni, en “La desobediencia civil en la democracia constitucional”, *Estudios. Filosofía-historia-letras*, Otoño 1990, http://biblioteca.itam.mx/estudios/estudio/letras22/textos2/sec_1.html [28 de marzo de 2017].

2. Jean-Marie Muller, *L'impératif de désobéissance. Fondements philosophiques et stratégiques de la désobéissance civile*, París, Le passager clandestin, 2011, p. 47.

3. John Locke, capítulo 18 de *De la tiranía*, Madrid, Alianza, 2004. Traducción de Carlos Mellizo Cuadrado.

4. John of Salisbury, *Policraticus*, Nueva York, Frederick Ungar Publishing, 1979, 7:143. Edición de Murray E. Markland.



Voltaire.

fuerza de la que ellos le dan”.⁵ Expresa entonces dos ideas profundamente nuevas: 1) el tirano “quedará derrotado desde el momento en que la gente no consienta a servirle. Se trata, no de quitarle nada, sino de no darle nada”; y 2) “el pueblo es el que a sí mismo se avasalla y el que se degüella, el que, pudiendo escoger entre ser sometido o ser libre, rechaza la libertad y acepta el yugo”.⁶ Fustiga esta sumisión con una elocuencia digna de Cícero a quien se le refiere frecuentemente: “¿De dónde [el tirano] obtiene los ojos que os espían, si no es de vosotros? ¿Cómo tiene tantas manos para golpearos, si no le prestáis las vuestras?”.⁷ La desobediencia que quería provocar habría sido pacífica. Pero dudó de que pudiera existir tal desobediencia algún día. El pueblo está acostumbrado a la sumisión y la primera razón de la servidumbre voluntaria es la fuerza de la costumbre. La segunda razón es la ignorancia. “El Gran Turco”, dice, “advirtió que los libros y el pensamiento dan a los hombres, más que

cualquier otra cosa, el sentimiento de su dignidad y el odio de la tiranía”.⁸ Voltaire compartirá este convencimiento y redactará un ficticio edicto del “muftí del Sacro Imperio otomano” prohibiendo toda lectura.⁹ Una tercera razón que La Boétie atribuye a la fácil sumisión del pueblo a la tiranía es la cadena de corrupción que el tirano consigue crear entre sí mismo y sus súbditos. Cuatro o cinco hombres suelen sostener al tirano, actuando por interés y sometiendo a todo un país porque cada uno tiene varios cómplices que, a su vez, tienen vasallos y así hasta los más pobres.

Michel de Montaigne menciona este discurso en su ensayo sobre la amistad dedicado a su inolvidable amigo, fallecido muy joven, en 1563. Unos años más tarde, en 1571, Montaigne publica versos latinos y franceses de La Boétie y sus traducciones de Jenofonte y Plutarco pero, Francia estando en el medio de las terribles guerras de religión, se niega a añadir este discurso. El texto, que había circulado en forma manuscrita, había sido monopolizado por facciones hugonotes. La situación política era extremadamente tensa. La fatal noche de la masacre de San Bartolomé ocurrió en 1572. El discurso fue finalmente publicado a fines de los años 1570 dentro de una obra protestante, *Mémoires de l'État de France sous Charles IX*. Este libro, atribuido a un predicador ginebrino, Simon Goulart, fue quemado por orden del Parlamento de Bordeaux.¹⁰ En una edición posterior de sus *Ensayos*, Montaigne reiteró su rechazo de incluir el discurso de su amigo porque había visto que esta obra “ha sido dada a la luz, con mal fin, por quienes procuran turbar y cambiar el estado de nuestra política, sin cuidarse de si la mejoran o no. Y como mezclaron la obra a escritos de ellos, he desistido de insertarla aquí”.¹¹

8. *Ibid.*, p. 59.

9. Voltaire, *Sobre el horrible peligro de la lectura*, *Obras*, II, Versión, prólogo y notas de Carlos Pujol, Vergara, Barcelona, 1972, pp. 780-782.

10. Philippe Desan, “Le Discours de la servitude volontaire et la cause protestante: les paradoxes de la réception de la Boétie”, *Fabula*, Colloques en ligne, <http://www.fabula.org/colloques/document2491.php> [2 de abril de 2017].

11. Michel de Montaigne, *Ensayos completos*, vol. I, Barcelona, Iberia, 1968, cap. XXVII, p. 144.

5. Étienne de La Boétie, *Discurso de la servidumbre voluntaria*, Madrid, Tecnos, 2010, p. 5. Estudio preliminar, versión española y notas de José de la Colina.

6. *Ibid.*, p. 15.

7. *Ibid.*, p. 23.

Durante la relativa calma del siglo XVII, el discurso de La Boétie prácticamente desapareció, aunque ciertos lectores conocieron de su existencia. Tallemant des Réaux cuenta que el Cardenal de Richelieu mandó a sus servidores a buscar un ejemplar a todos los librereros de la calle Saint-Jacques (la calle de los librereros en París). Nadie sabía de qué obra se trataba hasta que el hijo de uno de los librereros recordó que estaba en las “Memorias de Charles IX”.¹² Más adelante, encontramos ediciones del siglo XVIII, junto a los *Ensayos* de Montaigne.¹³ No llamaron la aten-

ción antes de la Revolución francesa. Ni siquiera David Hume, que explica que los hombres gobiernan por el solo apoyo de la opinión y la sumisión de los súbditos, hizo ninguna mención a La Boétie.¹⁴

Voltaire y los otros filósofos franceses que habían preparado la Revolución tampoco hicieron referencia a este discurso. Aún así, Voltaire había conocido en Inglaterra a hombres que practicaban la desobediencia civil: los cuáqueros que se negaban a ir a la guerra, a pagar los diezmos al clero y a prestar juramentos prescritos por la ley a pesar de las persecuciones. Voltaire estaba fascinado con aquellos cuáqueros a los cuales les dedicó las primeras cuatro de sus *Cartas inglesas*, sin embargo no los tomó realmente en serio. Más bien estaba parti-

cularmente sorprendido por su manera de vestirse y de tutear a todo el mundo, incluyendo al rey.

Aunque hubiera ridiculizado los abusos del gobierno y de la iglesia en muchas de sus obras, particularmente en sus cuentos, es

solo al final de su vida que se embarcó en una cruzada. Al principio de los años 1760, Jean Calas, un hugonote de Toulouse acusado de haber asesinado a su hijo para impedir que se convirtiera al catolicismo, fue torturado y condenado sin pruebas a morir en la rueda. Voltaire, que se había establecido en Ferney cerca de la frontera suiza, fue

informado de esta brutalidad por un corresponsal protestante. Tan horrorizado estuvo por ello que se convirtió en un filósofo militante. Dedicó sus últimos años a combatir al “Infame”, es decir la intolerancia y la injusticia del poder real o de la iglesia católica, y, sobre todo, el fanatismo, emprendiendo una lucha para defender a los protestantes, a los siervos y a la libertad de expresión. Consiguió obtener la rehabilitación de la memoria de Calas y de su familia, después de una campaña para conmover a la opinión pública. Escribió muchos cuentos, panfletos, obras de teatro, poemas para difundir la tolerancia, en particular su famoso *Tratado sobre la tolerancia*, cuyo capítulo XXIII contenía la bella “Plegaria a Dios” donde pide: “¡Ojalá todos los hombres recuerden que son hermanos! ¡Que sientan horror por la tiranía ejercida sobre las almas...!”. Debido al caso Calas y a otras condenas injustas, se interesó por el proceso penal. Había leído el tratado del Marqués Beccaria, *De delitos y de las penas*, un convincente llamamiento para la abolición de la pena capital, de la tortura y de los suplicios, y publicó también un “Comentario”, que contribuyó mucho a la popularidad del libro en Francia.

¿Predicó Voltaire la desobediencia civil? En sentido estricto, no tenía una idea definida del concepto, como Étienne de La Boétie. No era un teórico. [...] Sin duda, su incomparable estilo era su arma más eficaz. “Para hacer execrable el fanatismo no hay más que pintarlo”, decía en su *Ensayo sobre las costumbres*.

12. Anne-Marie Cocula, *Étienne de La Boétie, Bordeaux*, Éditions Sud Ouest, 1995, p. 159.

13. Ediciones de P. Costes de 1739 y 1745, Londres.

14. No lo hace en su Ensayo IV, “On the First Principles of Government”, *Essays and Treatises on Several Subjects*, vol. I, p. 23 y ss.; tampoco en su Ensayo XII, “Of Civil Liberty”, vol. I, p. 73 y ss. y su Ensayo XIII, “Of Passive Obedience”, vol. II, p. 248 y ss. Elibron Classics Edition Replica, vol. I, facsimilar de la edición de Londres, 1822, vol. II, facsimilar de la edición de 1793.

DECIDIÓIS A DEJAR DE ESTAR SOMETIDOS,

**NO PRETENDO QUE LO EMPUJEIS O LO SACUDAIS,
SINO TAN SOLO QUE DEJEIS DE SOSTENERLO,
Y VEREIS QUE, CUAL UN GRAN COLOSO
A QUIEN SE SUSTRAJÓ SU BASE,
POR SU PROPIO PESO,
SE DERRUMBARA Y SE ROMPERA.**

Y YA OS VERÉIS LIBRES

Voltaire denunció la tiranía en numerosos escritos. En el artículo “Tiranía” de su *Diccionario filosófico*, publicado en los años 1760 cuando tenía más de setenta años, define al tirano como el “soberano que no conoce más leyes que su capricho, que se apodera de los bienes de sus súbditos, y que luego les enrola para ir a apoderarse de los de los vecinos”.¹⁵ Cuidadosamente, añade: “En Europa no hay tiranos de esta clase”. En el artículo “Libertad de pensamiento”, Voltaire imagina un diálogo entre un inglés, Milord Boldmind (el de la mente audaz) y el conde de Medroso (otro nombre con evidente significado), un familiar de la Inquisición portuguesa. Los dos protagonistas están en fuerte desacuerdo sobre la libertad de expresión y de pensamiento. Boldmind, que representa las ideas de Voltaire, concluye: “Estos tiranos de las mentes son los causantes de una buena parte de las desdichas del mundo. Nosotros en Inglaterra solo somos felices desde que cada cual disfruta libremente del derecho de manifestar su opinión”. Medroso responde que sus ciudadanos también gozan de la tranquilidad pero sin poder expresar la suya. “Es la tranquilidad de los galeotes que reman al unísono y en silencio”, comenta Boldmind. “¿Y si me encuentro bien en galeras?”, pregunta Medroso. Eso nos hace pensar en el alegato de La Boétie de que el pueblo acepta la tiranía sin resistencia y sin imaginar que la situación pueda ser diferente. Entre sus llamamientos a liberarse del yugo, Boldmind había dicho “atreveos a pensar por vos mismo”, frase que encontrará eco en el *aude sapere* de Kant escrito unos años más tarde.

Voltaire dio numerosos consejos a sus amigos filósofos, a los que llamaba “los hermanos”, para resistir a la tiranía, a las injusticias y a los abusos. Estos consejos trataban de la manera de difundir la Ilustración y de engañar la censura. En breve, en todos sus escritos, Voltaire nunca había hablado de desobediencia de manera abierta, ni siquiera por alusiones, hasta un

15. Ver las citas del *Diccionario filosófico* en Voltaire, *Obras*, I, Barcelona, Vergara, 1968. Versión, prólogo y notas de Carlos Pujol.

año antes de su fallecimiento en su último texto sobre la justicia penal. Supensamiento se aclaró en *El premio de la justicia y de la humanidad*, una de sus más bellas obras,¹⁶ donde en el artículo XX plantea la cuestión clave: “¿Debemos obedecer a una orden injusta de un poder legítimo?”.¹⁷ Desafortunadamente este escrito fue eclipsado por su “Comentario” sobre el libro de Beccaria. Frecuentemente *El premio...* es estudiado como un mero apéndice al “Comentario”, siguiendo más o menos el mismo plan de manera que su artículo XX no es abordado porque no aparece en el “Comentario”. Aun cuando los autores dedican su análisis únicamente a *El premio...*, se limitan a las cuestiones planteadas en el “Comentario”.¹⁸ Además, parece que ha sido poco conocido en los países hispanohablantes. Hasta la fecha, no he podido encontrar ninguna traducción.

El derecho de desobedecer a un poder legítimo no era una cuestión nueva. Ha sido planteada periódicamente desde Antígona hasta La Boétie. Pero hablar de la contestación de un poder *legítimo* cuando el monarca absoluto estaba considerado como el representante de Dios, era un descaro. Aquí no se trata más de tiranos. Voltaire no contesta claramente pero, como siempre solía hacer, toma ejemplos de la Biblia y de la antigüedad romana. Los escritores que querían criticar al gobierno se referían al pasado esperando que sus lectores interpretaran las alusiones. Cuando Voltaire dice que el verdugo es tan criminal como los jueces cuando ejecuta una sentencia que la opinión pública considera bárbara, nos da indicios

16. Raymond Trousson, *Voltaire et les droits de l'homme*, Bruselas, Centre d'action laïque, 1994, p. 298.

17. Artículo XX, *Œuvres complètes*, Voltaire Foundation, 80B, p. 159 (mi traducción).

18. Marcello T. Maestro, *Voltaire and Beccaria as reformers of criminal law*, Nueva York, Octagon Books, 1972, pp. 111-123; Robert Grandroute, “L'Europe et le droit pénal à travers *Le prix de la justice et de l'humanité*”, en *Voltaire en Europe, Hommage à Christiane Mervaud*, Oxford, Voltaire Foundation, 2000, pp. 143-150; Christiane Mervaud, “Sur le testament judiciaire de Voltaire: *Le prix de la justice et de l'humanité* et le *Traité des crimes* de Pierre-François Muyart de Vouglans”, en *Voltaire. La tolérance et la justice*, Leuven, Peeters, 2011, pp. 389-409. Estudios reunidos y presentados por John Renwick.

de su respuesta particularmente si este texto se lee en relación con lo que dice en los suplicios en su “Comentario” del libro *De los delitos y de las penas*: “Los suplicios refinados, que el entendimiento humano ha inventado para hacer la muerte horrible, parecen haber sido inventados más bien por la tiranía, que por la justicia”.¹⁹ Si lo consideramos bien, Voltaire podría ser un precursor de Thoreau y de los anarquistas.

¿Predicó Voltaire la desobediencia civil? En sentido estricto, no tenía una idea definida del concepto, como Étienne de La Boétie. No era un teórico. Era “un gran pedagogo y un excelente divulgador, mucho más que un especulador creativo”.²⁰ Era sobre todo un hombre de praxis. Llamó a luchar contra la tiranía, contra el fanatismo, pero nunca mediante la violencia. Usaba sus escritos y su influencia para defender a las víctimas de la opresión. Por ejemplo, en 1760, consiguió obtener el indulto para un galeato protestante. En 1776, pudo sacar de la cárcel al oscuro filósofo Delisle de Sales.²¹ Sin duda, su incomparable estilo era su arma más eficaz. “Para hacer execrable el fanatismo no hay más que pintarlo”, decía en su *Ensayo sobre las costumbres*.²²



Ethel Groffier

Pasó su niñez en Bélgica, trabajó en Suiza y se instaló en Canadá, en donde dio clases y publicó varios libros acerca de temas legales. Luego de su retiro, se dedicó a escribir biografías, ensayos y artículos, mayormente acerca del siglo XVIII francés. La vida y obra de Voltaire es su mayor objeto de interés. En 2011 se editó su libro *Criez et qu'on crie! Voltaire et la justice pénale*. En la actualidad se encuentra trabajando sobre un proyecto nuevo acerca de Voltaire.

* *Mi agradecimiento al profesor John G. Lazos por sus consejos y la paciencia con la cual ha revisado este texto.*

19. Cesare Beccaria, *De los delitos y de la penas*, Madrid, Alianza, 2014, p. 151. Con el “Comentario” de Voltaire. Traducción de Juan Antonio de Las Casas.

20. Fernando Savater, *Voltaire contra los fanáticos*, Barcelona, Planeta, 2015, p. 19.

21. Ethel Groffier, *Criez et qu'on crie! Voltaire et la justice pénale*, Québec, Presses de l'Université Laval, 2011, p. 226.

22. *Œuvres complètes*, Voltaire Foundation, 27, p. 57. Traducción de la cita en Fernando Savater, óp. cit. p. 79.

Destellos libertarios

Carlos Bernatek

Un pequeño repaso por los ensayos más resonantes de la obra de H. D. Thoreau nos introduce en el imaginario del filósofo y poeta norteamericano, cuyo espíritu, en franca rebelión ante el torbellino deshumanizante de la Revolución Industrial y el mercado, nos invita a acercarnos a un ideario de la naturaleza y la justicia como guías para toda acción vital.

*¡Ya no queremos gobiernos,
no queremos más sufrir!
¡Rebelión contra el sistema,
desobediencia civil!*

*...y eso, burgueses, ustedes bien lo saben,
podrán torturarnos, reprimirnos día tras día,
pero nuestros sueños seguirán siempre con vida.*

*No solo sembrando, también resistiendo.
No solo resistiendo, también luchando.
Luchando y atacando al jodido estado,
a sus instituciones y sus leyes que dan asco.*

*Patria, religión, escuela, familia,
cárceles, ejército, leyes, policía.
Estas son las armas para condicionarte,
pero nuestras mentes serán
siempre inalcanzables.*

Letras de la banda anarco-punk mexicana
Desobediencia Civil

El simple repaso de los títulos que Henry David Thoreau (1817-1862) asignó a sus obras pareciera anticiparse en el tiempo a un discurso teórico-crítico propio de mediados del siglo XX, adelantándose en más de cien años a ciertas miradas ulteriores. *Paraíso recuperado* (1843), *Cartas a un buscador de sí mismo* (1848-61), la conferencia *Ensayo sobre la desobediencia civil* (1848), *Una vida sin principios* (1863), entre otros, parecen textos fundacionales que podríamos imaginar inspirados en el presurrealismo, o estableciendo, en un salto temporal severo,

una deliberada continuidad con los manifiestos del “flower power”, de las comunas sesentistas, del retorno a la naturaleza y el rechazo a toda política belicista. En su manifestación de principios enfrenta a la domesticación burguesa como estilo de vida que propone el primitivo capitalismo industrial, como un llamado de alerta a la humanidad. Thoreau fue también un protoecologista, opuesto a esa sociedad que ya perfila una utilización salvaje del medio ambiente. Libertario, enfrentado a toda norma que cercene libertades, pacifista ante cualquier postura beligerante, Thoreau es un cuestionador de la realidad que observa avanzar sobre la vida cotidiana de los hombres, fundamentalmente en las ciudades, instalando un sistema de acumulación destructivo de los lazos de una sociedad bucólica.

Se le ha atribuido cierto anarquismo, con el que sin duda pueden emparentarse muchas de sus posturas, pero resultaría más apropiado mencionarlo como un liberal puro, un reformista que permanece dentro del sistema sin plantear insurrecciones ya que descarta la violencia como método.

Los diferentes movimientos anarquistas de Occidente han hallado en el discurso de Thoreau una base teórica adecuada para, desde el acto mismo de la desobediencia, plantear la abolición del Estado, toda autoridad y control social. Pero cabe distinguir que Thoreau no rechaza el principio de autoridad de los funcionarios, a diferencia de la máxima proudhoniana “sin amo ni soberano”, o de la consigna de Sébastien Faure: “cualquiera que niegue la autoridad y luche

contra ella es un anarquista”. Mucho menos se aproxima a Bakunin cuando este plantea la supresión de los estados nacionales, la abolición de las clases sociales y de la herencia o la igualdad de sexos, entre otros objetivos radicales. La empatía de Thoreau con el príncipe Kropotkin puede atisbarse apenas en una mirada altruista sobre la interpretación de la naturaleza.

Pero el de Thoreau tampoco debe tomarse como un acratismo ingenuo, en el sentido lato del término en cuanto *rechazo a cual-*

quier forma de coerción. Antes bien, su reflexión asoma despojada de todo candor cuando refiere: “El lujo que disfruta una clase se compensa con la indignancia que sufre la otra”. Thoreau propone alternativas de oposición al orden vigente, extremas de alguna manera, pero que no apuntan a la destrucción de la raigambre profunda del citado orden, como si aun el mismo espacio compartido ofreciera una instancia alternativa en el regreso a un olvidado estado de armonía con los

valores y la ética de la Naturaleza que ese sistema desprecia. Esa idea de lo diverso del mundo implica, para Thoreau, el desplazamiento y el rechazo a la aceptación lisa y llana de aquello que considera un mandato injusto.

En “Caminar”, otra de sus conferencias, puede leerse: “Quiero decir unas palabras a favor de la Naturaleza, de la libertad total y el estado salvaje, en contraposición a una libertad y una cultura simplemente civiles; considerar al hombre como habitante o parte constitutiva de la Naturaleza,

más que como miembro de la sociedad. Desearía hacer una declaración radical, si se me permite el énfasis, porque ya hay suficientes campeones de la civilización; el clérigo, el consejo escolar y cada uno de vosotros os encargaréis de defenderla”. Su elogio, su exaltación de la “Naturaleza” lo aproxima a la estética del romanticismo, encontrando en la lírica del inglés William Wordsworth un claro parentesco poético (“Erraba solitario como una nube / que flota sobre valles y colinas...”). El regreso a la

naturaleza también formará parte de los conceptos centrales en el futuro planteo de las comunas, un siglo más tarde.

Dice en otro tramo: “La mitad del camino que recorreremos no es otra cosa que desandar lo andado. Tal vez deberíamos salir, tomar con espíritu de aventura por el camino más corto, y nunca regresar, preparados para enviar de regreso a nuestros desolados reinos solo nuestro corazón embalsamado, como una reliquia. Si estás listo para dejar a tu padre y a tu madre, a tu hermano y a tu

hermana, a tu esposa e hijo y amigos, y nunca volverlos a ver —si has pagado tus deudas, has cumplido tu voluntad, has resuelto tus compromisos y eres un hombre libre— entonces estás listo para una caminata”. El vagabundeo, la errancia, serán luego ejes medulares de la Generación beat, de Allen Ginsberg a Jack Kerouac, pasando por Neal Cassady, William Burroughs, Gregory Corso y tantos otros, hasta su último sobreviviente: Lawrence Ferlinghetti.

“Dame la verdad antes que el amor, el dinero y la fama”, proclama Thoreau en *Cartas a*

“Quiero decir unas palabras a favor de la Naturaleza, de la libertad total y el estado salvaje, en contraposición a una libertad y una cultura simplemente civiles; considerar al hombre como habitante o parte constitutiva de la Naturaleza, más que como miembro de la sociedad. Desearía hacer una declaración radical, si se me permite el énfasis, porque ya hay suficientes campeones de la civilización; el clérigo, el consejo escolar y cada uno de vosotros os encargaréis de defenderla”.

H.D. Thoreau, “Caminar”, 1851.



Henry David Thoreau.

un buscador de sí mismo (*Letters to a Spiritual Seeker*), conjunto de epístolas destinadas a Harrison Blake en respuesta a su demanda de cierta guía espiritual para orientarse en la vida. Y Thoreau va a la cárcel porque no acepta que sus principios entren en colisión con lo que le demanda el poder. No acepta que el dinero de sus impuestos, esa persistente —y muchas veces banal— enunciación monetarista norteamericana, financie la guerra contra México o sirva de sostén a un régimen esclavista. Pero no es un estilita dispuesto a una inmolación en su columna: Thoreau se planta en la justicia que le atribuye a su ideario. En *Walden*, otra de sus obras destacadas, en donde narra la experiencia de dos años viviendo en los bosques, establece claramente a los destinatarios de sus textos: “(aquellos que) están descontentos con su vida y con el tiempo que les ha tocado vivir, pero que podrían mejorarlos”. No hay en Thoreau fatalismo ni resignación sino una fuerte apelación a una resistencia civil pacífica, humanitaria, que señala la contradicción entre la norma y la actitud vital.

Preso en la cárcel de Concord, Massachusetts, su propio pueblo natal, donde se ha hecho amigo de su vecino Ralph Waldo Emerson, Thoreau escribe *Desobediencia civil*, que se publica en 1849. La trascendencia de este texto resulta impensada para su autor: diversos testimonios dan cuenta de las lecturas inspiradoras posteriores en Tolstoi, Mahatma Gandhi, Martin Luther King o Nelson Mandela. Thoreau reflota y actualiza ideas previas que su contemporaneidad ha vuelto relativas o deliberadamente ha devaluado: exhuma la resistencia a la opresión de la misma Revolución francesa, consagrada en la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, y enfatiza su carácter universal. La desobediencia como respuesta de la civilidad al autoritarismo, a la dictadura de las normas o ante el despotismo de las burocracias, ha atravesado innumerable cantidad de conflictos desde 1789 hasta el presente. Aun sin ser mencionada, ha actuado como la reacción ética de pueblos y comunidades que enfrentaron

las consecuencias de ordenamientos jurídicos férreos, poco interesados en contemplar la equidad en sus respuestas. Pero si tomáramos la totalidad de conceptos que conforman el discurso de Thoreau, en pocos casos hallaríamos una apropiación más ajustada que la que llevaron a cabo las generaciones nacidas y criadas a partir de las grandes guerras, sujetos expuestos a la conciencia del horror, al exterminio, a la persecución ideológica, racial, religiosa, al genocidio y a la hasta entonces impensada reflexión sobre la posibilidad concreta de la destrucción masiva del planeta.

En 1935 surge el primer caso testigo que enarbola el concepto de los “objetores de conciencia”, a partir del episodio Gobitas (dos niños Testigos de Jehová que, en Pensilvania, se negaron a saludar a la bandera porque consideraban que aquello constituía un acto de idolatría), que puso en contradicción creencias religiosas frente a la abstracción de un vago patriotismo reaccionario. Años más tarde, el tema adquirió más repercusión cuando Muhammad Alí (Cassius Clay), campeón del mundo de todos los pesos, se negó a hacer el servicio militar para no ser enviado a Vietnam, declarándose objetor de conciencia por sus creencias religiosas islámicas y en desacuerdo con el conflicto (Alí argumentó, entre otros términos, que sus hermanos de raza negra eran enviados a la primera línea de combate). Condenado a cinco años de cárcel por traición a la patria, multado y despojado de sus títulos, apeló la sentencia ante la Suprema Corte que finalmente admitió sus razones. Este caso resonante que recorrió la prensa mundial instaló ampliamente la idea de los objetores de conciencia en el conocimiento público.

El Movimiento de la Defensa de los Derechos Civiles resulta en los hechos una elocuente contribución política y social ajustada a los conceptos de Thoreau. En Estados Unidos, a partir de 1954, contempla todos aquellos casos de indefensión del ciudadano ante la ley o de abusos de la normativa ante diversos hechos sociales que siempre han subrayado lo paradójico de los principios básicos de la democracia norteamericana. El eje central de este

movimiento, dada la importancia de la afectación de derechos, ha sido, en principio, la segregación racial y sus secuelas religiosas, culturales, clasistas, sexistas, etcétera. Uno de los hechos más curiosos, que ha quedado en la historia como referencial, es el caso de Rosa Parks (una mujer de raza negra que se negó a ceder su asiento en un colectivo ante la demanda de un blanco), precedente de una escalada de actos violentos que, si bien preexistían, tomaron estado público y una visibilidad social hasta entonces omitida; hechos que llegaron a un extremo en el brutal asesinato de Martin Luther King en 1968.

Volviendo a *Walden* —texto que lleva el mismo nombre que la laguna cercana a Concord—, podemos leer la peculiar vehemencia de algunas reflexiones de Thoreau: “Vivís unas vidas pobres y serviles, siempre al límite, tratando de salir de deudas, prometiendo pagar mañana y muriendo hoy insolventes”. El autor señala: “en una época como esta ya no basta con indignarse”. Su postura sobre la libertad individual desafía de algún modo los pilares del liberalismo político y económico, basándose en nociones básicas: que no todo lo legal es moral, al igual que no todo lo moral es legal; que la justicia, como valor moral y constante, está por encima de la transitoriedad de la ley; que la tierra es un bien común y la esencia salvaje de la naturaleza debe ser preservada de la depredación y la acumulación de bienes que alienta la propiedad privada. Y fundamentalmente, que es lícito rebelarnos.

En cuanto al particular debate conceptual que la desobediencia civil plantea entre nosotros, conviene recordar que el Código Penal de la República Argentina, se refiere en su artículo 239 a la “resistencia a la autoridad” en estos términos:

Será reprimido con prisión de quince días a un año el que resistiere o desobedeciere a un funcionario público en el ejercicio legítimo de sus funciones o a la persona que le prestare asistencia a requerimiento de aquel o en virtud de una obligación legal.

Cabe un amplísimo abanico de interpretaciones e inferencias sobre la norma. A la luz

de la experiencia histórica, la penalización legal de la desobediencia, en la práctica, no ha sido obstáculo suficiente para desarticularla como herramienta de la civilidad, ni mucho menos para convalidar una injusticia. En rigor, solo los actos de violencia resultan punibles, pero hasta este término resulta susceptible de controversias cuando la violencia puede asimilarse a una legítima defensa generada a raíz de una actitud represiva ante un reclamo social.

La Constitución Nacional, conviene recordar, refiere los siguientes términos en su artículo 36:

Esta Constitución mantendrá su imperio aun cuando se interrumpiere su observancia por actos de fuerza contra el orden institucional y el sistema democrático. Estos actos serán insanablemente nulos.

Y agrega:

Todos los ciudadanos tienen el derecho de resistencia contra quienes ejecutaren los actos de fuerza enunciados en este artículo.



Carlos Bernatek (1955)

Escritor argentino. Entre sus obras publicadas se destacan los libros de cuentos *Larga noche con enanos* (1998) y *Voz de pez* (2003) y las novelas *La pasión en colores* (1994), *Rutas argentinas* y *Un lugar inocente* (2001).

Obtuvo el primer premio del Fondo Nacional de las Artes por su novela *Rencores de provincia* (2008).

Su novela *Banzai* (2011) fue editada en Francia en 2014. En 2015 comienza a publicar su Tríptico de San Fe con la novela *La noche litoral*, seguida en 2017 por *Jardín primitivo*. En 2016, su novela *El canario* ganó el Premio Clarín de Novela.

Desobediencia civil

Henry D. Thoreau

Durante enero y febrero de 1848 Henry David Thoreau brindó una serie de conferencias acerca de los derechos y deberes de los individuos respecto al gobierno. Dichas jornadas fueron la antesala de su ensayo “Resistance to Civil Government” —incluido en una antología de ensayos y poesías de 1849— del que publicamos un pequeño fragmento. Desde una mirada trascendentalista y naturalista, especialmente preocupado por la crisis desatada a partir del conflicto por la esclavitud entre el norte y el sur de los Estados Unidos, Thoreau sienta las bases de un pensamiento libertario y pacifista que recogerán incontables movimientos políticos y culturales del siglo XX.

Para hablar con sentido práctico y como ciudadano, a diferencia de los que se autodenominan contrarios a la existencia de un gobierno, solicito, no que desaparezca el gobierno inmediatamente, sino un mejor gobierno *de inmediato*. Dejemos que cada hombre manifieste qué tipo de gobierno tendría su confianza y ese sería un primer paso en su consecución.

Después de todo, la auténtica razón de que, cuando el poder está en manos del pueblo, la mayoría acceda al gobierno y se mantenga en él por un largo período, no es porque posean la verdad ni porque la minoría lo considere más justo, sino porque físicamente son los más fuertes. Pero un gobierno en el que la mayoría decida en todos los temas no puede funcionar con justicia, al menos tal como entienden los hombres la justicia. ¿Acaso no puede existir un gobierno donde la mayoría no decida virtualmente lo que está bien o mal, sino que sea la conciencia? ¿Donde la mayoría decida solo en aquellos temas en los que sea aplicable la norma de conveniencia? ¿Debe el ciudadano someter su conciencia al legislador por un solo instante, aunque sea en la mínima medida? Entonces, ¿para qué tiene cada hombre su conciencia? Yo creo que debiéramos ser hombres primero y ciudadanos después. Lo deseable no es cultivar el respeto por la ley, sino por la justicia. La única obligación que tengo derecho a asumir es la de hacer en cada momento lo que crea justo. Se ha dicho y con razón que una sociedad mercantil no tiene conciencia; pero una sociedad

formada por hombres con conciencia es una sociedad *con* conciencia. La ley nunca hizo a los hombres más justos y, debido al respeto que les infunde, incluso los bien-intencionados se convierten a diario en agentes de la injusticia. [...]

Todos los hombres reconocen el derecho a la revolución, es decir, el derecho a negar su lealtad y a oponerse al gobierno cuando su tiranía o su ineficacia sean desmesuradas e insoportables. Pero la mayoría afirma que no es ese el caso actual, aunque sí fue el caso, dicen, en la revolución de 1775. Si alguien me dijera que ese fue un mal gobierno porque gravó ciertos artículos extranjeros llegados a sus puertos, lo más probable es que no me inmutara porque me puedo arreglar sin ellos. Toda máquina experimenta sus propios roces, pero es posible que se trate de un mal menor y contrarreste otros males. En ese caso sería un gran error mover un dedo por evitarlo. Pero cuando resulta que la fricción se convierte en su propio fin, y la opresión y el robo están organizados, yo digo: “Hagamos desaparecer esa máquina”. En otras palabras, cuando una sexta parte de la población de un país que se ha comprometido a ser refugio de la libertad está esclavizada, y toda una nación es agredida y conquistada injustamente por un ejército extranjero y sometida a la ley marcial, creo que ha llegado el momento de que los hombres honrados se rebelen y se subleven. Y este deber es tanto más urgente, por cuanto que el país así ultrajado no es el nuestro, sino que el nuestro es el invasor. [...]

Descendiendo a lo concreto: los que se oponen a una reforma en Massachusetts no son cien mil políticos del Sur sino cien mil comerciantes y granjeros de aquí, que están más interesados en el comercio y la agricultura que en el género humano y no están dispuestos a hacer justicia ni a los esclavos ni a México, costase lo que costase. Yo no me enfrento con enemigos lejanos sino con los que cerca de casa cooperan con ellos y les apoyan, y sin los cuales estos últimos serían inofensivos. Estamos acostumbrados a decir que las masas no están preparadas, pero el progreso es lento porque la minoría no es mejor o más prudente que la mayoría. Lo más importante no es que una mayoría sea tan buena como uno sino que exista una cierta bondad absoluta en algún sitio para que fermente a toda la masa.

Miles de personas están, *en teoría*, en contra de la esclavitud y la guerra, pero de hecho no hacen nada por acabar con ellas; miles que se consideran hijos de Washington y Franklin, se sientan con las manos en los bolsillos y dicen que no saben qué hacer, y no hacen nada; miles que incluso posponen la cuestión de la libertad a la cuestión del mercado libre y leen en silencio las listas de precios y las noticias del frente de México tras la cena, e incluso caen dormidos sobre ambos. ¿Cuál es el valor de un hombre honrado y de un patriota hoy? Dudan y se lamentan y a veces redactan escritos, pero no hacen nada serio y eficaz. Esperarán con la mejor disposición a que otros remedien el mal para poder dejar de lamentarse. Como mucho, depositan un simple voto y hacen un leve signo de aprobación y una aclamación a la justicia al pasar por su lado. Por cada hombre virtuoso, hay novecientos noventa y nueve que alardean de serlo, y es más fácil tratar con el auténtico poseedor de una cosa que con los que pretenden tenerla.

Las votaciones son una especie de juego, como las damas o el *backgammon* que incluyen un suave tinte moral; un jugar con lo justo y lo injusto, con cuestiones morales; y desde luego incluye apuestas. No se apuesta sobre el carácter de los votantes. Quizás deposito el voto que creo más acertado, pero no estoy realmente convencido de que eso deba prevalecer. Estoy dispuesto a dejarlo en manos de la mayoría. Su obligación, por tanto, nunca excede el nivel de lo conveniente. Incluso votar *por lo justo* es no

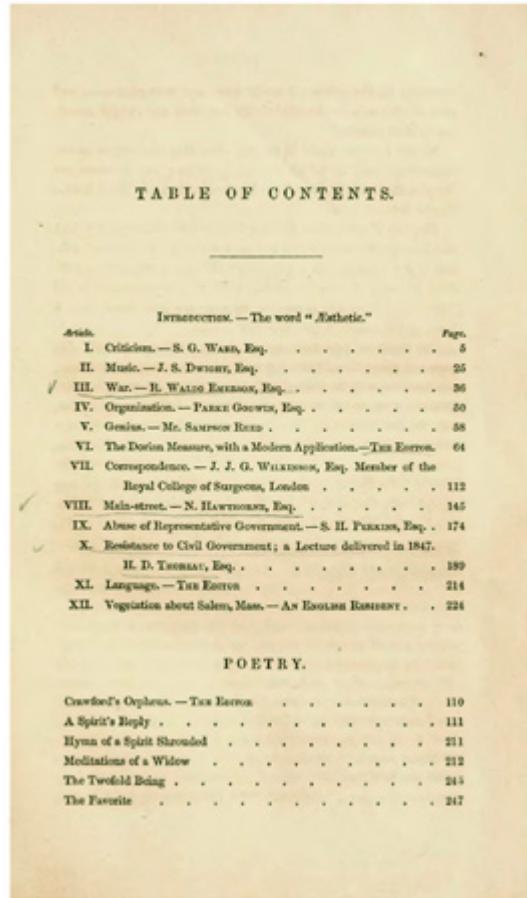
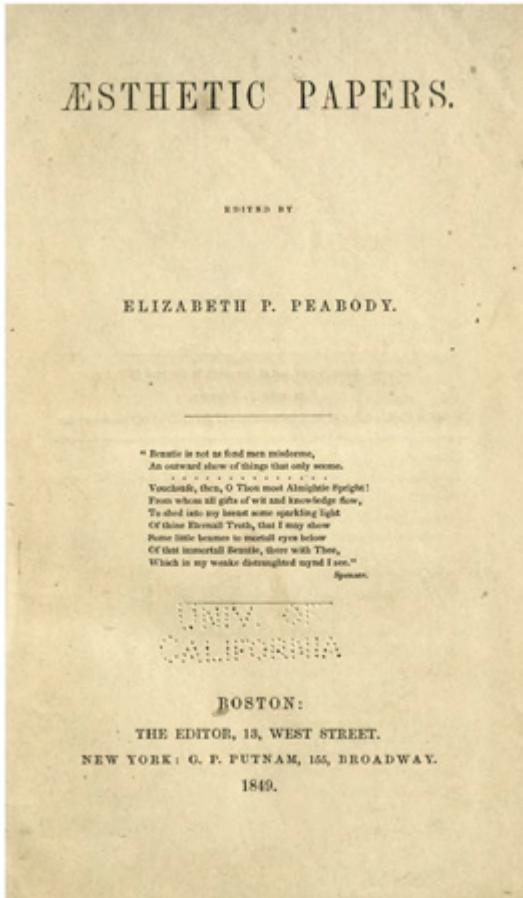
hacer nada por ello.

Es tan solo expresar débilmente el deseo de que la justicia debiera prevalecer. Un hombre prudente no dejará lo justo a merced del azar ni deseará que prevalezca frente al poder de la mayoría. Hay muy poca virtud en la acción de las masas. Cuando la mayoría vote al fin por la

abolición de la esclavitud, será porque les es indiferente la esclavitud o porque sea tan escasa que no merezca la pena mantenerla. Para entonces *ellos* serán los únicos esclavos. Solo puede acelerar la abolición de la esclavitud el voto *de aquel* que afianza su propia libertad con ese voto.[...]

Hay leyes injustas: ¿nos contentaremos con obedecerlas o intentaremos corregirlas y las obedeceremos hasta conseguirlo? ¿O las transgrediremos desde ahora mismo? Bajo un gobierno como este nuestro, muchos creen que deben esperar hasta convencer a la mayoría de la necesidad de alterarlo. Creen que si opusieran resistencia el remedio sería peor que la enfermedad. Pero eso es culpa del propio gobierno. ¿Por qué no está atento para prever y procurar reformas? ¿Por qué no aprecia el valor de esa minoría prudente? ¿Por qué grita y se resiste antes de ser herido? ¿Por qué no anima a sus ciudadanos a estar alerta y a señalar los errores para *mejorar* en su acción? ¿Por qué tenemos siempre que crucificar a Cristo y

En cuanto a adoptar los medios que el Estado aporta para remediar el mal, yo no conozco tales medios. Requieren demasiado tiempo y se invertiría toda la vida. Tengo otros asuntos que atender. No vine al mundo para hacer de él un buen lugar para vivir, sino a vivir en él, sea bueno o malo.



página
32

El ensayo “Resistance to Civil Government” fue publicado por primera vez en la antología *Aesthetic Papers*, de 1849.

excomulgar a Copérnico y Lutero y declarar rebeldes a Washington y Franklin?

Se pensaría que una negación deliberada y práctica de su autoridad es la única ofensa que el gobierno no contempla; si no, ¿por qué no ha señalado el castigo definitivo, adecuado y proporcionado? Si un hombre sin recursos se niega una sola vez a pagar nueve monedas al Estado, se le encarcela (sin que ninguna ley de que yo tenga noticia lo limite) por un período indeterminado que se fija según el arbitrio de quienes lo metieron allí; pero si hubiera robado noventa veces nueve monedas al Estado, enseguida se le dejaría en libertad.

Si la injusticia forma parte de la necesaria fricción de la máquina del gobierno, déjenla así, déjenla. Quizás desaparezca con el tiempo; lo que sí es cierto es que la máquina acabará por romperse. Si la injusticia tiene un muelle o una polea o una cuerda o una manivela exclusivamente para ella, entonces tal vez deban considerar si el

remedio no será peor que la enfermedad; pero si es de tal naturaleza que os obliga a ser agentes de la injusticia, entonces les digo, quebranten la ley. Que su vida sea un freno que detenga la máquina. Lo que tengo que hacer es asegurarme de que no me presto a hacer el daño que yo mismo condeno.

En cuanto a adoptar los medios que el Estado aporta para remediar el mal, yo no conozco tales medios. Requieren demasiado tiempo y se invertiría toda la vida. Tengo otros asuntos que atender. No vine al mundo para hacer de él un buen lugar para vivir, sino a vivir en él, sea bueno o malo. Un hombre no tiene que hacerlo todo, sino algo, y debido a que no puede hacerlo *todo*, no es necesario que haga *algo* mal. No es asunto mío interpelar al gobierno o a la Asamblea Legislativa, como tampoco el de ellos interpelarme a mí, y si no quieren escuchar mis súplicas, ¿qué debo hacer yo? Para esta situación el Estado no ha previsto ninguna salida, su Constitución es la culpable. Esto

puede parecer duro y obstinado e intransigente, pero a quien se ha de tratar con mayor consideración y amabilidad es únicamente al espíritu que lo aprecie o lo merezca. Sucede pues que todo cambio es para mejor, como el nacer y el morir que producen cambios en nuestro cuerpo.

No vacilo en decir que aquellos que se autodenominan abolicionistas deberían inmediatamente retirar su apoyo personal y pecuniario al gobierno de Massachusetts, y no esperar a constituir una mayoría, antes de tolerar que la injusticia impere sobre ellos. Yo creo que es suficiente con que tengan a Dios de su parte, sin esperar a más. Un hombre con más razón que sus conciudadanos ya constituye una mayoría de uno. Tan solo una vez al año me enfrento directamente cara a cara con este gobierno americano o su representante, el gobierno del Estado en la persona del recaudador de impuestos. Es la única situación en que un hombre de mi posición inevitablemente se

encuentra con él, y él entonces dice claramente: “Reconoceme”. Y el modo más simple y efectivo y hasta el único posible de tratarlo en el actual estado de cosas, de expresar mi poca satisfacción y mi poco amor por él, es rechazarlo. Mi vecino civil, el recaudador de impuestos, es el único hombre con el que tengo que tratar, puesto que, después de todo, yo peleo con personas y no con papeles, y ha elegido voluntariamente ser un agente del gobierno, ¿cómo va a conocer su identidad y su cometido como funcionario del

gobierno o como hombre, si no le obligan a decidir si ha de tratarme a mí que soy su vecino a quien respeta, como a tal vecino y hombre honrado o como a un maníaco que turba la paz? Después veríamos si puede saltarse ese sentimiento de buena vecindad sin recurrir a pensamientos o palabras más duros e impetuosos de acuerdo con esa actuación. Estoy seguro de que si mil, si cien, si diez hombres que pudiese nombrar, si solamente diez hombres honrados, incluso si un solo hombre honrado en este Estado

Estoy seguro de que si mil, si cien, si diez hombres que pudiese nombrar, si solamente diez hombres honrados, incluso si un solo hombre honrado en este Estado de Massachusetts dejase en libertad a sus esclavos y rompiera su asociación con el gobierno nacional y fuera por ello encerrado en la cárcel del condado, esto significaría la abolición de la esclavitud en América. Lo que importa no es que el comienzo sea pequeño; lo que se hace bien una vez queda bien hecho para siempre.

de Massachusetts dejase en libertad a sus esclavos y rompiera su asociación con el gobierno nacional y fuera por ello encerrado en la cárcel del condado, esto significaría la abolición de la esclavitud en América. Lo que importa no es que el comienzo sea pequeño; lo que se hace bien una vez queda bien hecho para siempre. Pero nos gusta más hablar de ello: decimos que esa es nuestra misión. La reforma cuenta con docenas de periódicos a su favor pero ni con un solo hombre. Si mi esti-

mado vecino, el embajador del Estado, que va a dedicar su tiempo a solucionar la cuestión de los derechos humanos en la Cámara del Consejo, en vez de sentirse amenazado por las prisiones de Carolina tuviera que ocuparse del prisionero de Massachusetts, el prisionero de ese Estado que se siente tan ansioso de cargar el pecado de la esclavitud sobre su hermano (aunque, por ahora, solo ha descubierto un acto de falta de hospitalidad para fundamentar su querrela contra él), la legislatura no desestimaría el tema por completo el invierno que viene.

Bajo un gobierno que encarcela a alguien injustamente, el lugar que debe ocupar el justo es también la prisión. Hoy, el lugar adecuado, el único que Massachusetts ofrece a sus espíritus más libres y menos sumisos, son sus prisiones; se les encarcela y se les aparta del Estado por acción de este, del mismo modo que ellos habían hecho ya por sus principios. Ahí es donde el esclavo negro fugitivo y el prisionero mexicano en libertad condicional y el indio que viene a interceder por los daños infligidos a su raza deberían encontrarlos; en ese lugar separado, pero más libre y honorable, donde el Estado sitúa a los que no están *con* él sino *contra* él: esta es la única casa, en un Estado con esclavos, donde el hombre libre puede permanecer con honor. Si alguien piensa que su influencia se perdería allí, que sus voces dejarían de afligir el oído del Estado, y que ya no serían un enemigo dentro de sus murallas, no saben cuánto más fuerte es la verdad que el error, cuanto más elocuente y eficiente puede ser combatir la injusticia cuando se ha sufrido en propia carne. Deposita todo tu voto, no solo una papeleta, sino toda tu influencia. Una minoría no tiene ningún poder mientras se aviene a la voluntad de la mayoría: en ese caso ni siquiera es una minoría. Pero cuando se opone con todas sus fuerzas es imparable. Si las alternativas son encerrar a los justos en prisión o renunciar a la guerra y a la esclavitud, el Estado no dudará cuál elegir. Si mil hombres dejaran de pagar sus impuestos este año, tal medida no sería ni violenta ni cruel, mientras que si los pagan, se capacita al Estado para cometer actos de violencia y derramar la sangre de los inocentes. Esta es la definición de una revolución pacífica, si tal es posible. Si el recaudador de impuestos o cualquier otro funcionario público me preguntara, como así ha sucedido: “Pero ¿qué debo hacer?”, mi respuesta sería: “Si de verdad deseas colaborar, renunciá al cargo”. Una vez que el súbdito ha retirado su lealtad y el funcionario ha renunciado a su cargo, la revolución está conseguida. Incluso aunque haya derramamiento de sangre. ¿Acaso no hay un tipo de derramamiento de sangre cuando se hiere la conciencia? Por esa

herida se vierten la auténtica humanidad e inmortalidad del hombre y su hemorragia le ocasiona una muerte interminable. Ya veo correr esos ríos de sangre.

Traducción de María Eugenia Díaz, publicada en *Desobediencia civil y otros escritos*, Alianza Editorial, 2009.



Henry David Thoreau (1817-1862)

Escritor y filósofo naturalista estadounidense. Nacido en el seno de una familia humilde en Concord, Massachusetts, en 1833, logró ingresar mediante una beca a la Universidad de Harvard. Vivió durante dos años en una cabaña construida por él mismo a orillas de una laguna; de esta experiencia surgió su obra *Walden o la vida en los bosques* (1854). Arrestado en 1846 por rehusarse a pagar impuestos como modo de protesta contra la esclavitud y la guerra declarada a México, plantearía años más tarde estas cuestiones en *Desobediencia civil* (1849), en términos de la necesidad de iniciar una revolución pacífica.

La lógica de la preferencia

Enrique Vila-Matas

En Bartleby, el escribiente (1853), Herman Melville narra la extraña fascinación que produce el nuevo empleado de una oficina jurídica de Wall Street a partir de la afirmación de una potente e inesperada libertad. Su “preferiría no hacerlo” es la semilla de la lógica de la preferencia que, por sus profundas consecuencias existenciales, desveló a la filosofía del siglo XX. El escritor catalán Enrique Vila-Matas cuenta en su libro Bartleby y compañía las historias de un conjunto de escritores que, por distintas razones, abandonaron su obra literaria. En este breve texto justifica su elección de incluir a unos y excluir a otros invocando la lógica abstencionista del escribiente.

No creo haber nunca escapado de este fragmento de *Bartleby, el escribiente*, el relato de Melville:

—¿Por qué se niega?

—Preferiría no hacerlo.

Con cualquier otro me hubiese entregado sin más a un terrible acceso de cólera y, sin que mediase una palabra más, lo hubiese echado inmediatamente de mi presencia.

Quien está reprimiendo de ese modo su acceso de cólera es el compungido abogado que nos narra la historia de su obsesión por uno de sus empleados, el copista Bartleby. Lo que nos va contando ese hombre es la perturbadora ampliación de sus preocupaciones, de su perplejidad y miedo, y de cómo todas sus ideas de devolver a su empleado al mundo de la razón se van desvaneciendo. ¿Es tarea para él ingrata e imposible? Lo es. Tal vez porque sus expectativas han venido apoyándose en una *lógica de los presupuestos* según la cual “un jefe espera ser obedecido” cuando en la realidad las cosas a veces van de otra forma y con Bartleby no cabe esperar nunca que las cosas sean reguladas por los presupuestos. Y es que el copista que tanto aflige al abogado narrador ha inventado por su cuenta nada menos que una nueva lógica, *la lógica de la preferencia*; una disciplina que, como decía Deleuze, se basta por sí sola para socavar los presupuestos del lenguaje. Para Deleuze, Bartleby es el Solterón, aquel de quien Kafka dice que no tiene más suelo

que el que precisan sus dos pies, ni punto de apoyo que el que ocupan sus dos manos, el que se tiende en la nieve en pleno invierno para morir de frío como un niño, el que no tiene mejor cosa que hacer que pasear, aunque, eso sí, puede pasear por cualquier lugar, sin necesidad de moverse.

Tiene un cierto y casual parecido este solterón con Robert Walser, hasta el punto de que puede decirse que Bartleby es Walser *avant la lettre*, y la clase de fascinación que el abogado siente por él—ese deslumbramiento ante la fórmula “preferiría no hacerlo” de su empleado— proviene seguramente del reconocimiento sigiloso de la envidiable gran libertad de la que sabe gozar su copista desde que puso en marcha los mecanismos de su inmóvil lógica de la preferencia.

Releyendo ayer el cuento de Melville, me acordé de pronto de que, sin lograrlo nunca, esa lógica de la preferencia había sido siempre el gran sendero por el que había querido marchar una de las secciones más inteligentes de la siempre doliente humanidad. Durante un tiempo creo haber estado en contacto con esa sección y haber tenido la suerte de conocer a más de uno que soñó que se liberaba de la lógica de los presupuestos que tanto le atenazaba y destruía su camino más ansiado: su camino hacia la torre más alta [“Chanson de la plus haute Tour”], aquella que él, por momentos, había dado por clamorosamente perdida.

Y así, andando por el sueño de sendas inesperadas, creo ahora haber ido llegando a un punto en el camino —inevitable

hablando de “bartlebys”, de escritores que en un momento dado *preferieron* no seguir escribiendo— llamado Rimbaud, lo que va a permitirnos observar con detalle dos versos de su “Chanson”: “Por delicadeza / perdí mi vida”.

Si nos decidiéramos a cambiar “*délicatesse*” por “*obéissance*”, veríamos que el sentido de los versos permanecería inalterable, quizá porque en el fondo la obediencia se ha mostrado siempre igual de experta que la delicadeza a la hora de perjudicar nuestras vidas.

Cuando escribía *Bartleby y compañía* nunca perdí de vista que por obediencia podía perder la vida, y así muchas de las peticiones de amigos para que incluyera a un escritor bartleby en lugar de otro no quise atenderlas, pues preferí moverme, casi desde el primer momento, en la lógica de la preferencia, tan coherente con el espíritu del copista melvilliano de Wall Street, aquel recalcitrante solterón que nunca tuvo más suelo que el que precisaban sus dos pies, ni punto de apoyo que

el que ocupaban sus dos manos.

Esa lógica de la preferencia, motor de todo el libro, es la que me llevó a preferir que a mi narrador se le viera siempre de perfil y fuera lo más parecido a Bartleby, el personaje de Melville, ese personaje de ficción sin referencias, sin posesiones, sin propiedades, sin cualidades, sin particularidades: un hombre demasiado llano como para que se le pudiera adherir alguna *particularidad*. Y esa misma lógica fue también la que me llevó a *preferir* que Rimbaud, por ejemplo, el poeta bartleby por excelencia, ocupara

un lugar ínfimo en mi libro, pues de lo contrario habría estado señalando demasiado lo que no ha sido nunca nada más que un lugar común de la historia de la literatura contemporánea. Por eso condené a Rimbaud a no ocupar un espacio superior al que, según parece, solía ocupar en sus atardeceres, cuando para no escribir se colocaba de perfil en los valles de Abisinia. Esa lógica de la preferencia es la misma que me llevó a rechazar en mi libro la inclusión de supuestos bartlebys, como sería el caso

flagrante de Macedonio Fernández, en quien tanto pensé mientras escribía el libro.

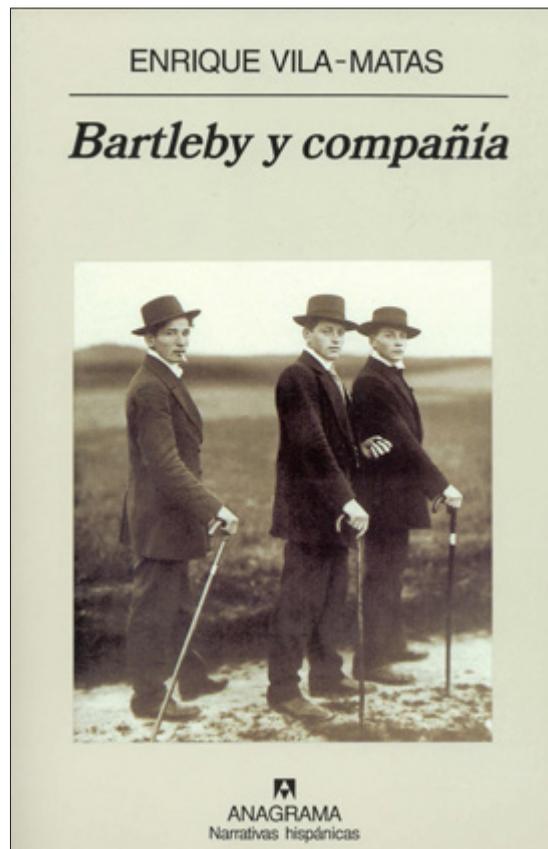
—¿Por qué no incluiste a Macedonio? —me preguntaron más de una vez.

—Porque preferí no hacerlo.

Actué siempre de acuerdo con esa lógica melvilliana, lo que no quita que, dueño siempre completo de mi selección un tanto aleatoria de bartlebys, aceptara, mientras escribía el libro, algunas de las sugerencias de amigas y amigos. Ana Rodríguez Fischer,

por

ejemplo, me envió por correo el caso del argentino Enrique Banchs, que escribió un gran poema, “La urna”, y estuvo después cincuenta y siete años sin escribir nada más. En cuanto supe del caso Banchs, lo introduje en el libro. Siempre lo he visto como un caso bien extraño de bartleby, pero no por los cincuenta y siete años de silencio profundo, sino por los motivos que pudo tener Banchs para tan largo mutismo; motivos que Borges describió con maestría: “Tal vez a Banchs su propia destreza le hizo desdeñar la literatura como un juego demasiado fácil”.



Por su parte, Rodrigo Fresán me facilitó un bartleby al que tal vez no habría tenido yo en cuenta, puesto que ni lo había leído ni tenía previsto hacerlo. Me refiero a Henry Roth, el autor de ese genial libro que es *A merced de una corriente salvaje*. Henry Roth, cuyo silencio literario tras su novela *Llámalo sueño* duró varias décadas, fue un escritor que tomó una curiosa decisión bartleby: la de publicar algún día algún libro más, siempre y cuando él sobrepasara de largo la edad de ochenta años; superó de largo esa edad, y entonces dio a la imprenta su obra maestra: *A merced de una corriente salvaje*. Así que acepté sugerencias de amigos, pero también *preferí* no aceptar la gran mayoría de las indicaciones que recibía, de modo que acabaron quedando fuera tantos escritores bartlebys que, nada más publicar el libro, empecé a recibir cartas de lectores recomendándome que en una nueva edición incluyera una serie de escritores que había olvidado. Contesté a algunas de aquellas cartas, pero no a una que me llegó de Seúl, Corea del Sur, donde se me hablaba del escritor argentino Néstor Sánchez. No respondí porque me impresionó demasiado que el nombre de este escritor, al que había

leído hacía años con admiración, me llegara de pronto por vía asiática. Pero la carta también me impresionó por otros motivos, especialmente por dos en concreto: 1) si la memoria no me fallaba, yo había escrito mi primer libro en 1973 influenciado por la lectura de *Nosotros dos*, una narración de Sánchez que me había regalado Michi Panero una tarde en Barcelona en la librería Ancora y Delfín; 2) me resultó, por lo inesperado, bien chocante que Sánchez tuviera una biografía tan bartleby, todo un ejemplar tratado de la lógica de la preferencia, pues al parecer prefirió la errancia al escritorio en el momento en que comprendió que la literatura se había acabado para él. Sánchez llevó su huida general tan lejos que algunos seguidores le dieron por muerto y le montaron un homenaje en Buenos Aires. Cuando para sorpresa de todos, supieron que vivía y que precisamente acababa de regresar de años de una aventura extraña por lugares que se adivinaban inconfesables, y estaba en Buenos Aires, fueron a verle para que les dijera por qué diablos hacía tanto tiempo que no escribía.

—Y bueno, se me acabó la épica —respondió lacónico.



Enrique Vila-Matas (1948)

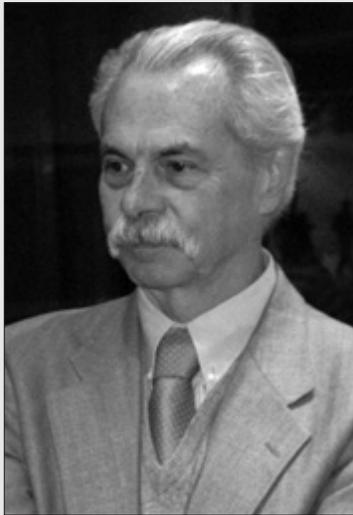
Escritor español nacido en Barcelona. Autor de más de una treintena de obras, que incluyen novelas, ensayos y otros tipos de narrativa y libros misceláneos. Entre sus publicaciones más destacadas se encuentran *Mujer en el espejo contemplando el paisaje* (de 1971, reeditada en 2001 con su título original, *En un lugar solitario*), *La asesina ilustrada* (escrita en 1974 durante una estada en París), *Al sur de los párpados* (1980) e *Impostura* (1984).

Dos poemas

Santiago Sylvester

1.

Un golpe en una mesa,
y el hombre mira alrededor, sin éxito ni
culpa, solo con
el asombro del que, repleto de whisky, no
encuentra qué decir.
La palabra, una autopsia: un corte trans-
versal en el cerebro;
y de este menoscabo del lenguaje se
alimenta un época que cesa, no por agota-
miento, sino por crispación:
el psicoanálisis concluye en epilepsia,
la semiótica esconde su abuso en la tras-
tienda, la fanfarria de la ciencia no logra
descifrar sus
propósitos;
¿y qué haremos con la actividad de la palabra?
Un hombre ha golpeado la mesa, torpe la
lengua y la mirada idiota,
y ha marcado el arranque de una nueva era:
él es su profeta,
una trompada en una mesa su huella digital.



Santiago Sylvester (1942)

Escritor salteño, autor de libros de poesía, cuentos y ensayos. Ha recibido numerosos premios nacionales y municipales. En España obtuvo los premios Ignacio Aldecoa y Jaime Gil de Biedma. Su última publicación, *La conversación* (2017), es una antología de poemas editada por Colección Visor, Madrid. Es miembro de número de la Academia Argentina de Letras, correspondiente de la Real Academia Española.

2.

Un unicornio mira desde tierra firme el Arca
de Noé: lo olvidaron al cerrar la compuerta.
Después vino la lluvia, y otra vez la lluvia.
Peces,
pájaros y caimanes, más los zancudos que
caminan sobre
el agua, tenían su habilidad
y no sufrieron sobresalto en la cuarentena
más húmeda
que se recuerda; el unicornio, sí.
Elefantes, caballos, quirquinchos y corzuelas
estaban bajo techo en la chalana célebre
cuando se vino abajo el cielo inhóspito:
cabras, gallinas y tortugas (“ese
interesante animal que es a la vez
animal y domicilio”)
iban a salvo de cualquier diluvio;
el unicornio, no.
Por este olvido llegan de vez en cuando
noticias de algo que se perdió en un mapa
antiguo, en algún
pergamino tapado varias veces por el polvo:
señales confusas que ya vienen de ninguna
parte: restos flotantes
desde antes que el tiempo se volviera historia.
Y solo queda el olvidado, el que no pudo ser,
el que dice cuando un artista atacado por el
virus místico lo rescata en un tapiz o en el
cuadro de alguna sacristía: “nacé perdido y
no quiero que me encuentren”; y mira
desde tierra firme.



La soledad del corredor de fondo

Alan Sillitoe

Collin Smith proviene de una casa pobre en un barrio de clase obrera de Nottingham, Inglaterra. Tras cometer un crimen menor, es enviado a un reformatorio y allí obtiene un permiso especial para entrenar como corredor de fondo y representar al correccional en una competencia deportiva. Las crudas sentencias del joven se entremezclan con la sensación de fuga y libertad que le produce el correr y la tentación de escaparse efectivamente del encierro y la hipocresía que lo rodea. Transcribimos aquí un fragmento de “The Loneliness of the Long Distance Runner”, primer cuento de una colección de relatos bajo el mismo título, publicada por el escritor británico Alan Sillitoe en 1959.

Nada más llegar al reformatorio me destinaron a corredor de fondo. Supongo que pensaron que estaba hecho para eso porque era alto y flaco para mi edad (y lo sigo siendo) y de todas formas, a mí me daba un poco igual, a decir verdad, porque correr siempre había sido algo importante para nuestra familia, especialmente correr huyendo de la policía. Siempre he sido un buen corredor, veloz y de zancada larga; el único problema era que aunque el día del trabajito en la panadería corrí lo más rápido que pude, y puedo afirmar que a pesar de todo logré una muy buena marca, no por ello evité que me agarrara la policía.

Les va a sonar un poco raro eso de que haya corredores de fondo a campo traviesa en el reformatorio; van a pensar que lo primero que un corredor de este tipo haría cuando lo dejasen suelto por los prados y bosques sería huir del lugar tan lejos como la barriga llena de la bazofia del reformatorio pudiera llevarlo, pero se equivocan, y les voy a decir por qué. Lo primero es que esos hijos de puta que nos mandan no son tan tontos como parece la mayor parte del tiempo, y lo segundo es que yo tampoco soy tan tonto como parecería si tratase de escaparme por ahí aprovechando la competencia, porque fugarse para que luego te agarren no es más que una pérdida de tiempo, y yo no tengo ganas de perderlo. Es la astucia lo que cuenta en esta vida, e incluso la propia astucia hay que usarla del modo más disimulado que uno pueda; se los digo sin rodeos: ellos son astutos y yo soy astuto. Si solo “ellos” y “nosotros” tuviésemos las mismas ideas

seríamos como uña y carne, pero ellos no están de acuerdo con nosotros ni nosotros lo estamos con ellos, y así es la cosa y así va a seguir siendo siempre. Lo único cierto de todo esto es que todos somos astutos, de ahí que no nos podamos ni ver. Así es que ellos saben que no voy a tratar de huir de sus garras: se sientan ahí como arañas en ese caserón en ruinas, posados sobre el tejado igual que unos cuervos presuntuosos, oteando los caminos y prados como generales alemanes desde sus tanques. E incluso cuando mi trote me lleva tras un bosque y ya no pueden verme, saben que mi pelo de cepillo acabará asomando por encima del cerco en una hora y que me voy a reportar con el tipo del portón. Porque cuando en una cruda mañana helada de invierno me levanto a las cinco y me pongo de pie sobre el frío suelo de piedra con la panza tiritándome, y a todos los demás todavía les queda otra hora para seguir dormitando antes de que suene la campana, y bajo sigilosamente las escaleras atravesando todos los pasillos hasta el gran portón de salida, agarrando mi tarjeta de corredor con la mano hecha un puño, me siento como el primer y último hombre sobre la tierra, ambas cosas a la vez, si pueden entender lo que estoy tratando de decir. Me siento como el primer hombre porque voy casi en cueros y me mandan a los campos helados en camiseta y pantalón corto, cuando incluso el primer pobre indeseable al que dejaron sobre la faz de la tierra en pleno invierno sabía cómo fabricarse un traje con hojas o cómo despellejar un pterodáctilo para usarlo de abrigo. Pero acá estoy



Fotogramas del film *The Loneliness of the Long Distance Runner*, dirigido por Tony Richardson, 1962.

yo, duro de frío, sin nada que me caliente salvo un par de horas de carrera de fondo antes del desayuno, ni siquiera una rodaja de pan con matarratas. Me están entrenando de lo lindo para el gran día del deporte, cuando vienen todos esos mocosos cara de cerdo de los duques y las damas —esos que no saben sumar dos más dos y que no sabrían qué hacer si no tuviesen una partida de esclavos a su entera disposición—, y nos sueltan discursos sobre el deporte: que es lo que nos hará llevar una vida honrada y mantener las yemas de esos deditos inquietos lejos de los picaportes y de las cerraduras de los negocios, y de las horquillas que abren los medidores de gas. Y nos dan un pedazo de cinta azul y una copa como premio después de acabar hechos polvo de tanto correr o saltar como caballos de carreras, solo que a nosotros no nos cuidan tan bien como a los caballos de carreras.

Así que acá estoy, plantado en la entrada en camiseta y pantalón corto, sin una miga reseca de pan siquiera calentándome la barriga, mirando absorto las flores cubiertas

de escarcha que crecen afuera. Supongo que pensarán que esa imagen bastaría para hacerme llorar. Para nada. Solo porque me sienta como el primer tipo en pisar la tierra no me voy a poner a hacer berrinche. Me hace sentir mil veces mejor que cuando estoy enjaulado en ese dormitorio con otros trescientos infelices como yo. No, cuando no lo llevo tan bien es solo algunas veces en las que estoy ahí fuera considerándome el *último* hombre sobre la tierra. Me tengo por el último hombre sobre la tierra porque pienso que esos otros trescientos dormilones que dejo ahí atrás ya están muertos. Duermen tan a pierna suelta que me empiezo a creer que todas esas cabezas andrajosas estiraron la pata durante la noche y que solamente quedo yo, y cuando miro los arbustos y estanques helados tengo la sensación de que va a hacer más y más frío hasta que todo lo que veo, incluidos mis propios brazos enrojecidos, se va a cubrir de mil kilómetros de hielo; todo a mi alrededor, toda la tierra, hasta el cielo, incluido cualquier pedacito de tierra firme y de mar. Así que intento

sacarme esa sensación y actuar como si fuese el primer hombre sobre la tierra. Y eso me hace sentir bien, así que en cuanto entro en calor lo bastante como para que esta sensación me invada, cruzo de un salto el umbral de la puerta y me lanzo a trotar.

Estoy en Essex. Se supone que es un buen reformatorio, al menos eso es lo que me dijo el director cuando llegué acá desde Nottingham. “Queremos confiar en vos durante tu estancia en esta institución”, dijo, alisando su diario con esas blanquísimas manos de no haber trabajado en su vida, mientras yo leía las grandes palabras al revés: *Daily Telegraph*. “Si jugás limpio con nosotros, jugamos limpio con vos”. (Les juro que uno pensaría que la cosa se trataba de un largo partido de tenis.) “Queremos que se

trabaje duro y con honradez, y fomentamos el atletismo de nivel”, dijo también. “Y si nos das las dos cosas, tené por seguro que te vamos a tratar bien y te vamos a devolver al mundo hecho un hombre honrado”. Bueno, creí que me iba a morir de la risa, sobre todo cuando justo después de esto escuché los ladridos del sargento mayor llamándome la atención a mí y a otros dos y poniéndonos a desfilar como si fuésemos granaderos. Y cuando el director siguió diciendo lo mucho que “queremos” que hagas esto, y lo que “deseamos” que hagas lo de más allá, yo seguí buscando con la mirada a los otros tipos, preguntándome cuántos habría por allí. Por supuesto, me constaba que había miles, pero hasta donde yo podía ver, solamente había uno en la sala. Hay miles



de ellos por todo este país infecto: en los negocios, en las oficinas, en las estaciones de tren, en los coches, en las casas, en los pubs... Tipos cumplidores de la ley como ustedes, como ellos, todos atentos y vigilando a los proscritos como yo, y esperando para llamar a la policía tan pronto como vean que damos un paso en falso. Y esto va a seguir así, como oyen, porque yo no he terminado de dar pasos en falso todavía, y me atrevería a decir que no voy a terminar hasta el día en que me muera. Si los tipos legales confían en lograr que deje de darlos, están perdiendo el tiempo. También podrían ponerme contra el paredón y disparar con una docena de rifles: solo así nos pondrían firmes a mí y a otros tantos millones de tipos como yo. Porque desde que llegué acá, he estado pensando mucho. Pueden espiarnos todo el día para ver si nos estamos rascando o si hacemos bien nuestro trabajo y le damos al "atletismo", pero no pueden hacer una radiografía de nuestras entrañas y adivinar lo que andamos pensando en lo más íntimo. Llevo tiempo preguntándome todo tipo de cosas, y pensando sobre la vida que he llevado hasta ahora. Me gusta hacerlo. Es

muy entretenido: ayuda a que el tiempo pase y a que el reformatorio no parezca ni la mitad de malo de lo que los chicos de nuestra calle afirmaban que era. Y la tontería esta de las carreras de fondo es lo mejor de todo, porque me ayuda a pensar tan bien que aprendo cosas incluso mejor que cuando estoy en la cama de noche. Y además, con eso de pensar tanto mientras corro resulta que me he ido convirtiendo en uno de los mejores corredores del reformatorio. No conozco a nadie que haga el circuito de seis kilómetros más rápido que yo.

Así que tan pronto como me viene a la cabeza que soy el primer hombre en caer al mundo, cada mañana temprano, cuando ni siquiera los pájaros tienen fuerza para ponerse a cantar, nada más dar el primer salto en dirección al páramo helado, me pongo a pensar y comprendo que eso es lo que más me gusta en el mundo. Doy mis vueltas como soñando, doblo las curvas de los caminos y los senderos sin darme casi cuenta, salto por los arroyos sin prestarles atención y grito buenos días al tipo madrugador que ordeña las vacas sin siquiera verlo. Es un lujo ser un corredor de fondo,



ahí afuera, solo en el mundo, sin un alma que te ponga de mal humor o que te diga qué tenés que hacer, o que un poco más atrás, en la siguiente calle, hay un negocio para entrar a robar. A veces pienso que nunca soy tan libre como durante ese par de horas en las que troto por el sendero fuera de los portones y doy vueltas alrededor de ese roble pelado y barrigón que hay al final. A mi alrededor todo está muerto, pero para bien, porque está muerto antes de cobrar vida siquiera, no muerto tras haber estado vivo. Así es como lo veo yo. Eso sí, casi todas las veces empiezo duro del frío. No siento las manos ni los pies ni mi carne en absoluto, como si fuera un fantasma que no supiera que el suelo está bajo sus pies de no ser porque lo atisba de vez en cuando a través de la niebla. Pero aunque haya gente que seguro escribiría una carta a su mami para contarle que le dan calambres cada vez que sale a correr, yo jamás diría nada así, porque sé que en cuanto lleve corriendo media hora habré entrado en calor, y que para cuando llegue a la ruta principal y gire hacia el camino de los trigales, junto a la parada del ómnibus, voy a estar tan caliente como una salamandra y tan feliz como un perro con una cola de lata.

Es una buena vida la que llevo, me digo a mí mismo, siempre que no me rinda ante la policía, los jefes del reformatorio y todos esos legalistas con cara de hijos de puta. Trot-trot-trot, puf-puf-puf, slap-slap-slap, resuenan mis pies sobre la tierra dura. Fris-fris-fris, cuando los brazos y costados se rozan con las ramas desnudas de un arbusto. Porque ahora tengo diecisiete años y cuando me dejen salir de acá —eso si no me escapo antes y veo que las cosas pasan de otra manera— seguro que van a intentar que me enliste en el ejército, y ¿qué diferencia hay entre el ejército y el lugar en el que estoy ahora? A mí no me engañan los muy desgraciados. He visto las barracas cerca de donde vivo, y si no fuera porque siempre hay soldados con rifles haciendo la guardia, apenas se notaría la diferencia entre el cuartel y el lugar en el que estoy ahora. Y aunque los soldados salgan alguna vez entre semana a tomarse una cerveza, ¿qué? ¿No salgo yo tres mañanas por semana a correr por el campo? Eso es cincuenta veces mejor que empinar el codo, les apuesto lo que quieran. Cuando me dijeron por primera vez que iba a correr sin el guardia pedaleando detrás en su bicicleta no lo podía



creer, pero me contaron que estaba en un lugar moderno y progresista, aunque a mí no me engañan porque sé que no es más que un reformatorio como todos, según las historias que escuché; la única diferencia es que acá me dejan andar trotando por ahí de vez en cuando. Porque un reformatorio es un reformatorio, no importa cómo lo pinten; pero en cualquier caso, al principio no me parecía nada bien que me obligasen a levantarme tan temprano y me mandasen a correr ocho kilómetros con el estómago vacío, hasta que me convencieron de que no era algo tan malo —cosa que yo siempre supe— y me trataron como a un buen deportista y me dieron palmaditas en la espalda cuando dije que lo iba a hacer de mil amores y que iba a intentar ganar para ellos la copa del Premio Banda Azul de reformatorios (para toda Inglaterra) para carreras a campo traviesa. Y ahora el director habla conmigo cuando viene a hacer sus rondas, casi como le hablaría a su caballo de carreras ganador si tuviese uno.

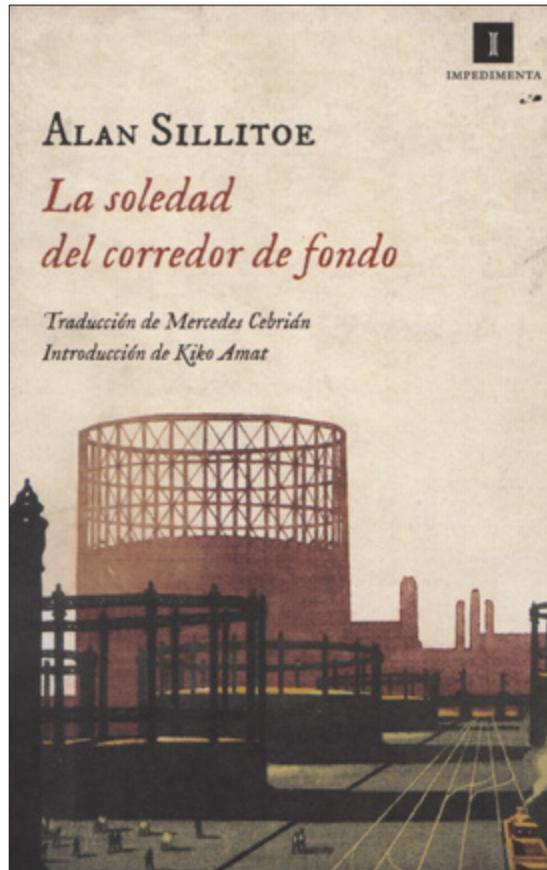
[...]

Llevaba casi dieciocho meses en el reformatorio cuando un día empecé a pensar en serio en escaparme. Poco puedo contarles acerca de cómo era todo ahí, porque no le agarro bien la mano a describir edificios o a contar cuántas sillas destartadas o ventanas desentablilladas hay en una habitación. Tampoco puedo quejarme mucho porque, la verdad, no sufrí en absoluto en el reformatorio. Respondería lo mismo que un amigote mío cuando le preguntaron si

odiaba estar en el ejército. “No lo odiaba”, dijo. “Me daban de comer, me daban un traje y algo de plata, lo cual era infinitamente mejor que lo que tenía antes, a menos que me hubiese matado trabajando, y la mayor parte del tiempo ni siquiera me dejaban trabajar: me mandaban a la oficina

de empleo dos veces por semana”. Bien, a eso más o menos es a lo que me refiero. El reformatorio no me hizo mal en ese sentido, así que al no tener quejas no hay motivo para que describa lo que nos daban para comer, el aspecto de los dormitorios colectivos o cómo nos trataban. Pero en otro sentido el reformatorio sí que me afecta. No, no es que me haga ponerme a la defensiva, porque siempre estuve a la defensiva, prácticamente desde el día en que nací. Lo que hace es mostrarme con qué han estado tratando de asustarme. Tienen otros

medios también: la cárcel y, si las cosas se ponen feas de verdad, la soga. Es como si echase a correr para avalanzarme sobre alguien y robarle el abrigo y, de repente, me tuviera que detener porque el otro sacase una navaja y la levantase para degollarme como a un marrano si me acerco demasiado. Esa navaja es el reformatorio, la cárcel, la horca. Pero una vez que has visto la navaja aprendés algo de combate cuerpo a cuerpo. Tenés que hacerlo, porque jamás tendrás en tus propias manos esa clase de navaja que ellos usan contra vos; por lo demás, ese combate cuerpo a cuerpo no es gran cosa. Pero es lo que hay, y seguís corriendo hacia ese tipo, con o sin cuchillo, confiando en poder agarrarlo de la muñeca



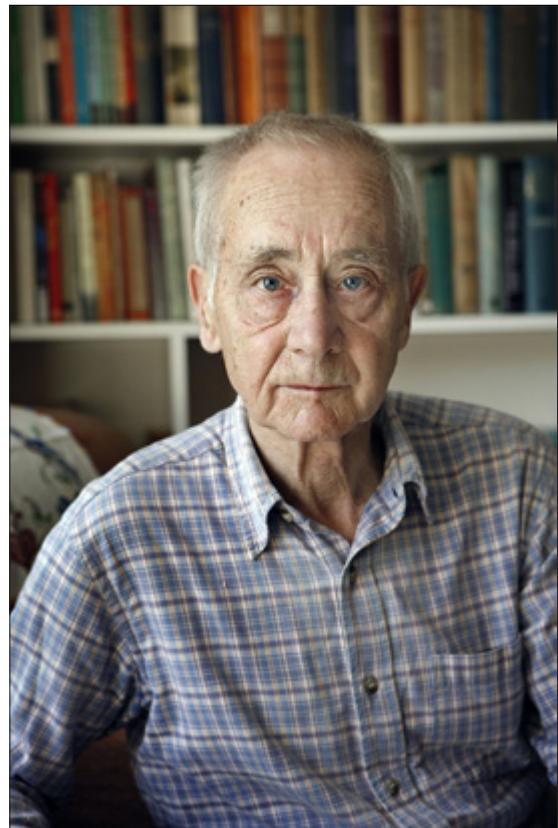
con una mano y del codo con la otra, todo al mismo tiempo, y empujarlo hacia atrás para que la navaja se le caiga al piso.

Ya ven, mandándome al reformatorio me han mostrado la navaja, y de ahora en adelante sé algo que antes no sabía: que ellos y yo estamos en guerra. En guerra perpetua. Siempre lo supe, naturalmente, porque también estuve en algún que otro centro de menores y los chicos de ahí solían contarme un montón de cosas acerca de sus hermanos que estaban en el reformatorio; pero entonces la cosa era solo un toco y me voy, éramos gatitos, llevábamos guantes de boxeo, solo nos estábamos divirtiendo. Pero ahora que me han enseñado la navaja, decida o no volver a clavarla a lo largo de mi vida, sé quienes son mis enemigos y sé lo que es la guerra. Por mí pueden tirar todas las bombas atómicas que quieran porque lo único que me importa es que nunca voy a llamar guerra a eso ni llevaré uniforme militar: mi guerra, que ellos toman por un juego de niños, es otra muy distinta. Lo que ellos consideran guerra es en realidad un suicidio, y a todos los que matan cuando van a la guerra los deberían meter en la cárcel por tentativa de suicidio, porque eso es lo que está en las mentes de estos tipos cuando se apresuran a enlistarse o se dejan reclutar. [...]

Admito que ha habido veces en las que he pensado decirle al director todo esto que pienso, ponerle sobre aviso, pero cuando lo he tenido enfrente, he cambiado súbitamente de opinión. Que lo adivine él solito, o que pase por el mismo calvario que yo hasta averiguarlo. No es que yo tenga el corazón de piedra ni nada (en realidad, cuando he tenido ocasión he ayudado a unos cuantos tipos con algo de plata, alguna mentirita, una pitadita, o proporcionándoles techo cuando llovía y ellos estaban en plena huida), pero estoy jodido si corro el riesgo de que me metan en cana solo por tratar de darle al director un consejito que no se merece. Si se me ablanda el corazón, sé para qué tipo de gente me voy a reservar. Además, cualquier consejo que le diera al director no le haría ningún bien; solamente conseguiría que metiera la pata más rápido que si no le avisara, que supongo que es

lo que va a ocurrir al fin y al cabo. Aunque por ahora voy a dejar que las cosas sigan su curso, que es algo que también he aprendido en este último par de años. [...]

Adaptación de la traducción de Mercedes Cebrián para la edición de Impedimenta, Salamanca, 2013.



Alan Sillitoe (1928-2010)

Escritor inglés de poesías y novelas, vinculado al movimiento literario Angry Young Men de los años cincuenta. Durante su paso por la Fuerza Aérea Británica, se enfermó de tuberculosis y mientras estaba internado se acercó a la literatura y a la escritura. Su relato “La soledad del corredor de fondo” (“The Loneliness of the Long Distance Runner”) le hizo obtener el premio Hawthornden en 1959. Esta historia también fue adaptada al cine por Tony Richardson en 1962. En 1995 publicó su autobiografía bajo el título de *Life without Armour*.



La carta de Jerilderie

Ned Kelly

Edward “Ned” Kelly fue un líder bandolero australiano, reivindicado por muchos como un héroe popular por su desafío a las autoridades coloniales británicas. Un año antes de su muerte (fue ejecutado en la horca el 11 de noviembre de 1880), Kelly redactó una extensa carta manuscrita con un particular estilo de escritura, moderno y desbordado, en la que ofrece su descargo y da cuenta de cómo llegó a ser uno de los criminales más famosos de Australia, al tiempo que denuncia la corrupción policial y el abuso de los oficiales hacia las familias más pobres. Reproducimos aquí la primera traducción completa al castellano de esta pieza epistolar de significativas resonancias en la cultura popular del siglo XX, realizada especialmente por el escritor argentino Ernesto Montequín.

página
48

Estimado señor: quiero ponerlo en conocimiento de algunos acontecimientos del presente del pasado y del futuro. En o hacia la primavera de 1870 la tierra estaba blanda y el carro de un buhonero llamado señor Gould quedó atascado entre Greta y la casa de mi madre en Eleven Mile Creek, en algunos tramos la tierra estaba tan estropeada que hasta un pato se habría atascado en ella de modo que el señor Gould abandonó su carro por miedo a perder sus caballos en el terreno cenagoso. Se hospedó en casa de mi madre en espera de un clima más soleado o más seco. El señor McCormack y su esposa eran también buhoneros y tuvieron que acampar en Greta donde los mosquitos eran una peste como suele ocurrir durante las lluvias de primavera y para ayudarlos el señor Johns trajo un caballo llamado Ruita Cruta que era capón pero hábil como una comadreja vieja o como cualquier padrillo para arrear caballos y solía llevarlos siempre por el mismo camino desde el pantano de Greta hasta once kilómetros arroyo arriba por consiguiente también se llevó al caballo de McCormack. El señor Gould se había levantando temprano y alimentaba sus caballos cuando oyó un cencerro y vio el caballo de McCormack pues conocía bien al animal entonces envió a su muchacho para que lo llevara de regreso a Greta. Cuando los McCormack recuperaron su caballo fueron

a ver a Goold de inmediato y lo acusaron de haber puesto a trabajar al animal; eso era falso, y Goold se veía tan desconcertado ante semejante idea que no pude evitar reírme al oír a la señora McCormack acusándolo de haber usado el caballo luego de que Goold había tenido la deferencia de enviar a su muchacho a recuperar el caballo que había escapado tras Ruta Cruta para luego devolvérselo a sus dueños. Manifesté la inocencia de Gould y la señora McCormack se volvió contra mí y me acusó de haber traído su caballo desde Greta hasta el carro de Goolds para sacarlo del pantano no quise contestar a la mujer porque mi madre se hallaba presente pero aquel mismo día mi tío y yo nos encontrábamos capando terneros cuando Gould envolvió los testículos de un ternero en una nota escrita por él y me los entregó para que los hiciera llegar a la señora McCormack, como no la encontré entregué el paquete a un muchacho para que se lo diese cuando ella regresara pero en lugar de dárselo a ella se lo dio a su marido por lo que McCormack le dijo que me trajera ante él y entonces le dije que ni yo ni Gould habíamos usado su caballo. Me trató de mentiroso y dijo que me daría una paliza a mí y a cualquiera de mis hermanos yo tenía entonces catorce años pero acepté el desafío y estaba desmontando cuando la señora McCormack golpeó a mi caballo en el anca con una lonja de cuero y el animal

* Las imágenes y el texto original para su traducción fueron tomadas de la investigación de Alex McDermott para la edición de Faber and Faber, 2001.

50

If I had robbed and plundered ravished
 and murdered everything I met young
 and old rich and poor. The public
 could not do any more than take firearms
 And assisting the police as they have
 done, but by the light that shines
 peggad on an ad-bed with their
 bellies opened. Their fat taken out - tender
 ed and poured down their throat
 boiling hot will be fool to what
 pleasure I will ~~do with~~ ^{take} some of them
 And any person aiding or harbouring
 or assisting the Police in any way
 whatever, or employing any person
 whom they know to be a detective
 or sad or those like would be
 so deprived as to take blood
 Money will be buttawed. And
 declared benefi to be allowed
 human burial their protest.

Manuscrito de "The Jerilderie Letter".

brincó hacia adelante y mi puño chocó contra la nariz de McCormack haciéndole perder el equilibrio y caer de rodillas yo até mi caballo dispuesto a terminar la pelea pero McCormack se puso de pie y salió corriendo hacia la comisaría. El alguacil Hall me preguntó el motivo de la reyerta y le conté que nos acusaban a Gould y a mí de haber usado el caballo de los McCormack y que por eso le había pegado y volvería a pegarle si seguía amenazándome McCormack me dio un empujón y siguió diciendo sus mentiras contra mí y me condenaron a tres meses de cárcel por haberlo

golpeado y a otros tres meses por haberle entregado el paquete con la obligación de no reincidir en los próximos doce meses. La señora McCormack presentó pruebas contundentes contra mí puesto que está muy familiarizada con aquella isla llamada Tasmania más conocida como la penitenciaría de Dervon o de Vandiemann donde McCormack fue guardiacárcel y donde las mujeres no abundan y fue él quien la liberó de aquella tierra de tiranía y de esclavitud, y ambos llegaron juntos a Victoria y ahora viven en Greta y el 29 de marzo abandoné la prisión y una vez que me hallé de regreso en

casa Wild Wright llegó a Eleven Mile para visitar al señor Gunn se quedó a pasar la noche y perdió su yegua por lo que él y yo la buscamos durante todo el día siguiente sin poder encontrarla Wright que era un extraño para mí tenía prisa por regresar a Mansfield por lo que le presté otra yegua y me dijo que si yo encontraba la suya la conservara hasta que él trajese de regreso la mía mientras iba yo camino a Wangaratta vi la yegua y la atrapé y la llevé conmigo hasta la comisaría y el detective Berrill dijo conocerla porque había visto a las muchachas Martains montándola en el pueblo varios días antes que me alojara en el Hotel Star de Petre Martains en Wangaratta. Era una yegua alazán con la cara blanca la cola tusada con una marca (M) tan visible como las agujas del reloj de la torre de la municipalidad. Resultó ser propiedad de un jefe de Telégrafos de Mansfield que la había perdido el día 6 y la había denunciado el 12 de marzo y yo estuve preso en la cárcel de Beechworth hasta el 29 de marzo por lo tanto no pude haberla robado. Andaba yo montado en la yegua por las calles de Greta cuando el alguacil Hall se acercó a mí y me dijo que tenía que firmar algunos papeles relacionados con mi fianza que no había firmado en Beechworth y le creí y luego dijo que los papeles estaban en el cuartel pero yo no tenía idea de que se proponía arrestarme o de lo contrario me habría marchado tranquilamente en lugar de acompañarlo hasta el cuartel. Estaba bajándome del caballo cuando Hall me atrapó y trató de arrojarme al suelo pero cometió un error y él mismo cayó de espaldas sobre la tierra la yegua salió al galope y en lugar de pisarle el cuello a Hall y apoderarme de su revólver y encerrarlo en un calabozo traté de alcanzar la yegua. Hall se puso de pie y disparó sobre mí tres o cuatro veces y me habría matado si no fuese porque el cargador de su revólver se atascó. Todo el mundo en Greta sabe que Hall no me dijo que quería arrestarme sino hasta después de que intentara dispararme cuando lo oí gatillar me quedé quieto hasta que Hall se acercó y se arrojó sobre mí temblando de miedo y yo sabía que volvería a apretar el gatillo antes de que lograra dominarme así que me anticipé y salté sobre

él y tomé su revólver con una mano y su cuello con la otra. No me atreví a golpearlo porque habría perdido la fianza que le había pagado así que dejé que mordiera el polvo una y otra vez porque el hombre estaba tan indefenso como un albatros después de haber comido un buey o un caballo muerto. Seguí arrastrándolo por el polvo hasta que llegamos al lado opuesto de la calle en el mismísimo lugar donde ahora se alza el hotel de la señora O'Brien y donde acababan de cavar el sótano y el lugar estaba rodeado por una cerca que tenía algunos listones faltantes y allí dentro arrojé al grandísimo cobarde de Hall que cayó sobre su barriga y luego lo monté a horcajadas y hundí mis espuelas en sus muslos y él aullaba como un ternero mordido por una jauría y hasta que derribó varios metros de cerca y entonces le puse sus manos detrás de su nuca y traté de obligarlo a soltar el revólver pero se aferraba a él con todas sus fuerzas y pedía ayuda a los gritos a un tal Cohen y a Barnett, a Lewis, a Thompson, a dos herreros que miraban la escena pero no me atreví a golpear a ninguno de ellos porque estaba en libertad bajo fianza o de lo contrario habría desparado a esos sarnosos como estiércol en un chiquero trajeron sogas y me ataron manos y pies y Hall me golpeó tanto en la cabeza con la culata de su revólver que el doctor Hastings tuvo que darme nueve puntadas en algunas de las heridas porque Hall envió a alguien en busca de refuerzos y del doctor Hastings y cuando Wild Wright y mi madre llegaron nos encontraron por el rastro de sangre que había dejado en el polvo de la calle y por las manchas que arruinaron el portón recién pintado del cuartel. En la mañana siguiente me llevaron a Wangaratta esposado y con una soga que amarraba mis manos y mis piernas y me ataba al asiento del carro pues Hall tenía miedo de que lo arrojara del carro por eso me ató mientras el alguacil Arthur reía ante semejante cobardía porque fue él quien nos escoltó a Hall y a mí hasta Wangaratta. Fui juzgado y sentenciado porque Hall juraba que yo me había apropiado de la yegua pero el doctor murió o de lo contrario podía haber demostrado que Hall mentía ya que había sido juzgado varias veces por perjurio aunque siempre logró que

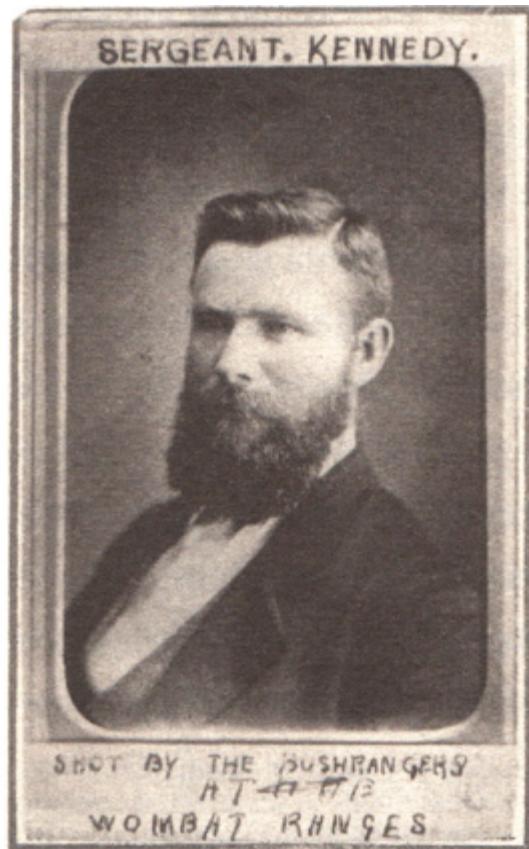
lo absolvieran porque eso no es un delito en las fuerzas policiales y para todo policía es un logro meter preso a un inocente por más que cualquier desgraciado pueda encubrir a un culpable la conducta de Hall es bien conocida en El Dorado y en Snowy Creek y Hall tenía una deuda considerable con el señor L.O. Brien y como estaba a punto de abandonar Greta el señor O. Brien no tendría posibilidad de recuperar su dinero así que organizaron una colecta para Hall y con ayuda de ese dinero logró pagar a James Murdock quien fue colgado hace poco en Wagga Wagga para que prestara falso testimonio en mi contra pero fui absuelto del cargo de robo de caballos y con los testimonios de Hall y de Murdock me declararon culpable de recibir caballos robados y me condenaron a tres años de confinamiento en los calabozos de Beechworth y de Pentridge. Ese fue el único delito que lograron probarme alguna vez por lo tanto estoy en condiciones de decir que jamás he sido condenado por robo de caballos o de ganado. Mi hermano Dan jamás fue acusado de atacar a una mujer y sin embargo fue condenado a tres meses sin posibilidad de fianza y un mes y dos libras de fianza por daño a la propiedad privada por el juez Butler una sentencia que ninguna ley puede justificar por lo tanto el fiscal desconoció su deber en este caso, pero es cierto que jamás existió algo parecido a la Justicia en las leyes inglesas sino una enorme cantidad de injusticia. Cuando recuperé mi libertad solo puede encontrar un solo caballo de los más de treinta que me pertenecían y que estaban entre los mejores animales que

había en la región. El alguacil Flood robó y vendió la mitad de ellos a los peones del ferrocarril robó un zaino y llegó a venderlo cuatro veces cuando salió la vía del ferrocarril estaba terminada y ya no quedaba ninguno de los hombres y Flood había sido transferido a Oxley. Allí siguió con el mismo juego reclamando como propios todos los caballos que parecían no tener dueño y que no habían sido denunciados en la gaceta policial. Flood estaba haciendo buenos negocios en Oxley hasta que el señor Brown de la estación Laceby logró hacerlo transferir ya que siempre andaba detrás de sus caballos. Flood es diferente al sargento Steel,



El agente Alexander Fitzpatrick.

a Strachan, a Hall y a la mayor parte de la Policía que se sirve de matones porque si no los consigue queda indefensa. Pero Flood es capaz de dar un golpe sin ayuda de nadie y es el mayor ladrón de caballos que conozco a excepción de mí mismo y de George King. Jamás trabajé en una granja ni jamás me conocieron caballo y montura desde que abandoné mi empleo en febrero de 1873 trabajé en los aserraderos de los señores J. Saunders y R. Rules luego para Heach y Dockendorf nunca trabajé por menos de dos libras con diez peniques por semana desde que salí de Pentridge y en 1875 o 1876 fui capataz para Saunders y Rule. También trabajé en los aserraderos de Bourke en las costas de Victoria ya que desde entonces me instalé en el río King, y mientras vivía allí cacé un enorme toro salvaje que entregué a Lydicher un granjero que a su vez lo vendió a Carr dueño de una carnicería y despensa que lo sacrificó para aprovechar la carne, poco después me acusaron de haber robado ese toro a James Whitty de Boggy Creek entonces cuando me crucé a Whitty en las carreras de Oxley le pregunté por qué me acusaba de haber robado ese toro y él me dijo que había encontrado su toro y que jamás me había acusado a mí pero su yerno Farrell le dijo haber oído que yo había vendido el toro a Carr y no mucho tiempo después volví a oír que me acusaban de haber robado una manada de terneros a Whitty y a Farrell algo de lo cual yo no tenía la menor noticia. Empecé a pensar que solo me acusaban porque necesitaban algún tema de conversación. Entonces me dediqué a vender caballos y ganado al por mayor y al por menor pero Whitty y Burns no se conformaban con la tierras que tenían en Boggy Creek y en el río King y con la crianza de su ganado gracias a la ocupación gratuita del campo y cualquiera que no se asociaba con ellos tenía que pagar un arrendamiento enorme a los bancos por el campo abierto de modo que un hombre pobre no podía criar ganado, y ellos confiscaban cualquier animal con el que se cruzaran, aunque estuviese lejos de las rutas gubernamentales. Si un pobre dejaba su caballo o una manada de terneros fuera del corral por un rato se los confiscaban. He sabido que Whitty y Burns



El agente Michael Kennedy, último en ser asesinado por Ned Kelly en Stringybark Creek.

llegaron a confiscar más de sesenta caballos en un solo día todos pertenecientes a granjeros pobres que tuvieron que abandonar sus labranzas o sus cosechas o cualquier otra tarea para viajar a Oxley. Cuando llegaban allí tal vez no contaban con el dinero necesario para liberar los animales y tenían que rematarlos o pedir un préstamo lo cual no es cosa sencilla. Y además de esa clase de trabajos, el oficial de policía Farrell robó un caballo a George King y lo guardó en los corrales de Whitty y Farrell hasta que abandonó la fuerza. Y todo eso fue el motivo por el cual mi padraastro George King y yo tomamos sus caballos y los vendimos a Baumgarten y Kennedy. Los mejores se vendieron a buen precio y los otros quedaron en el corral de Peterson y yo mismo modifiqué sus marcas dos fueron vendidos a Kennedy y el resto a Baumgarten que eran extraños para mí y a quienes tomé por gente honesta. Me pagaron bien por los caballos y no tenían manera de saber que eran robados. Nadie había participado en el robo y en la venta de los caballos salvo George King y yo.

William Cooke quien fue condenado por el robo de los caballos de Whitty era inocente y no estuvo conmigo en el corral de los Peterson. Pero no es tarea de la Policía encerrar culpables ya que viven de ellos y si condenaran a los verdaderos culpables sería una calamidad para la Policía puesto que Berry tendría que despedir a la mayor parte de ellos pero yo acudí en su ayuda y los mantuve en sus cuarteles y con buenos puestos de trabajo y hasta les conseguí doble paga y aun así los muy desagradecidos encerraron a mi madre y a mi cuñado que era apenas un niño y a otro hombre que era inocente algo que todavía enfurece a mis hermanos y hermanas y esos unicornios ignorantes hasta amenazaron con fusilarme pero antes que yo muera ellos terminarán patas arriba en un descampado. Ya no necesitarán más policías los echarán a todos y los reemplazarán por soldados rasos en los pueblos y por alguaciles especiales reclutados entre los granjeros atraídos por la paga doble más gastos. El Gobierno saldrá ganando si da justicia y libertad a esos inocentes que sufren. De lo contrario me veré obligado a crear alguna estratagema colonial que abra los ojos no solo de la Policía de Victoria y de sus habitantes sino también de todo el ejército británico que tendrá que admitir que sus mastines estuvieron persiguiendo a la presa equivocada. Y ese Fitzpatrick será el causante de una masacre mayor para el Reino Unido de la que San Patricio perpetró contra las serpientes y los sapos en Irlanda. La Reina de Inglaterra era tan culpable como Baumgarten y Kennedy Williamson y Skillion de los delitos por los cuales fueron condenados. Cuando los caballos fueron hallados en el río Murray escribí una carta al señor Swanhill del Lago Rowan para informar al rematador y para anunciar la venta de mis caballos llevé algunos de ellos a aquel lugar pero no vendí ninguno sí vendí algunos en Benalla y en Melbourne y en otros sitios y abandoné la colonia y me transformé en un vendedor itinerante pero poco después de mi partida libraron una orden de captura a mi nombre y la Policía registró el lugar y esperó noche y día durante dos o tres semanas y como vieron que no

podrían atraparme entonces libraron una orden de captura para mi hermano Dan y el 15 de abril cuando Fitzpatrick llegó a Eleven Mile Creek para arrestarlo mantuvo una conversación con un vendedor de caballos a quien él identificó bajo juramento como William Skillion ese hombre no fue llamado a testificar en Beechworth, además de muchos otros testigos, que por sí solo podría haber demostrado la falsedad de Fitzpatrick ya que luego de ver a ese hombre fue a la casa donde preguntó por Dan y Dan salió a su encuentro. He oído que antes de eso Fitzpatrick también conversó con Williamson en la colina. Pidió a Dan que lo acompañara a Greta puesto que tenía una orden de captura contra él por el robo de los caballos de Whitty Dan dijo de acuerdo y ambos entraron ya que Dan estaba comiendo algo y su madre preguntó a Fitzpatrick para qué buscaba a Dan. El soldado dijo tener una orden de detención contra él y Dan le pidió que se la mostrara y él dijo que solo era un telegrama enviado desde Chiltren pero el sargento Whelan le había ordenado que asistiera al sargento Steel en Greta y fuera en busca de Dan para arrestarlo y trasladarlo a Wangratta la mañana siguiente y ponerlo en prisión preventiva pero la madre de Dan dijo que él no estaba obligado a acompañarlo sin una orden de captura a menos que él quisiese hacerlo y que el soldado no tenía nada que hacer en su propiedad privada sin la presencia de un representante de la Autoridad además de su propia palabra. El soldado extrajo su revólver y dijo que si ella interfería le volaría los sesos. Mientras procedía al arresto ella le dijo que tenía suerte de que Ned no se hallara allí porque le habría hecho tragar su revólver Dan miró hacia afuera y dijo que Ned estaba llegando a la casa, el soldado sorprendido también miró hacia afuera y cuando Dan logró distraer su atención soltó el cuchillo y el tenedor lo cual muestra que no tenía intenciones homicidas y lo golpeó y logró reducirlo apoderándose de su revólver y lo mantuvo allí hasta que Skillion y Ryan llegaron con caballos que Dan vendió aquella noche. El soldado se marchó e inventó el cuento que le habían disparado lo



El agente Thomas McIntyre fue el único sobreviviente del tiroteo en Stringybark Creek, por el que fue enjuiciado Ned Kelly en 1880. Su testimonio fue clave para el veredicto y posterior ejecución del bandolero.

cual cualquiera podía ver que era falso, antes dijo a Dan que se marchara porque el sargento Steel y los detectives Brown y Strachan llegarían allí antes de la mañana Strachan había recorrido el río Murray tratando de iniciar una demanda contra él y lo arrestarían si lo atrapaban ya que la Sociedad de Valores ofrecía una recompensa para los testigos dispuestos a declarar lo que fuese bajo juramento y los alemanes del Murray eran capaces de jurar tanto en contra del hombre inocente como en contra del culpable. Al día siguiente arrestaron a Williamson y a mi madre y un día más tarde a Skillion que no se encontraba allí en el momento de la pelea lo cual pueden probar ocho o nueve testigos. Y la Policía se llevó todo el mérito y los elogios en los diarios por arrestar a la madre de doce hijos uno de los cuales era todavía un crío que tomaba leche de su pecho y otros dos inocentes tranquilos y trabajadores que no distinguirían un revólver del mango de una sartén y los mantuvo seis meses en espera del juicio y luego los condenó basándose en el testimonio del elemento más infame que existió bajo el sol ya que según parece la Policía

eligió bien al jurado porque entre los miembros había un sargento retirado lo cual es contrario a la ley y creyeron imposible que un policía mintiera bajo juramento pero puedo asegurarle que es gracias a ello y a contratar matones como logran ascender un soldado me contó que nunca vio a Fitzpatrick sobrio una sola noche y que había vendido a su propia hermana a un chino aunque con ese aspecto de joven gallardo y bastante elegante que tiene se luciría más como dependiente de una modista que como policía. Porque cualquier observador atento nota que no tiene el físico adecuado ni un corazón viril la falsedad y la cobardía asoman muy claramente en esa carita enclenque que parece el corazón de un repollo. No supe nada acerca de aquel asunto hasta unos días antes del juicio cuando me encontraba a más de seiscientos kilómetros de Greta entonces me enteré que me habían declarado prófugo de la justicia y que ofrecían una recompensa de cien libras por mi cabeza por haber disparado a un soldado en Victoria y otras cien libras a quien pudiese probar una acusación de robo de caballos en mi contra de modo que regresé a Victoria sabiendo que no obtendría justicia si me entregaba pregunté por el paradero de mi hermano Dan y lo encontré haciendo pozos en Bullock Creek y me contó que la Policía solía decir que no me llevarían a declarar sino que me dispararían antes y después gritarían que me entregara y que habían entrado varias veces en la casa y derramado la leche roto los platos y las canastas de huevos vaciado los sacos de harina sobre el piso y hasta tiraron la carne guardada en los toneles y destruyeron todos los víveres y metían a empujones a las muchachas dentro de las habitaciones antes que ellos como si fuesen perros de modo que si había alguien dentro dispararía primero sobre ellas pero sabían bien que yo no estaba allí o de lo contrario habría esparcido su sangre y sus sesos como lluvia o habría abonado Eleven Mile con sus cadáveres hinchados y sin embargo debe usted tener presente que no tengo una sola gota de sangre asesina en mis venas. El subjefe de Policía Smith solía decir a mis hermanas, miren todos los hombres que he traído hoy

porque mañana traeré el doble y lo haremos trizas estas son nuestras armas el detective Ward y el alguacil Hayes extrajeron sus revólveres y amenazaron con disparar a las muchachas y a los niños en ausencia de la señora Skillion los mayores rufianes y asesinos por más desesperados que estuviesen serían incapaces de cometer un acto tan cobarde, y esa clase de crueldad y de conducta cobarde y deshonrosa hacia mis hermanos y hermanas que carecían de protección sumada al cautiverio de mi madre y de aquellos hombres me hicieron hervir la sangre ya que no creo que exista hombre capaz de sufrir pacientemente algo semejante como lo hice yo ni de dejar que su sangre se enfríe mientras afrontas como aquellas permanecen sin castigo y aun así en cada diario que imprimen me llaman el asesino más siniestro y despiadado del que se tenga noticia. Pero si llego a oírlo otra vez les haré conocer no precisamente un asesinato a sangre fría sino una masacre con todas las letras que es algo muy diferente de matar tres soldados en defensa propia y de robar un banco. Debí haber tenido la sangre bastante caliente para no soltar mi rifle y dejar que nos mataran a mi hermano inocente y a mí, porque no estaban satisfechos con aterrorizar a mis hermanas día y noche y con destruir sus víveres y con llevarse a mi madre y a su hijo pequeño y a aquellos hombres inocentes sino que tuvieron que perseguirnos a mi hermano y a mí en los campos donde él estaba cavando tranquilamente sin molestar ni interferir con nadie cobraba un buen sueldo ya que el arroyo es muy rico en los ochocientos metros a la redonda del lugar donde maté a Kennedy. No permanecí mucho tiempo allí y el 25 de octubre encontré rastros de la Policía entre Table Top y los pantanos. Crucé las huellas y al regresar aquella misma noche descubrí una serie de rastros distintos que conducían a una cabaña entonces fui a nuestro campamento y se lo conté a mi hermano y a sus dos compañeros y entonces mi hermano y yo salimos y encontramos el campamento en la cabaña a un kilómetro y medio de la casa de mi hermano y vimos que llevaban armas largas y supimos que nuestra suerte estaba echada si no los dominábamos

antes de que llegaran los refuerzos puesto que sabía que otra partida de policías se les uniría pronto y si nos atacaban en nuestro campamento nos matarían como perros mientras trabajábamos ya que solo teníamos dos armas. Decidimos que lo mejor era intentar reducirlos y tomar sus rifles y municiones y caballos y así tendríamos una oportunidad de derrotar al resto. Avanzamos por el arroyo y nos acercamos cuanto pudimos al campamento ya que el espacio intermedio era terreno llano y no había unidad de artillería. Vimos dos hombres en el pantano que se pusieron de pie y uno de ellos tomó una escopeta de dos cañones y fue en busca de un caballo lo maneó junto a la tienda pensamos que dentro había más hombres durmiendo además de los que montaban guardia a los cuales podríamos haber matado sin decir una palabra pero no queríamos sacrificar vidas y esperamos McIntyre apoyó la escopeta sobre un tocón y Lonigan se sentó en un tronco mientras yo avanzaba, mi hermano Dan se ocupaba de vigilar a McIntyre a quien tomaba por el alguacil Flood y si no hubiese obedecido mis órdenes o intentado tomar su escopeta o desenfundar su revólver habría resultado muerto pero cuando les grité que levantaran las manos McIntyre obedeció y Lonigan corrió unos seis o siete metros para refugiarse detrás de una pila de leños en lugar de arrojarlo detrás del tronco sobre el que se hallaba sentado, cuando llegó hasta la pila y alzó la cabeza para apuntarme le disparé en ese mismo instante o de lo contrario me habría matado antes como a un perro. Pero Lonigan resultó ser el hombre que en compañía del sargento Whelan de Fitzpatrick y del zapatero King y del alguacil O. Day habían tratado de esposarme en Benalla aunque no lo lograron y tuvieron que dejar que McInnis el molinero lo hiciera por ellos, antes de que Fitzpatrick jurase que le había disparado, me condenaron a pagar dos libras por golpear a Fitzpatrick y otras dos libras por no permitir que lo hicieran cinco canallas como el sargento Whelan O. Day Fitzpatrick King y Lonigan quienes me agarraron de las partes pudendas y me habrían enviado al otro mundo si no fuese porque mi hora no había llegado todavía y él



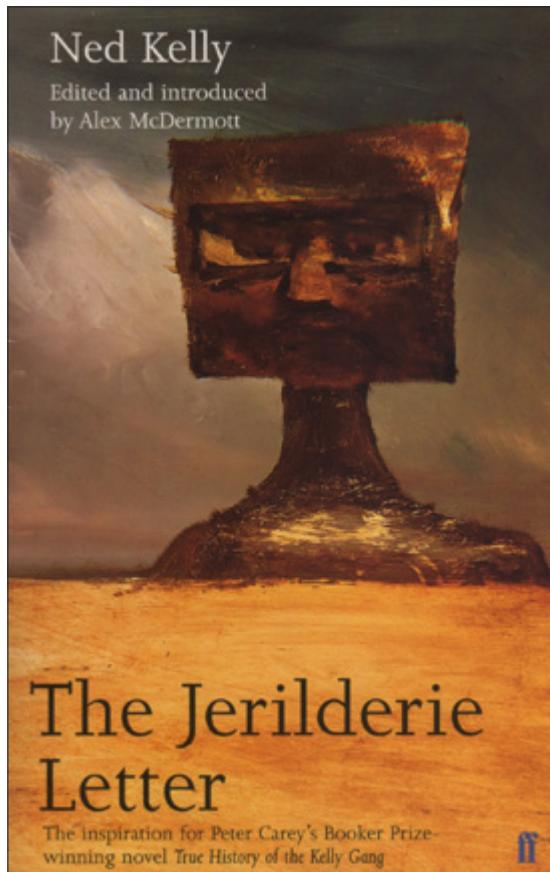
Policías en la escena del enfrentamiento de Stringybark Creek, en el que fueron asesinados el sargento Michael Kennedy y los agentes Thomas Lonigan y Michael Scanlan.

es el hombre que antes de abandonar Violet Town anunció a los cuatro vientos que si Ned Kelly tenía que morir él sería su verdugo y sin duda me habría matado aunque yo hubiese alzado los brazos y me hubiese acostado en el suelo ya que él sabía que cuatro hombres no podían arrestarme por sí solos por no hablar del resto de mis compañeros, además del hecho de que tanto él como yo habríamos muerto, eso él lo sabía bien por lo tanto tenía derecho a mantenerse fuera de mi camino, Fitzpatrick es el único de los cinco a quien golpeé en Benalla lo cual demuestra mis sentimientos hacia él aunque él dijese que éramos buenos amigos y hasta lo juró pero fue el mayor enemigo que tuve en el país con excepción de Lonigan y puede sentirse agradecido que yo no estuviese presente cuando tomó un revólver y amenazó con disparar a mi madre en su propia casa no soy hombre capaz de errar tres tiros a un metro y medio de distancia ni tampoco usaría un revólver para disparar a un hombre como él si estuviese a un metro de distancia ni intentaría disparar dentro de una casa donde se hallaran presentes mi madre mis hermanos y hermanas. Y si según su declaración Fitzpatrick es un hombre que tiene tan poca puntería que es capaz de errar tres tiros a un metro y medio de distancia entonces jamás debería intentar disparar en el interior de una casa llena de mujeres y de niños mientras que yo tengo un par de

brazos con cinco dedos cada uno en los extremos capaces de acertar a cualquier cosa que esté cerca y Fitzpatrick lo sabe bien porque conoció el peso de uno de ellos, ya que le dio de lleno en la cara aquella vez en Benalla, lo cual me costó dos libras y monedas ya que el hombre tiene la costumbre de desmayarse. Tan pronto como disparé sobre Lonigan, saltó y se alejó de los troncos tambaleándose con las manos alzadas hasta que cayó y se rindió aunque ya era demasiado tarde pregunté a McIntyre quién se hallaba dentro de la tienda y respondió que nadie. Avancé y me apoderé de sus dos revólveres y de la escopeta que cargué con balas en lugar de perdigones. Pregunté a McIntyre dónde estaban sus compañeros y dijo que se habían marchado al arroyo, y que no esperaba que regresaran aquella noche luego me preguntó si iba a matarlos a él y a sus compañeros. Le dije que no. No mataría a ningún hombre que entregara sus armas y abandonara la fuerza él dijo que todos en la Policía sabían que Fitzpatrick se había portado mal con nosotros y que él se proponía abandonar la fuerza, ya que tenía mala salud, y tenía un seguro de vida, me contó que se proponía regresar a casa y que Kennedy y Scanlan habían salido en busca de nuestro campamento y también me habló acerca del otro policía y me contó que la Policía de Nueva Gales del Sur había matado al asesino

del sargento Walling le contesté que si lo hicieron, entonces mataron al hombre equivocado e imagino que su pandilla vino a hacer lo mismo conmigo él dijo que no habían venido a matarme sino a arrestarme le pregunté por qué llevaban fusiles Spencer y escopetas de retrocarga y con tantas municiones puesto que se suponía que la Policía solo portaba un revólver cargado con seis balas pero en cambio traían dieciocho tiras de cartuchos para revólver tres docenas para la escopeta y veintiún cartuchos para los fusiles Spencer y Dios sabe cuántos más tenían en los rifles lo cual hacía pensar que no solo querían dispararme sino también acribillarme pero yo no conocía a Kennedy ni a Scanlan ni a él y nada tenía contra ellos, él dijo que les pediría que entregaran las armas si yo prometía no dispararles ya que no podía acusarlos de nada, tenían que cumplir su deber dije que no los culpaba por cumplir con un deber honesto pero no iba a tolerar que me volaran en pedazos en la tierra donde había nacido y si sabían que Fitzpatrick se había portado mal con nosotros por qué no lo hacían público así lo encerraban, pero en lugar de eso preferían acribillar a unos pobres y desgraciados criollos. Pero lamentarán el día en que Fitzpatrick se unió a ellos. Nuestros dos compañeros acudieron cuando oyeron el disparo pero regresaron por miedo a que la Policía tomara nuestro campamento mientras no estábamos allí y nos transformaran en abono para las vacas cuando regresáramos. Me quedé en los leños y Dan regresó al manantial por miedo a que los soldados llegaran por ese lado pero pronto los oí avanzar por el arroyo. Ordené a McIntyre que les dijese que entregaran las armas, él habló con Kennedy que se hallaba a cierta distancia delante de Scanlan pero desenfundó su revólver y saltó por el lado izquierdo de su caballo y se refugió detrás de un árbol cuando grité que arrojaran las armas y Scanlan que llevaba el rifle giró su caballo con intención de salir huyendo al galope pero el caballo no obedeció y con la rapidez de un rayo disparó sobre mí con su rifle sin desenfundarlo y estaba a punto de disparar otra vez cuando tuve que dispararle y entonces cayó del caballo. Podría haberlo

rematado sin decir una palabra pero sus vidas no me servían de nada. McIntyre subió de un salto al caballo de Kennedy y dejé que se marchara porque no quería dispararle luego de que se había rendido o de lo contrario le hubiese disparado mientras se hallaba frente a Kennedy ya que no podía disparar a Kennedy sin dispararle primero a él. Kennedy seguía disparándome escondido detrás del árbol pero mi hermano Dan avanzó y Kennedy echó a correr y cuando lo seguí volvió a refugiarse detrás de otro árbol y volvió a dispararme. Le disparé en la axila y soltó el revólver y echó a correr y yo volví a disparar mientras él se volvía para rendirse sin que yo supiese que había arrojado su revólver. La bala le atravesó el lado derecho del pecho y no podía haber sobrevivido de lo contrario lo hubiese dejado ir pero no podía permitir que mataran a mi propio hermano allí mismo ni dejar que me mataran a mí lo cual habrían hecho si las balas que me dispararon hubiesen dado en el blanco. Pero en cuanto a esposar a Kennedy a un árbol o cortarle la oreja o tratar brutalmente a cualquiera de ellos, es una patraña, si a Kennedy le cortaron las orejas no fue obra mía ni de mis compañeros ya que ninguno se acercó a él luego de que cayera muerto lo cubrí con su abrigo y lo dejé allí lo mejor que pude y si hubiesen sido mis propios hermanos no habría sentido más pena por ellos no pueden llamar a eso homicidio premeditado porque me vi forzado a matarlos, o acaso si me hubiese arrojado al suelo y dejado que me mataran no habría sido homicidio premeditado y si hubiesen enviado a Mansfield nuestros restos, reducidos a un amasijo sanguinolento, habrían recibido grandes elogios y reconocimientos así como también ascensos pero me califican de monstruo horrendo por no haber sido lo bastante cobarde para arrojarme al suelo porque me lo ordenaban en medio de circunstancias difíciles e insultos a mi gente sin duda compadezco a sus viudas e hijos pero deben recordar que esos hombres vinieron al monte con la intención de destrozarnos a mi hermano y a mí y de esparcir nuestros restos por todo el monte y sin embargo sabían y admitían que se habían portado mal conmigo y con mi madre y con cuatro o



cinco hombres inocentes y es que mis hermanos y hermanas y mi madre acaso no merecen compasión también ya que no tuvieron otra alternativa que aguantar la conducta brutal y cobarde de una banda de gordos feos con cuellos fofos y cara de comadreja todos barrigones con patitas de cotorra y sin cintura y pies planos hijos de capataces irlandeses o de terratenientes ingleses más conocidos como Oficiales de Justicia o Policía de Victoria a quienes alguien llama caballeros honestos pero yo querría saber qué hace un hombre honesto en la Policía ya que hay un viejo refrán que dice que para atrapar a un delincuente se necesita otro delincuente y todo hombre que sepa algo acerca de la delincuencia jamás entrará en la fuerza ni jurará arrestar a un hermano o hermana o madre si le fuese requerido ni levantará una acusación y una condena falsa si fuese posible. Cualquier hombre sabe que puede decir una mentira bajo juramento y si un policía pierde una condena declarando una mentira entonces habrá roto su juramento por lo tanto es un culpable de perjurio por partida doble. Un

Policía es una desgracia para este país, no solo para la madre que lo amamantó, porque en el fondo es un delincuente aunque sea demasiado cobarde para seguir su vocación sin ampararse en la fuerza para lograrlo. Además es un traidor al país y a la religión de sus antepasados puesto que todos ellos fueron católicos antes que los Sajones y el yugo de Cranmore los sometieran desde entonces fueron perseguidos y masacrados y empujados al martirio y torturados más allá de lo que las generaciones actuales son capaces de imaginar. Qué diría la gente si viesen un joven y robusto irlandés pastoreando ovejas por quince peniques a la semana o persiguiendo pavos en las afueras de Tallarook para obtener una sonrisa de Julia o aun por un plato de comida, dirían que debería avergonzarse de él mismo y lo cubrirían de alquitrán y de plumas. Pero sería un rey para un policía ya que este a cambio de un cuartel donde holgazanear cobardemente deja el hogar y deserta del trébol, verdadero emblema del genio y de la belleza de su pueblo para servir bajo una bandera y una nación que ha destruido y masacrado y asesinado a sus antepasados luego de someterlos a las mayores torturas como echarlos a rodar por una colina dentro de toneles llenos de clavos o arrancándoles las uñas de manos y pies o condenándolos al suplicio de la rueda y luego trasladaron toda tortura imaginable a la isla de Van Diemand para consumir sus jóvenes vidas en medio del hambre y la miseria entre peores tiranos que los del mismísimo infierno prometido todos ellos eran seres de carne y hueso y de una belleza genuina, que no fueron asesinados en su propia tierra ni que huyeron a América o a otros países para florecer de nuevo algún día, todos ellos fueron condenados a las colonias penitenciarias de Port Macquaire o de la isla de Norfolk o de las planicies de Emu y en esos lugares de tiranía y condena más de un gallardo irlandés antes que someterse al yugo sajón prefirió ser azotado hasta morir y murió con valentía atado con cadenas serviles pero fiel al trébol y un orgullo para la tierra de Patricio. Qué diría la gente si yo me hiciera policía y jurase perseguir a mis hermanos y hermanas y parientes y los encerrara con medios justos

o fraudulentos luego de que encarcelaran a mi madre y de las persecuciones e insultos de que fui víctima acaso diría la gente que soy un hombre decente, y sin embargo un policía es aún peor que yo y culpable de actos más canallescios que los míos. La Reina seguramente debe sentirse orgullosa de hombres tan heroicos como los Policías y los soldados irlandeses ya que se necesitan ocho u once de los mayores trituradores de barro de Melbourne para transportar a un pobre ratero medio muerto de hambre hasta un cuartel de policía. He visto hasta once, lo bastante enormes y rudos para extraer el monte Macedon de un cangrejal y más parecidos a un orangután o a un guerrillero que a un hombre, entrar en un juzgado y jurar que no habían logrado arrestar un ratero de cincuenta kilos provistos de garrotes y de caballos sin ayuda de algunos civiles y sin que algunos de ellos terminaran en el hospital por efecto de los puños del ratero y el Magistrado terminaba por mandar al pobre raterito a un calabozo por ser más hombre que semejante banda de perros sarnosos. Qué haría Inglaterra si América le declarase la guerra e izase la bandera verde ya que los irlandeses se adueñaron de los puestos de mando de sus ejércitos de sus fortalezas y de sus baterías y hasta sus mismos guardias y custodios del palacio son irlandeses, acaso no cambiarían de bando y pelearían contra ella con sus propias armas en nombre del color que no se atrevieron a lucir por años, y precisamente para reinstaurarlo y liberar una vez más a la vieja isla de Erin de la presión y la tiranía del yugo inglés, que la ha mantenido en la pobreza y la hambruna y que los ha obligado a vestir el uniforme del enemigo. Qué más puede esperar Inglaterra. Ya tienen suficientes Unicornios rechonchos que cobran para atormentarme y para obligarme a hacer lo que no deseo hacer para además recurrir al auxilio de los civiles, nunca he interferido con ninguna persona a menos que lo mereciera, y sin embargo hay civiles que tomaron las armas para luchar contra mí, ignoro por qué motivo, a menos que quieran que me vuelva contra ellos y los extermine sin remedio. Me veré forzado a dar el ejemplo con alguno si no encuentran alguna otra

cosa en que ocuparse. Si yo hubiese robado y saqueado y violado y asesinado a todos aquellos que se cruzaron en mi camino viejos y jóvenes la gente no podría hacer otra cosa que procurarse armas de fuego y unirse a la policía como lo hicieron, pero juro por la luz que nos ilumina que los estaquearé encima de un hormiguero con el vientre abierto y les extraeré la grasa para metérsela hirviendo por la garganta aunque eso será un chiste en comparación con los placeres que les tengo reservados a algunos de ellos y a cualquier persona que ayude o esconda o colabore con la Policía de cualquier modo o que emplee a cualquier detective o canalla o a quienes se encuentren tan necesitados que acepten sobornos todos serán perseguidos y declarados indignos de un entierro humano y su propiedad será destruida o confiscada y ellos y los suyos y todo lo que les pertenezca serán exterminados de la faz de la tierra y ofreceré una recompensa por el enemigo a quien no pueda atrapar con mis propias manos. Me gustaría saber quién puso como Jefe de Policía a ese sujeto con aspecto de caniche a medio esquilar que quiere parecerse a un león llamado Brooke E. Smith y que sabe tanto de dirigir la Policía como el capitán Standish de cazar mosquitos y de hervirlos para sacarles la grasa en los bajos del río Lachlan pues tiene una cabeza que parece un nabo con un cuello rígido y grueso como sus hombros cadera estrecha y que va afinándose hacia los pies como una estaca de vid y si hay alguien que merece llamarse el asesino de Kennedy, Scanlan y Lonigan es ese caniche extraviado que recibe la paga de doce buenos soldados juntos, si es que hay alguno bueno entre ellos, y qué hace para merecerla si ni siquiera puede mirar detrás de él sin girar su cuerpo entero se necesitan tres o cuatro policías para montar guardia mientras él duerme en Wangaratta por miedo a los ladrones de cadáveres, creen que es un animal superior a los hombres que lo cuidan y si es así por qué no envían a perseguirme a hombres que ganan buena paga y se reconocen superiores a los policías comunes y pronto ahorrarán al país los altos salarios que cobran sujetos que no sirven sino para lograr que hombres mejores se

disparen entre ellos y manden a niños huérfanos a los reformatorios para transformarlos en prostitutas y en canallas al servicio de Detectives y de otras personas proclives al mal. Organicen una pandilla con los acomodados y los hombres que han recibido altos salarios durante años y envíenlos a perseguirme ya que les da exactamente igual pero eso les dará la oportunidad de demostrar si merecen cobrar más que un soldado raso y creo que el Público pronto descubrirá que solo sirven para entorpecer el camino de los hombres buenos y para obtener dinero con engaños, no llamo cobarde a McIntyre porque admito que es un hombre con los pantalones bien puestos ya que tuvo suficiente presencia de ánimo para saber cuál era su situación, inmediatamente cuando se la expuse, y se dio cuenta que desobedecerme sería una estupidez, pero fue cobardía lo que hizo que Lonigan y los otros resistieran ya que no solo es una estupidez desobedecer a un bandido ya que cualquier Policía o ciudadano que se niegue a alzar los brazos cuando lo ordeno sabe cuál es la consecuencia que no es otra que un rápido viaje al Otro Mundo. Quiero que aquellos hombres que formaron la sociedad protectora retiren su dinero y lo repartan, eso y más todavía, entre las viudas y los huérfanos y los pobres del distrito de Greta donde he pasado y pasaré muchos días felices libre valiente y temerario ya que ese dinero solo sirve para ayudar a la policía a conseguir falsos testigos y a pagar cómplices para el robo de caballos y detener a hombres inocentes y sería mucho mejor que reunieran una cifra y se la entregaran a los pobres de su distrito y así no tendrán que temer que alguien robe su propiedad porque ningún hombre robará sus caballos sin conocimiento de los pobres y si cualquier hombre fuera lo bastante canalla para robarles su propiedad los pobres se alzarán y lo encontrarán si todavía está en la faz de la tierra por eso siempre será conveniente para un rico ser generoso con los pobres y hacerse la menor cantidad posible de enemigos ya que si los pobres están de su lado no perderá nada con ello, mientras que si dependen de la policía serán llevados hacia la destrucción, puesto que la policía no quiere ni puede

protegerlos y si las golpizas y el robo de ganado y el pillaje fueran abolidos la policía tendría que pedir limosna para sobrevivir hablo por experiencia ya que he vendido ganado y caballos innumerables veces y sin embargo ocho cabezas robadas es todo lo que pudieron probarme y jamás interfirieron conmigo mientras me dediqué a ese negocio exitoso. Les advierto a todos aquellos que tienen motivos para temerme que claudiquen y donen diez peniques de cada cien al fondo de viudas y de huérfanos y permanezcan en Victoria el tiempo más corto posible tras leer este anuncio, desóiganlo y sufrirán las consecuencias, que serán peores que el tizón para el trigo de Victoria o que la sed de la estación seca para los saltamontes de Nueva Gales del Sur no quiero dar plena vigencia a esta orden sin alertarlos a tiempo, pero soy un hijo de viuda prófugo de la justicia y mis órdenes deben ser obedecidas.

Traducción de Ernesto Montequin.



Edward Ned Kelly (1854-1880)

Famoso bandolero australiano, conocido popularmente por sus disputas con las autoridades coloniales. Fue capturado y llevado a juicio por el enfrentamiento con la policía de Glenrowan y colgado en 1880 en la prisión de Melbourne. Su historia tuvo un importante impacto a nivel cultural, fundamentalmente en el folclore, la literatura y el cine, e incluso se construyó un museo que lleva su nombre, en el que se exponen sus armas y varios objetos personales.

Calfucurá

Álvaro Yunque

Este relato de Álvaro Yunque forma parte de su célebre obra Calfucurá. La conquista de las pampas. Atraídos por leyendas que hablaban de una tierra llena de riquezas, los europeos, comandados por Don Pedro de Mendoza, llegan a estas costas del Río de la Plata y fundan la primera Buenos Aires. Pero esta expedición no resulta como los exploradores habían previsto: las riquezas con las que esperaban encontrarse no existen y los nativos del lugar, lejos de someterse a las imposiciones del invasor (el “huinca”), ofrecen una dura resistencia que culmina con el sitio a la nueva población y el fracaso de la primera fundación. Estos hechos son el comienzo de una guerra que se extenderá por tres siglos: la guerra de las pampas.

página
61

Los huincas de Europa y los pampas (1515-1810)

*Es malicioso y procedido de codicia infernal
y diabólica el pretexto que se ha querido
tomar para molestar y despojar a los indios
y hacerlos esclavos diciendo que son como
animales brutos e incapaces de reducirse al
gremio y fe de la Iglesia Católica...*
Paulo III, bula del 10 de junio de 1537.

*Y si acaso fuese que alguna o algunas personas
trataren mal a los indios en cualquier manera
que sea, el dicho Almirante como Vice Rey y
Gobernador de sus Altezas lo castigue mucho
por virtud de los poderes de sus Altezas,
que para ello lleva...*
Isabel y Fernando, 1492.

*Los indios estarán en igualdad de derechos
que nuestros vasallos libres.*
Carlos V, 1542.

*Ordenamos y mandamos que sean castigados
con mayor rigor los españoles que injuriaren
u ofendieren o maltrataren a los indios, que si
los mismos delitos se cometiesen contra espa-
ñoles y los declaramos por delitos públicos.*
Felipe II, 1593.

*Todos deben mirar por la conversión de los
indios, pues cesaría si ellos faltasen...*
Felipe III, 1601.

*Mando que se castigue a los que
en consorcio exploten
la ignorancia de los indios...*
Carlos II - 1668

Año 1515. Europa entra al Río de la Plata. Su descubridor, el piloto Juan Díaz de Solís, lo llamó “Mar Dulce”. Más que un río es una pampa inundada. Río único: tiene horizonte, como un mar. Es toda su belleza. Pero es una belleza que engrandece el alma del hombre. Lo coloca en presencia de una inmensidad:

Tú, mar de aguas oscuras,
ancha pampa de cobre;
le das la lejanía
al ensueño del hombre...
Tú, Río de la Plata,
tienes el horizonte.

El jefe de la expedición es el primero que comprueba la bravura de los indígenas del Plata. En su margen oriental, es atacado y muerto con unos cuantos acompañantes. Los demás expedicionarios ven hasta lo que no ven: ven que aquellos indios guaraníes devoran a Solís y a los demás huincas tumbados por sus flechas. Y enseguida ponen proa a España. Hasta 1520 no aparece Magallanes. Hernando de Magallanes va a dar la primera

vuelta al mundo, pero antes penetra en el río de Solís —Mar Dulce—. Y pisa su costa occidental.

En 1527 entra al río Sebastián Caboto. Las leyendas se le vienen encima como hembras prometedoras. Le hablan de plata, solo de plata. Existe una “sierra de la plata”. ¿Dónde? Caboto emproa hacia el norte sus naves. Va en su busca. ¿Pero cómo no aceptar el nombre de Río de la Plata a este mar dulce de Solís, si la plata se les aparece a todos como una ilusión realizable? Entre tanto, es preciso comer, y mientras la plata aparece, los codiciosos de riqueza fácil siembran trigo. Por primera vez ocurre esto en las regiones del Plata, el año 1527.

Diego García aparece este año también en el río de Solís; y también se escurre hacia el norte, en busca de la “sierra de la plata”, sita en el país del “Rey Blanco”.

Y ya aparece la leyenda de una ciudad encantada, maravillosa y aurífera: la “Ciudad de los Césares”. La leyenda tendrá importancia para el conocimiento y conquista de las pampas y la Patagonia. Será un señuelo del valor y la audacia hispanos.

Transcurren nueve años. Caboto y García andan pleiteando sus derechos y deberes en España, el fuerte de Sancti-Spiritu fundado por Caboto es una ruina, la leyenda del idilio de Lucía Miranda, bella española amada por el fogoso cacique timbú Siripo, está queriendo adquirir realidad histórica en las imaginaciones, cuando en el Plata aparece Don Pedro de Mendoza. Viene con un título: “Primer Adelantado del Río de la Plata”. Viene con un gran prestigio de guerrero ganado en Italia. Viene con unas incontenibles ansias de hacerse rico, más aún de lo que es, poderoso.

Viene con una enfermedad que le envenena la sangre, le roe los huesos y le agría el carácter y tortura, lo hace impaciente hasta la ceguera. (Asesinato, apuñalamiento por

la espalda, del fachendoso y valentón Juan Osorio). Su cólera dará al traste con él mismo. En esta expedición que entra al río-pampa en el año 1536, vienen jefes de bien templada tizona y arcabuceros a quienes no les tiembla el pulso, aventureros de intrepidez y coraje mayúsculos. Vienen también hombres de pluma: un flamenco, un tal Ulrico Schmidel,

que en español macarrónico narrará lo que va a ver y lo que no va a ver. Y esto hace más atractiva su crónica. Y Luis de Miranda, clérigo, rimador (*Romance elegíaco*), y Pero Hernández (*Relación de las cosas sucedidas en el Río de la Plata*), y Gonzalo

de Mendoza (*Información*), y Gregoria de Acosta (*Relación*), y Bartolomé García (*Carta*) y Francisco de Villalta (*Carta*).

Vienen también mujeres, ¡loadas sean!, aunque no sean damas de pro como quiso algún cronista entusiasta y negó algún historiador sesudo; ¡pero loadas sean! Entre ellas viene Isabel de Guevara que escribirá una carta patética.

Vienen, asimismo —hecho de más trascendental importancia histórica que la de sus pendolistas— yeguas y caballos, y semillas de trigo. Podemos suponer esto: el primer potrillo que aquí nació. Se estremejó la pampa. Había esta encontrado a su hijo, su creatura predilecta, la secularmente aguardada.

Frente a la llanura parda del río, los conquistadores solo alcanzan a ver otra llanura verde, junto al río, anegadiza, orlada de sauces, sarandíes, ceibos, juncos y paja brava. Más allá, conatos de selva, talas, espinillos, algarrobos; refugio de yagaretés y pumas. Los primeros seis hombres que saltaron de los navíos —cuenta el jesuita Antonio Rodríguez, que venía en la armada— fueron devorados por las fieras: un presagio. La llanura les sería hostil y agresiva.

Pero Mendoza, a pesar de los males que le amilanan, no es hombre de dudas. Hecho está a vencer. Y así se funda la ciudad de

Los primeros seis hombres que saltaron de los navíos —cuenta el jesuita Antonio Rodríguez, que venía en la armada— fueron devorados por las fieras: un presagio. La llanura les sería hostil y agresiva.

Buenos Aires, sobre una loma y a orillas de un riachuelo que desemboca en el gran río. Los indios —quizás guaraníes de las islas, se les llamará querandíes—, no se muestran enemigos. Facilitan alimentos a los huincas llegados en aquellas asombrosas casas flotantes. Pero alimentar a tantos hombres no es fácil empresa. Los indios se retraen y los huincas se tornan exigentes. El Adelantado, poseído de cólera contra aquellos salvajes que no sienten como obligación alimentarle a él y a los suyos, decide imponerse. ¿Por qué? No se lo pregunta el violento hombre de armas a quien el “morbo gálico” le envenena la sangre y le roe los huesos. Y allá van su hermano y otros capitanes a caballo, seguidos de arcabuceros, a castigar indios. Se inicia así la guerra entre huincas y aborígenes por prepotencia del huinca. Ocurre esto un 15 de junio de 1536. No terminará esta guerra hasta pasados los tres siglos de iniciarse. En el combate de Corpus Christi, a orillas del río Luján, como se le llamó para recordar a uno de los caídos, los llaneros aborígenes demostraron a los huincas de Europa que sabrían defender su tierra. Las boleadoras, arma nueva, enredábanse en las patas de los caballos. Bestias y hombres, cayendo, hallaban la muerte. ¡Hecho inaudito!: la caballería salió derrotada, por vez primera. Y los arcabuceros salvaron a los heridos de terminar sus días lanceados, junto a sus bestias, por aquellos guerreros cobrizos a quienes no imponía la rara conjunción de caballo y jinete. Boleados, perecieron Don Diego de Mendoza, Pedro de Benavídez, sobrino del Adelantado, Galaz de Medrano, Pedro Luján, Juan Manrique y otros caballeros. Mendoza siente desfallecer su grande ánimo. No será la empresa por él emprendida similar a las de Pizarro y Cortés. ¿Aquellos nómades guerreros podrán más que las huestes de los imperios azteca e

Ni el caballo fabuloso ni el estampido del arcabuz espantable les meterán miedo. Contra ellos: dardos, lanzas, macanas, bolas arrojadas y la unión, el número de los agredidos. Columnas de humo empezaron a hablar en el desierto.

incaico? ¿No le dejarán alcanzar la montaña de plata y el lago de oro que por aquel mar dulce, según la leyenda, se llega?... ¡No lo dejarán vivir tan siquiera! Aquellos salvajes desnudos demostrarán más que los súbditos de Atahualpa y Moctezuma decisión y afán para defender su tierra. Ni el caballo fabuloso ni el estampido del arcabuz espantable les meterán miedo. Contra ellos: dardos, lanzas, macanas, bolas arrojadas y la unión, el número de los agredidos.

Columnas de humo empezaron a hablar en el desierto. Y a convocar las tribus de las islas y las pampas para el primer malón. El chocerío que es aquella recién fundada Buenos Aires, ve su empalizada y foso rodeados de indios que le arrojan flechas y bolas con haces de paja encendida, y les queman los techos deleznales. Ruge el cañón, los arcabuces detonan; pero los huincas encerrados en Buenos Aires no pueden salir de su empalizada. Están sitiados. Y el hambre los acosa.

El hambre, enfermedad la más rabiosa.
(La Argentina)

dice el cronicón en verso del arcediano Martín del Barco Centenera. Y otro rimador, Luis de Miranda, que padeció aquella hambre:

Lo que más que aquesto junto
nos causó ruina tamaña
fue la hambre más extraña
que se vió;
la ración allí se dió
de harina y de bizcocho fueron seis
onzas u ocho
mal pesadas.
Las viandas más usadas
eran cardos y raíces,
y a hallarlos no eran felices
todas veces.

El estiércol y las heces,
que algunos no digerían,
muchos tristes los comían
que era espanto;
allegó la cosa a tanto,
que, como en Jerusalén,
la carne de hombre también la
comieron.
(Romance elegíaco)

De este canibalismo hablan también las cartas de Guevara y de Villalta, padecedores de aquel hambre. Dice el cronista, donosamente:

El hambre, enemigo mal condicionado, que no se ablanda con halagos, ni ahuyenta con amenazas.
José Guevara

Pero el hambre salvó del asedio de los indios a la fundación de Mendoza. Perdices, venados, peludos, eran escasos para alimentar a tanto hombre. Y se

fueron. La exhausta población de los sitiados tuvo un respiro. En aquel punto, a pesar de la llegada de Ayolas, enviado al norte en procura de auxilio, el ánimo del jefe se rompe. Ya no sufre más. Las llagas le queman las carnes y la desilusión le hiel el alma. El contraste lo derrota. Hace testamento, sube llevado en brazos a una de sus carabelas y huye de aquella llanura de indios bravos, fieras y hambre. De las catorce naves que trajera, vuelve con dos solamente; de los dos mil hombres, apenas ciento cincuenta le acompañan para verle morir, desesperado, en medio del mar y sus recuerdos amargos.
Los que en Buenos Aires quedan seguirán luchando contra el hambre, contra fieras y contra los indios.

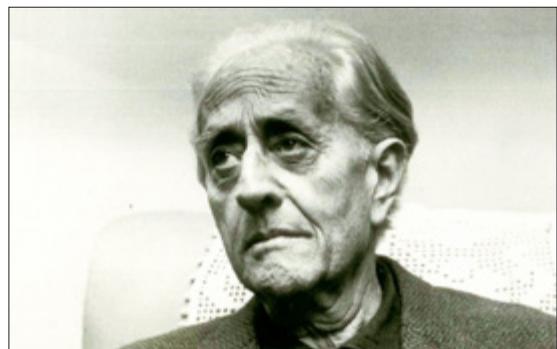
A todos una derribaste
la soberbia, por tal modo,
que era nuestra cara y lodo
todo uno...
(Romance elegíaco)



Grabados de la primera fundación y caída de Buenos Aires. Del libro del expedicionario de Don Pedro de Mendoza, Ulrico Schmiedel, *Vera historia admirandae cuiusdam navigationis quam Huldericus Schmiedel, ab anno 1534 usque ad annum 1554 in American vel nouum Mundum, iuxta Brasiliam & Rio della Plata, confecit*. Sala del Tesoro de la Biblioteca Nacional.

Y a tanto llegan el hambre y la desesperación de aquellos frustrados conquistadores que deben hacer esto, ¡un castigo!: trabajar. El 13 de junio de 1538, durante el gobierno del capitán Francisco Ruiz Galán, lo consigna una “Información” documentada por los escribanos Melchor Ramírez y Pero Hernández, se levanta la primera cosecha de maíz plantado por manos de huinca en las pampas del indio. El tesoro que Mendoza, Ayolas y otros capitanes perdieron con la propia vida, lo hallaron los desesperados sobrevivientes, y la pampa, feraz, munífica, respondía a la tesonera solicitud del trabajo: lo que las armas no pudieron, lo pudieron las herramientas.

El esfuerzo de los fundadores se prolonga hasta 1541. Un 20 de junio, hombres llegados de la Asunción despueblan a Buenos Aires y se llevan allá cuanto pueden cargar en los bergantines. No han venido a América para sembrarla sino para arrancarle a viva fuerza su plata y su oro. Se van al norte, allá se está más cerca de lo que la leyenda anuncia: esa montaña de plata y ese lago de oro que los alucina. En esta llanura solo hay oro de maíz. Ellos han venido a pelear, no a trabajar. Queman el caserío. De la primer Buenos Aires, ¡nada! Sí, quedan unas pocas yeguas y caballos bebiendo pamperos y libertad, amándose sobre las llanuras sin límites, generosamente pródigas de agua y pastos.



Álvaro Yunque (1889-1982)

Seudónimo de Aristides Gandolfi Herrero, escritor argentino. Poco antes de graduarse como arquitecto, abandonó los estudios para volcarse a las letras y al periodismo, colaborando asiduamente en los diarios *Crítica*, *La Nación* y *La Prensa*. Su obra, difundida a través de las publicaciones del Partido Comunista, lo convirtió en una de las figuras más representativas de la Generación del 22. Durante la dictadura de Edelmiro Farrell, la dirección del semanario antifascista *El Patriota* lo llevó a la cárcel y al exilio en Montevideo. Durante la dictadura militar que sometió al país entre 1976 y 1983, fue censurado y sus libros fueron quemados.



El Reino: años ochenta

Majda Gama

Mi país era joven, yo también.
El petróleo salía a chorros, los diplomáticos
entraban en tropel,
rascacielos de cristal llenaban el horizonte —
un espejismo reemplazando a otro.
Recitábamos el Corán, cantábamos
nasheed al-watan
cada mañana de la década también joven —
Los ochenta dieron luz a tubos fluores-
centes a orillas del Mar Rojo.

Y mi mente daba vueltas con cintas *new wave*
contrabandeadas, y mi chofer pensaba
que la máquina de cassettes funcionaba mal
cuando The Human League cantaba “Love
Action”.
La prohibición de Madonna provocó una
marea
de productos para teñir el pelo:
“Like a Virgin” fue declarado *haram* así
que yo la escuchaba.
¿Acaso no éramos también nuevas y
luminosas?

Por la noche, nuevas carreteras nos condu-
cían fuera de Jeddah —
el asfalto desanudaba el desierto con largo
dedos.
Yo no nací para conducir así que yo soñaba
desde el asiento trasero que el nuevo
aeropuerto
y barrios nuevos traerían el mundo a mí.
¿Acaso
no estábamos fresquitas, no estábamos
maduras?
Eramos más ricas, más jugosas que la
fragancia más potente
que salía de una botella de Drakkar Noir.

Traducción de Alberto Manguel.

página
67



Majda Talal Gama (1972)

Poeta saudí-americana. Vive en Washington D. C., donde trabaja como DJ y activista política. Sus poemas han sido publicados en las revistas *Beloit Poetry Journal*, *Gargoyle*, *Hunger Mountain*, *Mizna*, *War, Literature & the Arts*. Este poema apareció en inglés en *The Rising Phoenix Review*, el 3 de septiembre 2016.

No digas que no tenemos nada

Madeleine Thien

La pequeña Li-Ling, de diez años, vive con su madre en Vancouver. Allí reciben a la joven refugiada Ai Ming, que ha huido de China luego de la ocupación estudiantil de la Plaza de Tiananmén en 1989. A partir de este encuentro, la niña reconstruye la historia del padre de Ai Ming, Sparrow, quien ha sido amigo y docente de su propio padre en el conservatorio de Shanghai. La historia de estas dos familias, entrañablemente relacionadas, termina por descubrir un pasado atravesado por la música y la persecución bajo las sombras de la Revolución Cultural. Presentamos aquí un breve fragmento de la tercera novela de la escritora canadiense Madeleine Thien, Do Not Say We Have Nothing, que aún no ha sido traducida a nuestro idioma en forma completa.

página
68

El aire tenía ese beso helado del invierno, lo cual era perfecto, en verdad, para un funeral. A Hu Yahobang le hubiera gustado. Una semana había pasado desde el anuncio de su fallecimiento, y hoy, sábado, toda la ciudad se dirigía a la avenida Chang'an a presentar sus respetos. Sparrow, sin embargo, dijo que ellos no irían; la Plaza de Tiananmén había sido vallada, así que lo verían en la televisión del barrio. Era mejor por televisión, había dicho. Su padre había autorizado a uno de los compañeros de ella a que le cortara el pelo; no sabía cuánto *baijiu* había bebido su camarada, pero todo le parecía un poco torcido. Le resultaba difícil discutir con él, ese mal corte de pelo le daba demasiada pena. Mientras tanto, mamá anunció sorprendentemente que iría a la procesión funeral, porque era lo correcto. —Podés venir conmigo, Ai-Ming. Si querés. ¿Ir o no ir? Al final, el mal corte de pelo ganó. —Está bien. Le voy a hacer compañía a Ba. Si Ling estaba herida, no lo mostraba. Se puso sus buenos zapatos y salió caminando distinguidamente. Su madre estaba infa- liblemente elegante, como si fuera una extraña en su propio hogar, y lo era. Ai-Ming no había vivido con ellos desde que tenía tres años, e incluso, aunque no era culpa de Ling, ella no podía evitar sentir que Ling estaba actuando el papel de madre. [...]

El funeral debía comenzar a las diez de la mañana, así que Ai-ming y Sparrow desayunaron con lentitud. Él leyó el diario y

ella alternó entre las *Cartas reunidas de Tchaikovsky* y *El arte de la guerra* de Sun Tzu, y el único sonido que se oía era el crujido de las páginas y los suave gruñidos de su padre en respuesta a un artículo o tal vez tan solo a una publicidad. Radio Beijing anunciaba las cosas que todos ya sabían, y luego las repetía de nuevo. Por seguridad, la Plaza de Tiananmén se había cerrado al público, la gente tendría que reunirse en los bulevares de los alrededores, etc., etc. Ai-ming se dio cuenta de que ansiaba aquellos breves segundos de silencio mientras durara el funeral porque, finalmente, la radio tendría que interrumpir sus lecciones.

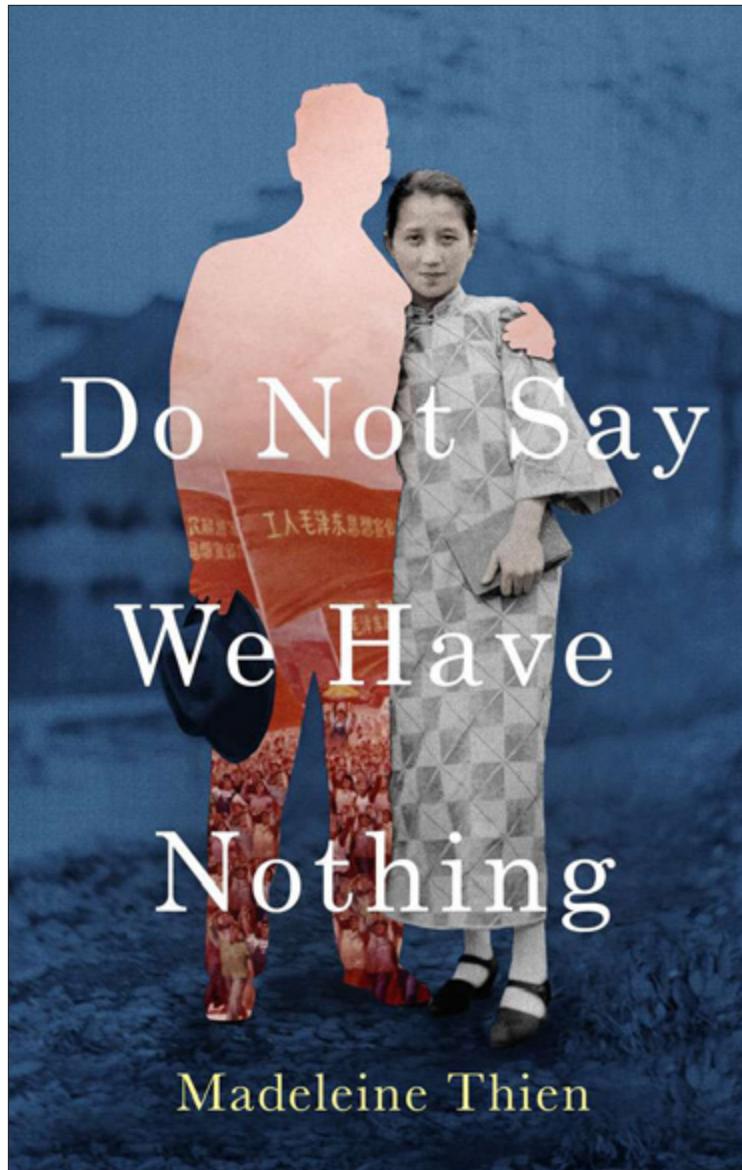
[...]

Súbitamente, su padre expresó que él también quería ir a la Plaza de Tiananmén a presentar sus respetos a Hu Yaobang, que era mejor ir ahora porque las calles ya no estarían tan llenas de gente. Era como si se hubiera despertado recién y se hubiera dado cuenta de quién había muerto.

—Ok —dijo Ai-Ming—. Voy con vos.

El Pájaro del Silencio se sentó inmediatamente y plegó dos claveles de papel. Cuando terminó, prendió el primero cuidadosamente al abrigo de Ai-Ming, y el segundo al suyo.

Se pusieron los zapatos, desenredaron sus bicicletas y salieron del callejón pedaleando lentamente. Qué desgarrado era su padre. Tal vez era inevitable que un hombre que había trabajado toda su vida



haciendo cableados comenzara a parecer él mismo un cable. En las calles allí afuera no había demasiada gente. Unos pocos adolescentes estaban sentados en una maceta, en el puente Muxidi; ninguno era tan atractivo como Yiwen, cuya piel era tan pálida y perfumada como la pulpa de una pera. Ai-Ming pedaleó cuesta arriba hasta quedar al lado de Sparrow, que comenzó a tararear la Quinta de Beethoven, como para entretenerla.

[...]

Las familias que estaban almorzando levantaron la mirada desde sus mesas. Algunos se pusieron de pie. También Sparrow había dejado de caminar y se quedó mirando la procesión de estudiantes. *Qué ha pasado, qué ha pasado*, las palabras rebotaban

de persona a persona. Un muchacho se desprendió de la larga línea y fue inmediatamente rodeado. Dijo que representantes estudiantiles de las universidades habían intentado presentar una petición al gobierno. Tres jóvenes se habían arrodillado frente a los escalones del Gran Salón del Pueblo, y habían permanecido arrodillados por cuarenta y cinco minutos mientras a su alrededor, los estudiantes y los ciudadanos de Beijing les habían gritado que se pararan, que dejaran de arrodillarse. Y aún así ellos habían permanecido, levantando la petición en el aire, como si fueran niños frente a su padre, o esclavos frente a un emperador. Pero ningún representante del gobierno había salido. Una franja de policías, de veinte hombres de profundidad,

se interpuso entre la muchedumbre y el Gran Salón. La noche anterior, cien mil estudiantes universitarios habían caminado hasta la Plaza de Tiananmén y se habían quedado a dormir, de manera que cuando cerraran la plaza a la mañana siguiente, ellos ya estarían dentro. “Solo queríamos presentar nuestros respetos a Hu Yaobang, como aquellos antes que nosotros han presentado siempre sus respetos en tiempos de luto”. Hasta la policía había pedido a los estudiantes que se pusieran de pie. “Nos preguntaron por qué teníamos que dirigirnos al gobierno de rodillas, pero nadie pudo responder”. Los oficiales los miraban fijamente desde dentro de las puertas de vidrio, y solo uno, un profesor de Beida, había salido finalmente y había intentado levantar a los jóvenes.

—Pero no hubo violencia —dijo el muchacho—. No hubo violencia. La policía estaba de acuerdo con nosotros. Algunos de ellos lloraban, también. Somos todos hermanos.

[...]

Quería tomar la mano de Ai-ming. Algunas veces, cuando Ai-Ming se hacía un moretón en la rodilla golpeándose con la mesa, o sufría de melancolía psicológica, parecía alojarse dentro suyo. ¿Dónde existía la línea entre padre e hijo? Siempre había intentado evitar orientarla en una dirección o la otra, siempre temeroso de que pudiera dirigirla hacia el Partido, pero ¿y si su silencio la había decepcionado, o si le había fallado de algún modo crucial? Pero tal vez, pensó, un padre debería tener siempre sus defectos, algún lugar en el cual un chico pueda hincar sus dientes, porque solo entonces puede un chico llegar a conocerse a sí mismo. Pensó en esos jóvenes estudiantes arrodillados con su petición. Eventualmente, serían arrestados. Era inevitable.

[...]



Madeleine Thienn (1974)

Escritora canadiense, hija de un padre chino-malayo y una madre hongkonesa. Sus cuentos, ensayos y novelas han sido traducidas a numerosos idiomas y han recibido un amplio reconocimiento a nivel mundial. Entre sus trabajos más destacados se encuentran *Certainly* (*Certezas*, 2007), *Dogs at the Perimeter* (*El eco de las ciudades vacías*, 2012) y la reciente *Do Not Say We Have Nothing* de 2016.

El cuerpo del migrante

Maaza Mengiste

Cada persona que cruzamos trae consigo una biografía cuyos avatares no imaginamos cuando nos gobierna la indiferencia. La autora etiope-estadounidense Maaza Mengiste observa desde la ventana de un café de la ciudad italiana de Florencia una transitada intersección de calles. Su atención es captada por un llamativo refugiado africano, en cuyos movimientos convulsionados y desesperados lee las marcas del viaje que lo llevó hasta allí: una travesía en la que ha logrado conservar su vida pero que ha significado, al mismo tiempo, una muerte respecto al mundo que quedó atrás y a la realidad hostil que debe enfrentar.

Lo reconozco por el africano del este que es, un hombre joven, de origen eritreo o etíope, de textura esbelta, de rasgos delicados y ojos grandes. Tiene la mirada sombría de otros inmigrantes recién llegados que he conocido, una delgadez que va más allá del estado natural del cuerpo. Se mueve distinto que alguien que está acostumbrado al espacio que habita; su andar consiste en una serie de pasos cautos y abruptos. Parece asustado, demasiado sensible a los que pasan cerca. Luce como si estuviera intentando hacerse un rollo sobre sí mismo, encogerse lo suficiente para evitar que lo toquen. Lo miro con leve interés desde un café que da a un transitado cruce de calles. A pesar de percibir todos estos detalles, sé que él no tiene nada de especial, no en Florencia, Italia. Es solo uno de los muchos refugiados o migrantes que se han hecho camino desde África del Este, encarnación física de todos estos reportes y fotografías ahora tan familiares de las migraciones.

Los peatones pasan deambulando por la estrecha vereda, haciendo sombra en la luz dorada del ocaso. Están metidos en sus propias conversaciones, perdidos en el ritmo constante de sus intercambios. No son conscientes del joven que observo a través de la gran ventana a mi lado. No notan que está agarrando velocidad detrás de ellos, que su cuerpo se pone más rígido a cada segundo que pasa. Lo sigo mirando y él dobla el pecho hacia delante, un poco primero, como si fuera a caer por la propia inercia luego. Se mueve así varios pasos, como si tuviera algo en la espalda. Comienza

a hacerse paso entre los peatones, ajeno a los que casi tropieza. Es una figura salvaje, extraviada, precipitándose sin cuidado por la ajetreada vereda, distraído en sus propios pensamientos.

Entonces, de pronto, se detiene. Está tan quieto que comienza a atraer las miradas curiosas, esta figura solitaria dando pasos tranquilos en medio del cruce transitado. Se para ahí, inmóvil, levemente aturdido cuando los autos se detienen y las motos disminuyen su marcha. El tráfico espera a que él se mueva. En cambio, él comienza a hacer gestos, un conductor dirigiendo una orquesta invisible. Cada movimiento de su mano lo va enderezando y lo retuerce en un incómodo círculo. Sus brazos huesudos se doblan y extienden, impulsados por una energía que se vuelve más fuerte. Continúa así, mientras los observadores hacen una pausa y sacuden su cabeza antes de seguir adelante. Entonces mueve su boca como si formara palabras, y aun antes de que comience, sé que está a punto de gritar.

Dejo que todo desaparezca para poder concentrarme en él. La gente le pasa por al lado, irritada pero todavía respetuosa. Motociclistas y ciclistas se inclinan con cuidado para esquivar su figura inoportuna. Todos hacen el mayor esfuerzo para ignorarlo, lo tratan como una leve perturbación, sin nada especial. Él sigue gesticulando, su cabeza gira a un lado, al otro, sus acciones se van haciendo cada vez más rápidas. Un extraño tipo de ritmo se sucede, una danza errática que lo desespera para mantenerse a tiempo. Mientras lo miro, algo me oprime

el pecho y me obliga a tomar una bocanada repentina. No comprendo el dolor que me invade. O tal vez es que no quiero reconocerlo. Quizá no quiero hallar las palabras, porque hacerlo significaría derrumbarme en algún otro lugar, un lugar oscuro, lejos de esta calle transitada y radiante.

Vine a esta cafetería para escaparme del bombardeo de noticias del día. Me vine con mi anotador y mi lapicera para tomar distancia de las turbulencias que se suceden en América, en Etiopía, en el Mediterráneo, en Medio Oriente, en Europa: en todos lados. Vine para encontrar un escape de todo lo que sé para poder hacerme camino hacia un lugar donde pueda empezar a imaginar, libre de las embestidas de naufragios y protestas y bombardeos y desapariciones y tiroteos. Vine para estar sola, para escribir en soledad en un espacio desnudado del ruido que ha estado siguiéndome por meses, o tal vez por años. Es difícil saber cómo medir el tiempo, cómo orientarse cuando el horror y la conmoción empiezan a pegarse al pulso diario de la vida cotidiana. Se ha vuelto fácil vivir el momento presente, girar de un evento inquietante al siguiente, moverse tan rápido entre desastre y desastre que días enteros se gastan en sorprenderse atontadamente.

Pienso en Lázaro mientras sigo observando a este joven: un cuerpo desafiante que rehúsa la quietud, que se resiste al sosiego. Un cuerpo que usa el ruido para mantenerse vivo, para moverse, para ser visto. La moza viene a tomar mi pedido y sonrío al ver mi cuaderno. Noto que la pareja que está sentada cerca también la mira con suspicacia, como si temieran que estuviera tomando notas de su conversación. Nadie

parece ser consciente del drama que se desarrolla ahí afuera, donde un muchacho negro, despeinado, gira en círculos cada vez más amplios, hace señas salvajemente, le grita incoherencias a la gente que pasa. Es un espectáculo sin audiencia. Es un actor de Shakespeare, lleno de sonido y de furia.

Él gira y sacude sus brazos. Arroja una mano hacia arriba y quiebra la muñeca. Cierra su palma sobre la oreja para escuchar sus propios susurros. Frunce el ceño y sonrío, se ríe a carcajadas solo, hace una pirueta y se encuentra con la mirada de otro extraño. Hay furia en su energía espástica. Hay tristeza y confusión en sus ojos. Se está rompiendo, me digo, y está haciendo todo lo posible para mantener la calma. Escribo en mi cuaderno: “No estabas así cuando

dejaste tu casa. Esto es lo que el viaje te hizo”. Ahí viene de nuevo, el dolor en el medio del pecho. Por un momento es tan fuerte que estoy segura que él puede sentirlo. Tengo la certeza de que es un lazo que nos une y que si no bajo la mirada, él va a girar en la dirección exacta y yo voy a quedar expuesta. Si me mira, nuestras vidas se van a desplegar en frente de nosotros, y allí veremos los muchos caminos que nos llevaron a este cruce en Florencia y nos revelaremos como lo que realmente somos: inmigrantes, migrantes, refugiados, africanos, africanos del este, negros, extranjeros, extraños, un cuerpo tornado desobediente por la propia naturaleza de lo que somos.

Bajo la cabeza y trato de concentrarme en otra cosa que lo que está pasando en la calle. Cuando vuelvo a mirar, el joven se ha calmado. Ahora parece casi aburrido, zigzaguea entre los peatones mientras retuerce un mechón de pelo con sus dedos

El hecho de que esté vivo es testimonio de su resistencia. A lo que fue sometido, lo que puede haber causado su cicatriz, lo que es demasiado para que su mente pueda sopesar: estos pensamientos llevan hacia realidades mucho más oscuras que lo que puedo siquiera conocer. Vuelvo a mirar la primera nota que tomé cuando lo vi: “No estabas así cuando dejaste tu casa. Esto es lo que el viaje te hizo”.

flacos. Se mueve con pereza, como si hubiera logrado lo que se propuso hacer. Desde donde estoy sentada, parece como si estuviera caminando directamente hacia mí, pero en realidad simplemente está siguiendo la acera, y pronto, esta lo llevará a pasar de largo por la puerta del café donde estoy. Mientras pasa serenamente, noto una pequeña pelada en la parte de atrás de su cabeza. Es un círculo perfecto, como si tuviera pegado un objeto redondo en el cuero cabelludo para quemarle el pelo hasta dejar la piel. Me digo a mi misma que no puedo saber de qué se trata, que debe ser un espejismo, que puede que sea una hoja que se le pegó al cabello, pero nada de eso basta para evitar encogerme de dolor. De reojo, me parece ver que la pareja que está sentada al lado mío levanta la mirada, pausa y continúa luego con su discusión.

Me vienen a la mente historias que me contó un amigo que cruzó el Sahara para llegar a Europa vía África del Norte. Me habló del tratamiento horrible a manos de los traficantes de personas y de la policía en centros de detención y en cárceles improvisadas. Me contó lo que pudo y se saltó el resto. En momentos en los que se reunían varios que habían realizado aquel viaje los veía señalar sus cicatrices para completar las lagunas en sus historias. Algunas veces no había lenguaje capaz de darle coherencia a aquello que se sentía imposible de comprender. Algunas veces, era tan solo el cuerpo el que cargaba la evidencia, tajos y picaduras que formaban un vocabulario propio. Mientras miro el transitado cruce no quiero ni pensar lo que este joven puede haber atravesado para llegar a Italia, para estar en la calle este día. El hecho de que esté vivo es testimonio de su resistencia. A lo que fue sometido, lo que puede haber causado su cicatriz, lo que es demasiado para que su mente pueda sopesar: estos pensamientos llevan hacia realidades mucho más oscuras que lo que puedo siquiera conocer. Vuelvo a mirar la primera nota que tomé cuando lo vi: “No estabas así cuando dejaste tu casa. Esto es lo que el viaje te hizo”.

A Lázaro le dieron la gracia de poder caminar nuevamente la tierra de los vivos. Por un lado, se trataba de una propuesta

simple: obedeció la orden de levantarse y pudo vivir. El resto de sus días palidecen frente a la luz brillante de este asombroso milagro. Es fácil imaginarlo moviéndose por su nueva existencia con desenvoltura, pulsando con esta revelación de la gracia y el poder divinos. Queremos pensar que cuando se levantó de los muertos lo hizo immaculado y ligero. Que fue un renacimiento, libre de la intranquilizadora sabiduría. Pero Lázaro era un hombre ordinario que abrió sus ojos y se encontró incomprendible. En algún punto entre el final de su vida y el comienzo de su segunda oportunidad cambió de forma, se convirtió en milagro y extranjero, de ser querido se transformó en aberración.

¿Adónde fue Lázaro en las horas que transcurrieron entre su primera muerte y su segunda vida? Cuando despertó, ¿se inclinó su mente bajo este peso extraño y desconocido? ¿O encontró un descanso en nuevas fisuras? La suya no es una historia de resurrección. Es una historia de fortaleza divina y triunfo sobre la muerte. No sabemos los modos en los que este encuentro lo moldeó, porque eso no contribuye con lo que la historia quiere ejemplificar. Es más fácil reducirlo todo a ese gran momento del despertar, borrar todo el desorden que este momento implica, dejarlo atrás. Es más simple convertir a Lázaro en un cuento admonitorio para los infieles y luego abandonarlo a que camine solo hacia su próxima muerte. Aquellos que llevan vidas errantes, aquellos que desobedecen las reglas, a quienes necesitamos para mantener nuestras vidas intactas, suelen sufrir un destino similar.

Atravesar el desierto y el océano buscando seguridad y bienestar significa dejar de lado el impulso de permanecer en lo familiar. Es dejar ir lo conocido, sin importar las consecuencias, para mudarse a un paisaje irreconocible que, queremos creer, se basa en la buena voluntad. Hacer este viaje a través del Sahara, enfrenar el Mediterráneo, enfrenar las fronteras europeas, es poner a prueba el poder de resistencia del propio cuerpo mientras uno trata de reorganizarse internamente. La vastedad del desierto, la inmensidad del océano, la anestésica

repetición de paisajes hostiles y leyes implacables, todo esto puede dejar la mente a la deriva, entumecer el espíritu. Cada centímetro hacia delante es un recuerdo de la propia fragilidad. Sobrevivir lo suficiente como para llegar a Europa no es un milagro menor. Llegar indemne es imposible. No sos el mismo cuando llegás que cuando te fuiste. Algunas veces te mirás a vos mismo y te encontrás con un extraño.

Contemplan a este joven que deja su casa. Véanlo encerrado en containers y en camiones sobrecargados y en celdas y en centros de detención y en barcos llenos de gente. Véanlo luchar contra la quietud adormecedora. Miren su cuerpo apiñado, estrujado, empujado, hasta que ya no puede moverse por su propia voluntad. Y ahora está en una calle llena de gente, luchando

contra barreras, contra cercas, contra sogas, contra todas estas cosas que lo atan, reales o imaginarios. ¿Es para asombrarse que gire cuando puede? ¿Es tan extraño que se encuentre con el milagro de su propia propensión hacia el ruido y el movimiento? Hoy, mañana, pasado mañana, sé que en algún lugar él está gritando y gesticulando. En algún lugar está aún atrapado en esa tierra que su mente interpreta como refugio. ¿Y qué haremos con aquellos que logran atravesar el desierto y el océano y llegar vivos aunque para nada intactos? ¿Qué palabras vamos a usar contra aquellos que insisten en su propia desaparición? ¿De qué modos encontraremos nuestros propios modos de desobediencia, de resistencia esperanzadora contra la quietud arrasadora?



Maaza Mengiste (1971)

Escritora etíope, vivió en Kenia y Nigeria antes de radicarse en Estados Unidos. Sus artículos y relatos fueron publicados por *The Guardian*, *The New York Times* y la BBC, entre otros. En *Bajo la mirada del león* (2010), su primera novela, narra los últimos años de Haile Selassie desde el punto de vista de una etíope. La obra ha sido traducida a siete idiomas y obtuvo el segundo lugar en el premio Dayton Literary Peace Prize en el año 2011.

Tengo un asiento en un teatro abandonado

Mahmoud Darwish

Tengo un asiento en el teatro abandonado en Beirut. Quizás olvide y quizás recuerde el acto final sin ansiosa nostalgia - no por otra razón que porque la pieza no fue escrita hábilmente...

Caos

como en los días de guerra de los desesperados, y el impulso autobiográfico de los espectadores. Los actores

estaban rompiendo sus guiones y buscando al autor entre nosotros, testigos en nuestros asientos.

Le digo a mi vecino, el artista: No saques tu arma,

espera. ¡A menos que seas tú el autor!

No.

Y acto seguido pregunta: ¿Eres tú el autor?

No.

Entonces esperamos asustados. Yo le digo:

sé un héroe neutro

para escapar a un destino tan obvio.

Él dice: Ningún héroe muere con honra en la segunda escena. Esperaré el resto de la pieza. Quizás

pueda revisar uno de los actos. Y quizás repare

lo que el hierro ha infligido a mis hermanos.

Y yo le digo: Entonces ¿eres tú?

Él contesta: Tú y yo somos dos autores enmascarados

y dos enmascarados testigos.

Yo le digo: Y esto ¿en qué me concierne? Yo soy un espectador.

Él dice: No hay espectadores en el umbral del abismo.

Y nadie aquí es neutro. Y al final de la pieza debes elegir tu rol.

Entonces yo le digo: Me perdí el comienzo ¿cuál es el comienzo?

Traducción de Alberto Manguel de una versión al inglés de Fady Joudah.

página
75



Mahmoud Darwish (1941-2008)

Uno de los poetas más representativos de la resistencia palestina. Nacido en la ciudad de Al Birweh, su familia huyó al Líbano en 1948 durante el establecimiento del Estado de Israel, cuando la aldea en la que vivían fue destruida. A los 22 años, publicó su primera colección de poemas; a partir de entonces, ha escrito aproximadamente treinta libros de poesía y prosa que han sido traducidos a más de veintidós idiomas. Fue encarcelado en diversas ocasiones por su activismo político y por realizar lecturas públicas de su poesía.

El día en que descubrí que el pueblo sirio era capaz de levantarse

Ghalia Kabbani

La escritora y periodista siria Ghalia Kabbani está radicada en Londres desde hace ya más de veinte años. El dolor por la distancia con su país rodea este relato en el que se refiere a los levantamientos conocidos como Primavera Árabe. El 15 de marzo de 2011, una serie de multitudinarias protestas contra el régimen sirio a lo largo de todo el territorio marcaron el comienzo de una guerra civil atravesada por múltiples facciones enfrentadas y agravada por los intereses geopolíticos de las grandes potencias en la región. La aguda crisis humanitaria actual es el resultado de los enfrentamientos que no cesan, con una población civil víctima de un complejo escenario de violencia y millones de refugiados que escapan del horror.

página
76

¿Qué significa encontrarte a vos misma, escritora, novelista y periodista, siguiendo el desenvolvimiento de una guerra feroz en tu país de origen, mirando, desde la distancia, cómo su mapa se reparte entre milicias y poderes extranjeros? Presenciás desplazamientos forzados por soldados a través de migraciones a países vecinos o distantes o mediante acuerdos previos con autobuses verdes cuya misión es completar una estrategia de transformación demográfica según bases sectarias o confesionales, y con una agenda que no es meramente doméstica. He estado enfrentando esta situación por más de seis años.

Me he encontrado a mí misma en esta posición, y tuve que dejar a un lado los cuentos y la novela en la que había estado trabajando para dedicar tiempo a seguir los detalles de lo que sucedía en mi país, el cual había abandonado en 1994 con destino a Londres porque no podía soportar seguir viviendo bajo el techo de la corrupción y la tiranía. No permanecí lejos mucho tiempo. Visité Siria una o dos veces por año para cuidar de mi madre, que sufría de diabetes. Y cada vez que regresaba veía a mi país caer más bajo en el camino de la ruina.

Cuando comenzó la revolución siria, abandoné mi pasión principal por la escritura literaria para seguir las noticias, fotos y videos que circulaban en los medios. Y lo que más me torturaba era tener que mirar todas esas imágenes desgarradoras para elegir una o dos y publicarlas en el diario

en el que trabajo. Por más de seis años, he experimentado dolor en la distancia, porque mis seres queridos están en Siria, al igual que la huella de mis pisadas. Y toda evidencia de aquello que guardo en mi memoria y en la memoria de mi familia fue empañada durante los bombardeos y en cada acto de violencia contra la tierra y su gente.

Yo soy de la ciudad de Aleppo, en el norte de Siria, gran parte de la cual es considerada Patrimonio de la Humanidad de acuerdo a la Unesco. Seguí de cerca cómo las piedras de sus edificios antiguos y el mercado que existía desde la época de los romanos fueron destruidos. Cómo las almas de sus humanos estaban siendo destrozadas. Supe de cómo su gente estuvo sedienta por largos días y de cómo sufrieron la falta de electricidad, de gas, alimento y agua. Esto no ha cambiado. Fui testigo de su retorno a una vida primitiva, de cómo prendían fuego los árboles y los restos de muebles que habían sobrevivido a la artillería para calentar sus miembros en el frío invierno.

Y Aleppo es el modelo que utilizo como ejemplo de lugar con el que tuve una conexión humana diaria. No es la excepción respecto a sus ciudades, pueblos y lugares vecinos. No fue privilegiada respecto a Daraa, Homs, Idlib, Raqqa, Deir al-Zour, y a todas las zonas rurales que presenciaron la miseria de la marginación oficial antes de que comenzara la revolución, y posteriormente, la destrucción sistemática.

Luego del comienzo de la Primavera Árabe a principios de 2011 en Túnez—donde un joven se prendió fuego como acto de insurrección en contra de su propia pobreza y de la pérdida de dignidad de su sociedad—, el movimiento rebelde tuvo su eco en Egipto y en Libia. El primer caso consistió en una gran manifestación en la Plaza Tahrir,¹ que enfrentó el asedio de los hombres de seguridad de algunos de los beneficiarios del régimen de Mubarak, y el segundo se convirtió en una confrontación directa con las fuerzas de Khadafi, que terminó con su muerte. Pero Siria estuvo exceptuada, pues nadie entre los sirios imaginó que las manifestaciones pudieran tomar las calles, como con el advenimiento de la Primavera Árabe. Primero, porque las plazas públicas principales están fuertemente vigiladas en Siria, y los centros de seguridad cercanos son famosos por ejercer la violencia contra cualquier oposición. Segundo, porque los sirios han aprendido a vivir bajo la sujeción de las fuerzas de seguridad por décadas, creando sus propios mundos aparte, en los que han cortado sus relaciones con el Estado. Pues las autoridades no les permiten ejercer su ciudadanía, los han convertido en “objetos de seguridad” que requieren del consentimiento constante del aparato de seguridad para cada aspecto insignificante de sus vidas. No es posible ningún contrato matrimonial, ni ceremonia marital sin la aprobación de las fuerzas de seguridad, ningún viaje, ni ingreso a la universidad ni graduación, ningún trabajo, ni participación en ningún proyecto, excepto con el consentimiento y aprobación de múltiples servicios de seguridad. De esto puede deducirse la cantidad de razones triviales por las cuales un individuo puede ser enviado a prisión y ver el resto de su vida destruida.

Por décadas, los sirios han cerrado su corazón al Estado y han preparado sus

Nadie sabe a quién pertenecía la voz que clamó aquel día, entre la multitud mezclada de manifestantes, activistas y compradores, y que se asemejó a los vapores del volcán que se venía.

mentos para enfrentar el aparato de seguridad. Algunos aprendieron a manejarse con el lenguaje de la corrupción —con los consecuentes sobornos e hipocresía persistentes— para llevar adelante su vida cotidiana. Algunos emigraron y regresaron a su tierra natal como turistas o visitantes, y luego de perder su ciudadanía mantuvieron tan solo una conexión emocional con el país. Los que se atrevieran a abrir la boca para objetar serían destinados a la detención o a largas ausencias del país. Los sirios llamaron la atención por lo que parecía ser su “exilio voluntario”, pero para muchos este era obligatorio, y era la única manera en la cual podían vivir a la altura de sus expectativas, aspiraciones y creencias.

A la luz de este contexto, muchos sirios, especialmente aquellos que observaban la situación desde afuera, descartaron la posibilidad de que se pudiera desarrollar un movimiento popular como en Túnez, Egipto o Libia. Pero se equivocaron. Pues si las generaciones previas habían dejado de soñar con el cambio, debido al alto costo que esto conllevaba —esto es, la pérdida de muchas vidas—, los niños y los jóvenes intentaron lo que otros ya ni soñaban. Los manifestantes tomaron las calles y el mercado de Hamidiya en la ciudad vieja de Damasco. En esta área comercial sucedió que un oficial de tráfico golpeó al conductor de un auto y un transeúnte comenzó a gritar, mientras otros detrás de él comenzaron a corear: “El pueblo sirio no será humillado”. Este fue el grito más alto de los sirios en décadas, al menos desde que el padre de Assad tomó el poder en un golpe de Estado contra sus camaradas en noviembre de 1970, en lo que él llamó el “movimiento correctivo”. Durante décadas, Siria fue gobernada con puño de hierro, estableciendo instituciones de seguridad especializadas en misiones sucias que iban desde espiar al resto de los sirios hasta la detención y la interrogación, para terminar en

1. [N. del T.] También conocida como Plaza de la Liberación.



Manifestación en Damasco, abril de 2011.

la tortura, perfeccionada por aquellos que eran responsables de esos centros, y documentada por la literatura siria en novelas y cuentos. Reportes de organizaciones internacionales de derechos humanos resaltaron estos incidentes, siendo el más reciente de ellos el de Amnesty International acerca de la cárcel de Sednaya cerca de Damasco, publicado el último febrero.

Con este telón de fondo resulta posible entender la importancia del entusiasmo desatado el 15 de marzo de 2011. Se trata de una conversación silenciada por cuarenta años, y hasta de una dignidad que se ha mantenido callada por cuatro décadas, con la excepción de las declaraciones que emanaban de los débiles partidos de oposición, cuyos miembros eran encarcelados o torturados.

Nadie sabe a quién pertenecía la voz que clamó aquel día, entre la multitud mezclada de manifestantes, activistas y compradores, y que se asemejó a los vapores del volcán que se venía.

Tras ese grito en Damasco, comenzaron las protestas populares en la ciudad de Daraa,

donde los colegiales escribían en las paredes de su escuela: “El pueblo quiere derrocar el régimen”, un eco de lo que habían llegado a escuchar y mirar del clamor de los tunecinos, egipcios y libios en los canales satelitales árabes. Pero los niños desaparecieron en las prisiones como castigo por su atrevimiento y por copiar aquellas consignas. Más tarde, un muchacho de trece años llamado Hamza al-Khatib fue devuelto a su familia: un cadáver destrozado por la tortura, acusado de “violar mujeres”. Esos fueron los cargos por los que fue condenado a que le removieran su sistema reproductivo como tortura disciplinaria, una práctica que fue aplicada a muchos otros niños.

¿Han leído alguna narración similar en la literatura latinoamericana? Nosotros sí, en las traducciones al árabe de su literatura, y desde fines de los años ochenta vemos en esta literatura un gran parecido con nuestra propia experiencia política. Recuerdo un cuento, que había sido incluido en un grupo de historias traducidas en los ochenta, y lamento no recordar el nombre del autor.

La historia era acerca de una familia que vivía bajo un régimen dictatorial en un país de América del Sur. Durante la cena, el hijo sorprende a su familia con la noticia de que aquel día el profesor le había pedido a él y a sus compañeros que hablaran o escribieran un ensayo sobre los detalles de un día en la vida de su familia. La pareja se mira, preocupada por lo que el niño puede haber revelado al maestro, en un país controlado por los servicios de seguridad, pero luego se sorprende de que los detalles revelados estaban alejados de lo que realmente sucedía en la casa. El niño había aprendido instintivamente el juego de lidiar con el poder, y supo ocultar su miedo y proteger a su familia con una ilusión que eludía la realidad.

Los niños de Siria y sus familias también han experimentado horrores similares por muchos años. Los padres han tenido que ocultar sus opiniones y comentarios acerca de lo que sucedía en el país, o aconsejar a los niños que no repitieran lo que se decía en casa. También experimentaron la división de las familias en grupos de enemigos debido a afiliaciones políticas en conflicto —leales y opositores— y un sistema de autoridad que alienta a los jóvenes y adultos a delatar a sus parientes, vecinos, conocidos y padres, quienes son etiquetados como “traidores” por criticar o expresar descontento con algo.

Luego de una represión prolongada con la que se volvió cada vez más difícil convivir, el largamente atrasado grito se extendió a otras regiones, en rechazo de la asfixiante realidad que ya no podía ser tolerada en los años venideros. El grito se propagó como un fuego, desde Damasco y Deraa a Homs, Idlib, Hassakeh, Raqqa, Hama y Aleppo.

Entre las consignas que se cantaban en las manifestaciones estaba la de “uno, uno, uno, el pueblo sirio es uno”. Aquí estamos, después de más de seis años, frente a una población dividida entre gente desplazada y refugiados, y un mapa de Siria repartido entre sectas, nacionalidades y clanes, y en acuerdo con las autoridades extranjeras que gobiernan cada región.

No es posible brindar una descripción precisa del movimiento popular que se vivió en aquellas áreas, documentado por los canales satelitales y los videos subidos a YouTube, excepto para aquellos que lo presenciaron. Hubo cantos y bailes en plazas y calles, y carteles con consignas pacíficas. Estos encuentros produjeron un folclore político público que no

se ha visto en demasiadas protestas alrededor del mundo. Los cantos fueron compuestos por gente que no había escrito música en su vida, y pronto estas creaciones se extendieron entre las multitudes que se manifestaban, dentro y fuera de Siria, especialmente al final de cada semana. Se hicieron carteles y se escribieron las demandas que se levantarían durante las mani-

festaciones. Los manifestantes eran en su mayoría jóvenes y estudiantes universitarios, y la Primavera Siria, que parecía tan lejana, finalmente llegó.

Luego de esta introducción, el lector de este artículo puede preguntarse qué sucedió después, y por qué el país se movió en dirección a una escalada de violencia, armas, bombardeos y un alto número de muertos cuyos restos permanecen atrapados entre los escombros de los edificios.

Muchos se han olvidado de cómo empezó este movimiento popular pacífico y de sus legítimas demandas, y solo recuerdan el brote de “violencia”. Olvidan, o nunca supieron de las balas que comenzaron a golpear a los manifestantes, disparadas por los hombres de seguridad y sus colaboradores, o de los tiroteos durante los funerales en los que el pueblo enterraba a las víctimas de las manifestaciones, o de cómo adjudicaban todo esto a los “partidos extranjeros” o a los “terroristas”, cuando ni Dáesh, ni el frente Al-Nusra ni ningún otro

grupo siquiera cercano a la ideología de Al Qaeda o al extremismo todavía habían aparecido en Siria.

Fue entonces que comenzó la guerra civil. El régimen se dedicó por completo a la militarización de la sociedad, comenzada hacía décadas, arrancando por los niños pequeños y siguiendo luego con los jóvenes de escuelas medias y secundarias. La educación se inspiró en la ideología del partido Baath. El régimen golpeó cualquier movimiento obrero y se apoderó de los sindicatos, incluida la Bar Association, cuyo rol es, justamente, defender los derechos públicos. La mayoría de los miembros de estos grupos se convirtió en un arma popular para atacar las manifestaciones pacíficas. Se trata de los llamados “Shabiha”, los grupo voluntarios paramilitares que golpean y violan derechos por fuera del aparato oficial.

El régimen insistió en emplear el rótulo de “terrorismo”, ya que al responder con “mano dura” los términos como “manifestación” y “movimiento pacífico”

ensuciaban su imagen internacional, mientras que “terrorismo” era una caracterización capaz de silenciar al movimiento popular y enviar un mensaje intimidatorio al resto del mundo. El régimen desató la violencia, confiando en que la memoria de los seres humanos —incluyendo a los medios de comunicación y los políticos— soslayaría los detalles de las secuencias de eventos más brutales. Una información dolorosa borra a la anterior. También se apoyó en la negación de todo lo que hacía. Negó el bombardeo de barriles explosivos y el uso de gases tóxicos y de armas prohibidas internacionalmente. Se atuvo a la postura: “No matamos, no bombardeamos”, a pesar del hecho de que sus aviones de combate no cesan de surcar los cielos de Siria, y aunque el país, en la mayoría de sus ciudades, se convirtió en un paisaje de escombros causados por el bombardeo continuo de aeronaves rusas y sirias. Hizo todo esto con la ayuda de milicias respaldadas por Irán que llegaron desde el fin del mundo

Aleppo, Siria, 2016.



para luchar a su lado; desde Afganistán, Pakistán, la Guardia Revolucionaria de Irán y Hezbollah desde el Líbano. Todos ellos fueron parte de una campaña que tuvo a hospitales, escuelas y panaderías como objetivo militar. Hemos visto fotos de civiles cargando hogazas de pan empapadas de sangre o hechas añicos cerca de ellos. Todos estos detalles fueron desmentidos por el régimen, que asegura que todo es inventado por la oposición, tal como hizo con la ciudad de Khan Sheikhoun, en la Idlib rural, a la que el régimen bombardeó recientemente con gas tóxico mediante ataques aéreos, para sostener luego que la oposición se había bombardeado a sí misma!

Seis años bastaron para destruir a Siria y a los sirios, durante los cuales el régimen y sus fuerzas leales eligieron como blanco toda forma de vida civil para forzar a los civiles a huir y vaciar las zonas, y luego mover a otros residentes de otras zonas, leales a él, aun cuando fueran de Irak o Irán, para vivir allí. Damasco es el mayor ejemplo de esto.

Los sirios han sido acosados por un régimen al que no le importa ninguna forma de destrucción, incluso del propio país que gobierna, como forma de castigo hacia aquellos que se atreven a criticar. También permitió la emergencia de áreas liberadas para que fueran explotadas por facciones regionales o internacionales. Así es como surgieron Dáesh o Al-Nusra. Ambas surgieron del seno de Al Qaeda. Combatientes arribaron desde todas partes del mundo, este y oeste, para pelear en Siria para una u otra facción.

Esto es exactamente lo que el régimen y sus seguidores querían: espantar al mundo con una Siria que se volvía caldo de cultivo para el extremismo y con la amenaza de exportar al terrorismo y a terroristas a los países “dialoguistas”, incluidos los países europeos. Esto sumado a la generación del fenómeno de los refugiados y la afluencia de grandes números de ellos en esos mismos países.

No hablaré mucho acerca de los grupos militantes que se han establecido en Raqqa, Idlib y otros sitios de Siria. Pues nadie entre los sirios puede esperar que funden una sociedad civil o que crean en sus valores. En este artículo, me concentré en un régimen que debería haber mantenido Siria y su integridad territo-

rial, en lugar de dejar que se convierta en un conjunto de retazos de distintos emiratos y autoridades locales operando bajo el control de los rusos y los iraníes.

Entre las consignas que se cantaban en las manifestaciones estaba la de “uno, uno, uno, el pueblo sirio es uno”. Aquí estamos, después de más de seis años, frente a una población dividida entre gente desplazada y refugiados, y un mapa de Siria repartido entre sectas, nacionalidades y clanes, y en acuerdo con las autoridades extranjeras que gobiernan cada región.

El régimen, y las milicias que lo apoyan, al igual que las fuerzas extremistas que se infiltraron en Siria, se robaron la revolución popular siria y sus justas y pacíficas demandas. El conflicto se redujo a un régimen que asegura que los manifestantes son “terroristas” y grupos extremistas que tienen sus propias motivaciones, ninguna de las cuales incluye una sola consigna de las que se levantaron en las manifestaciones pacíficas.

Ningún pueblo, en la historia moderna, ha sido sujeto a traición semejante, solo por atreverse a reclamar sus derechos legítimos.



Ghalia Kabbani (1953)

Escritora y periodista siria, radicada en Londres. Publicó dos novelas, *The Mirror of Summer* (1998) y *Secrets and Lies* (2010), y tres libros de historias cortas. Ha publicado artículos en diferentes medios, entre ellos el periódico londinense *Al-Hayat*. Desde 2008 es jurado del Premio Internacional de Ficción Árabe (IPAF).

Noam Chomsky: sobre Trump y el Estado de la Unión

George Yancy

Durante dos meses, el profesor de filosofía George Yancy y el filósofo Noam Chomsky mantuvieron un intercambio de ideas que luego publicó el periódico The New York Times el pasado 5 de julio, en forma de reportaje. A lo largo de este artículo surgen los temas actuales que obsesionan al reconocido intelectual estadounidense: los peligros ambientales y nucleares que acechan la supervivencia de la humanidad y la importancia del pensamiento crítico como forma de resistencia.

Durante los últimos meses, a medida que la alarmante posibilidad de una presidencia de Trump se convertía en alarmante realidad, decidí ponerme en contacto con Noam Chomsky, filósofo cuya voz, escritura y activismo han provisto a los sistemas políticos americanos y globales de incomparables reflexiones y desafíos por más de cincuenta años. Nuestra conversación, tal como es reproducida aquí, se desarrolló en una serie de intercambios de correos electrónicos durante los últimos dos meses. Aunque el profesor Chomsky estaba extremadamente ocupado, en honor a nuestro pasado diálogo intelectual, dedicó gentilmente una porción de su tiempo para esta entrevista.

El profesor Chomsky es autor de numerosos trabajos políticos de éxito en ventas y ha sido traducido a numerosos idiomas. Entre sus trabajos más recientes se encuentran Hegemonía o supervivencia, Estados fallidos, Esperanzas y realidades, Masters of mankind y ¿Quién domina el mundo? Ha sido nombrado profesor emérito en el Instituto Tecnológico de Massachusetts desde 1976.

George Yancy: Considerando este momento político de “posverdad” y el creciente autoritarismo que presentamos con el presidente Trump, ¿qué rol público cree usted que puede tener la filosofía profesional al abordar esta situación críticamente?

Noam Chomsky: Debemos tener cuidado de no intentar matar un mosquito con

una bomba atómica. Las actuaciones respecto a la “posverdad” son tan perfectamente absurdas que la respuesta apropiada debería ser más bien el ridículo. Por ejemplo, el reciente comentario de Stephen Colbert resulta pertinente: cuando la legislatura republicana de Carolina del Norte pretendió responder a un estudio científico que predecía un peligroso aumento en el nivel del mar prohibiendo a las oficinas estatales y locales establecer regulaciones o documentos de planificación para enfrentar el problema, Colbert expresó: “Es una solución brillante. Si la ciencia da un resultado que no te gusta, aprobá una ley diciendo que el resultado es ilegal. Problema solucionado”.

Generalmente, así es como el gobierno de Trump lidia con una amenaza verdaderamente existencial a la supervivencia de la vida humana organizada: prohíbe regulaciones y hasta investigaciones o discusiones sobre las amenazas ambientales y corre hacia el precipicio tan rápido como le es posible, con el interés de acumular poder y sacar provecho en el corto plazo.

G.Y.: En ese sentido, el trumpismo me parece algo suicida.

N.C.: Por supuesto, el ridículo no es suficiente. Es preciso llevar nuestra atención a las preocupaciones y a las creencias de aquellos que son capturados por el fraude, o que no reconocen la naturaleza y la significación de los problemas por otras razones. Si por filosofía entendemos un análisis

razonado y reflexivo, podemos considerar que ella es capaz de abordar este momento, pero no enfrentando hechos con hechos sino analizando y aclarando lo que está en juego, no importa cuál sea el problema. Más allá de eso, lo que necesitamos es acción: urgente y entregada, de todas las maneras que se nos abren.

G.Y.: Cuando era un estudiante de filosofía en la Universidad de Pittsburgh, donde me formé en la tradición analítica, no me resultaba claro qué significaba la filosofía más allá del esclarecimiento de los conceptos. Y sin embargo, me abracé a la posición marxiana de que la filosofía puede cambiar el mundo. ¿Cuál es su posición respecto a la capacidad que tiene la filosofía de cambiar el mundo?

N.C.: No estoy del todo seguro de lo que tenía en mente Marx cuando escribió que “los filósofos se han limitado a interpretar el mundo de distintos modos; de lo que se trata es de transformarlo”. ¿Quiso decir que la filosofía podía cambiar el mundo o que los filósofos debían darle mayor prioridad a

cambiar el mundo? Si se refería a lo primero, entonces probablemente hablaba de la filosofía en un sentido amplio, que incluye el análisis del orden social y las ideas sobre por qué debería ser cambiado y cómo. En ese sentido amplio, la filosofía puede jugar un rol, por cierto esencial, en la transformación del mundo, y los filósofos, incluyendo la tradición analítica, se han comprometido con ese esfuerzo, tanto en sus trabajos filosóficos como en sus vidas activistas; podemos mencionar a Bertrand Russell como un ejemplo prominente de esto.

G.Y.: Sí, Russell era filósofo y era un intelectual público. En esos términos, ¿cómo se describiría usted mismo?

N.C.: No pienso en eso, francamente. Me involucro en el tipo de trabajo y actividades que me resultan importantes y estimulantes. Algo de todo eso cae en alguna de estas categorías como se las suele comprender.

G.Y.: Hay momentos en los que la misma magnitud del sufrimiento humano resulta intolerable. Siendo alguien que ha hablado tanto del



Reloj del Juicio Final, del *Bulletin of the Atomic Scientist*, 1947.

sufrimiento en el mundo, ¿cómo puede dar testimonio de ello y aún así encontrar la fuerza para seguir adelante?

N.C.: Ser testigo es suficiente para proporcionarme las motivaciones necesarias para continuar. Y nada es más inspirador que ver cómo la gente pobre y sufriente, que vive en condiciones incomparablemente peores que aquellas que nosotros podemos soportar, siguen adelante en silencio y sin pretensiones, luchando con valentía y compromiso por justicia y dignidad.

G.Y.: Si tuviera que enumerar dos o tres formas de acción política que son necesarias bajo el régimen Trump, ¿cuáles serían? Pregunto porque el momento que vivimos se siente tan desesperanzador y represivo.

N.C.: No creo que la cosa sea tan sombría. Mirá el éxito de la campaña de Bernie Sanders, el aspecto más notable de la elección del 2016.

Después de todo, no es tan sorprendente que un multimillonario del mundo del espectáculo con un fuerte respaldo de los medios (incluidos los medios liberales, cautivados por sus excentricidades y las ganancias publicitarias que estas les aseguran) gane la interna del ultra reaccionario Partido Republicano.

La campaña de Sanders, por su parte, rompió

dramáticamente con un siglo de historia política estadounidense. Una gran variedad de investigaciones provenientes del campo de la ciencia política, y debemos una mención especial a los trabajos de Thomas Ferguson, han demostrado de una manera convincente que las elecciones están más o menos compradas. Por ejemplo, tan solo los gastos de campaña son un notable indicador de

éxito electoral, y el apoyo del poder corporativo y el capital particular es prácticamente un prerrequisito para siquiera participar en la contienda política.

La campaña de Sanders demostró que un candidato con un programa moderadamente progresista (básicamente, New Deal) pudo haber ganado la interna y hasta quizá las elecciones, sin el respaldo de los grandes donantes ni el apoyo de los medios. Tenemos buenas razones para suponer que Sanders podría haber ganado las primarias de no haber sido por los manejos de los gerentes del partido alineados con Obama y Clinton. En la actualidad es una de las figuras políticas más populares del país por un amplio margen.

El activismo engendrado durante la campaña está empezando a incursionar en la política electoral. Bajo Barack Obama, el Partido Demócrata prácticamente colapsó en niveles cruciales tanto locales como estatales, pero puede ser reconstruido y reconvertirse en una fuerza progresiva. Esto significaría revivir el legado del New Deal y

llevarlo mucho más lejos, en lugar de abandonar a la clase trabajadora y transformarse en neodemócratas clintonianos que, poco más, poco menos, se asemejan más a lo que solía llamarse “republicanos moderados”, una categoría que ha desaparecido definitivamente tras el viraje de ambos partidos hacia la derecha durante el período neoliberal.

Puede que esta perspectiva no esté fuera de nuestro alcance, y los esfuerzos por seguir ese camino pueden combinarse con un activismo directo, ahora, urgentemente necesario, para contrarrestar las acciones legislativas y ejecutivas del gobierno republicano, habitualmente escondidas detrás de las fanfarronadas de la figura nominalmente a cargo.

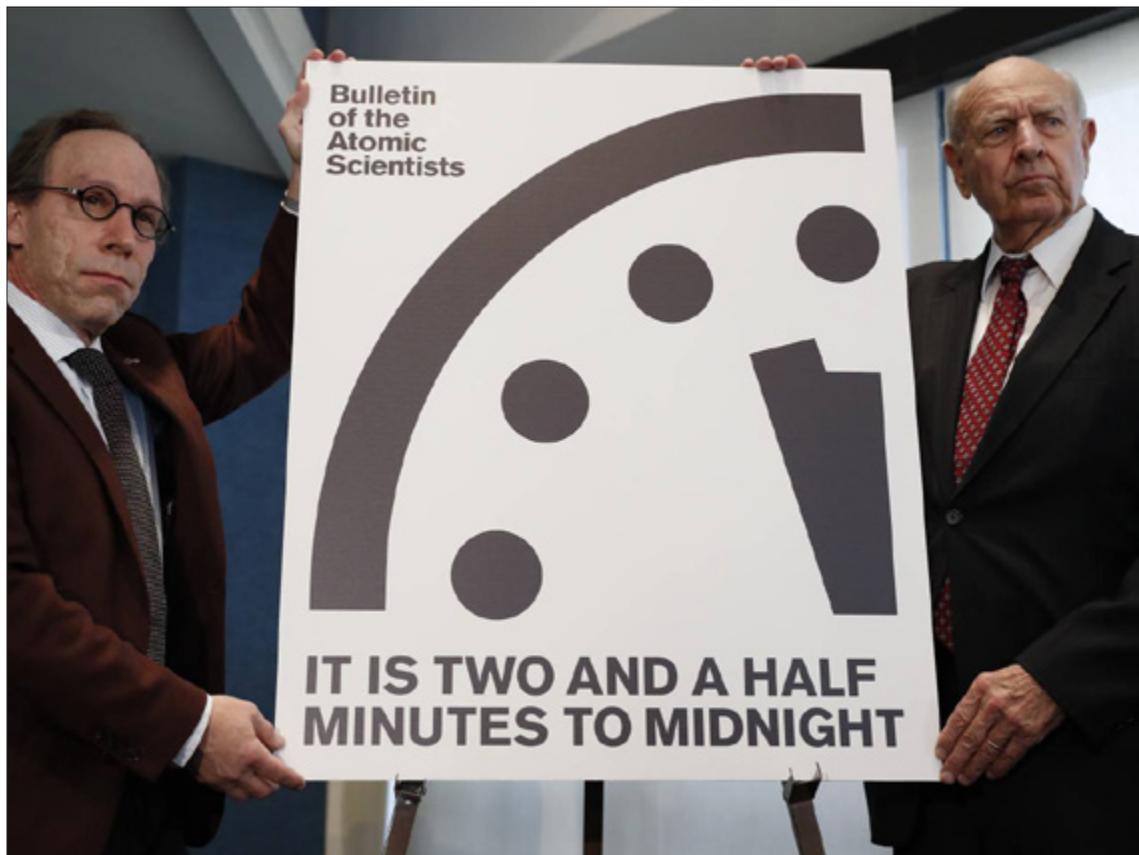
Si por filosofía entendemos un análisis razonado y reflexivo, podemos considerar que ella es capaz de abordar este momento, pero no enfrentando hechos con hechos sino analizando y aclarando lo que está en juego, no importa cuál sea el problema. Más allá de eso, lo que necesitamos es acción: urgente y entregada, de todas las maneras que se nos abren.

Existen, de hecho, muchas maneras de combatir el proyecto de Trump de crear un Estados Unidos pequeño, aislado del mundo, encogido de miedo detrás de los muros al tiempo que llevando adelante políticas nacionales al mejor estilo Paul Ryan, que representan el ala más salvaje del *establishment* republicano.

G.Y.: ¿Cuáles son los problemas más pesados que enfrentamos?

N.C.: Los problemas más importantes que debemos abordar son las amenazas verdaderamente existenciales que enfrentamos: el cambio climático y la guerra nuclear. En cuanto a la primera, los líderes republicanos, en un estado de magnífico aislamiento respecto al resto del mundo, parecen dedicados unánimemente a destruir las posibilidades de una supervivencia decente; son palabras fuertes, pero no exagero. Hay mucho que se puede hacer a niveles locales y estatales para contrarrestar su perverso proyecto. Con respecto a la guerra nuclear, el accionar en Siria y en la frontera rusa representan

una seria amenaza de enfrentamiento que podría desencadenar una guerra, una perspectiva impensable. Además, la intención de Trump de continuar los programas de Obama de modernización de las fuerzas nucleares implica peligros extraordinarios. Tal como nos hemos enterado recientemente, la modernizada fuerza nuclear estadounidense está desgastando el delgado hilo del que depende nuestra supervivencia. El asunto fue discutido en detalle en un artículo de importancia crítica publicado en marzo en el *Bulletin of the Atomic Scientist*, que debería haber llegado a la tapa de los diarios y debería haberse mantenido allí. Los autores, analistas muy respetados, señalan que el programa de modernización de armas nucleares ha “casi triplicado la potencia letal de los misiles balísticos estadounidenses existentes, y crea exactamente el escenario que uno esperaría encontrarse si un estado nuclearmente armado estuviera planeando alcanzar la capacidad de pelear y ganar una guerra nuclear desarmando a sus enemigos mediante un primer golpe sorpresivo”. El significado es claro. Quiere decir que en un momento de crisis, de los que suelen



Reloj del Juicio Final, del *Bulletin of the Atomic Scientist*, 1947.

haber demasiados, los jefes militares rusos pueden llegar a concluir que, a falta de factores disuasivos, la única esperanza de supervivencia es dar el primer golpe, lo cual significaría el final para todos nosotros.

G.Y.: Da pavor de solo pensarlo.

N.C.: En estos casos, la acción ciudadana puede revertir programas altamente peligrosos. También puede presionar a Washington para que explore alternativas diplomáticas —que están disponibles— en lugar del casi reflejo recurso a la fuerza y a la coerción, en otras áreas, incluidas Corea del Norte e Irán.

G.Y.: Ahora bien, Noam, ha confrontado un amplio espectro de injusticias. ¿Qué es lo que motiva para usted este sentido de justicia social? ¿Hay alguna motivación religiosa que enmarque su trabajo social?

N.C.: No, ninguna motivación religiosa, y por fuertes razones. Uno puede encontrar una motivación religiosa para casi cualquier curso de acción, desde el compromiso por los ideales más elevados hasta el apoyo de las más horribles atrocidades. En los textos sagrados encontramos inspiradores llamados a la paz, a la justicia y a la piedad, junto con los pasajes más genocidas del canon literario. Nuestra guía es la conciencia, cualesquiera que sean los detalles con los que elijamos adornarla.

G.Y.: Volviendo al tema de dar testimonio de tanto sufrimiento, ¿qué me recomienda compartir con mis estudiantes de grado para ayudarlos a desarrollar la capacidad de dar testimonio a formas de sufrimiento que son mayores de las que nosotros soportamos? Muchos de mis estudiantes solo se preocupan por recibirse y muchas veces parecen ajenos al sufrimiento del mundo.

N.C.: Sospecho que muchos de los que parecen ajenos al sufrimiento, ya sea cercano o de regiones remotas, son en gran parte inconscientes o tal vez cegados

por la doctrina y la ideología. Para ellos, la respuesta es desarrollar una actitud crítica hacia los textos de fe, tanto seculares como religiosos; alentar su capacidad de cuestionar, de explorar, de ver el mundo desde el punto de vista de otros. Y la exposición directa a este sufrimiento nunca está demasiado lejos, donde querramos; tal vez en un indigente acurrucándose en el frío o pidiendo una moneda para comprar comida, o en tantas otras cosas.

G.Y.: Aprecio y secundo tu visión acerca de que el sufrimiento de los otros nunca está demasiado lejos. Ahora, volviendo a Trump, entiendo que su postura es que lo encuentra fundamentalmente impredecible. Yo lo veo ciertamente así. ¿Cree que debemos temer un intercambio nuclear de algún tipo durante nuestra era?

N.C.: Así lo creo, y no soy el único con estos temores. Tal vez la figura más prominente que ha expresado estas preocupaciones es William Perry, uno de los estrategas nucleares contemporáneos más destacados, con muchos años de experiencia en las esferas más altas de planificación bélica. Es una persona reservada y prudente, poco proclive a exagerar. Ha salido de su semi retiro para declarar enérgica y repetidamente que está aterrizado tanto por la extrema y creciente amenaza como por la incapacidad de preocuparse por ella. En sus palabras, “En la actualidad, el peligro de algún tipo de catástrofe nuclear es mayor que durante la Guerra Fría, y la mayoría de la gente ignora alegremente este peligro”. En 1947, el *Bulletin of the Atomic Scientist* estableció el famoso Reloj del Juicio Final, que estima cuán lejos estamos de la “medianoche”: la destrucción total. En 1947, los analistas pusieron el contador a siete minutos para la medianoche. En 1953 movieron la aguja a dos minutos para la medianoche, luego de que los Estados Unidos y la Unión Soviética explotaran bombas de hidrógeno. Desde entonces, el reloj ha oscilado pero nunca volvió a alcanzar este nivel de peligro. En enero, poco tiempo después de la asunción de Trump, la manecilla se movió hasta los dos

minutos y medio para la medianoche, lo más cerca que se ha estado de un desastre terminal desde 1953. Para ese entonces, los analistas estaban considerando no solo aumentar el nivel de amenaza de guerra nuclear sino también señalar el firme compromiso de la organización republicana por acelerar la carrera hacia la catástrofe ambiental. Perry tiene razón en estar aterrorizado. Y todos deberíamos estarlo, aunque más no sea por la persona que tiene su dedo sobre el botón rojo y por sus socios surrealistas.

G.Y.: Y sin embargo, a pesar de su imprevisibilidad, Trump tiene un fuerte apoyo. ¿Qué es lo que da lugar a esta clase de sumisión servil?

N.C.: No estoy seguro de que “sumisión servil” sea correcto, por varias razones. Por ejemplo, ¿quiénes constituyen ese apoyo? La mayoría de ellos son ricos. Tres cuartas partes tienen ingresos por encima de la media. Cerca de un tercio tiene una renta superior a cien mil dólares por año, lo que los coloca entre el quince por ciento de mayores ingresos y en el seis por ciento superior entre aquellos que solo completaron la secundaria. Son abruma-

doramente blancos, en su mayoría de edad avanzada, y por consiguiente, de sectores históricamente más privilegiados.

Tal como reportó Anthony DiMaggio en un cuidadoso estudio sobre la profusión de información ahora disponible, los votantes de Trump tienden a ser republicanos típicos, con “una agenda social elitista, reaccionaria y a favor de las corporaciones” y se corresponden con “un segmento acaudalado y privilegiado del país en términos de ingresos, pero relativamente menos privilegiado de lo que lo fue en el pasado, antes del colapso económico de 2008”, y por tanto se sienten algo angustiados respecto a la economía. La mediana del ingreso cayó casi diez por ciento desde 2007. Todo esto sin contar el extenso segmento evangélico y dejando de lado factores como el supremacismo blanco, profundamente enraizado en los Estados Unidos, el racismo o el sexismo. Para su base de apoyo, Trump y el ala más salvaje del *establishment* republicano no están lejos de su actitud cotidiana, aunque a la hora de las preferencias sobre políticas específicas surgen cuestiones más complejas.

Un segmento de la base electoral de Trump proviene del sector industrial que fue



Donald Trump durante el discurso anual del presidente de los Estados Unidos al Congreso, 28 de febrero de 2017.

desechado durante décadas por ambos partidos, normalmente de áreas rurales en las que la industria y los trabajos estables han colapsado. Muchos votaron por Obama, creyendo en su mensaje de esperanza y cambio, pero fueron rápidamente decepcionados y en su desesperación se volcaron a su clase enemiga, aferrándose a la ilusión de que, de alguna manera, su líder formal vendría en su rescate.

Otro punto a considerar es el sistema de información actual, si uno puede siquiera usar esa frase. Para gran parte de estas bases, su fuente de información son Fox News, los programas de radio y otros profesionales de los “hechos alternativos”. La puesta en evidencia de las malas acciones y las ridiculeces de Trump, que agita a la opinión liberal, es rápidamente interpretada como un ataque de la élite corrupta al defensor del ciudadano de a pie, quien es, de hecho, su más cínico enemigo.

G.Y.: ¿Cómo opera aquí la falta de inteligencia crítica, esto es, del tipo de inteligencia que el filósofo John Dewey consideraba esencial para una ciudadanía democrática?

N.C.: Podríamos hacernos otras preguntas vinculadas a la inteligencia crítica. Para la opinión liberal, el crimen político del siglo, como es a veces referido, es la interferencia rusa sobre las elecciones estadounidenses. Los efectos de este crimen son indetectables, a diferencia de los efectos masivos que tienen la interferencia del poder corporativo

y el capital privado, los cuales no son considerados un crimen sino parte del funcionamiento normal de la democracia. Esto sin siquiera considerar los registros de “interferencia” estadounidense en elecciones extranjeras, inclusive en Rusia; digo “interferencia” entre comillas porque es una expresión risiblemente inadecuada, como cualquiera con la más ínfima familiaridad con la historia reciente puede suponer.

G.Y.: Lo cual habla, ciertamente, de las contradicciones de nuestra nación.

N.C.: ¿Acaso el hackeo ruso durante la campaña es más significativo que todo lo que estuvimos discutiendo, por ejemplo, que la campaña republicana para destruir nuestras condiciones de existencia social organizada, desafiando al resto del mundo? ¿O el aumento de la ya extrema amenaza de guerra nuclear terminal? ¿O incluso, otros crímenes reales aunque menores, como la iniciativa republicana de privar a decenas de millones de personas de su seguro médico o echar a gente indefensa de sus asilos con el fin de enriquecer a su base corporativa y millonaria todavía más? ¿O el desmantelamiento del de por sí limitado sistema regulatorio destinado a mitigar el impacto de la crisis financiera que es esperable que sus favoritos vuelvan intentar? Y así, interminablemente.

Es fácil condenar a aquellos que ponemos del otro lado de una división, pero es más importante, generalmente, explorar a aquellos que consideramos más cercanos.



Noam Abraham Chomsky (1928)
Pensador norteamericano, su vasta obra se centra en la lingüística, la comunicación, la filosofía y la política. Ha obtenido un amplio reconocimiento por su activismo y sus posturas disidentes respecto a la política, la economía y la cultura estadounidense. Sus numerosos libros han sido traducidos a incontables idiomas y difundidos a nivel mundial.



George Yancy (1961)
Filósofo estadounidense y docente de la Universidad de Emory, Atlanta. Autor de numerosos libros acerca de la problemática racial en Estados Unidos, publicó un controversial artículo en *The New York Times* el 24 de diciembre de 2015 titulado “Dear White America” (Querida América Blanca) que tras una profunda polémica terminó por suscitar la movilización de gran parte del campo intelectual y académico local.



Dos semblanzas de Gandhi

Victoria Ocampo

Victoria Ocampo escribió dos textos llenos de amor y admiración acerca de Mahatma Gandhi, el reconocido líder del movimiento independentista indio contra el colonialismo inglés y promotor de la desobediencia civil no violenta. El primero, de 1942, es un recuento de la inesperada experiencia de la escritora argentina al escucharlo en el anfiteatro Luna Park de París. El segundo —publicado, al igual que el anterior, en la revista Sur, pero seis años más tarde— es un panegírico tras el asesinato de Gandhi el 30 de enero de 1948, a sus 78 años. Atravesada por el dolor, la autora expresa su fascinación por la pureza, el valor moral y la elocuencia de Gandhi, y revive muchas de sus palabras acerca del amor por la verdad y la doctrina de la no violencia.

página
90

Escuchando a Gandhi

Revista Sur, nro. 91, abril de 1942

He visto y oído a Gandhi una vez, en París, en 1931. Gandhi venía de Londres, donde había participado en la Conferencia de la Mesa Redonda. Se le había pedido que explicara en público su doctrina de la no cooperación y de la resistencia pasiva, y había aceptado. La conferencia se realizó en el Luna Park, un anfiteatro inmenso.¹ Para entrar tuvimos que hacer cola en la vereda durante una larga media hora. Había gran gentío. Yo sentía más curiosidad que entusiasmo por ese espectáculo. Después de admirar frenéticamente a Gandhi (a quien conocí a través del libro de Romain Rolland), mi fervor se había enfriado considerablemente por haber leído discursos y declaraciones suyas en que me pareció descubrir un hombre bastante limitado y de un fanatismo estéril. Mi estado de ánimo, pues, no era propicio para dejarme arrebatar, y el aspecto de Gandhi, cuando apareció, poco se prestaba para modificarlo. Enclenque, calvo, feo, vestido con una especie de túnica de lino blanco, no hay en el Mahatma ni sombra de atractivo físico. La naturaleza, tan generosa con Tagore y Krishnamurti, se lo

ha rehusado todo. Pero en cuanto Gandhi se pone a hablar, ya no se plantea la cuestión de la belleza o la fealdad físicas. Este hombre de apariencia insignificante invade el salón entero, nos invade. Esperamos cada una de sus palabras. Y, no obstante, habla sin elocuencia, sin énfasis, sin gestos, sin alzar la voz, sin grandes frases, sin nada de lo que habitualmente constituye el éxito teatral de los oradores políticos y no políticos. Lo que explicaba aquel día no era nuevo para quienes conocíamos su doctrina. Y sin embargo se conmovía uno profundamente. El tono de sinceridad, la fuerza y dulzura de ese hombre son irresistibles. Algo emana de él que obra como un bálsamo. Sentimos que sus palabras son esa verdad para la cual está dispuesto a morir. *Para* la cual estaríamos quizá tentados de morir si lo escucháramos a menudo. *Por* la cual llegaríamos a ser fuertes nosotros mismos, pues el ejemplo es una transfusión de sangre. Es ese un hombre que, cueste lo que cueste, vive lo que piensa y para quien el pensamiento no es un juego, una juglería brillante, sin relaciones con la acción. Durante semanas, después de esa función del Luna Park, viví en una gozosa certidumbre nueva o, mejor dicho, *renovada*: la fe absoluta en la energía espiritual y la creencia de que ninguna otra fuerza puede doblegarla ni vencerla. Ni siquiera la de las bombas japonesas, piense lo que piense Fernando Ortiz Echagüe y muchos otros.

1. [N. del E.] El Luna Park estaba situado en el parque de atracciones Magic City, en la zona del muelle de Orsay, en París. El parque fue destruido en 1942.

Pero no basta ser inteligente para comprenderlo. Ni comprenderlo ¡ay! para ser capaz de vivir siempre a ese diapason. Pues estar dispuesto a vivir así es, sencillamente, estar dispuesto en cada instante a morir, y a morir en estado de gracia.

Gandhiji. 1869-1948

Revista Sur, nro. 161, marzo de 1948

“Ha sido derribado por el odio de los hombres, como todos los que han amado a los hombres con amor insólito y desmesurado”.

Lanza del Vasto

La noticia del asesinato monstruoso, pero no imprevisible, de Gandhi, me inmovilizó frente a las pizarras de la Rambla el viernes 31 de enero por la mañana, en momentos en que releía *Le pèlerinage aux sources*, relato de un viaje por la India en que su nombre vuelve de continuo. En momentos en que me hallaba particularmente preocupada por su suerte, conmovida y fortalecida por su presencia espiritual en un triste mundo. Muerto o vivo, pensaba, estará siempre ahí para quienes le vieron, oyeron, leyeron y que tenían ojos para ver y oídos para oír. Ignoraba en qué forma el anuncio de su muerte podía herirnos. Ahora lo sé. Sé que la esperanza de volver a verlo, de volver a escucharlo de nuevo, era como el fondo de mi vida, mi más preciosa posibilidad. Todos los que han tenido la suerte de encontrarse un día a su paso deben conocer hoy sentimientos análogos.

Cuando Lanza del Vasto (autor de *Le pèlerinage aux sources*) durante su estadía en Wardha, en casa de Gandhi, le pregunta a Mira Behn² si alguna vez siente nostalgia de su país, aludiendo a los días de su juventud transcurridos en Inglaterra, ella contesta: “La inquietud de la búsqueda lo echaba a perder todo, aun el olor de la hierba. Una sola cosa me arranca lágrimas: la idea de que Bapu-Dji [Gandhi] nos dejará un día, pronto quizás...”. Para ella, para nosotros, ese día ha

llegado. Pero a Mira Behn le quedará el haber vivido años junto al Mahatma Gandhi, trabajando con él, para él, mientras que nosotros solo conservaremos el recuerdo del deseo que tuvimos de escucharlo más, de acercarnos más a él; deseo que fuimos sin duda demasiado débiles para convertir en actos. Demasiado débiles o demasiado vacilantes. “Palpad con actos la verdad que vuestra inteligencia ha visto”, aconsejaba el asceta de Wardha. Es seguramente la única alternativa. Si no, la inquietud de la búsqueda echará a perder hasta el olor de la hierba.

“Iré a Wardha para aprender a ser mejor cristiano”, decide en un momento dado Lanza del Vasto. Llegado a su destino, escribe, después de su primera entrevista con Gandhi: “... descubro que no soy nada, que no deseo nada, salvo permanecer así a su sombra. He aquí ante mis ojos a aquel que en el desierto de este siglo ha sido un punto de verdor”.

Descubro que no deseo nada, salvo permanecer así a su sombra... Al salir de Magic City, el 5 de diciembre de 1931, fue exactamente lo que sentíamos y decíamos una amiga francesa y yo. Gandhi, de paso en París, acababa de explicar a una sala repleta lo que entendía por no-violencia. Lo habían además acosado a preguntas embarazosas, o que lo habrían sido para otro cualquiera. Gandhi, sin desconcertarse ni titubear, las contestó todas con una presencia de espíritu, una justeza, una sinceridad, una paciencia inalterables. El público, escéptico al comienzo, me parecía, fue conquistado poco a poco por él. Pero ¿qué es lo que lo conquistó? Gandhi hablaba con una extrema simplicidad, sin elocuencia ni tretas de orador. Su voz no se elevaba jamás y su timbre, aunque muy agradable, no poseía ninguna cualidad particular. Hablaba un inglés correcto y claro. Su aspecto físico, el que todos los lectores de diarios conocen, parecía poco adecuado para impresionar a nadie. La mirada se borraba detrás de los anteojos. Las orejas grandes y separadas del cráneo redondo y pelado al rape, aproximadas nariz y boca por falta de dientes, este anciano de corta estatura, muy moreno y vestido con una especie de túnica blanca, las piernas desnudas y los pies con sandalias en medio del invierno europeo, parecía poco

2. Mira-Behn o Miss Slaid, inglesa, hija del almirante Slaid, siguió a Gandhi a la India y consagró su vida a servirle, a servir su causa.



El diario parisino *Le Journal* del 6 de diciembre de 1931 informando la llegada de Gandhi a Francia.

hecho para subyugar a un público parisense, burlón por tradición y por naturaleza. Pocos días después de esta sesión, ¿no oíamos acaso en una *boîte* una canción cuyo estribillo irreverente era:

Qu'en dit Gandhi?

Pues bien, ese público *blasé* fue, ante nuestros ojos, domado, galvanizado. Si puede

calificarse de milagro un hecho contrario a las leyes de la naturaleza, tales como las conocemos, el efecto producido por Gandhi aquella noche tenía visos de milagro. A menudo he tratado de investigar la razón de este fenómeno, aunque lo característico del milagro sea el escapar a la razón. Me intrigaba tanto más cuanto que se había operado en mí lo mismo que en el resto de los oyentes. Había ido a esa conferencia con más curiosidad que convicción, más

propósito de investigación que fervor. Después de la lectura de la *Vida de Gandhi* por Romain Rolland, un entusiasmo desbordante me llevó a escribir una reseña del libro para *La Nación*. Fue mi tercer artículo y me sentía poco digna del tema. Pasaron años sin disminuir esta devoción gandhiana. Pero un día me encontré con unas declaraciones de Gandhi publicadas en un volumen que no había visto aún; enfriaron considerablemente mi admiración. No se trataba de la doctrina de no-violencia, con la que siempre estaba de acuerdo, aunque fuera tan difícil de practicar para los violentos, sino de ciertas ideas del Mahatma sobre la medicina, la ciencia y las máquinas. Un profundo fastidio, que tenía algo de rebelión, me desasosegó; una de esas reacciones desmedidas comunes a los que por temperamento exageran las cosas si no se vigilan. Nehru cuenta, en su autobiografía, que ha sentido a veces, frente a Gandhi, una mezcla de “... cólera, desesperación y amor” cuando no estaba de acuerdo con él. Me alivió el leer tal confesión, cuando se publicó el libro en 1936, pues una vez pasado ese estado de ánimo me habían quedado remordimientos. Menciono este detalle sin importancia, excepto para mí, por una razón: cuando fui a oír a Gandhi en Magic City con G., era precisamente cuando le guardaba rencor por haberme decepcionado afirmando cosas insostenibles a mi juicio. Iba pues con un espíritu crítico y no con una admiración beata.

Desacuerdos, fastidios, irritaciones se disolvieron esa noche, a medida que lo oía, a medida que la presencia de aquel hombre obraba sobre mí, en el mismo sentido que había obrado el libro de Romain Rolland, pero con una fuerza infinitamente mayor. ¿Qué importaba que hubiera podido en un momento dado decir esto o aquello sobre tal o cual tema? ¿Qué importaba, incluso, que se hubiera equivocado a ese respecto (suponiendo que se hubiera equivocado)? No se equivocaba sobre el resto, no se equivocaba sobre lo esencial. ¡Qué presunción el permitirse otra cosa que no fuera una profunda humildad ante tanto valor físico y moral, tanta pureza! Pero ¿había realmente podido pensar en él con un vestigio de reprobación,

con un movimiento de impaciencia? De repente me parecía inverosímil y casi deshonesto. Esta palabra sencilla y sin artificio que yo recibía, esta singular comunicación que se establecía entre él y yo, entre él y G., entre mi vecino desconocido y él, entre la sala entera y él, ¡qué bálsamo! Fue G. quien empleó el término, y no he encontrado ninguno más exacto.

No era en absoluto el género de comunicación que se establece entre un gran orador político o religioso y su público, sus fieles. Ni la que se crea entre un artista y los espectadores. Era algo que nos llegaba por otra vía. La elocuencia del púlpito, del foro, de la tribuna, de la barricada no tienen la menor relación con lo ocurrido esa noche en el inmenso y feo barracón que era Magic City. Había en escena un hombre que sin utilizar ninguna de las recetas habituales para llegar a ese fin, hablando de su fe en la verdad, en la no-violencia y en el amor, repitiendo axiomas más trillados que dos y dos son cuatro, inflamaba una sala. Gandhi hablaba en un lenguaje que pudiera ser comprendido por los más cortos de entendimiento. Se sentía que ponía en ello su empeño. ¿Qué fuerza era la que actuaba a través de este frágil organismo humano ya gastado, y que conmovía lo mismo al más culto que al más ignorante? En un pequeño ensayo, publicado en 1908, bajo el título de “No puedo callarme”, escribía Tolstoy: “¿A qué consagráis vuestra fuerza espiritual? ¿A quiénes amáis? ¿Quiénes os aman? ¿Vuestra mujer? ¿Vuestro hijo? Pero eso no es amor. El amor de la esposa y los hijos no es un amor humano. Los animales aman de esa manera, todavía quizá con mayor fuerza. El amor humano es el amor del hombre al hombre: a cada hombre, como hijo que es de Dios y, por consiguiente, hermano nuestro. ¿A quién amáis de ese modo? A nadie. ¿Quién os ama de ese modo? Nadie”. He ahí el amor de que Gandhi era capaz. He ahí el amor que recibíamos de él y que él despertaba en nosotros, como el arco despierta un sonido en las cuerdas tensas y silenciosas. Así se explica, a mi entender, la virtud balsámica de su presencia. Amaba a su prójimo como a sí mismo. Y uno no podía menos de sentirlo junto a él. Esta

doctrina fue predicada en Galilea y luego en Jerusalén, nadie lo ignora. Nosotros los cristianos deberíamos conocerla mejor que nadie. Sin embargo, ninguno de nosotros la ha practicado en este siglo de manera comparable a la de ese oscuro abogadillo nacido en una oscura ciudad de la India colonial, bajo la dominación del más poderoso imperio contemporáneo.

Había aún otra cosa que Gandhi amaba tanto como a su prójimo, no lo olvidemos: la Verdad. Y creo que ese amor precedió al otro. El amor del prójimo vino a Gandhi a través del amor a la verdad. Descubrió que estos dos amores eran uno solo.

Para él la veracidad era la primera de las virtudes y las otras no podían existir sin ella. Gandhi explicaba un día: “Antes yo decía: *Dios es la verdad*. Pero había hombres que negaban a Dios y, desde su punto de vista, con razón. Por eso digo ahora: *la verdad es Dios*. Nadie, en efecto, puede decir: *la verdad no existe*, sin quitar toda verdad a su afirmación. Por eso prefiero decir: *la verdad es Dios*”. ¡Qué a gusto se respira en esta limpieza! Pues tratar de hacer repetir a quienes no

tienen fe: “Dios es la verdad” constituye la más odiosa blasfemia y la forma más infame de coerción. Dios mismo no puede conducirnos a la verdad, si para alcanzarla con Él aceptamos la mentira en su nombre. Si digo “Dios es la verdad” sin creer en Dios tomo a la mentira por Dios. Pero si digo: “la verdad es Dios” sin creer en Dios, tomo la verdad por Dios, erijo la verdad en Dios, sigo el rastro del Dios de los grandes místicos y no del de los grandes inquisidores.

Gandhi no quería imponer ni su verdad ni su Dios. “Palpad con actos la verdad que vuestra inteligencia ha visto”. Sabía que un Dios o una verdad impuestos no valen gran cosa. Es menester que cada uno los descubra y los gane para sí mismo. Su única manera de imponer Dios y la verdad consistía en estar pronto no solo a morir, sino a vivir para dar testimonio de ese Dios y esa verdad. Se sentía esa tranquila decisión en cada palabra que pronunciaba. Era una de las fuentes del irresistible poder persuasivo de estas.

Jamás combatía al enemigo, no concediéndose el tenerlos, pero sí el error del enemigo.



Funeral de Mahatma Gandhi, enero de 1948.

Virtud evangélica poco difundida entre los cristianos de nuestro tiempo. A propósito de la visita del príncipe de Gales que se anunciaba, Gandhi escribía, en 1921, en *Young India*: “India rehusará la bienvenida al representante de un sistema que viene padeciendo... ¿Qué haremos en estas circunstancias? Tenemos que organizar un boicot absoluto a todo acto organizado en honor del príncipe... Pero debemos separar al príncipe del hombre... Hacer o intentar hacer un daño cualquiera a la persona del príncipe sería no solo cruel e inhumano, sino también hacernos traición a nosotros mismos... Con los ojos abiertos y ante Dios y los hombres hemos prometido no dañar a ningún individuo en uno u otro modo relacionado con el sistema que nos esforzamos en destruir. Es pues nuestro deber el tomar toda clase de precauciones para proteger su persona como la nuestra propia de todo mal. Pese a nuestros esfuerzos, sabemos que habrá algunos que desearán participar en los diversos agasajos por miedo, esperanza o gusto. Tienen tanto derecho a hacer su voluntad como nosotros la nuestra. Ese es el *test* de la libertad que deseamos tener y disfrutar”.

Se ve claramente en estas declaraciones el género de respeto que inspiraba a Gandhi la libertad del prójimo, hasta cuando contrariaba sus propósitos. Tal actitud no se ha desmentido durante todo el curso de una vida en que abundaban las ocasiones de perder la serenidad.

También se comprueba a través de estas declaraciones el género de democracia que imperaba en Inglaterra (lo digo sin ironía). Como lo hace notar Louis Fischer:³ “Las ideas de Gandhi sobre la democracia y el mismo Gandhi no podrían sobrevivir en una dictadura [hitlerista o staliniana, poco importa]. Un dictador borraría simplemente a Mr. Gandhi del mapa. Nadie volvería a oír hablar de él. Supóngase que medio millón desafiara a la dictadura por solidaridad con Gandhi. Serían liquidados. Supóngase que tres millones desafiaran la dictadura. Serían liquidados. Supóngase que veinte millones de hindúes desafiaran la dictadura. Con

veinte millones de cruzados gandhistas en un país jamás se podría instaurar una dictadura en primer lugar. Naciones adictas a los preceptos fundamentales del gandhismo escaparán a las torturas del totalitarismo. El gandhismo no puede mezclarse con el hitlerismo o el stalinismo”. Ni con ninguno de los numerosos avatares del totalitarismo que afligen nuestro planeta. Pero por lo visto no es del todo incompatible con la democracia inglesa y esta es una de las glorias de esta singular nación. Si, pues, Gandhi ha sobrevivido, a pesar de su lucha no-violenta pero eficaz, es porque *no* vivía bajo un régimen en que es perfectamente lícito meter en un horno a millares y millares de judíos para convertirlos luego en jabón.

En cuanto a la manera en que Gandhi trataba a sus adversarios políticos o religiosos, decir que no solo era cortés sino exenta de todo vestigio de odio o agresividad es decir poco. Quería conducirse con el adversario como con un amigo y aseguraba: “La enemistad es un efecto de la ignorancia. Pues entre todo hombre y su semejante subsiste el vínculo fraterno, que olvida el que practica la enemistad. Al no-violento le toca recordárselo”. Y solo podrá recordárselo con un generoso olvido de sí mismo.

Una sola cosa rehusa Gandhi a sus adversarios: el recibir de ellos favores. Escribe desde la prisión de Sabartami a C. F. Andrews (inglés amigo de Tagore y del Mahatma, oscilando siempre de uno a otro y consagrado a la causa hindú), que tuvo el honor de conocer personalmente: “Mi ideal de la vida en prisión—especialmente la de un *civil resister*— es estar aislado de toda conexión con el mundo exterior. Recibir una visita es un privilegio; un *civil resister* no puede pedir ni recibir privilegios. El valor religioso de la disciplina de la cárcel se acrecienta con la renuncia a los privilegios. El cautiverio futuro será más una ventaja religiosa que política para mí. Si es un sacrificio, quiero que sea lo más puro posible”.

Seis días antes de su arresto, el 9 de marzo de 1922, Gandhi escribía en *Young India*: “Han vuelto los rumores de la inminencia de mi arresto... Yo mismo no veo cómo el gobierno podría evitarlo...”. Y luego agrega: “No estoy seguro de que mi alejamiento

3. “Gandhi and Stalin: Two Signs at the World’s Crossroads”, 1947.

del pueblo no redunde en su beneficio. En primer lugar, su superstición acerca de mis poderes sobrenaturales se vendrá abajo. En segundo, la creencia de que el pueblo ha aceptado el programa de no-cooperación solo por mi influencia y que no tiene una fe independiente en él quedará desmentida. En tercero, nuestra capacidad para el *Swaraj* [autonomía] será demostrada por nuestra capacidad para conducir nuestras actividades a pesar del retiro del originador del programa. En cuarto, y egoístamente, me proporcionará una tranquilidad y un descanso físico que quizás he merecido”. ¿Qué podían los muros de una prisión contra Gandhi? ¿Y qué le podían quitar que no hubiese abandonado voluntariamente de antemano?

Gandhi combatió todas las formas de la intocabilidad: “Es una injuria a la humanidad misma el afirmar que la sola presencia de un hombre, sea el que fuere,

nos mancilla”. Digo la intocabilidad en todas sus formas, pues nosotros los occidentales que nos pretendemos exentos de ese mal estamos infectados por él, subterráneamente y bajo sutiles e hipócritas disfraces. ¿Quién denuncia ese género de intocabilidad en nuestros países? ¿Quién lucha para poner en la picota su afrenta y su escándalo? También en este sentido hay una gran lección que aprender de Gandhi. Pienso particularmente en la actitud de ciertas gentes que pertenecen a una religión frente a las que profesan otra o ninguna; en las que pertenecen a un partido político frente a las que sostienen un partido contrario. Intransigencia y desprecio mutuo, cuando no algo peor. Los partidarios de X son intocables para los partidarios de Z y recíprocamente. Los que van a orar a una iglesia católica miran con malos ojos a los que van a orar a una iglesia protestante y recíprocamente. Y los que



Funeral de Mahatma Gandhi, enero de 1948.

oran en su casa, o no oran, miran a menudo con irritación a los primeros y son considerados como parias por ellos.

“Pasará mucho tiempo antes de que la ley de amor sea reconocida en los asuntos internacionales. La maquinaria de los gobiernos se interpone y oculta el corazón de los pueblos unos de otros”, escribía Gandhi en *Young India*. Sería menester que esta ley comenzara por ser reconocida entre los individuos y por los individuos. Desgraciadamente no lo es sino en contadas excepciones. ¿Habrá que sorprenderse entonces de la ineficacia de ciertos organismos internacionales, parodia de la fraternidad de las naciones? Si permanecemos alternativamente cruzados de brazos o congestionados de ira ante los gobiernos que organizan la mentira mediante la propaganda para tener las manos más libres; si contestamos a las vociferaciones con vociferaciones, a las injusticias con insultos, a los insultos con escupidas, a las escupidas con golpes y así sucesivamente, la ley de amor no solo no será reconocida internacionalmente, sino que perderá terreno en nuestro país, en nuestra provincia, en nuestra ciudad, en nuestra casa, en nuestra conciencia. ¿Qué duda cabe?

No creo que la no-violencia y la no-cooperación sean formas de resistencia al mal, maneras de disociarse de él forzosamente destinadas al Oriente e impracticables para nosotros. Estimo que el mensaje de Gandhi y su ejemplo tienen un valor universal, como todos los grandes mensajes y ejemplos.

Detestar el pecado y no al pecador, combatir el error y no al que por su desgracia más aún que por la nuestra lo comete, son cosas que hemos oído predicar desde la cuna. Pero raramente las hemos puesto en práctica o las hemos visto practicadas a nuestro alrededor. En cuanto a la ley de amor tal como la entienden las naciones occidentales en materia de política, ni hablar de ella. El mismo Gandhi no ha conseguido hacerla respetar en su país como lo deseaba; su asesinato lo prueba. Pero pese a que los innumerables millones de hindúes, sus compatriotas, no han estado todos convencidos de la verdad

de su doctrina, una formidable mayoría lo estaba y el Mahatma había conquistado el respeto y la admiración de gentes que profesaban ideas contrarias a las suyas.

Condenado a seis años de prisión, en 1922, por tres artículos,⁴ el juez dirige al condenado las siguientes palabras: “Mr. Gandhi: usted ha facilitado mi tarea en un sentido reconociéndose culpable de los hechos que se le imputan. Sin embargo, lo que resta, a saber, la determinación de una justa sentencia, es quizá la cosa más difícil a que un juez en este país puede verse abocado. La ley no respeta a las personas. Sin embargo, será imposible ignorar el hecho de que usted pertenece a una categoría de personas distinta de cuantas he juzgado y es probable que juzgue. Será imposible ignorar el hecho de que, a los ojos de millones de sus compatriotas, es usted un gran patriota y un gran *leader*. Aun los que difieren de usted en política le consideran un hombre de altos ideales, de vida noble y hasta santa. Yo tengo que juzgarlo exclusivamente desde un punto de vista. No es mi deber ni tengo la pretensión de juzgarlo o criticarlo desde ningún otro”. Gran patriota, sí, pero conviene advertir que el patriotismo de Gandhi era lo contrario del habitual patriotismo. “Jamás oí a Gandhiji o a los suyos hablar de patriotismo”, dice Lanza del Vasto. Esta actitud no provenía del temor a las bayonetas inglesas, pues la no-violencia necesita más valor que el militarismo.

Gandhi solía decir: “Estoy casado con la India, pues le debo todo. Creo absolutamente que tiene una misión que cumplir en el mundo. No debe copiar a Europa ciegamente. La aceptación por la India de la doctrina de la espada será la hora de prueba para mí. Espero que me encontrará en mi puesto. Mi religión no tiene límites geográficos. Si tengo una fe viviente en ella, trascenderá mi amor por la misma India”. Gandhi creía que la no-violencia actuaba sobre aquellos contra los cuales se esgrimía, convirtiéndolos a menudo:

4. Artículos publicados en *Young India* el 29 de septiembre y el 15 de diciembre de 1921 y el 23 de febrero de 1922. Los títulos eran: “Tampering with Loyalty”, “The Puzzle and its Solution” y “Shaking the Manes”.

“La fibra más coriácea se consume en el fuego del amor. Si no se consume, es que el fuego no era bastante fuerte”. Si se ha dado cuenta de que lo asesinaban, ha debido olvidarse de sí mismo para pensar en eso, para pensar en el asesino. Ha debido sentir, no la angustia de su muerte, a la que estaba sobradamente preparado, sino la angustia de lo que ese gesto de violencia podía desencadenar de violencia en torno cuando ya no estaría él para reprimirla. Es lo que tan tremendo crimen ha debido tener para él de trágico. Lo es mucho más para nosotros; pues privados de su presencia nos veremos para siempre privados, en el desierto de este siglo, de ese “punto de verdor” cuerdo de su frescor milagroso. Séanos dado permanecer fieles al recuerdo de su frescor milagroso.

* **Agradecemos a la Fundación Sur la autorización para reproducir estos artículos.**



Victoria Ocampo (1890-1979)

Escritora argentina, perteneciente a la aristocracia, supo escandalizar con su vida y sus pasiones a su entorno conservador. Entre sus obras principales se encuentran los diez volúmenes de la serie *Testimonios*, publicados entre 1935 y 1977, y su *Autobiografía*, publicada póstumamente. Su rol más destacado estuvo relacionado con la fundación de la editorial y la revista *Sur*, que brindaron espacio a jóvenes talentos todavía desconocidos, y que en muchos casos fueron centro de las grandes discusiones culturales e intelectuales de su época.

Papá Noel en la pira

Claude Lévi-Strauss

El 23 de diciembre de 1951, en un simbólico auto de fe, una figura de Papá Noel fue ahorcada e incinerada públicamente en el atrio de la catedral de Dijon. A partir de este intento de la autoridad religiosa francesa de reprimir una festividad a la que consideraban pagana y herética, el antropólogo francés Claude Lévi-Strauss realiza una remarkable investigación etnográfica sobre los orígenes de la Navidad y reflexiona acerca de cómo el intento de destruir su celebración ritual terminó por restaurar la plenitud de una práctica festiva milenaria.

Las celebraciones de la Navidad en Francia, en 1951, fueron marcadas por una polémica que se propagó a la prensa y a la opinión pública, hasta poner en el ambiente habitualmente alegre de este período del año una nota amarga inesperada. Algunos meses antes, las autoridades eclesiásticas, a través de algunos prelados, habían expresado su desaprobación frente a la creciente importancia dada por las familias y el comercio al personaje de Papá Noel. Denunciaban una “paganización” preocupante de la fiesta de la Natividad, que desviaba al público del sentido intrínsecamente cristiano de esta conmemoración en provecho de un mito sin valor religioso. Estos ataques recrudecieron en vísperas de la Navidad. Con más discreción pero con igual firmeza, la Iglesia protestante unió su voz a la de la Iglesia católica. Cartas de lectores y artículos con contenidos diversos pero en su mayoría opuestos a la posición eclesiástica aparecieron en los periódicos para mostrar el interés suscitado por el asunto. El punto culminante fue el 24 de diciembre, con una manifestación relatada así por el periódico *France Soir*:

ANTE LOS NIÑOS DE LA BENEFICIENCIA,
PAPÁ NOEL FUE QUEMADO EN EL ATRIO
DE LA CATEDRAL DE DIJON

Dijon, 24 de diciembre
Papá Noel fue ahorcado ayer en la tarde en las rejas de la catedral de Dijon y quemado públicamente en el atrio. Esta ejecución espectacular se desarrolló en presencia de varios centenares de niños

de La Beneficiencia. Fue decidida con el apoyo del clero que había condenado a Papá Noel por usurpador y herético. Lo acusaban de paganizar la fiesta de Navidad, al instalarse en ella como un pájaro cucú invasor. Le reprochaban sobre todo haberse introducido en las escuelas públicas donde el pesebre está escrupulosamente prohibido.

El domingo a las tres de la tarde, el desdichado hombre de barba blanca pagó, como muchos inocentes, una falta de la que eran culpables los que iban a aplaudir su ejecución. El fuego abrasó su barba y se fue desvaneciendo en el humo.

Después de esta ejecución se publicó un comunicado, que en sus partes sustantivas decía:

En representación de todos los hogares cristianos de la parroquia que quieren luchar contra la mentira, 250 niños, reunidos ante la puerta principal de la catedral de Dijon, quemaron a Papá Noel. No se trataba de una atracción sino de un gesto simbólico. Papá Noel fue sacrificado en holocausto. En verdad, la mentira no puede despertar en el niño el sentimiento religioso y de ningún modo es un método educativo. Que otros digan y escriban lo que les parezca y hagan de Papá Noel el contrapeso del Coco. Para nosotros, los cristianos, la fiesta de Navidad debe seguir siendo la conmemoración del nacimiento del Salvador.

La ejecución de Papá Noel en el atrio de la catedral fue diversamente apreciada por la población y provocó encendidos comentarios, incluso entre los católicos.

Por otra parte, esta intempestiva manifestación podrá tener consecuencias imprevistas por sus organizadores.

El asunto divide la ciudad en dos campos. Dijon espera la resurrección de Papá Noel, asesinado ayer en el atrio de la catedral. Resucitará esta noche, a las seis, en la alcaldía. Un comunicado oficial ha anunciado que, como cada año, convocaría a los niños en la plaza de la Liberación y les hablaría desde los tejados de la alcaldía mientras se mueve entre las luces de los proyectores. El canónigo Kir, alcalde de Dijon, se habría abstenido de tomar parte en este delicado asunto.

Aquel día, el suplicio de Papá Noel estuvo en primera plana. Todos los periódicos comentaron el incidente, algunos incluso en sus editoriales, como *France Soir*, ya citado, con el primer tiraje de la prensa francesa. Condenan la actitud del clero de Dijon de suerte que las autoridades religiosas optan por retroceder o al menos mantener cierta discreción, pero parece que no hay consenso sobre el tema. La mayoría de los artículos muestran una sensiblería llena de tacto: es tan lindo creer en Papá Noel, esto no perjudica a nadie, los niños se sienten felices y conservarán deliciosos recuerdos en su edad madura, etcétera. De hecho, se evade la pregunta en vez de contestarla, porque de lo que se trata no es de justificar las razones por las que Papá Noel agrada a los niños, sino las que llevaron a los adultos a inventarlo. Pero estas reacciones tan unánimes revelan un divorcio entre la Iglesia y la opinión pública. A pesar del carácter menor del incidente, el hecho es importante. En

Los anticlericales tradicionales agarraron la oportunidad inesperada. Son ellos los que, en Dijon y en otras partes, se improvisan como protectores de Papá Noel amenazado. Papá Noel, símbolo de la irreligión: ¡vaya paradoja!

efecto, la evolución de Francia desde la Ocupación mostraba una progresiva reconciliación entre una opinión ampliamente atea y la religión. El acceso a los consejos gubernamentales de un partido claramente confesional como el MRP¹ es prueba de ello. Los anticlericales tradicionales agarraron la oportunidad inesperada. Son ellos los que, en Dijon y en otras partes, se improvisan como protectores de Papá Noel amenazado. Papá Noel, símbolo de la irreligión: ¡vaya paradoja! En este asunto parecería que la Iglesia adoptara una posición crítica ávida de franqueza y sinceridad, mientras que los racionalistas se volvieron guardianes de la superstición. Esta aparente inversión de papeles basta para sugerir que el inocente asunto encierra realidades más profundas. Estamos en presencia de la manifestación sintomática de una acelerada evolución de las costumbres y las creencias, en Francia primero, pero también en otras partes. No todos los días el etnólogo tiene la posibilidad de encontrar, en su propia sociedad, el crecimiento súbito de un rito, incluso de un culto, buscar sus causas y estudiar su impacto sobre las otras formas de la vida religiosa y, finalmente, tratar de comprender a qué transformaciones mentales y religiosas corresponden unas manifestaciones visibles que la Iglesia, con una experiencia tradicional al respecto, supo comprender, al menos en la medida en que se limitaba a asignarles un valor significativo.

Desde hace aproximadamente tres años, o sea desde que la actividad económica volvió a la normalidad, la celebración de la

1. [N. de la T.] Movimiento Republicano Popular: partido de orientación demócrata-cristiana, fundado al terminar la Segunda Guerra Mundial.

Navidad ha tomado en Francia una importancia desconocida antes de la guerra. Es cierto que este desarrollo, por su importancia material y por sus formas, es un resultado directo de la influencia y del prestigio de los Estados Unidos. Aparecieron simultáneamente los grandes árboles iluminados en la noche, en los cruces de avenidas y en las principales arterias; los papeles de regalo y las tarjetas con motivos navideños, y su exposición durante la fatídica semana en las chimeneas de los destinatarios; las colectas del Ejército de Salvación colgando sus calderas a manera de platillos en plazas y calles; y las personas disfrazadas de Papá Noel para recibir ruegos de los niños en los almacenes. Todas estas costumbres que eran consideradas pueriles y estrambóticas por los franceses de visita en Estados Unidos y como uno de los signos más evidentes de la incompatibilidad intrínseca entre las dos mentalidades se fueron implantando y aclimatando en Francia con una facilidad y una amplitud que representan una lección de meditación para el historiador de las civilizaciones.

En este campo como en otros, estamos asistiendo a una vasta experiencia de difusión, no muy diferente de los fenómenos arcaicos que estábamos acostumbrados a estudiar a partir de los lejanos ejemplos del encendedor de pistón o de la piragua con balancín. Pero es a la vez más fácil y más difícil razonar sobre hechos que se desarrollan ante nuestros ojos en nuestra propia sociedad. Más fácil, porque la continuidad de la experiencia está salvada, con todos sus momentos y cada uno de sus matices; más difícil, porque es en estas experiencias escasas donde se percibe la extrema complejidad de las transformaciones sociales, aun las más tenues, y porque las razones aparentes que damos a los acontecimientos de los que somos actores son muy distintas de las causas reales que nos asignan un papel en ellos.

Sería entonces más sencillo explicar el desarrollo de la celebración de la Navidad en Francia por la sola influencia de Estados Unidos. La influencia es un hecho, pero no lleva sino muy incompletamente sus

razones. Enumeremos rápidamente las que son evidentes: hoy hay más norteamericanos en Francia que celebran la Navidad de acuerdo con sus costumbres; el cine, las revistas, las novelas, algunos grandes reportajes en los grandes diarios han dado a conocer las costumbres americanas, que se benefician del prestigio del poderío militar y económico de Estados Unidos; no es improbable que el Plan Marshall haya favorecido directa o indirectamente la importación de algunos productos propios del rito de la Navidad. Pero todo esto sería insuficiente para explicar el fenómeno. Costumbres importadas de Estados Unidos se imponen a capas de la población que no son conscientes de su origen; los medios obreros, donde la influencia comunista tendería a desacreditar todo lo que lleve la marca *made in USA*, las adoptan más fácilmente que los otros. Además de la mera difusión, conviene evocar este proceso importante que Kroeber, primero en identificarlo, llamó “difusión por estimulación” (*stimulus diffusion*): el uso importado no es asimilado, desempeña más bien un papel catalizador, es decir, que suscita, por su sola presencia, la aparición de un uso análogo que ya estaba presente en estado potencial en el medio de llegada. Ilustremos este punto con un ejemplo que concierne directamente a nuestro tema. El fabricante de papel que va a Estados Unidos, invitado por sus colegas americanos o el miembro de una comisión económica, constata que se fabrican allí papeles especiales para los regalos de Navidad; toma la idea, es un fenómeno de difusión. El ama de casa parisina que va a la papelería del barrio para comprar papel de regalo ve en la vitrina unos papeles más bonitos y más cuidadosamente elaborados que los que solía comprar. Descubre completamente los usos americanos, pero este papel llena una exigencia estética y expresa una disposición afectiva ya presentes, aunque privadas de medios de expresión. Al escogerlo, a diferencia del fabricante, no adopta directamente una costumbre extranjera, pero esta costumbre estimula en ella el nacimiento de una costumbre idéntica.

En segundo lugar, no se debe olvidar que, antes de la guerra, la celebración de la Navidad en Francia y en toda Europa venía en ascenso por el mejoramiento progresivo de las condiciones de vida, pero también por causas más sutiles. La Navidad que conocemos es una fiesta esencialmente moderna a pesar de sus múltiples rasgos arcaicos. El uso del muérdago no es una sobrevivencia drúidica porque volvió a estar de moda en la Edad Media. El árbol de Navidad no está mencionado en ninguna parte antes del siglo XVII, cuando aparece en algunos textos

nunca ha sido totalmente olvidada. Si para el *Littré* el árbol de Navidad es una institución casi exótica, Cheruel, en su *Diccionario Histórico de las instituciones, usos y costumbres de Francia* (según el mismo autor, revisión del *Diccionario de las Antigüedades Nacionales de Sainte Palaye*, 1697-1781) hace una anotación significativa: “La Navidad... fue, durante siglos y hasta una época reciente (el énfasis es nuestro), el momento de fiestas familiares”; hace luego una descripción de la fiesta de Navidad en el siglo XII, que no tiene nada que envidiar a las



Quema de la figura de Papá Noel en el atrio de la catedral de Dijon, 23 de diciembre de 1951.

alemanes; pasa a Inglaterra en el siglo XVII y a Francia en el siglo XIX. El diccionario *Littré* apenas lo reconoce o lo hace bajo una forma muy diferente de la nuestra. El artículo Navidad lo define así: “en algunos países, una rama de pino o de acebo diversamente adornada y llena de dulces y juegos para los niños, que los disfrutaran felices”. La diversidad de los nombres dados al personaje que reparte los juguetes a los niños (Papá Noel, San Nicolás, Santa Claus) muestra también que es el producto de un fenómeno de convergencia y no un prototipo antiguo conservado en todas partes.

Pero el desarrollo moderno no inventa: se limita a rearmar piezas y pedazos de una antigua celebración cuya importancia

nuestras. Estamos entonces en presencia de un ritual cuya importancia ha ido variando a lo largo de la historia, con apogeos y ocasos. La forma americana es solamente el más moderno de estos avatares.

Dicho sea de paso, estas rápidas indicaciones bastan para mostrar que, ante problemas de este tipo, hay que desconfiar de las explicaciones fáciles que remiten automáticamente a los “vestigios” y a las “sobrevivencias”. Si no hubiera existido, en la prehistoria, un culto a los árboles, que se mantuvo en diferentes usos folclóricos, Europa probablemente no habría “inventado” el árbol de Navidad. Pero, como se vio antes, se trata realmente de un invento reciente. Sin embargo, este invento no

nació de la nada. Porque existen otros usos medievales documentados: el leño de Navidad (convertido en pastel en París) lo suficientemente grueso para arder toda la noche; los cirios de Navidad, de un tamaño tal que también pueden arder toda la noche; la decoración de los edificios (desde las Saturnales romanas de las que hablaremos luego) con ramos verdes: hiedra, acebo, pino; y, finalmente, sin ninguna relación con la Navidad, las novelas de la Mesa Redonda que hablan de un árbol sobrenatural cubierto de luces. En este contexto, el árbol de Navidad aparece como una solución sincrética; concentra en un solo objeto unas exigencias hasta allí dadas en estado disyunto: árbol mágico, fuego, luces duraderas, verdor persistente. Inversamente, Papá Noel en su forma actual es una creación moderna y, más reciente aun es la creencia (que obliga a Dinamarca a tener una oficina de correos especial para responder las cartas de niños del mundo entero) que lo ubica en Groenlandia, posesión danesa, y lo muestra viajando en un trineo tirado por renos. Se dice incluso que este aspecto de la leyenda se desarrolló durante la última guerra, por la presencia de fuerzas norteamericanas en Islandia y Groenlandia. Y sin embargo, los renos no están allí por casualidad. En efecto, documentos ingleses del Renacimiento mencionan trofeos de renos paseados con motivo de las danzas de Navidad, anteriores a cualquier creencia en Papá Noel y a su formación como leyenda.

Se barajan y se vuelven a barajar unos elementos muy viejos, se introducen otros, se encuentran fórmulas inéditas para perpetuar, transformar o revitalizar antiguos usos. No hay nada específicamente nuevo en lo que uno quisiera llamar, sin juego de palabras, el renacimiento de la Navidad. ¿Por qué entonces suscita semejante emoción y por qué se concentra la animosidad de algunos en el personaje de Papá Noel?

Papá Noel viste de escarlata: es un rey. Su barba blanca, sus pieles, sus botas, el trineo en el que viaja evocan el invierno. Se le

llama “Papá”² y es un viejo que encarna la bondadosa autoridad de los ancianos. Todo esto está claro, pero ¿en qué categoría se le puede situar desde el punto de vista de la tipología religiosa? No es un ser mítico, porque no existe un mito que dé cuenta de su origen y de sus funciones; tampoco es un personaje de leyenda, ya que ningún relato semihistórico lo menciona. De hecho, este ser sobrenatural es inmutable, eternamente fijado en su forma y definido por una función exclusiva y un retorno periódico; pertenece más bien a la familia de las divinidades. Además, es objeto de un culto por parte de los niños, en ciertas épocas del año, bajo la forma de cartas y ruegos; recompensa a los buenos y castiga a los malos. Es la divinidad de una franja de edad de nuestra sociedad (franja que la creencia en Papá Noel basta para caracterizar), y la única diferencia entre Papá Noel y una verdadera divinidad es que los adultos no creen en él, aunque animan a los niños a hacerlo y mantienen esta creencia por medio de muchas mistificaciones.

Papá Noel es, en primer lugar, la expresión de un estatus diferencial entre los niños y los adolescentes y adultos. Hace parte de un vasto conjunto de creencias y prácticas que los etnólogos han estudiado en la mayor parte de las sociedades, es decir, los ritos de paso e iniciación. Son pocos los grupos humanos en los que, bajo una forma u otra, los niños (a veces también las mujeres) no están excluidos de la sociedad de los hombres por la ignorancia de ciertos misterios o por la creencia —cuidadosamente mantenida— en alguna ilusión que los adultos se reservan el derecho de revelar en el momento oportuno, para así consagrar la agregación de las jóvenes generaciones a la suya. En ocasiones, estos ritos se parecen asombrosamente a los que estamos examinando. ¿Cómo, por ejemplo, no sorprenderse ante la analogía que existe entre Papá Noel y las *katchina* de los indios

2. [N. de la T.] *Père*, en francés, además de las diferentes acepciones de *padre*, evoca en el lenguaje coloquial y familiar, especialmente campesino a los “hombres mayores”, en general bonachones. Por otra parte, *Père Noel* se traduce literalmente como “Papá Navidad”, sentido que, como bien sabemos, se pierde bastante en el “Papá Noel” castellano.

del suroeste de los Estados Unidos? Estos personajes disfrazados y enmascarados encarnan dioses y ancestros que regresan periódicamente a sus aldeas para bailar y para premiar o castigar a los niños, quienes no reconocen bajo el disfraz tradicional a sus padres o familiares. Papá Noel pertenece a la misma familia de otras figuras hoy relegadas: el Croquemitaine, el Père Fouettard, etcétera.³ Es muy significativo que las mismas tendencias educativas que proscriben hoy el recurso a estas *katchina* punitivas hayan concluido en la exaltación del personaje bondadoso de Papá Noel, en vez de —como el desarrollo del espíritu positivo y racionalista los dejaría suponer— envolverlo en la misma condena. A este respecto, no ha habido racionalización de los métodos educativos porque Papá Noel no es más “racional” que el Père Fouettard (la Iglesia tiene razón sobre este punto): asistimos en realidad a un desplazamiento mítico que debemos explicar.

Es cierto que en las sociedades humanas, los ritos y mitos de iniciación tienen una función práctica: ayudan a los mayores a mantener a los menores en el orden y la obediencia. Durante todo el año invocamos la visita de Papá Noel para recordarles a los niños que su generosidad dependerá del buen comportamiento que demuestren, y el carácter periódico de la distribución de los regalos sirve para disciplinar las reivindicaciones infantiles y reducir a un corto periodo el momento en que tienen realmente el *derecho* de exigir regalos. Pero este simple enunciado basta para hacer estallar los marcos de la explicación utilitaria. Porque ¿de dónde viene la idea de que los niños tienen ese derecho que se impone tan imperiosamente a los adultos, que estos se ven obligados a elaborar una mitología y un ritual costoso y complicado para lograr contenerlos y limitarlos? Se ve enseguida que la creencia en Papá Noel no es solamente una *mistificación* de los adultos infligida por gusto a los niños; es, en gran medida, el resultado de una *transacción*

muy costosa entre las dos generaciones. Con el ritual en su conjunto pasa lo mismo que con las plantas: pino, acebo, muérdago, hiedra que decoran la casa. Hoy lujo gratuito, estas fueron en tiempos pasados, en algunas regiones, objeto de *intercambio* entre dos clases sociales: en vísperas de Navidad en Inglaterra, hasta fines del siglo XVIII, las mujeres iban a *gooding*, es decir, que iban a pedir dinero de casa en casa y a cambio entregaban a los donantes unos ramos verdes. Encontramos a los niños en la misma actitud de regateo, y conviene anotar aquí que para pedir en el día de aguinaldos, los niños se disfrazaban a veces de mujeres. Mujeres, niños, es decir, en ambos casos, no-iniciados.

Ahora bien, hay un aspecto muy importante de los rituales de iniciación al que no se ha prestado la atención suficiente, y que aclara con mayor profundidad su naturaleza que las consideraciones utilitarias evocadas en el párrafo anterior. Tomemos el ejemplo del ritual de las *katchina* de los indios Pueblo, ya mencionado. Si los niños son mantenidos en la ignorancia de la naturaleza humana de los personajes que encarnan las *katchina*, ¿es solamente porque les temen o los respetan y por ello se portan bien? Probablemente sí, pero es apenas la función secundaria del rito. Porque hay otra explicación, que el mito originario aclara perfectamente. Este mito explica que las *katchina* son las almas de los primeros niños indígenas, trágicamente ahogados en un río en la época de las migraciones ancestrales. Las *katchina* son entonces a la vez prueba de muerte y testimonio de la vida después de la muerte. Pero hay más: el mito cuenta que, cuando los ancestros de los indios se establecieron en sus aldeas, las *katchina* venían cada año a visitarlos y que cuando se iban, se llevaban a los niños. Los indígenas, desesperados por la pérdida de su progenitura, obtuvieron de las *katchina* que se quedaran en el más allá, a cambio de la promesa de representarlas cada año con máscaras y danzas. Si los niños son excluidos del misterio de las *katchina*, no es de ninguna manera para intimidarlos. Me atrevería a decir que es por la razón inversa: es porque *son katchina*. Los mantienen fuera de la *mistificación*

3. [N. de la T.] Croquemitaine es el equivalente del Coco. El Père Fouettard (“Papá Fuede”) es la contraparte de San Nicolás; castiga a los niños que se portan mal.

porque representan la realidad con la cual la mistificación constituye una suerte de compromiso. Su lugar está en otra parte: no con las máscaras y los vivos, sino con los dioses y los muertos; con los dioses que son los muertos. Y los muertos son los niños. Creemos que esta interpretación puede aplicarse a todos los ritos de iniciación e incluso a todos los casos en que la sociedad se divide en dos grupos. La no-iniciación

no es un simple estado de privación, definido por la ignorancia, la ilusión u otras connotaciones negativas. La relación entre iniciados y no iniciados tiene un contenido positivo. Es una relación complementaria entre dos grupos, donde uno representa a los vivos y el otro a los muertos. En el curso del mismo ritual, los papeles se invierten a menudo porque la dualidad engendra una reciprocidad de perspectivas que, como en



el caso de los espejos enfrentados, puede repetirse al infinito. Si los no iniciados son los muertos, son también sobreiniciados. Y si, como ocurre con frecuencia, son los iniciados quienes personifican los fantasmas de los muertos para asustar a los novicios, es a estos últimos a quienes les corresponderá, en una etapa posterior del rito, dispersarlos y prevenir su retorno. Sin ir más adelante en estas consideraciones, para no alejarnos de nuestro propósito, bastará con recordar que en la medida en que los ritos y las creencias ligados a Papá Noel se remiten a una sociología iniciática (sin ninguna duda), ponen en evidencia, detrás de la oposición entre adultos y niños, una oposición más profunda entre muertos y vivos.

Hemos llegado a esta conclusión por un análisis meramente sincrónico de la función de ciertos rituales y del contenido de los mitos que los fundan. Pero un análisis diacrónico nos habría llevado al mismo resultado. Porque los historiadores de las religiones y los folcloristas admiten que el lejano origen de Papá Noel se encuentra en este Abad de Alegría, *Abbas Stültorum*, Abad de la Desgobernanza que traduce exactamente el inglés *Lord of Misrule*, personajes que son, por un tiempo determinado, reyes de Navidad en los que se reconoce a los herederos del rey de las Saturnales de la época romana. Ahora bien, las Saturnales eran las fiestas de los *larvae*, es decir, de los muertos por violencia o abandonados sin sepultura, y detrás del anciano Saturno devorador de niños se perfilan, en imágenes simétricas, el buen Papá Noel, bienhechor de los niños, el Jubelok escandinavo, demonio cornudo del mundo subterráneo que lleva regalos a

los niños, San Nicolás que los resucita y los llena de regalos, y, finalmente, las *katchina*, niñas muertas de muerte precoz, que renuncian a su papel de asesinas de niños para convertirse alternativamente en distribuidoras de regalos o de castigos. Agreguemos que, como las *katchina*, el prototipo arcaico

... desde la Antigüedad hasta la Edad Media, las “fiestas de diciembre” presentan las mismas características: en primer lugar, la decoración de los edificios con plantas, luego el intercambio de regalos y los regalos a los niños, la alegría, los festines y, finalmente, la fraternización entre ricos y pobres, entre amos y sirvientes.

de Saturno es un dios de la germinación. En realidad, el personaje moderno de Santa Claus o de Papá Noel resulta de la fusión sincrética de varios personajes: el Abad de la Alegría, obispo niño elegido con la invocación de San Nicolás y el mismo San Nicolás a cuya fiesta se remiten las creencias en las medias, los zapatos y las chimeneas. El Abad de la Alegría reinaba el 25 de diciembre, la fiesta de San Nicolás se celebra el 6 de diciembre, los obispos niños eran elegidos el día de los Santos Inocentes, el 28 de diciembre. El Julebok escandinavo se celebraba en diciembre. Estamos directamente remitidos a la *libertas decembris* de la que habla Horacio y que, en el siglo XVIII, de Tillot había invocado para unir la Navidad con las Saturnales.

Las explicaciones por sobrevivencia son siempre incompletas porque las costumbres no desaparecen ni sobreviven sin razones. Cuando subsisten, es menos por viscosidad histórica que por la permanencia de una función que el análisis del presente permite encontrar. Si hemos dado a los indios Pueblo un lugar predominante en nuestra discusión es precisamente porque la ausencia de cualquier relación histórica entre sus instituciones y las nuestras (si se exceptúan algunas influencias españolas tardías, en el siglo XVII) muestra que, con los ritos de Navidad, estamos en presencia no solamente de vestigios históricos sino de formas de pensamiento y conductas que tienen que ver con las condiciones más generales de la

vida en sociedad. Las Saturnales y la celebración medieval de la Navidad no contienen la razón última de un ritual inexplicable de otra manera y desprovisto de significado, pero proporcionan un material comparativo útil para encontrar el sentido profundo de instituciones recurrentes.

No es sorprendente que los aspectos no cristianos de la fiesta de Navidad se parezcan a las Saturnales. Tenemos razones para suponer que la Iglesia escogió el 25 de diciembre como fecha de la Navidad (en lugar de marzo o enero) para substituir con su conmemoración a las fiestas paganas que se desarrollaban el 17 de diciembre pero que, a finales del Imperio, se extendían por siete días, hasta el 24. De hecho, desde la

Antigüedad hasta la Edad Media, las “fiestas de diciembre” presentan las mismas características: en primer lugar, la decoración de los edificios con plantas, luego el intercambio de regalos y los regalos a los niños, la alegría, los festines y, finalmente, la fraternización entre ricos y pobres, entre amos y sirvientes.

Al analizar más detenidamente los hechos, aparecen ciertas analogías de estructura sorprendentes. Igual que las Saturnales romanas, la Navidad medieval ofrece dos características sincréticas y opuestas. En primer lugar, una reunión y una comunión: la distinción entre clases y estatus es temporalmente abolida, esclavos o sirvientes se sientan en la mesa de los amos que se convierten en sus sirvientes; las mesas opíparas son para todos, los sexos intercambian su vestimenta. Pero al mismo tiempo, el grupo social se divide en dos: la juventud se constituye en cuerpo autónomo, elige a su soberano, abad de la juventud o, como en

Escocia *abbot of unreason*, y como el título lo indica, se entrega a una conducta desordenada que se expresa en abusos cometidos contra el resto de la población. Sabemos que, hasta el Renacimiento, tenían las formas más extremas: blasfemias, robos, violaciones e incluso asesinatos. Durante

la Navidad, al igual que durante las Saturnales, la sociedad funciona a un doble ritmo de *solidaridad acrecentada* y *antagonismo exacerbado* y estas dos características aparecen como una pareja de oposiciones correlativas. El personaje del Abad de la Alegría efectúa una suerte de mediación entre estos dos aspectos. Es reconocido e incluso entronizado por las autoridades regulares; su misión consiste en regir los excesos dentro de

ciertos límites. ¿Qué relación existe entre este personaje y su función, y el personaje con la función de Papá Noel, su lejano descendiente?

Hay que diferenciar cuidadosamente el punto de vista histórico del punto de vista estructural. Históricamente, ya lo hemos dicho, el Papá Noel de Europa Occidental, su predilección por las chimeneas y los zapatos resultan meramente de un desplazamiento reciente de la fiesta de San Nicolás, asimilada a la celebración de la Navidad, tres semanas más tarde. Esto explica que el joven abad se haya convertido en anciano. Pero lo explica solamente en parte, porque las transformaciones son más sistemáticas de lo que el azar de las conexiones históricas y calendáricas podría hacerlo admitir. Un personaje real se volvió personaje mítico; una emanación de la juventud, simbolizando su antagonismo con los adultos, se convirtió en símbolo de la edad madura, traduciendo

Es significativo que los países latinos y católicos, hasta el siglo pasado, hayan hecho énfasis en la fiesta de San Nicolás, es decir, en la forma más mesurada de la relación, mientras que los países anglosajones la desdoblan en sus dos formas extremas y antitéticas de *Halloween*, cuando los niños se hacen los muertos para volverse cobradores de los adultos y *Christmas*, cuando los adultos colman a los niños para exaltar su vitalidad.

su disposición bondadosa hacia la juventud. El apóstol de la mala conducta es el encargado de sancionar la buena conducta. Los adolescentes abiertamente agresivos con sus padres son sustituidos por los padres que se esconden detrás de una barba postiza para hacer felices a sus hijos. El mediador imaginario reemplaza al mediador real, y al mismo tiempo que cambia de naturaleza, se pone a funcionar en el otro sentido.

Descartemos de entrada unas consideraciones que no son esenciales para el debate pero que amenazan con crear confusión. En la sociedad contemporánea, la “juventud” prácticamente ha desaparecido, como franja de edad (aunque, en los últimos años, vemos algunos intentos de reconstitución, sin poder predecir sus posibilidades). Un ritual que otrora se distribuía entre tres grupos de protagonistas: niños, jóvenes, adultos, hoy apenas implica dos de ellos (al menos en el caso de la Navidad): los adultos y los niños. La “sinrazón” de la Navidad ha perdido entonces su palanca; se desplazó atenuándose: en el grupo de los adultos, ella solamente sobrevive en la cena de Navidad en el cabaret y en la noche de San Silvestre, en el Times Square. Pero examinemos el papel de los niños.

En la Edad Media, los niños no esperan pacientemente la llegada de sus juguetes en la chimenea. Disfrazados y agrupados en bandas que el viejo francés llama “guisarts”, van de casa en casa cantando y deseando feliz Navidad para recibir a cambio frutas y pasteles. Hecho significativo, evocan la muerte para hacer valer su creencia. En Escocia, en el siglo XVIII, cantan esta copla:

Rise up, good wife, and be no swier /
To deal your bread as long's you're here /
The time will come when you'll be dead /
And neither want nor meal nor bread.
[Levántate, buena mujer, no seas perezosa, / a conseguir el pan, mientras estés aquí; / ha de llegar el tiempo en que estés muerta / y no necesites vianda ni pan.]⁴

Aun si no dispusiéramos de esta preciosa indicación y de la, no menos significativa, del disfraz que transforma a los actores en espíritus o fantasmas, tendríamos otras, sacadas del estudio de las colectas de niños. Sabemos que no se limitan a la Navidad.⁵ Ocurren durante todo el periodo crítico del otoño, cuando la noche amenaza el día, de la misma manera que los muertos se vuelven acosadores de los vivos. Las colectas de Navidad comienzan varias semanas antes de la Natividad, generalmente tres, así establecen la relación con las colectas, también de disfraces, de la fiesta de San Nicolás que resucitó a los niños muertos. Su carácter es más acentuado en la colecta inicial, la de Hallow-Even —que se volvió víspera de Todos los Santos por decisión eclesiástica— donde hoy todavía, en los países anglosajones, los niños disfrazados de fantasmas o de esqueletos persiguen a los adultos hasta que estos se redimen entregando regalitos. El progreso del otoño, desde su inicio hasta el solsticio que marca el rescate de la luz y de la vida, se acompaña, en el plano ritual, de un tránsito dialéctico con las siguientes etapas: el regreso de los muertos, su conducta amenazante y perseguidora, el establecimiento de un *modus vivendi* con los vivos, a través de un intercambio de servicios y regalos, y, finalmente, el triunfo de la vida cuando, en Navidad, los muertos, colmados de regalos, abandonan a los vivos para dejarlos en paz hasta el próximo otoño. Es significativo que los países latinos y católicos, hasta el siglo pasado, hayan hecho énfasis en la fiesta de San Nicolás, es decir, en la forma más *mesurada* de la relación, mientras que los países anglosajones la desdoblan en sus dos formas extremas y antitéticas de *Halloween*, cuando los niños se hacen los muertos para volverse cobradores de los adultos y *Christmas*, cuando los adultos colman a los niños para exaltar su vitalidad.

Las características aparentemente contradictorias de los ritos de Navidad se aclaran

4. [N. del A.] Citado por J. Brand, *Observations on popular antiquities*, Londres, s. e., 1900, p. 243.

5. [N. del A.] Véase al respecto A. Varagnac, *Civilisation traditionnelle et genres de vie*, París, 1948, pp. 92,122.

así: durante tres meses, la visita de los muertos a los vivos se hace cada vez más insistente y opresiva. El día de su partida, se les puede entonces festejar y darles una última oportunidad de manifestarse libremente, o, como lo dice tan fielmente el inglés, *to raise hell*. Pero, en una sociedad de vivos, ¿quién puede personificar a los muertos sino todos los que, de un modo u otro, no están completamente incorporados al grupo y participan de esta alteridad que es la marca misma del dualismo supremo: el de los muertos y de los vivos? No es sorprendente entonces que los extranjeros, los esclavos y los niños sean los principales beneficiarios de la fiesta. La inferioridad de estatus político o social, la diferencia de las edades proporcionan al respecto criterios equivalentes. De hecho, tenemos innumerables testimonios de los mundos escandinavo y

eslavo, que revelan el carácter de la cena de Navidad como una comida ofrecida a los muertos, donde los invitados hacen el papel de muertos; los niños, el de ángeles; y los ángeles, el de muertos. No es raro que Navidad y Año Nuevo (su doble) sean fiestas de regalos: la fiesta de los muertos es esencialmente la fiesta de los otros, ya que el hecho de ser otro es la primera imagen que nos podemos hacer de la muerte. Estamos ahora en capacidad de dar respuesta a las dos preguntas planteadas

al inicio de este estudio. ¿Por qué se desarrolla el personaje de Papá Noel, y por qué la Iglesia observa este desarrollo con preocupación?

Hemos visto que Papá Noel es a la vez heredero y antítesis del Abad de la Sinrazón.

Esta transformación es en primer lugar indicio de un mejoramiento de nuestras relaciones con la muerte; ya no es necesario, para estar en paz con ella, permitirle periódicamente la subversión del orden y de las leyes. Ahora en la relación predomina una suerte de benevolencia algo desdeñosa. Podemos ser generosos, tomar la iniciativa, ya que no se trata sino de darle regalos e incluso juguetes, es decir, símbolos. Pero este debilitamiento de la relación entre muertos y vivos se da a expensas del personaje que la encarna; al contrario, parecería que por ello se desarrolla mejor. Esta contradicción sería insoluble si no se

admitiera que otra actitud frente a la muerte va progresando entre nuestros contemporáneos, actitud tal vez no hecha del temor tradicional a los espíritus y a los fantasmas, sino de todo lo que la muerte representa en sí y también en la vida en cuanto a empobrecimiento, sequía y privación. Indagamos por el tierno cuidado que tenemos con Papá Noel, por nuestras precauciones y nuestros sacrificios para mantener intacto su prestigio con los niños. ¿No será que en nuestro interior está siempre latente el

Pero la Iglesia no se equivoca en absoluto cuando denuncia la creencia en Papá Noel como el bastión más sólido y uno de los focos más activos del paganismo en el hombre moderno. Queda por saber si el hombre moderno no puede defender su derecho a ser pagano. [...] Gracias al auto de fe de Dijon, el héroe está reconstituido con todas sus características, y en este singular asunto, no es una pequeña paradoja que, con el propósito de poner fin a Papá Noel, los eclesiásticos de Dijon hayan restaurado en su plenitud, después de un eclipse de algunos milenios, so pretexto de destruirla, una figura ritual, comprobando así su perennidad.

deseo de creer, aunque sea un poco, en una generosidad sin control, en una gentileza sin segunda intención; en un breve intervalo durante el cual están en suspenso cualquier temor, cualquier envidia, cualquier amargura? Tal vez no podemos compartir plenamente la ilusión, pero lo que justifica nuestros esfuerzos es que esta ilusión, mantenida por otros, nos proporciona al menos la posibilidad de calentarnos a la luz de la llama prendida en estas jóvenes almas. La creencia en donde guardamos a nuestros hijos de que los juguetes vienen del más allá aporta una coartada al secreto movimiento que nos incita en realidad a ofrecerlos al más allá con el pretexto de darlos a los niños. Por este medio, los regalos de Navidad son un verdadero sacrificio a la alegría de vivir, que consiste, en primer lugar, en no morir. Con mucha profundidad, Salomon Reinach escribió una vez que la gran diferencia entre las religiones antiguas y las religiones modernas está en que “los paganos rezaban a los muertos, mientras que los cristianos rezan por los muertos”.⁶ Sin duda el rezo a los muertos dista de este rezo mezclado con conjuros que cada año, y cada vez más, dirigimos a los niños —encarnación tradicional de los muertos— para que, al creer en Papá Noel, acepten ayudarnos a creer en la vida. Hemos desenredado los hilos que atestiguan la continuidad entre estas dos expresiones de una idéntica realidad. Pero la Iglesia no se equivoca en absoluto cuando denuncia la creencia en Papá Noel como el bastión más sólido y uno de los focos más activos del paganismo en el hombre moderno. Queda por saber si el hombre moderno no puede defender su derecho a ser pagano. Para terminar, una última anotación: del rey de las Saturnales al Buen Noel, el camino es largo; en el recorrido, un rasgo esencial —tal vez el más arcaico— del primero parecerá haberse perdido definitivamente. Frazer ya mostró que el rey de las Saturnales es heredero de un prototipo antiguo que, después de personificar al rey Saturno y haberse entregado a todos los excesos durante un mes, era solemnemente

sacrificado en el altar de Dios. Gracias al auto de fe de Dijon, el héroe está reconstituido con todas sus características, y en este singular asunto, no es una pequeña paradoja que, con el propósito de poner fin a Papá Noel, los eclesiásticos de Dijon hayan restaurado en su plenitud, después de un eclipse de algunos milenios, so pretexto de destruirla, una figura ritual, comprobando así su perennidad.

Traducción al castellano de Anne-Marie Sallenave, aceptada por el autor.
Publicada originalmente en la revista *Maguaré*, nro. 22 de 2008, pp. 21-42, revista del Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia. Se reproduce con permiso de la directora de *Maguaré*.



Claude Lévi-Strauss (1908-2009)
 Antropólogo y etnólogo francés. Fundador de la antropología estructuralista, estudió profundamente las culturas aborígenes de Brasil y abordó el estudio de las culturas como sistemas de comunicación interpretables mediante la construcción de modelos. En 1949 publicó *Las estructuras elementales del parentesco*, obra clave del estructuralismo antropológico; su autobiografía intelectual *Tristes trópicos*, de 1955, le otorgó un reconocimiento mundial. Su bibliografía se completa con numerosos estudios etnográficos de culturas de todo el mundo, además de trabajos teóricos antropológicos, ensayos y análisis comparados acerca de arte, religión y mitología.

6. [N. del A.] S. Reinach, “L’Origine des prières pour les morts”, en *Cuïtes, Mythes, Religions*, París, 1905, tomo 1, p. 319.



Por qué un niño negro de Zimbabue robó un libro de física avanzada

Doris Lessing

En 2014, un año después de su muerte, más de tres mil libros de la biblioteca personal de la ganadora del Premio Nobel de Literatura Doris Lessing fueron destinados a la biblioteca pública de Zimbabue. Treinta años antes, la autora había realizado una serie de visitas a este país en el que había vivido la mayor parte de su niñez y juventud. Fruto de este regreso es una serie de conmovedores y descarnados retratos de la vida cotidiana, la historia y los recuerdos de este pueblo marcado por el racismo y la pobreza. En “Why a Small Black Child in Zimbabwe Stole a Book on Advanced Physics”, publicado en una pequeña edición en 2004 y del cual reproducimos un fragmento, la escritora revive una visita a una escuela rural del noroeste de Zimbabue, descubriendo un entusiasmo por los libros que caracteriza a niños y adultos de las aldeas africanas.

página
112

En una escuela rural de África del Sur, en lo profundo del campo, alumnos de todas las edades se amontonan frente a una puerta señalada como “Biblioteca”, donde los espera un maestro sonriente.

Qué imagen encantadora, cómo nos retrotrae a escenas nada imaginarias, sino más bien reales: allí estuvimos alguna vez, un libro bajo el brazo, parte de una tradición antigua, alumnos con libros y, frente a nosotros, una construcción de estantes bien mantenidos en la que libros de siglos de aprendizaje, de narraciones, nos esperaban. Aquí, la realidad consiste en media docena de edificios de concreto, como cuarteles, desparramados en una aleatoriedad aparente sobre la tierra arenosa, donde el polvo sopla y ha estado soplando por semanas, mientras la sequía arrecia. Oscurece las hojas del único árbol en pie en kilómetros, ensombrece las ventanas sucias, deja un gusto a arenilla en la boca.

Los alumnos asisten desde los alrededores, kilómetros y kilómetros de campos enmalezados, de aldeas que carecen de todas las comodidades modernas, y esta escuela representa para ellos la esperanza de escaparse de la pobreza de estas aldeas, del campo, de sus vidas.

Lo que describo lo he visto en más de un sitio, “educación” en su nivel más básico, un nivel de enseñanza y aprendizaje que resulta irreconocible para Europa o

América. Estoy describiendo una “escuela” en el noroeste de Zimbabue. El pueblo más cercano —no mucho más que un *township*¹— está a dieciséis kilómetros. Se encuentra sobre el camino que corre hacia el norte hasta África Central, y en última instancia, hasta Sudán, Egipto y el Mediterráneo, y hacia el sur hasta Johannesburgo y Ciudad del Cabo. Esta “escuela” existe en todas las áreas pobres de África y Sudamérica; en el Tercer Mundo, el mundo pobre.

Fue construida durante una ola, o mejor dicho, durante un tsunami de entusiasmo que se levantó desde las guerras de liberación, cuando se prometió que cada niño negro recibiría educación secundaria gratuita. Estas promesas fueron hechas sin cinismo, aunque fueron, sí, oportunistas. Fueron hechas sinceramente por hombres que tuvieron que luchar por su educación, pero lamentablemente, sabemos demasiado bien que nuestros líderes, nuestros primeros ministros y presidentes, suelen prometer con lenguas embriagadas aquello que esperan que sea verdad, y tal vez incluso por momentos creen que será verdad. Todos se comportan, indudablemente, como si creyeran que decir algo es suficiente para que sea verdad. “Una

1. Los *townships* son áreas subdesarrolladas, tradicionalmente reservadas para residentes no blancos desde el siglo XIX hasta el fin del apartheid.

educación de primera clase para cada niño negro, gratis”. Un sueño. Un sueño con una gran pasión y que viene desde todas partes de un mundo que suele carecer de la educación más rudimentaria.

Una vez alcanzada la “liberación”, y con las subvenciones del Banco Mundial, del FMI, etc., que la acompañaron, tuvo que admitirse que todavía había unas pocas escuelas, y que eran bastante básicas. Las buenas escuelas eran en su mayoría misionarias, y habían estado y seguirían estando en un nivel más elevado que todo lo que sería alcanzado por décadas. En estas escuelas misionarias fue educada la mayoría de los líderes africanos.

Debían construirse nuevas escuelas, cientos de ellas, y así se hizo, a las apuradas, en un patrón repetido de una punta a otra del país: edificios básicos, semejantes a cuarteles, más apropiados para soldados que para niños esperanzados. Los materiales didácticos —libros de ejercicios, libros de texto, lápices o tizas— apenas existían. Durante años, los padres que soñaban con que sus hijos escaparían así de la pobreza donaron su trabajo gratuitamente y ayudaron a construir estas escuelas con sus propias manos desnudas: aulas sin libros de texto. Una clase podía llegar a tener un manual por cada sesenta chicos, o un atlas obsoleto, donado por alguna escuela extranjera que había decidido deshacerse de él, para toda una escuela. Niños desesperados por aprender, por convertirse en miembros de nuestro mundo moderno, garabateaban sus lecciones en hojas de papel de regalo rasgadas, o aun en diarios, o incluso —lo he visto—, se agachaban en filas sobre el polvo,

mirando a un lugar en el centro, donde los maestros, ellos mismos con tres o cuatro años de escuela, escribían sumas u oraciones con un palito en la arena alisada, tratando de competir con las ráfagas de viento que

intentaban llevarse volando las palabras y los números.

En la sala con el cartel de “Biblioteca”, había libros.

No era una sala que muchos de nosotros reconoceríamos como una biblioteca. Las paredes sin revocar estaban en su mayoría desnudas.

Los estantes estaban mayormente vacíos, y los libros que había conformaban una extraña selección. Varios tomos voluminosos yacían grandiosamente juntos, sin leer, porque ni un adulto, mucho menos un niño, podría siquiera levantarlos. Eran

libros del tipo que se solía imprimir en las universidades de América, con títulos como *Curso de posgrado sobre literatura contemporánea*. En ellos podían encontrarse muchas clases de prosa y de crítica, pero para hacer algún uso de ellos se precisarían años de educación literaria. Allí cerca estaba el “bibliotecario”, de unos veinte años, que había estudiado cinco años en una escuela como esta, y que nos suplicaba que le hiciéramos llegar libros que le enseñaran cómo enseñar, puesto que, a pesar de que lo llamaban maestro y era responsable de muchas clases, nunca había tenido ningún tipo de formación. Estaba muy apenado por su falta, creía que de alguna manera era su culpa estar tan lamentablemente preparado para su tarea.

Mientras los grandes volúmenes yacían nuevos y limpios, sin leer, había un estante que guardaba libros de todos los colores y tamaños, ediciones rústicas o de tapas duras

Allí cerca estaba el “bibliotecario”, de unos veinte años, que había estudiado cinco años en una escuela como esta, y que nos suplicaba que le hiciéramos llegar libros que le enseñaran cómo enseñar, puesto que, a pesar de que lo llamaban maestro y era responsable de muchas clases, nunca había tenido ningún tipo de formación. Estaba muy apenado por su falta, creía que de alguna manera era su culpa estar tan lamentablemente preparado para su tarea.

desmenuzadas, muchos de los años treinta o anteriores, que estaban disponibles para préstamo, aunque deben perdonarlo a uno por pensar que estos libros eran de más interés para un sociólogo o un arqueólogo. Siempre se le rogaba a la gente que moría o dejaba el país que donara sus libros a la escuela. Había algunos *best sellers*, hace tiempo olvidados, algunos de los cuales hubieran deleitado a un anticuario. (Mirá, está *El Don apacible...* ¿Ese es *Por siempre Ámbar? Tres camaradas*, de Remarque, ¡qué hallazgo! ¿Es ese uno de los primeros libros de Dorothy Sayers?) El joven bibliotecario afligido, que no había leído ninguno de estos libros, pensaba que ellos eran demasiado avanzados para la mayoría de los alumnos. “Nos gusta Enid Blyton. Nos gusta Tarzán. Tal vez pudiera contarnos el argumento de estos libros tan difíciles, así yo podría hacer una lista y pegarla en la pared de nuestra biblioteca”. “¿Pero quién lee estos libros?”. “Realmente lo intentamos, usted verá, pero de verdad, son muy difíciles para nosotros”. En más de una de estas “bibliotecas” he llegado a ver todo un estante de libros

nuevos y brillantes, opacando a todo el resto. Eran del tipo de libros que uno encontraría en una escuela, libros de texto, de lectura, de aritmética, de ortografía, incluso de geografía y un pequeño atlas. Pero los jóvenes bibliotecarios habían puesto cartelitos allí, que decían “No tocar”.

Algún extranjero, un estadounidense en una oportunidad, conmocionado por hallar una escuela sin libros, una biblioteca sin manuales, había enviado una selección de todos los libros que figuraban en el plan de estudios. Los jóvenes bibliotecarios estallaron en lágrimas. “No pude hacer otra cosa que llorar, era mi mayor sueño hecho realidad”, decían, un mismo sentir y un mismo pensar, aunque en diferentes escuelas. No toleraban ver que estos tesoros se mancillaran con el uso. “Algunas veces no tienen las manos limpias. No es su culpa. Cuando la bomba se rompe no tenemos agua, ¿entiende?”. Por eso estos estantes, repletos de libros tan necesitados, exhibidos para todos los visitantes, para los padres y también para los chicos, permanecían prístinos, intactos: a salvo.



Foto: Book Aid International.

Una pila de revistas viejas, otra de diarios viejos. Revistas del *National Geographic* de hace veinte años. Y eso era todo, la biblioteca, las bibliotecas, de todas las escuelas de todo el país.

Los pocos libros que había eran rápidamente saqueados. No se echaban a perder. Un libro era leído con detenimiento por docenas de personas, algunos lo entendían, otros no. Cuando se iba rompiendo, las páginas sueltas se iban compartiendo, y las oraciones y las palabras se memorizaban. Las palabras: llave del gran mundo.

Recuerdo a un taxista, en Harare, que al escuchar que había llegado con una valija llena de libros me dijo: “Ellos nos enseñan a leer, pero no nos dan libros”.

Por “ellos” se refería al flamante gobierno negro, que había hecho grandes promesas. Por entonces, una buena edición británica de calidad, en tapa blanda, costaba más que el sueldo de un maestro.

Pero hay un misterio aquí, uno real, que no tiene fácil respuesta.

¿De dónde proviene esta avidez por los libros en esta ex colonia británica?

Cien años antes de esta conversación con el taxista, sus abuelos y sus padres vivían en clanes y en tribus, en chozas hechas con paja y barro; los hombres cazaban con lanzas y palos, las mujeres recogían comida de los arbustos y sembraban maíz, granos y zapallo. Entonces llegaron los británicos, quienes, tras imponer su régimen abruptamente, se negaron en un principio a impartir educación a estos incultos. Los misionarios empezaron las primeras escuelas y el gobierno tuvo que seguirles la corriente. Estas tempranas escuelas no tenían demasiadas expectativas; solo unas pocas tenían estándares algo más altos.

Pero volvamos a esta escuela rural, en la que los chicos hacen fila para conseguir un libro, cualquier libro, adecuado o no, para leer en la escuela, no en casa, porque estos alumnos viven en chozas de paja y barro, en aldeas desparramadas por el campo que en su mayoría carecen de electricidad, de teléfono, de agua corriente, de cloacas, moradas que hubieran sido tal vez familiares para los viejos sajones. En el centro de estas chozas, un tronco arde toda la noche,

para cocinar y para alumbrar. Si un chico quiere hacer la tarea o leer, debe usar la luz de esta llama intermitente. No hay libros en estas chozas: tal vez puede que haya una Biblia. Y en otras partes de África, igualmente pobres, un Corán. La mayoría de los padres de estos chicos no tienen educación formal, tal vez fueron un par de años a la escuela, pero son estos padres los que saben que la educación puede elevar a sus niños al mundo moderno. Y junto con la idea de educación viene la idea de los libros, de la lectura. Sin embargo, es difícil entrever de dónde provienen estos poderosos sueños de libros y lecturas.

En las ciudades sí hay bibliotecas. No digo grandes bibliotecas, pero ciertamente lo suficientemente buenas como para difundir la idea de libro, como para brindar una puerta de entrada a los mundos del aprendizaje. ¿Dónde han visto libros estos niños? Si sus padres son granjeros, puede que hayan visto estantes con libros en las casas de los granjeros blancos. Con frecuencia, los sirvientes y empleados de los granjeros les ruegan que les permitan tomar libros prestados. Tampoco debe creerse que los estantes de las estancias están cargados con la sabiduría de todas las eras. Habrán unos pocos clásicos de literatura inglesa, probablemente Dickens o Stevenson. Habrán algunas novelas que han causado algún alboroto por alguna razón, o que por alguna peculiar pertinencia para un tiempo y un lugar han encontrado su camino hasta aquí. *Rebelión en la granja* es la novela favorita de los lectores de África del Sur. Habrá algún diccionario, un atlas. Es difícil imaginar la revelación que puede significar para un niño, o, para el caso, un adulto sin educación, ver estos mapas colgados en la pared cubierta con cal de la oficina de un granjero y que le expliquen lo que significan. El mundo. Ahí, desplegando su colorida seducción. Al igual que los libros en las estanterías, llaves para riquezas inalcanzables.

Cualquiera que haya viajado al mundo pobre sabe cuán persistentemente surge el mismo ruego: por favor, deje sus libros con nosotros, por favor, envíenos libros cuando regrese a casa, por favor, por favor, por favor.

En una zona tan remota como se puede imaginar, en las costas del lago Kariba, una amiga caminó hasta una aldea y se encontró con un par de jovencitos que le pidieron que los acompañe. Le mostraron una larga caja hecha con tablones rescatados o robados, dispuesta sobre unos pilotes, adentro de unas tinajas para bañar ganado hechas para espantar a las hormigas, y le dijeron: “Mire, construimos una biblioteca, ahora por favor, denos libros”.

En respuesta a este “por favor, por favor” y a la gran necesidad, han surgido organizaciones encargadas de enviar libros de acá hacia allá, de la parte del mundo donde los libros desbordan los estantes, se amontonan en las escaleras, se apilan en las paredes, son llevados a tiendas de segunda mano destinadas a caridad, donde un libro es un tesoro. El problema es que no todo lo que se derrama desde nuestro mundo es apropiado. Cualquier libro de texto, aun desactualizado, es valioso. Pero si hablás con cualquiera acerca de la avidez por los libros en estas poblaciones la respuesta es siempre la misma: ¿dónde puedo enviar los libros que me sobran? Una copia andrajosa de *Relaciones peligrosas* no es el mejor obsequio para una aldea en la

que la preocupación de todos es conseguir suficiente agua para beber y para cocinar, por no hablar de para lavarse. Es un ejercicio muy instructivo mirar la literatura europea desde el punto de vista de un caserío de estas características. ¿Proust? ¿*Tristram Shandy*? ¿Thomas Carlyle? Cuanto más está basado en una experiencia humana universal, más fácil es que un libro viaje lejos. *Jane Eyre* es leída y amada, desde las zonas más remotas de África hasta la China central —donde escuché al director de un departamento de una universidad en Shian decir que “todos la leyeron”—. *Robinson Crusoe*, *Moll Flanders* o cualquier novela de Thomas Hardy... sí, sí y sí. Por favor, mándenlos más. Doné *Cuentos del mundo*, una colección de historias folclóricas compiladas por Idries Shah, y miles de copias no hubieran sido suficientes. Una generosa editorial londinense se las arregló para enviar quinientas, a pesar de las dificultades para el transporte y en la aduana. “Tenemos una versión de esa historia”. “Mi abuela me contó una historia así”.

Usualmente son los abuelos los que aparecen como fuente de historias. La generación intermedia se perdió en la guerra, la revolución, la sequía, el sida.



Foto: Book Aid International.

Una noche, en las Midlands, previo al cierre represivo de Mugabe sobre Zimbabue, se realizó una fiesta en un colegio normal, y todos contribuyeron al entretenimiento con sus bailes. Aquella velada me encontraba demasiado contracturada para bailar, así que me puse a narrar un cuento de Medio Oriente y a escuchar las historias que los adultos jóvenes y de mediana edad tenían para contar. “Estamos perdiendo nuestras historias ahora que los abuelos se van muriendo. Sí, nosotros tenemos un relato como ese”.

La historia de la organización en la cual estuve involucrada es triste y habitual.

Existen muchos grupos en actividad cuyo objetivo es acercar libros a los países pobres. Pero se percibía que ninguno de ellos descendía en la pobreza tanto como para llegar a las aldeas... excepto por uno, un hombre solo que usó un carro de burro para crear una biblioteca ambulante (usaba un burro porque cuando llovía los caminos se volvían lodazales y se hacía imposible transitar con ruedas). Las aldeas... ¿acaso se están imaginando unas cabañitas con techos de paja, con rosas alrededor de las puertas, o grupetes pintorescos de casitas, con un cementerio lleno de lápidas que rezan fechas y nombres de siglos de antigüedad? Estoy hablando de una aldea típica de África, techos de paja, paredes de barro, a veces de ladrillo, sin electricidad, sin agua corriente, que si tiene teléfono se comparte entre la gente de kilómetros alrededor. La mayor parte de la población mundial jamás ha usado un teléfono, mucho menos un celular.

“La idiotéz de la vida del campo”. Es fácil pensar que el dicho de Marx ha echado raíces profundas en las mentes de gente

para quien Marx es incluso un profeta oprobioso o acaso olvidado. Poca gente puede hablar de las aldeas campesinas con poco más que un descuido que oculta desprecio e indiferencia. “Estos estúpidos aldeanos de mente lenta...”. Nadie lo dice exactamente así, pero las pruebas están a la vista. No es posible encontrar bibliotecas en las aldeas, ellas están en los centros administrativos de los alrededores o en los pueblos. Pocos representantes de organizaciones benéficas o de ONG llegan alguna vez a estos case-

ríos; les cuesta abandonar los pueblos y los hoteles. Pero sucedió que un grupo, que estaba involucrado originalmente en otra iniciativa, llegó a visitar aldeas de una punta a otra del país y se encontró con que los aldeanos eran cualquier cosa menos idiotas. ¿Quiénes eran? Los tullidos, los lisiados, los ciegos, sí, porque para ellos la aldea significa seguridad básica, el equiva-

lente a nuestro estado de bienestar. Pero también los maestros retirados, maestros en sus vacaciones, chicos en su receso escolar y mucha gente triste que, a pesar de haber soñado que la educación —y los libros— los llevarían lejos hacia la decencia y las comodidades de la vida moderna, se encontraron con que tres años de formación y una avidez por la educación no habían sido suficientes para franquearles la entrada a este mundo distante e inalcanzable.

La gente que habla en nombre de los aldeanos dice siempre que lo que “ellos” (los aldeanos) quieren son libros de bricolaje o manuales de instrucciones. Pero nosotros solicitamos que se hiciera un relevamiento que incluyera tanto las aldeas como los pueblos, tanto a los aldeanos como a los afortunados que tenían sueldo fijo. Y lo que el relevamiento demostró

La biblioteca puede llegar a ser una pequeña choza con algunos estantes, pero por lo general es una tabla sobre cajas viejas. Sobre las tablas se acomodan los libros reverencialmente. Se elige un bibliotecario o bibliotecaria, tanto por su honestidad como por sus cinco o seis años de escolaridad. Un libro de ejercicios con un lápiz atado mantiene el registro de los préstamos.

fue que lo que estos lectores querían eran novelas, los clásicos, novelas de todo tipo, románticas, historias de detectives, ciencia ficción, romances históricos, poesía, teatro. Un hecho revelador fue que muchas de las novelas mencionadas como ejemplo coincidían con los libros que habían leído recientemente para los exámenes de literatura, mostrando que uno de los problemas es que la gente no sabe necesariamente qué está disponible. Saben que hay riquezas allí afuera, bibliotecas de oportunidades, pero sin recomendaciones, sin una cultura de base, recaen en lo que los chicos traen de la escuela para la tarea... “Algo como *El alcalde de Casterbridge*, por favor”, un libro obligatorio del año anterior. “Algo como *Rebelión en la granja*”. Los manuales quedaron al final de estas listas.

Y entonces la cuestión era cómo llevar libros en cantidades suficientes adonde eran necesitados. Reunir libros en la Britania abundante en libros es fácil. Las grandes editoriales son generosas, las escuelas donan los manuales que quedan desactualizados, las bibliotecas donan los sobrantes. Pero cómo sacarlos del país cuando los costos son tan altos y la aduana está a la espera. Y a pesar de las muchas dificultades, se juntaron cajas de libros.

Y aquí viene una imagen difícil de imaginar para los habitantes de la afortunada Europa. Un camión acelera y se sale de las buenas rutas para tomar las que están llenas de baches, y luego hacia los caminos polvorosos que se vuelven no mucho más que marcas de neumáticos atravesando el polvo o la hierba. Ahí aparece la aldea, la dispersión de chozas de barro y paja, y allí están los aldeanos, de todas las edades y tamaños, con las más asombrosas combinaciones de vestimentas.

Los límites rígidos de la gente más convencional no inhiben a una mujer a la que le parece una buena idea vestir una gorra de baño rosa como sombrero, combinada con una enagua de encaje negro que encontró en un mercado de venta de ropa donada en Múnich, Toulouse o Birmingham. Usa además una elegante blusa rayada, un par de tallas demasiado chica. ¿Zapatos? No son necesarios.

La caja de libros es descargada del camión y a menudo es recibida con lágrimas. “¿Todos estos libros? ¿Son para nosotros? ¿Todos para nosotros?”.

La biblioteca puede llegar a ser una pequeña choza con algunos estantes, pero por lo general es una tabla sobre cajas viejas. Sobre las tablas se acomodan los libros reverencialmente. Se elige un bibliotecario o bibliotecaria, tanto por su honestidad como por sus cinco o seis años de escolaridad. Un libro de ejercicios con un lápiz atado mantiene el registro de los préstamos. Pero no solo esta aldea, también los caseríos de los alrededores se benefician de este trofeo. Ya han enviado emisarios: por favor, compartan sus libros con nosotros. Sin embargo no hay más que cincuenta libros, quizá cien. Se llega a complicados arreglos; jóvenes con bicicletas son designados para llevar media docena de libros a cada aldea vecina. El proceso de fermentación ha comenzado. Comienzan a organizarse grupos de estudios, grupos de alfabetización guiados por gente que sabe un poquito más que los demás. E, inmediatamente, los grupos de lectura empiezan a tomar forma. El problema es que entre estos codiciados libros no se encuentran muchos Orwell, Hardy o Dickens, las primeras novelas en la lista. Estos libros importados desde Gran Bretaña son demasiado caros. La inflación está por las nubes. Libros que el año pasado costaban un sueldo ahora cuestan el salario de todo un año. En Zimbabue hay casas editoriales que producen libros más accesibles. Las cajas de libros, recibidas con tanto agradecimiento por los aldeanos, siempre tienen más libros de los de abajo de todo en las listas, los manuales o los cuentos simples en idiomas locales.

“Cómo criar gallinas”. “Cuidados para su cabra”. “Cómo cultivar vegetales”. “Cómo construir una represa de tierra”. “Haga sus propios ladrillos”. Y también: “Inglés para niños de cinco años, seis años, diez años”. Las listas de libros en idiomas locales siempre son más largas que las que están en inglés. Nunca nadie oirá hablar de estas novelas en el gran mundo de la literatura. Todas ellas contienen historias de violencia, llenas de pasión, asesinatos,

incesto, brutalidad, robos. Alguna vez se descubrió, cerca del lago Kariba, junto al río Tonga, que no había novelas en Tonga y enseguida, un par de jóvenes emprendedores comenzaron a escribir algunas.

Hay cinco idiomas oficiales en Zimbabue. El inglés es el idioma común, como lo son el portugués o el francés en otras partes de África. Suele haber polémicas encendidas entre los que quieren libros en idiomas locales y los que opinan que el inglés, por ejemplo, representa una mejor entrada al gran mundo.

Ahora, para encontrar en Europa esta clase de respeto por los libros y por la educación, es necesario remontarse a tiempos remotos, antes de que la revolución de la imprenta hiciera entrar los libros a las casas de la gente. Hubo un tiempo en el que la llegada de un libro nuevo era esperada con anticipación, y entonces era leído en voz alta por un maestro o un erudito, o, si el libro era apropiado, por un cura o un pastor. La gente se amontonaba desde lugares lejanos para pararse a escuchar, y luego regresaba a sus aldeas, granjas, pueblos, para discutir esto nuevo que había aparecido en sus mentes, estas nuevas ideas. Podían quedarse despiertos toda la noche de la emoción, del interés.

Y entonces la revolución de la imprenta, aunque no inmediatamente, puso libros en hogares que no habían visto jamás un libro. Y con los libros llegaron las ideas que arrasarían con reyes e iglesias.

En una determinada escuela en Zimbabue, que había logrado conseguir libros suficientes como para llevar adelante una clase de lectura, los alumnos debían, una vez terminada la lección, desfilarse frente al docente, que observaba mientras otros compañeros inspeccionaban uno por uno, en caso de que alguno se hubiera tentado de robar algún valioso libro.

Una mañana, entre las sábanas de un niño de seis años, descubrieron un libro gordo que, según decía en su portada, era de física avanzada. La física, en nuestra era, ha pegado un gran salto hacia adelante, años luz hacia delante, años estelares. La física de fines de los años treinta no era la misma que en 1990. Este libro era un descarte de una excelencia hace largo tiempo pasada.

El culpable fue llevado, sollozando, frente a sus jueces, un maestro (un chico de diecinueve años) y su ayudante (de doce).

—¿Por qué robaste este libro?

No hubo respuesta. El niño habría estado pensando, al igual que nosotros tantas veces hacemos, “qué pregunta boba”.

—No podés leerlo, porque no sabés leer. Apenas podés levantar este libro. ¿Por qué lo robaste? ¿Para qué?

—Quería tener un libro propio —gimió el criminal.



Doris Lessing (1919-2013)

Escritora inglesa, también conocida con el seudónimo de Jane Somers. Nació en Persia como Doris May Tayler, adonde se habían trasladado sus padres británicos tras la guerra. En 1925 la familia se mudó a Nueva Rhodesia, actual Zimbabue, en donde vivió hasta 1949 cuando, tras divorciarse por segunda vez, se mudó con su hijo más pequeño a Londres. Afiliada al Partido Comunista de Rhodesia, se alejó tras la revolución en Hungría de 1956. Fue asociada también con posturas feministas, aunque ella misma jamás se identificó plenamente con esta corriente. Su extensa obra tiene mucho de autobiográfico y abarca frecuentemente en sus experiencias vitales y en sus reflexiones respecto al lugar social de la mujer, el comunismo y el colonialismo.



Fábulas de la dictadura

Leonardo Sciascia

Favole della dittatura es el primer libro publicado por el escritor Leonardo Sciascia. En estas breves y lúdicas alegorías de 1950, compuestas a la manera de las clásicas fábulas de Esopo, este representante del novecientos literario italiano reconstruye los años más sombríos del fascismo europeo e ilustra satíricamente las relaciones de poder y dominación que atraviesan las tiranías de todos los tiempos. La pequeña selección de fábulas que aquí presentamos está acompañada por el texto introductorio que realizó Pier Paolo Pasolini para la edición de bolsillo que se publicó en 1997. Allí, el cineasta y escritor italiano celebra la lírica popular de estos relatos y su capacidad de condensar, en unas pocas líneas, el pasado reciente, el presente en toda su actualidad y, también, la eternidad.

página
121

LOS SIMIOS PREDICARON EL NUEVO ORDEN, EL REINO DE LA PAZ. Y entre los primeros en entusiasmarse estuvieron el tigre, el gato, el neblí. Poco a poco todos los otros animales se dejaron convencer. Y fue un regocijo dulcísimo, un fraternal ágape vegetariano. Pero un día el ratón, jugando amablemente con el gato, se halló bajo las uñas del reciente amigo. Comprendió que la cosa regresaba a lo de antes. Con trémula esperanza recordó al gato los principios del nuevo reino. “Sí”, contestó el gato “pero yo soy el fundador del nuevo reino”. Y le hundió los dientes en el lomo.

EL ZORRO ADULABAYELLEÓN ESCUCHABA CON ENCANTADA SATISFACCIÓN. Y el ciervo, cándido: “Majestad”, le dijo, “Renardo os engaña, no hay una sola palabra suya que sea sincera”. El león tan inoportunamente sacado de su embeleso, se dirigió a él, feroz: “Eres un sucio traidor”, dijo, “¿no crees entonces que yo soy magnífico, que yo soy poderoso y justo, terrible y bueno?, ¿opinas entonces que soy un simio que no sabe distinguir entre la admiración justa y la adulación vacía? Renardo es un buen súbdito y tú, un consejero malvado”. Y ordenó que el ciervo fuera inmediatamente despedazado.

HABÍA LUNA GRANDE, Y EL PERRO DEL HORTELANO Y EL CONEJO, SEPARADOS POR UN ALAMBRE DE PÚAS, PARLAMEN- TARON QUIETAMENTE. Dijo el conejo: “Tú no comes hortalizas, el patrón te alimenta con salvado y patadas. En la noche podrías dormir serenamente y dejarme un poco en paz entre las verduras y las sandías. El hecho de que tú me inspires miedo no quiere decir que tu condición sea mejor que la mía. Deberíamos reconocernos hermanos”. El perro escuchaba, tendido perezosamente, con el hocico sobre sus patas. Y luego: “Lo que tú dices es verdad, pero para mí nada existe que valga el gusto de inspirarte miedo”.

Traducción de la *Revista de la Universidad Nacional Autónoma de México* (vol. XL, nro. 418-419, noviembre-diciembre de 1985).

Dictadura en fábula

Introducción de Pier Paolo Pasolini a la edición de bolsillo de La Sicilia. Il suo cuore - Favole della dittatura, Milano, Adelphi, 1997.

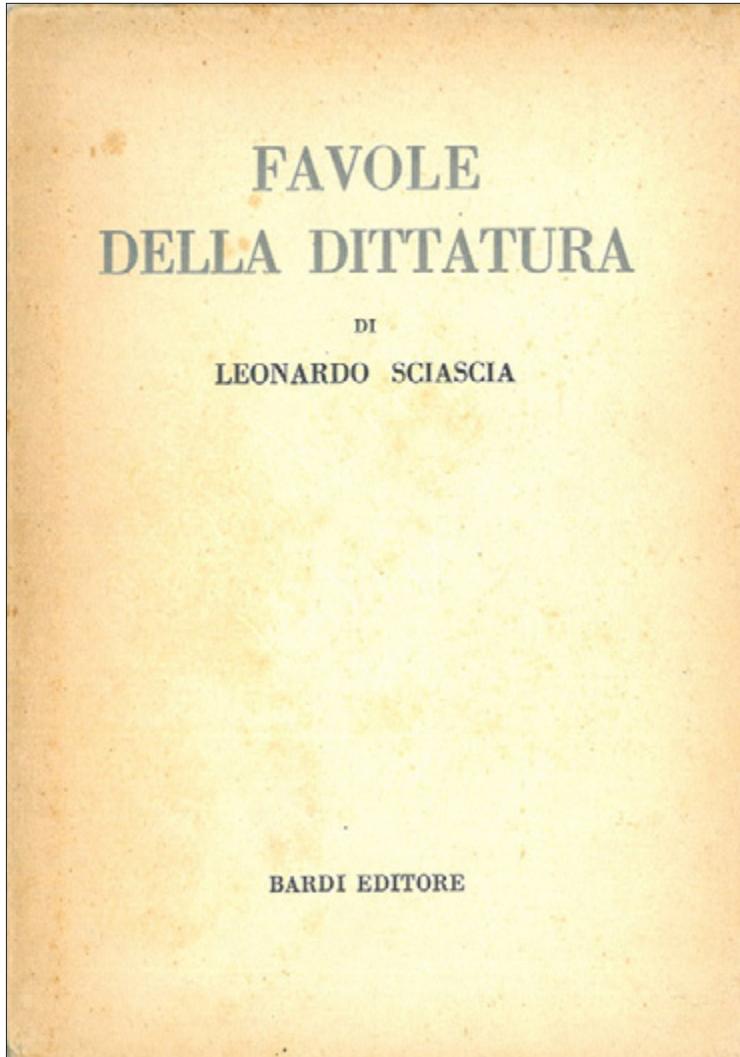
De ciertas sensaciones comunes, que cada quien lleva tácitamente consigo, muchas veces no pensaría uno siquiera en hablar sobre ellas salvo que cierta ocasión invite a hacerlo.¹ A menudo esa ocasión es un libro. Quien ha frecuentado el Gimnasio² no puede no compartir ciertas sensaciones propias de la “recherche”, aunque permanezcan apenas, nocionalmente, en la superficie de la memoria: pensar por ejemplo en las *Fábulas* de Fedro, ilustradas y anotadas sobre la lisa página de la edición escolar, helada, inadmisiblemente y, estaríamos de pronto tentados de decir, metafísica. Bestias que hablaban con tanta esencialidad en sus gestos, dibujos animados aun antes de que las letras impresas nos digan algo de ellos, se encendían en nuestra imaginación de niños no sin una cierta irritación, sin un cierto tedio, unidos sin embargo a una fascinación que otras lecturas tal vez más atractivas no poseían. Ciertamente, las anotaciones que condenaban como antiestéticas las cláusulas morales (la fábula enseña...) escapaban completamente al estudiante, quien se las arreglaba lo más bien por sí solo para acallar aquellas cláusulas, capaz, como era, de asumir con la máxima naturalidad los animales filosofantes y sentenciosos en el cielo de la fantasía: en un aire enrarecido ya de miniatura, ya de grabado, ya de alfarería. Incluso en este sentido el joven logra anticipar los descubrimientos del adulto. La purificación estética se halla en él en acto. Esa es la razón por la que, luego, en la memoria, permanecen esas sensaciones comunes, aquellas proyecciones, en nuestro caso, de la fábula moralizante en un concreto plano de fantasía. Los hombres-bestias eran

absorbidos en su halo, solos, hendidos en el blanco y negro de sus ambientes surreales; y el paisaje, detrás de ellos, indicado con una esencialidad que sumergía todo en una perspectiva profunda no menos verdadera a pesar de mostrarse completamente desnuda. Por supuesto, todo esto se hizo evidente más adelante con la ayuda de la cultura, delante incluso del *Esopo moderno* de Pancrazi (que aislaba de la antigua fábula, con tanto ingenio y castidad de lengua, el núcleo más puro); o con Trilussa (quien quitando a la fábula mucho de su tono amonestante y perentorio, y añadiéndole el espumar propio del dialecto romano en boca de animales bienpensantes y un poco escépticos, diole un empujón hacia la pura “fabulosidad”). Y, habiendo citado a Trilussa, no olvidaremos las fábulas “inútiles” de otro romano, Dell’Arco, quien, casi conduciendo a término el proceso de poetización, completado luego inconscientemente por el estudiante y deliberadamente por el crítico, ha hecho hablar a animales y cosas sin otro contenido, satírico o moralizante, que no fuese el fantasma, el recuerdo estético de sí mismo: “La luna sale de lo oscuro / Llevando una lámpara de acetileno: desciende del muro / Mira en derredor / Y sin alzar rumores / Escribe con tiza: ‘Abajo Capricornio’ / ‘Viva la Osa Mayor’”.

He allí el cuento fabuloso por sí mismo, sin ningún moralismo voladizo, el sabor de la sátira pura, en su propia aura poética, metafísica. Sciascia sigue también el mismo camino: tras depurar su contenido hace de las fábulas un exquisito pretexto de fantasía. La dictadura y el servilismo —dos términos complementarios contra los cuales, con valor retroactivo, y tras haberlos aislado y a la vez destacado del resto de los otros sentimientos humanos, hunde sus tablillas— quedan retumbando al dar vuelta la página, como si fuesen irreales, juego y ejercicio de un refinado evocador. Evocador no solo de un tiempo que parecería haber concluido, sino de un mundo de figuraciones y de personajes ya fijos en el recuerdo con una luminosidad y una sequedad encantadoramente estereotipadas, y en los cuales las personas y los acontecimientos de aquel tiempo, por lo demás todavía próximo,

1. [N. del T.] Agradecemos a Antonio Natolo, generoso conocedor del fascismo y de la lengua italiana, su lectura del presente texto y sus valiosos aportes en torno a la traducción.

2. *Ginnasio* es el nombre que recibía en Italia un tipo de escuela secundaria, de carácter más bien riguroso concentrada en el estudio de las lenguas clásicas, las literaturas europeas y las ciencias.



vienen a cerrarse y a esculpirse. He aquí por qué, y hay que decirlo pronto, de este pequeño libro no puede señalarse que se deba a cierta cordura, o de un modo semejante, a una vena satírica del “después”; por el contrario es justamente actual por su venir “después”, por su mirar las cosas cercanas con prismáticos al revés, miniaturizándolas al punto de insuflarles una eternidad que, por su inmadurez, no habrían podido alcanzar de otro modo. Hace apenas diez años estas fabulillas habrían servido únicamente para mandar a su autor a la cárcel. ¿Cuántos italianos habrían sido capaces de entenderlas? Ahora, con un fondo de amargura totalmente previsible, Sciascia condena, en el recuerdo, aquellos tiempos de abyección, y ello con un gusto por la forma cerrada, fija, casi hermética, en suma: en aquel tiempo era propiamente uno de los raros modos de resistencia

pasiva. Y, aquí, repetimos el interés inmediato de este pequeño volumen —si es que fuese necesario otorgarle uno—, aunque aquello que cuenta realmente es su valor poético. Muchas de estas fábulas poseen la clausura de las líricas breves, y remiten a las típicas pinturas de género alejandrino, a la mayólica oriental o a la lírica popular (e incluso propiamente siciliana), al menos para dar al lector una idea de su lenguaje. Y aun literariamente, podríamos ubicarlo entre dos de sus coterráneos: la palabra firme, reflejo de la griega, de Quasimodo, y la discursividad amarga y punzante de Brancati. De modo que más de un lector sensible se ocupará en reconocer en cierto “hombre cerrado y rígido en medio de tanto esplendor” a un Ciano o a un Starace, o en sospechar que el “mono” alude a sí mismo o a alguno de los muchos millones de italianos comunes: confiable garante

de nada vulgar actualidad es esta lengua tan firme y tersa. Y leemos con qué intensa conmoción sin hundimientos sentimentales Sciascia incide en la evocación fabulada del condenado político: “Dentro del armadijo, uno de esos armadijos parecidos a una jaula, el ratón estaba quieto, lleno de disgusto y de aburrimiento. El hombre entró en la cocina y se quedó mirándolo. Cuando encontró sus ojos, el ratón entendió que estaba escogiendo cómo darle muerte. ‘Pobrecito’, pensó, ‘está pensándolo más que yo que tengo que morir’”.

El elemento pesado, trágico de la dictadura posee gran protagonismo en estas páginas tan leves, aunque ha sido transpuesto en rapidísimos sintagmas, en humoradas

que, sobrevolando, alcanzan sin embargo a estremecernos (“Es maligna, la lagartija; su cola se agita para maldecirnos”, “Pero durante la noche el ruiseñor calló de susto”, “Miró mejor: era una cabeza colgada de un gancho, que parecía ofuscada por el sueño. ‘El resto del cuerpo’, le musitó la serpiente, ‘ha sido ya vendido’”). Pero incluso estos repentinos destellos, estas gotas de sangre seca, quedan absorbidos en el contexto de este lenguaje tan puro que el lector se pregunta si acaso su mismísimo contenido, la dictadura, no ha sido una fábula.

Traducción de Roberto Casazza.



Leonardo Sciascia (1921-1989)

Escritor siciliano. Tras dedicar parte de su juventud a la enseñanza, comenzó su carrera literaria en 1950 con la publicación del libro *Favole della dittatura* y dos tempranos poemarios. Sus primeras novelas se dedicaron a retratar y caracterizar la vida pueblerina de Sicilia; a partir de los años sesenta comienza una prolífica producción de novelas de misterio. Sciascia ha publicado también ensayos de análisis histórico, obras de teatro y cuentos. A partir de 1976 comienza una militancia política que lo acercó primero al Partido Comunista Italiano y más tarde al Partido Radicale, por el que fue electo diputado para el Parlamento Europeo en 1979.



Pier Paolo Pasolini (1922-1975)

Escritor, poeta y director de cine italiano. Artista versátil se destacó por su profusa producción y por su fuerte compromiso político. Fue echado tempranamente del Partido Comunista debido a su abierta homosexualidad, pero el pensamiento marxista influyó en gran parte de su obra. Como cineasta, formó parte del movimiento del neorrealismo italiano con films vanguardistas como *Accatone* (1961) y *Mamma Roma* (1962). Publicó una extensa bibliografía dramaturgica, poética, ensayística y narrativa, en la que pueden apreciarse las preocupaciones estéticas, filosóficas y políticas del autor. Fue asesinado en 1975 en circunstancias no aclaradas.

Cartas clandestinas

Fernando Reati

La vida en la cárcel propone pequeños y grandes actos cotidianos de resistencia. En julio de este año, Fernando Reati donó a la Biblioteca Nacional las cartas que él mismo y su hermano escribieron durante su detención en la Unidad Penitenciaria de San Martín, Córdoba, entre los años 1976 y 1978, mientras estaban totalmente incomunicados. En esta suerte de epistolario, escrito en letra diminuta y enviado clandestinamente a sus familiares mediante un sofisticado mecanismo ideado en conjunto con los presos comunes, los jóvenes relatan los sucesos de la vida carcelaria, las furtivas invenciones mediante las que conseguían alguna prerrogativa y, principalmente, los sueños de libertad y la añoranza de la cercanía familiar que les servían de sostén en las oscuras condiciones en las que se encontraban.

“Correspondencia Pirata de los chicos, desde las cárceles. Transcripción hecha con amor y dolor por su padre Eugenio Oscar en su exilio”. Con ese cartelito escrito por su madre en la tapa de una carpeta, Fernando Reati acaba de donar a la Biblioteca Nacional la correspondencia que logró sacar de manera clandestina de la cárcel de Córdoba. Se trata de un conjunto de diez cartas originales cuya transcripción mecanográfica, hecha por el señor Reati padre, abarca cuarenta y un hojas tamaño oficio.

Recién llegado de Atlanta, Estados Unidos, donde hoy es profesor de Letras, Reati relató las características de su prisión en el D2 de Córdoba, UP1, entre 1976 y 1978: “A partir del golpe, por orden del general Menéndez se clausuró todo tipo de comunicación de los presos políticos con el exterior. Pocos días después del golpe hubo una inmensa requisita y se llevaron todo en medio de golpes. Quedaron los compañeros con la ropa puesta y poco más. Ni siquiera se les dejó elementos para afeitarse. Cuando mi hermano y yo llegamos a la cárcel el 10 de setiembre de 1976 fue como entrar en otra dimensión: los presos con barbas de semanas, sucios, encerrados en las celdas las 24 horas, y sin ninguna información del exterior. Todo eso, en medio de palizas regulares, con ‘sacadas’ cada tanto de cuatro o cinco compañeros que eran luego asesinados en supuestos ‘intentos de fuga’. Hubo unos treinta fusilados en esos primeros meses del 76”.

Para sortear el aislamiento, los presos políticos establecieron contacto a través de lenguaje de

manos con los presos comunes que estaban en otros pabellones y tenían permiso de visitas y salidas al patio. Así nació lo que se llamó “palomeros”. Las “palomas” eran cuerdas que se hacían con hilos trenzados de toalla, a las que se les agregaba en la punta un gancho de alambre.

De noche, el palomero arrojaba al patio una cuerda con el gancho en la punta, y lo mismo hacía un preso común desde la ventana de su pabellón. Después de varias intentos, las dos palomas se enganchaban, y ambos tiraban de las cuerdas hasta que se tensaban y quedaba establecida una línea de pabellón a pabellón. Así enviaban paquetes con tabaco, papel, biromes, y por supuesto, cartas.

Las primeras cartas, escritas con una letra minúscula casi ilegible, fueron en papel higiénico. El preso común se lo daba a su mujer durante la visita, ella se introducía el paquete en la vagina y salía. Luego la entregaba al destinatario a cambio del pago del monto indicado en la misma carta.

La donación de Fernando Reati es el primer conjunto de correspondencia salida clandestinamente de las cárceles que recibe la Colección Cartas de la Dictadura. Son escritos personales en los que si bien se evitan juicios políticos que hubieran podido comprometer a los familiares, se manifiestan críticas al gobierno militar, al trato que los presos recibían en la cárcel, a sus vivencias en momentos del mundial de fútbol del 78 y sus festejos, entre otras experiencias.

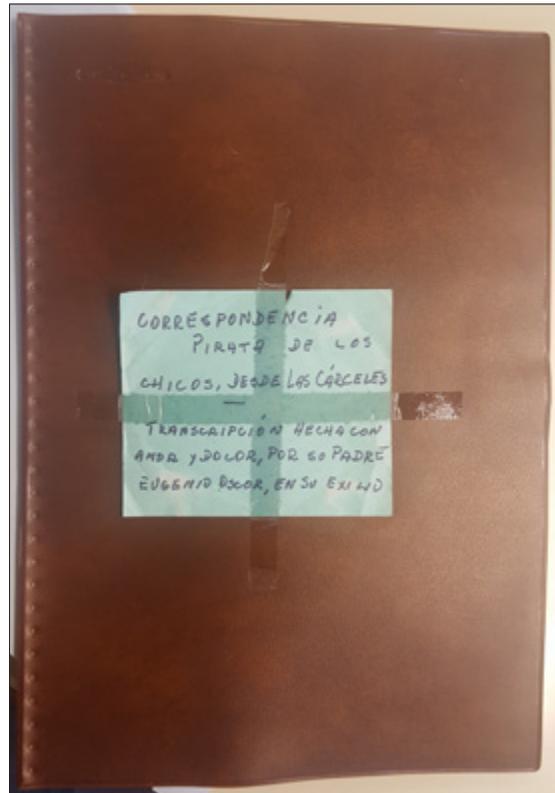
Laura Giussani Constenla

Copia de la carta del 27-4-78

Queridísima familia:

Hoy, 27/4, encaro la nada fácil tarea de escribir desde la "sórdida": y no difícil por lo desagradable, todo lo contrario, sino por la letra de hormiga y la posición incómoda en que lo hago, además de estar en constante tensión por si me encuentran en esta tarea. Esta vez va dirigido a todos juntos, ya que Gusta dijo que luego él la manda a Madrid; en todo caso, aclárenme si es más conveniente de la otra forma. Bien, para empezar con las buenas noticias, sepan que estamos enteritos todavía: no nos falta ningún brazo, a lo sumo una muela del juicio que me hice sacar hace tiempo. Han ocurrido muchas novedades que les voy a relatar luego. Antes, quiero aclarar el asunto de la frecuencia de mensajes, pues coincido con la idea de Gusta de que una vez por mes es suficiente. Si bien el margen de seguridad que hay es bastante grande, no me gusta saber que ustedes corren un riesgo, ya que bastante desgracia es tener dos hijos acá y los padres por allá, como para arriesgar a más problemas. Si por mí fuera, yo escribiría todos los días, pero no es esa la situación real. Entonces, dejo aclarado que no acuerdo con la propuesta de Lolo de los quince días, y me inclino a seguir como hasta ahora. Queda a decisión de ustedes, por lo tanto resuélvanlo en la respuesta. El tema que sigue es un buen reto a Gustavo, que siempre nos deja con las ganas de tener más noticias, con el asunto de que el correo lo apura. Hay que pedirle que dé tiempo, aunque a nosotros nos llegue más tarde. En una hoja de avión grande, y con letra chica, puede entrar mucho. Se me ocurre que un método sería tener escrito medio mensaje, y cuando llega el nuestro, escribir la otra mitad respondiendo a nuestras preguntas, o ampliando sobre aquellas cosas que siempre nos interesan. Vamos a ver si Gustavo recepta la crítica, y si no, no sabe la que le espera cuando yo salga. Gusta: te agradezco que te ocupes del asunto EE. UU. Y Susana. Ambos mensajes, textuales, son muy importantes para mí, porque es una forma de tener contacto con dos etapas de mi vida que no puedo olvidar, pues han sido las

mejores. Aquí, esas cosas pueden adquirir un gran valor; por eso, te pido me avises tan pronto lo hagas. Igualmente nos quedó la duda sobre si habrías llevado esas líneas que iban para Graciela de parte de un ex compañero suyo que no tiene familia en Córdoba. Él no puede sacar mensaje, y por eso le significó un gran gusto poder escribirle a ella. Creo que no les molesta que lo haga hoy nuevamente, así que le vamos a dejar un pedazo. Recibimos el toallón y zapatillas, que nos hacían mucha falta. Muchas gracias. Pero, lamentablemente para ustedes, acá va el nuevo mangazo, que consiste en azúcar y vitaminas pedidas por receta médica, junto a una vacuna que el médico aconsejó a Lolo por unos granos



Colección Cartas de la Dictadura, Departamento de Archivos, Biblioteca Nacional.

forunculares en las nalgas. Ya antes les comenté que la comida había desmejorado mucho, de allí la necesidad de vitaminas para reforzar. Para poder mantener mi ritmo de gimnasia diaria no alcanzan estos guisos hervidos y grasosos, que empachan pero no alimentan. Sigo haciendo una hora y pico por día, pero he cambiado de horario,

y ahora es matutino. Eso es a las 8.00, aprovechando que a las 10.00 aproximadamente abren para el baño. La ducha es polar, con un ventarrón pampeano que entra por la ventana, pero me siento muy bien después de la gimnasia y el baño, abrigándome y comiendo un pan recién llegado, a veces caliente. El ejercicio significa mucho para nosotros: no solo el mantenimiento de un buen estado físico, sino el alivio de las tensiones, descarga de broncas, y dos horas de tener la mente en blanco. Aquí me he hecho un fanático de la gimnasia, por haber descubierto todos los beneficios que da. A los ya enunciados agrego la educación de la voluntad, pues hay que hacer un considerable esfuerzo para salir de la cama calentita, para ponerse a trotar y agitarse, con la perspectiva de una ducha helada. El que se ha venido abajo es Euge, que hace quince días abandonó por el cambio de horario y una serie de novedades ocurridas. Respecto al azúcar, hay también algo que contar. No la usamos para endulzar mate o leche —para lo cual seguimos con sacarinas— sino que hemos inventado un pequeño mechero con el cual hacemos caramelo. Con la grasa de la comida se separa el sebo, y se lo pone en una latita que tiene una mecha de algodón retorcido. Eso da una pequeña llamita, suficiente para calentar una cucharada de azúcar por vez, equivalente a un caramelo. Comiendo dos de esos por noche, cada uno, cubrimos una pequeña cuota diaria de azúcar, a la vez que sentimos el gusto de algo dulce en la boca, único postre de que disponemos. Miento, no es el único: hay que agregar media naranja por semana por cabeza, y un huevo cada cuatro personas por semana, que con azúcar se convierte en exquisito elixir y néctar de los dioses. La escasez y la miseria hacen más apetecibles los manjares, y el momento de ingerir el postre huevo-azúcar, se convierte en un rito donde, con sagrada unción, cada comensal adora y reverencia las dos cucharadas y media que le tocan. Cuando salga, pienso vivir la primera semana a fruta, la segunda a pollo, milanesa y empanadas, la tercera a ensaladas de rabanitos, pepino y tomate, y la cuarta a queso, dulce, zapallitos en almíbar y salchichitas. Durante los primeros

cinco años no voy a probar ni las papas, ni los fideos ni las zanahorias. Y no voy a montar un caballo, porque me va a recordar las veces que comí carne de ese noble animal. Volvamos a la tierra. Grandes sucesos han marcado, aquí, el comienzo de una situación algo diferente a la anterior. Todo se resume en dos palabras: Cruz Roja. Todo comenzó con grandes cambios en el pabellón, como el apuro por instalar luces en las celdillas, la provisión de elementos de limpieza, escobas, secadores, etc., el traslado de treinta compañeros a otro pabellón. Lo más increíble fue el proveernos de escalera, tijera para metal y barreta, con la orden de cortar la parte superior de las chapas que cubren las ventanas. No se imaginan con qué placer las destrozamos, excediéndonos ampliamente en el corte permitido. Con eso, las celdas se llenaron de luz y aire, como nunca tuvimos antes. Se puede decir que el cielo nos inundó con su presencia dentro de nuestras cuevas. No entendíamos el porqué de tantos cambios favorables, hasta que al día siguiente nos hicieron afeitarse, limpiar, vestir bien y cortar el pelo. Al rato, entró un numeroso grupo de autoridades, y tres individuos amables, con grandes insignias en el pecho: Croix Rouge International. ¡Allí estaba la pata de la sota! Por eso tanto esmero en ponernos presentables. Los de la Cruz nos encontraron de a cuatro por celda (había treinta en otro pabellón), en vez de ocho; con ventanas semiabiertas; con luz y cuchetas. De todos modos, se vio en sus rostros la impresión de entrar a este lugar, que para el no acostumbrado parece tétrico. A la tarde empezaron a hacer entrevistas personales, uno por uno, lo que demandó, entre hombres y mujeres, casi una semana de trabajo. Nosotros les explicamos cuáles son nuestros problemas, centralmente el de la comunicación y la necesidad de una cantina. Prometieron interceder en ambas cosas ante las autoridades militares, intentando que nos den, al menos, dos cartas mensuales. Se interesaron en los problemas personales, especialmente todo lo referido a ayuda económica a familiares y facilidades para recibir gente en Europa. También, como es lógico, los problemas de salud, para lo cual

trajeron un médico, suizo como los otros, que atendió muy amablemente a todos. Se nos hizo un examen y ficha médica, y se nos vacunó contra la tuberculosis. Ellos prometieron que vendrían cada dos meses, para garantizar que las mejoras se sigan manteniendo. Nuestras condiciones de vida son cualitativamente mejores, si bien no tanto como es necesario. En vez de ser ocho por celda, hay ahora cuatro, con el resultado de una mayor tranquilidad, espacio, limpieza y

menos peleas, tensiones, etc. Se traduce también en menos aglomeración en el baño y las piletas, más lugar para caminar por el pabellón, menos ruido de noche, y mayor facilidad para solucionar problemas internos. Hay que vivirlo para saber lo que es la convivencia con siete tipos, en un espacio de 5 por 5 metros, cada uno con sus preocupaciones, sus emboles, sus horarios que no siempre coinciden con los de los otros, etc. Se llega a un equilibrio basado en

1

Copia de carta del 27-4-78

Queridísima familia:

Hoy, 27/4, encaro la nada fácil tarea de escribir desde la "sórdida": y no difícil por lo desagradable, todo lo contrario, sino por la letra de hormiga y la posición incómoda en que lo hago, además de estar en constante tensión por si me encuentran en esta tarea. Esta vez va dirigido a todos juntos, ya que Gusta dijo que luego él la manda a Madrid; en todo caso, aclárenme si es más conveniente de la otra forma.- Bien, para empezar con las buenas noticias, sepan que estamos en termitos todavía: no nos falta ningún brezo, a lo sumo una muela del juicio que me hice sacar hace tiempo. Han ocurrido muchas novedades que les voy a relatar luego. Antes, quiero aclarar el asunto de la frecuencia de mensajes, pues coincido con la idea de Gusta de que una vez por mes es suficiente. Si bien el margen de seguridad que hay es bastante grande, no me gusta saber que ustedes corren un riesgo, ya que bastante desgracia es tener dos hijos acá y los padres por allá, como para arriesgar a más problemas. Si por mí fuera, yo escribiría todos los días, pero no es esa la situación real. Entonces, dejo aclarado que no acuerdo con la propuesta de Lolo de los 15 días, y me inclino a seguir como hasta ahora. Queda a decisión de ustedes, por lo tanto resuélvanlo en la respuesta.- El tema que sigue es un buen reto a Gustavo, que siempre nos deja con las ganas de tener más noticias, con el asunto de que el correo lo apura. Hay que pedirle que dé tiempo, aunque a nosotros nos llegue más tarde. En una hoja de avión grande, y con letra chica, puede entrar mucho. Se me ocurre que un método sería tener escrito medio mensaje, y cuando llega el nuestro, escribir la otra mitad respondiendo a nuestras preguntas, o ampliando sobre aquellas cosas que siempre nos interesan. Vamos a ver si Gustavo acepta la crítica, y sino, no sabe la que le espera cuando yo salga. Gusta: te agradezco que te ocupes del asunto EEUU y Susana. Ambos mensajes, textuales, son muy importantes para mí, porque es una forma de tener contacto con dos etapas de mi vida que no puedo olvidar, pues han sido las mejores. Aquí, esas cosas pueden adquirir un gran valor; por eso, te pido me avises ^{tan pronto} ~~tan pronto~~ lo hagas. Igualmente nos quedó la duda sobre si habrías llevado esas líneas que iban para Graciela de parte de un ex-compañero cuyo que no tiene familia en Córdoba. Él no puede sacar mensaje, y por eso le significó un gran gusto poder escribirle a ella. Creo que no les molesta que lo haga hoy nuevamente, así que le vamos a dejar un pedazo. Recibimos el toallón y zapatillas, que nos hacían mucha falta. Muchas gracias. Pero, lamentablemente para ustedes, acá va el nuevo menzejo, que consiste en azúcar y vitaminas pedidas por receta médica, junto a una vacuna que el médico aconsejó a Lolo por unos granos forunculares en las nalgas. Ya antes les comenté que la comida había desmejorado mucho, de allí la necesidad de vitaminas para reforzar. Para poder mantener mi ritmo de gimnasia diaria no alcanzan estos guisos hervidos y grasosos, que empachan pero no alimentan. Sigo haciendo una hora y pico por día, pero he cambiado de horario, y ahora es matutino. Eso es a las 8.00, aprovechando que a las 10.00 aproximadamente abren para el baño.

el máximo esfuerzo individual por comprender al resto, y en el sacrificio de cosas personales en aras del interés del conjunto. Quizás uno tiene ganas de dormir, pero otro ya lo hizo y tiene ganas de raspar un hueso para una artesanía. O hay una discusión sobre si el tacho de las necesidades debe ubicarse en la puerta o en la ventana, con varios minutos de intercambio de teorías sobre la dirección de los vientos y el consiguiente rumbo que sigue el olor. Por todo esto es que vivir ahora cuatro personas es un alivio. Ya saben que cada celda se compone de cuatro celdillas de 2 por 2,5, por lo tanto ahora tenemos una pieza para nosotros solos, que es nuestro bulín. Yo tengo la cucheta y una mesita de cemento, sobre la que dejo mi taza, mi lata de talco, las gotas de la nariz, y algunas otras macanitas, que no son muchas. En un par de bolsos de tela, hechos por mí, guardo la ropa. Esos bolsos, junto a otro para el pan y un cuarto para zapatos y ojotas, cuelgan de clavos. Hay una cuerquita a un costado, para colgar la ropa en uso, toalla y ropa de gimnasia, y otra cuerquita sobre la cama para repasador, pañuelo, etc. Y por último, una bolsita con bolsillos, que contiene cepillo, peine, elementos de afeitar, etc. A mis pies, un pedazo de colcha es mi alfombrita, y un tarro de aceite que hace de mesita para comer y cajón de trapos viejos. Esas son todas mis pertenencias que me acompañan cuantas veces cambio de celda. Mi equipo es réplica fiel del que tiene todo el mundo, pero para uno son su casita, su equipaje. Realmente se nota la diferencia entre estar solo y estar dos en estas piezas. Para mí, la intimidad es fundamental, y eso lo noté mucho cuando estuvimos cuarenta días en otro pabellón, por sus celdas grandes, sin compartimientos. Todo esto que les cuento es porque siempre me pregunto cómo se imaginan ustedes nuestra vida, hasta qué punto pueden nuestras pocas palabras reflejar esta realidad. ¡Quién fuera un Victor Hugo, para mostrar este mundo en toda su riqueza y complejidad! Dicen que el que retrata a un pueblo retrata a toda la humanidad. Yo agrego que quien retrata una cárcel, retrata la psicología humana en sus más abyectas dimensiones. Antes que me olvide, y pasando a otra cosa.

Papi: el actual jefe de seguridad interna, que es un alto cargo y directamente responsable de nosotros, es hermano de un conocido tuyo, el abogado Ernesto Carranza. El mensaje de Gusta llegó sin problemas, pero parte del dinero se lo quedó el preso, así que soy de la opinión de que esta vez no manden plata, es mucha tentación para ellos, y es una pena que se pierda, cuando más útil es en la compra de azúcar, leche, etc. Imagino lo difícil que debe ser estar afuera y que la plata no vale ya nada. A vos, Gustavo, tengo que felicitarte sinceramente por tus logros del campo científico; es fabuloso que ya hayas logrado tu primera publicación, y tu trabajo sobre horas y ciclos y todo eso que por supuesto no entiendo, pero cuya importancia no dudo. Te aclaro que aquí también hay amplios estudios sobre palomas (ese es el nombre de la cuerda, casi siempre de nylon, que se usa para llevar cosas de un lugar a otro por el aire o por el suelo). Gustó mucho el relato del viaje, y esperamos la continuación; no imaginábamos que el departamento fuera tan grande, pero sí suponíamos que las artesanías ocuparían un lugar de privilegio, modestia aparte. ¿No tienen alguna foto de todos ustedes adentro del departamento? Soy bastante despelotado para escribir, ¿verdad? Ahora, y especialmente para el papi y la mami (ella es lingüista y él, que siempre nos derivaba al diccionario etimológico) les envío algunas de las palabras que componen el lenguaje nuestro, y de todas las cárceles, y que vienen en el diccionario Cárcel-Calle, Calle-Cárcel: COBANI: guardacárcel (viene de “abanico” al revés, por el movimiento de cabeza para mirar a todos lados); CAJETEAR: pensar con nostalgia en mujeres y la calle (viene de la palabra obvia); CAJETEO LUNGO: gran nostalgia; MULA: diario; BOBO: corazón, reloj; BRILLO: azúcar; CORTE: cuchillo; ENMOTARSE, AGARRAR O SUBIRSE A LA MOTO: enojarse, indignarse; GRILLO: pantalón; CHICHARRA O CANTORA: radio; CANUTO: escondite; MARROCO: pan; BIORSI: baño; ESTAR DE BIGOTE: estar muy bien (cuando va a salir en libertad, al preso se le permite un mes antes usar bigote; por eso es expresión de estar en óptima situación); CHANCHO: celda de castigo; ESTAR

...gracias; Me puse uno inmediatamente lucíendolo
 ...ta, q' me hicieron. Las etiquetas, donde dice Made in
 ...os marcos de nuestras puertas. Con el permiso de Vds
 ...olo, para q' él también disfrute de llevar consigo al
 ...ido x manos muy especiales. Tratando de organizarme
 ...traer un nuevo compañero a la celda y siendo 8 de n
 ...p' el recién llegao-quiero relatarles cómo y cuando re
 ...aron aquí el jueves, pero el muy maldito del Loño las
 ...ron a conocer el día del cumple, sábado, como regalito
 ...las
 ...erzo
 ...o pa
 ...eces
 ...fras
 ...ás d
 ...dela
 ...los
 ...tari
 ...de
 ...que
 ...aen
 ...te l
 ...onse
 ...con
 ...es r
 ...uier
 ...e. Po
 ...tro
 ...sotro
 ...salir
 ...s ha
 ...a Dos
 ...andes
 ...logre
 ...tros
 ...o a c
 ...tán f
 ...oso c
 ...teres
 ...eas, h
 ...los
 ...lad y
 ...o nac

...n. Keston
 Facultad. A
 ...yo (biblio
 ...bligué en
 ...sultado en
 ...con el popo
 ...te me p
 ...peticion de
 ...cos q' me
 ...B cables, q'
 ...dome ho
 ...T todo ho
 ...go me mon
 ...je osten U
 ...de los
 ...reclamo de
 ...Alcogar de
 ...chale, sup
 ...a de
 ...refusado. T
 ...un buen su
 ...dame dare
 ...de, siem
 ...irrevocable
 ...la balle
 ...cuando sobre
 ...trando. So
 ...Con de
 ...de trator
 ...er, me he
 ...peticion.
 ...no de educ
 ...la me
 ...de. A lo
 ...ante q' el
 ...na. (A sol
 ...de mi edad
 ...ta q' con
 ...con el p
 ...lado a un
 ...fuerza de
 ...me p
 ...sobre m
 ...en los pap
 ...bolos q' s
 ...mismo mi
 ...terrible, no
 ...cuanto de
 ...no me
 ...do de deca
 ...a. **GUSTAVO ERPEN-**
TARLO
PAQUESE (CINCE MIL)
2000
ESOS)
JAN 19 1917

...veces lo había hecho, pero con ella a su lado, me
 ...como, riendo y desquitando sobre todo. A veces
 ...comino lleno de auto, cuyo ruido apenas p
 ...tranquilidad. Sin viento en la tarde, el sol
 ...monos, la casa y la naca de los peces q'
 ...mente ella también había llegado antes de
 ...de fue curioso, y antes de llegar, ya el
 ...ción rebelde del pelo loco. Elle los hab
 ...de de impaciencia y nervio, tirando fuert
 ...do y no lo hiciera, para no dañar. Los
 ...siguro, se dedicaban por la noche a
 ...no a dar a la costumbre de alargarla, y
 ...brida. Ella trata el asunto pontalen de
 ...calida curvatura de los muslos, cuando
 ...sordo del hombre estaba su infatigable
 ...algo, le explicó q' la había llamado para
 ...como el último recuerdo. T ucion unos
 ...del bolsillo el papel doblado en cuatro,
 ...leas, al no poder evitar entorse fuert
 ...degraban y orientaban, porque no ha
 ...el postor, y recién lo levanto cuando
 ...encuentro frente a mi rostro resplandeciente,
 ...rosa hermosa, tan hermosa como un sol,
 ...momento ella lo dijo, y se encontró con
 ...brzo el mentón. Quiso hablar, y no se
 ...mirado, y un par de lágrimas intrínseca
 ...de q' le estrechaba. Pretendía sonreír,
 ...trajo a la boca, a los muslos, a la cara
 ...de vientos, repitiendo un rito milenario.
 ...donde las ideas ya estaban por
 ...de ha quedado con el papel en la mano,
 ...tan pasado dos años, y muchos acontecimientos.
 ...hoy q' llega la elección de puestos distintos
 ...porca quizo, con sorprendente dramatica
 ...cuentos por el puente de una perra. Pero
 ...dos con la parcial objetividad del tiempo
 ...o a un borracho puede perseguirlos, son
 ...todo un borracho puede escribirlos. En
 ...sople la hoja, como homenaje a un
 ...memoria solo, sin pruebas. Va a tirarla
 ...prende con insistente serie meq' dest
 ...sodillo, y ella rió y caceros de bromas,
 ...recuerdo! Toma los posiferos de la
 ...niendo entre las puntas de los dedos
 ...minúscula puntilla blanca, mientras
 ...una nieve muerta. =
 ...termino. P' lo fin, no se cuantos
 ...lumbre y la vista esforzada. Los
 ...anday unidos. Una persona me
 ...de un borracho puede escribirlos. En un impulso, el muchacho de
 ...sople la hoja, como homenaje a un recuerdo q' merece el brom
 ...memoria solo, sin pruebas. Va a tirarla al tachos de bromas, en la
 ...prende con insistente serie meq' dest de bromas, y ella rió y caceros
 ...sodillo, y ella rió y caceros de bromas, y no se le puede hacer
 ...recuerdo! Toma los posiferos de la repasa, y él mismo le prende
 ...niendo entre las puntas de los dedos hasta q' apenas queda entre
 ...minúscula puntilla blanca, mientras los cigarrillos se van apaga
 ...una nieve muerta. =
 ...termino. P' lo fin, no se cuantos años llevo pasando esto, con la
 ...lumbre y la vista esforzada. Los copiosos que me dicen que me
 ...anday unidos. Una persona me dice: son muy parientes. **GUSTAVO ERPEN-**
TARLO
PAQUESE (CINCE MIL)
2000
ESOS)
JAN 19 1917

...sino p' destacarse. Un compañero nos dijo, después de leer
 ...o de dónde salieron vds. así, de tal palo, tal astilla" Por
 ...madera de calidad. Tengo aquí las cartas, y voy a contest
 ...piezo con las damas, como corresponde a la caballerosid
 ...soy todavía un chaval, soy aún un pibe, un guaso, un varón
 ...cho, con lo q' escribís. Te pregunto: x qué mec

EN LA MÁQUINA: advertencia de que está en observación por mala conducta (por ejemplo: “tené cuidado que te tengo en la máquina”). Este pequeño Larousse va a modo de curiosidad, pero es muy incompleto. Al de la cárcel se agrega el famoso lenguaje de las manos, que permite hablar a gran distancia, como los sordomudos. Se llega a aprenderlo tan bien, que a veces uno inconscientemente mezcla ambos lenguajes, oral y manual. Ahora, querida familia, voy a dormir, después de varias horas escribiendo, por las continuas interrupciones, y mañana sigo. Hasta más luego y buenas noches, voy a pensar en ustedes.

Buen día!! Afuera llueve, y me quedo sin dormir siesta para seguir la carta. No lo hice por la mañana pues hice la gimnasia y luego tuvimos pasillo hasta el almuerzo. Estoy alegre por la noticia de que quinientas mil personas asistieron al entierro de Largo Caballero. Debe ser muy emocionante ver todo eso en el teatro de los hechos, ¿verdad? Dentro de nuestras posibilidades, seguimos con atención lo de España, que espero sea pronto nuestra patria. Sabemos que el Parlamento Europeo recomendó a sus miembros que reciban disidentes de estos pagos, y ya se ofrecieron España y Alemania. Dentro de todo, el mundo no se olvida de nosotros. Los de la Cruz Roja nos contaban que ellos han estado en Vietnam y el Líbano, así que conocen bastante sobre el tema, pero así y todo dicen que esto de la incomunicación por dos años es un caso único en el mundo. Les explicamos todas las consecuencias que trae, no solo de tipo físico y psíquico, sino intelectual también. Cuando pienso todo lo que hubiera leído, estando en otra cárcel, en todos estos meses, me dan ganas de arrancarme los pelos. Son casi dos años perdidos irrecuperablemente, en el aspecto intelectual. Me va a costar bastante ponerme al día en muchas cosas. Para colmo, aquí he tenido que asumir la idea de Sócrates, cuando dijo “sólo sé que nada sé”, pues verdaderamente me falta mucho para tener una cultura medianamente sólida. De eso me doy cuenta en cualquier charla de arte, literatura, historia, etc., en que me manejo con los clásicos conocimientos

básicos que nos da el barniz educativo de la educación humanista. Tengo que ir asumiendo esta, mi pobreza intelectual, para poder desembarazarme de la pedantería y de la autosuficiencia, que se me van al carajo cuando hablo con alguien que realmente sepa. De mi cortedad, tengo que culpar en primer término a la lectura despolitada y anárquica que siempre he hecho, y que se manifiesta en un embrollo de recuerdos de todo lo leído. He recorrido decenas de novelas de todo tipo, pero no soy capaz de marcar una diferencia entre la novela americana y la española, por ejemplo. He leído cantidades de cuentos cortos, pero no puedo analizar las características de estilo de un Borges y un Cortázar. Y así por el estilo. Por eso lamento tanto estar en esta cárcel desgraciada, porque en otra me hubiera dedicado tres meses a un tema, tres meses a otro, y así sucesivamente. Entonces, me espera un trabajo de lectura bárbaro para cuando salga, pero a eso le deberé sumar el tiempo de trabajar, de viajar, de estudiar, etc., y así, necesitaré de un día de treinta y seis horas, por lo menos. Qué contradicción estar tanto tiempo sin hacer nada, y luego pasar a la vorágine de las ocupaciones minuto a minuto. Otro tema que me amarga es el de no haber nunca ejercitado el arte de escribir, que tanto me gusta ahora. Un buen estilo se adquiere con años de práctica, años que yo he aprovechado en otras cosas, y ahora me va a costar mucho recuperarlos. No puedo menos que recordar aquellas composiciones sobre Sarmiento, inicio quizá de una vertiente a la que no di continuidad. ¿Te acordás, mami, de que me eligieron para representar al colegio? ¡Cómo no te vas a acordar si me hacías repetir la vida del Ilustre Pelado mientras vos te pintabas en el baño! Hablando de recuerdos, he descubierto que uno, aquí, recuerda aquellas cosas que empalman con el proyecto de vida que se tiene para la libertad; en cambio, olvida las que no van a tener una prolongación en el futuro (o, al menos, no las recuerda tanto). Pero estas ya son disquisiciones teóricas muy personales, que quizás a ustedes no les interesan. Como ya dije en otra ocasión, muchas veces estas cartas se

convierten en una exteriorización de mi monólogo interior, porque escribir me ayuda a clarificar mis propias ideas. Por eso pido disculpas si me pongo plomazo y digo cosas no muy comprensibles. Siguiendo con esta desbaratada avalancha de conceptos y macanas, les cuento que otro de mis descubrimientos en prisión es la hermosura y riqueza del idioma. Cuando una frase sale bien hecha, es como si se disolviera dulcemente en la boca, antes de convertirse en palabras sonoras, a la manera de un bocado de merengue. Ya les dije que pienso estudiar inglés, y tal vez francés, a la par de meterme profundamente en los meandros del castellano. Al menos eso es por ahora, y veremos si sigo con el mismo proyecto más adelante. Total, para soñar sobra el tiempo. ¡Son tantos los sueños que se tienen aquí! Con los mundos que creamos en la fantasía, podríamos llenar no uno sino diez universos. Recién, hablando con un compañero, veíamos que todos nosotros tenemos la característica, en los mensajes, de hablar sobre el pasado y el futuro, pocas veces del presente. ¡Es que nuestro presente está lastimosamente pobre! Para explicarme mejor, aclaro que no es pobre en experiencia ni aprendizaje, sino en anécdotas dignas de ser contadas. Un profe de filosofía decía que “un texto sin su contexto es un pretexto”, y eso se aplica aquí, porque los sucesos que vivimos no tienen mucho sentido fuera de este contexto. Es más, pienso que afuera no voy a hablar mucho de esta etapa, e incluso voy a tratar de que no se sepa mucho que estuve preso. No por vergüenza ni mucho menos, sino porque estas son cosas que no se comprenden si no se las vive. O quizás sí, pero después de una larga charla de diez horas. Me niego a contar historias para consumo de los morbosos. Muchas veces decimos, bromeando, que en Europa vamos a ir con todo el “cartel” (fama), a encandilar a las estudiantes de filosofía, que se apiadaren de nosotros cuando les hablemos de las “mazmorras del régimen”. ¡Mentira! La verdad es que no vamos a querer ni acordarnos de todo esto. Si alguien se interesa realmente por todo esto, accedo a hablar, pero si lo que quieren es un relato al estilo *Papillon*, o película catástrofe, se van a

quedar con las ganas. Es sintomático que los yankees que volvían de Vietnam no querían contar sobre aquello. Una cosa son las películas, y otra la cruda realidad. Bueno, soy un perfecto desorganizado para escribir, y salto de rama en rama, pero es como charlar con ustedes, y faltaría nada más que la mesa redonda con facturas y café con leche. Claro que ahora debe estar el detalle de la mermelada por todos lados, gracias a los buenos oficios de Gastón. Me dio gracia saber que aprendió a decir avión, eso solo lo hacen los bebés internacionales. La que debe estar loca es la tía Malena, y seguro que se aprovecha de que no está la competencia de los tíos Eugenio y Fernando. Gusta: te pido otro favor para un compañero, que por ahora no puede sacar mensaje, y es que hables al tel.:, de parte de, y digas: que se pongan en contacto con la Cruz Roja, y sigan hasta las últimas el trámite de opción; que si le gustó el cuentito a Martín (hijo de,), y que le vayan preparando alguna foto de la flaca y los chicos, si es posible, en movimiento. Ese teléfono es de la familia de él. Comprenderás la importancia de la solidaridad entre nosotros. Aquí se comparte casi todo lo que entra, desde ropa hasta remedios, que es la única manera de hacerle frente a la escasez. Recordá, Gusta, de que el precio de los mensajes sigue siendo \$4000, y de no mandar, esta vez, nada, por algunos problemas que hubo con el preso. Feliciten a la tía por el desfile donde participó Irma Rosa, que dicen que es de las mejores de Córdoba. Y manden mis cariños a todos, familiares y amigos. Nunca hago listas, por no olvidarme de ninguno, y porque realmente los tengo a todos muy presentes, en las charlas y en los pensamientos. Los tíos Mauri y Rebe, Pocho y Lidia y los chicos, las tías Velia y Nélide, los tíos Albertos (ambos), Santiago, Graciela y el gordo, tía Rosita, Tía Susana, Magda, los Quiroga, mis amigos Bruja, Cheli,, Ricardo, lo del, y tanta gente más, que tengo aflorando en la lengua, y se me haría interminable nombrar, sin pensar en toda la gente de Buenos Aires, con quienes viví varios meses. Sigo cambiando biromes, porque ninguna me anda bien, y me restan espacio. He estado haciendo caramelos

...insignificancia. según sea de los diremos en
 detalle púes son.

El 20 cumplió años Enge, y se le
 hizo una fiesta en el pabellón por ser el más
 chico. Lo aprecian mucho, tal es así q' hicier-
 on regalos con nada, en base a ingenio. Le
 regalamos una libreta de enroscamiento en yoda,
 q' trataremos de salvar.

No podemos prolongar esto. Nuevamente,
 tengan confianza, y valor; nosotros estamos
 muy bien, para las condiciones en q' nos tienen.
 Con lógicos períodos de desaliento, de los cuales
 no se va a salir. del ... 13

Entregar al portador - \$ 1.500⁰⁰
 (UN MIL QUINIENTOS LEX 18.183)

ESCRIBANO DRALLNY - LIMA 266
 T.E. 49351

querida familia. Estamos muy bien, mejor q'
 la vez anterior; ya les decimos porque. Pero,
 primero, traten de mandar con el portador,
 q' es de confianza, una respuesta escrita sobre
 lo siguiente: si estamos con causa, militar o
 federal, si nos van a trasladar, si nos llevan
 a juicio pronto, etc. También sobre el pape y
 la mani. y es q' de todos ustedes. De cual-
 quier modo, y por si no pueden mandar algo
 escrito, manden los siguientes recibos: si
 tenemos causa federal, dos Hojas Platinum Plus,
 si es causa militar, dos Legión Extrajera,
 si no tenemos causa, Gillette Colorado, y si no
 saben nada, dos Blue Blade. Nos llegó un

para una celda que hoy tiene una fiesta: primer hijo de uno de los muchachos. Pensar que hay compañeros que hace dos años no ven a sus hijos, porque no los han traído a la visita por la impresión que les podría causar. Nunca imaginé vivir semejante experiencia. ¿Sabían ustedes que en los meses duros del 76 se pensó en cazar ratones para comer? La cáscara de huevo se trituraba y se agregaba a la sopa, y la cáscara de naranja se comía también. La primera vez que comí naranja, me tocó en el reparto un gajo y medio. Ahora, en cambio, tengo mi media naranja, y no afectivamente hablando. Gusta, te pido nos confirmes del abogado, porque cada vez se ve más posible un juicio, y si fuera Federal creo que me abstendré de declarar. Pero, si tenemos abogado particular, primero exigiré hablar con él. En cuanto a lo de la opción, yo acepto plenamente el argumento que ustedes dan, y coincido en que conviene esperar mejores épocas. Lo de Chile es todo un aliento. De cualquier manera, si nos juzgan, seguro que alguna condena nos dan, y por lo tanto es lo mismo estar en cana condenado que sin condenar, así que bien podemos esperar más tiempo. Tengan en cuenta que entre pitos y flautas, ya faltan cuatro meses para el segundo aniversario, y personalmente me siento en perfectas condiciones de seguir aguantando. Anteayer leía que un hermano de Túpac Amaru estuvo treinta y nueve años en la gayola, y el año pasado Stroessner soltó a un tipo que llevaba veinte años: bien puedo yo pasarme unos cuantos. Siempre me acompaña el cariño de ustedes, y la fortaleza de todos los compañeros que sobrellevan esto. Nunca me aclararon si ustedes, chicos, están o no en contacto con la familia de Héctor, y con Sonia, la novia de Germán. Siempre me leen los mensajes que reciben, y yo hago lo mismo. Es una hermosa costumbre, que nos hace compartir la alegría de los otros, y sentirnos como en familia. Siempre decimos que somos los tres primos. Aclaración por las dudas: junto a esta, va una hoja grande con la carta de Euge. Ahora voy a dormir, porque, aunque tengo ganas de seguir, quiero dejar un pedazo para mañana sábado, que debo entregar la carta. Como ven, no es mucho lo

que escribo por día, pero me es un placer inmenso el hacerlo. Si hay muchas pavadas, perdonen a este pavo. Con el gusto del último caramelo en la boca, les deseo buenas noches y un beso. Chau.

Hola, gente, tengo que apurarme un poco, porque por varios motivos no pude escribir toda la mañana, y esto debe salir dentro de pocas horas. Ha llegado un diario, y entre noticia y noticia, voy a ir adelantando. Papi y mami, hay un compañero que tiene su familia en donde ustedes están, y por intermedio de ustedes quiere mandar saludos. Ellos están desde el 76 en las mismas condiciones que ustedes, y viven en Espíritu Santo nro. 7, 1ro. C, Madrid. El padre es el Ing. Roberto Schjaer (pronúnciese “ser”) y si algún día tienen oportunidad, díganles que Juan está muy bien, aquí con nosotros. No saben las ganas de estar comunicado, para que me contaran cosas de la vida allá. Me pregunto qué posibilidades habrá para mí, en cuanto a estudio y trabajo. Algo sobre una editorial habíamos escuchado, y ese debe ser un muy lindo lugar de trabajo. Algo que me gustaría es seguir con la pintura, ya que le había tomado la mano afuera. De lo que estoy seguro es de no seguir la carrera, porque si bien es muy interesante, no es a lo que me quiero dedicar. En realidad, estoy falto de vocación, pero eso es lógico después de todo lo pasado y los replanteos consiguientes. Por empezar, hay que ver cómo asumo esta experiencia, y hasta qué punto me van a rondar los fantasmas cuando salga. Sin ser exagerado, creo que algunas marcas psíquicas debe dejar (y si no, uno habría pasado por la cárcel como en un sueño). Volviendo a la vocación, creo que debo encaminarme hacia los idiomas, la literatura, los libros. Quizás hubiera debido estudiar bibliotecología. Los libros me producen un placer sensual, los veo como elementos con vida propia, independiente de su autor. No en vano me gustaba meterme a acomodar bibliotecas, como cuando iba al estudio, o cuando hicimos la mudanza. ¡Qué calidad que tenía para calzar una buena pila de diez, doce libros entre las manos! Quizás es como decía Ramiro, yo voy a terminar de anteojos, chillando ¡silencio! en una biblioteca. Los

libros son el sustrato final de la historia, al fin de cuentas; cuando los hombres desaparecen, van quedando sus obras. Acá he discutido con un ex director de cine, para quien la expresión visual es más completa que la escrita, más comunicativa, y allí estamos. No creo que un escritor piense lo mismo; ojalá podamos pronto charlar de este y otros temas, aunque más no sea en cartas. Magui: hoy he hablado poco con vos, pero eso es en parte culpa tuya por no habernos escrito. Con vos también tengo muchas ganas de conversar e ir recuperando este largo tiempo perdido. Te prometo que si retomo las artesanías, uno de los primeros va a ser para vos que siempre has estimado esas cosas. ¿Te gustó el bolsito con la mariposa? Me quedé bizco de tanto bordar. Cuidámelo al Gusta, que te aseguro es un buen muchacho, aunque se manosee la nuez y no sabe qué cara poner cuando se ruboriza. Manden un abrazo a Hugo y Alicia, y a la Pichu que te tiene que ayudar, Gustavo, con la carta a EE. UU. Papi y mami, sigan cumpliendo con sus trabajos y estudios, motivo de tanto orgullo para nosotros. Traten de viajar mucho y no descuiden la salud, aprovechen la gran fuente de cultura que es Europa, nuestra cuna inmemorial. Yo, mientras tanto, sigo reflexionando, tratando de que todas las desgracias ocurridas me sirvan de algo, y rogando que esta experiencia no me frustre el porvenir. Mi medida del tiempo va cambiando y los meses pasan cada vez más

rápido. Espero que esta carta les haya agradado. A mí me encantó hablarles, y seguiría por horas y horas. He pasado muchas horas por la dificultad para concentrarme, en medio del ruido de carros de comida, platos que se lavan y gente que grita de una celda a la otra. Pero han sido horas felices, en las que casi, casi, hemos estado en un mano a mano. Ahora, a esperar con ansiedad la respuesta. Cuando llegue, nos vamos a poner en círculo a leerla, para luego salir al pasillo a mostrársela a los amigos más íntimos. Hasta ese momento, seguiré acompañado de recuerdos y proyectos, viviendo cada hora tan intensamente como se pueda, intentando no ser de los peores del pabellón. Mañana soy fajinero, con la tarea de lavar platos, baldear, atender a los compañeros, y el lunes vuelvo a la rutina de la celda, para que siga girando la rueda del tiempo, que más nos va acercando a un futuro que, sin atreverme a predecir, sé que va a estar lleno de cosas buenas. Me sigo comiendo los dedos, y haciendo ruido con la garganta, y estoy más mal educado que antes, pero eso es inevitable en cualquier cárcel. Y ahora me pongo bastante triste de no poder seguir, y los imagino a ustedes leyendo todo esto. No nos dejemos vencer por la distancia, somos más fuertes que la contrariedad. Chau, muchos besos, querida gente, les mando un abrazo, que es la décima parte del que les voy a dar personalmente. Los quiero y recuerdo. PETI.

“O juremos con gloria vivir”. Formas de la desobediencia durante la dictadura cívico-militar

Federico Lorenz

Por debajo de las grandes narraciones y de los modos de aproximarnos al pasado, existe un conjunto de episodios que llegan hasta el gesto más ínfimo e individual y que pueden ser comprendidos y valorados como actos de resistencia si somos capaces de incluirlos dentro de una ética de la desobediencia. Relevar estos hechos, además de interesarnos por su dimensión histórica, nos permite comprender que la supervivencia colectiva depende de esa capacidad de resistir la arbitrariedad de los poderes y sus técnicas de la crueldad.

*Hay que aprender a resistir.
Ni a irse ni a quedarse,
a resistir.*
Juan Gelman,
“Mi Buenos Aires querido”

El hecho de que durante décadas la Historia fuera reducida a grandes personajes y batallas —lo que a la vez consolidó formas para comprender el pasado, matrices interpretativas para situar los comportamientos sociales— se extendió a otros procesos históricos. Es un modelo narrativo-interpretativo que no solamente instaló tópicos sino también, más ampliamente, una lógica binaria para pensar las acciones humanas en el pasado que tiñó la lectura de diferentes procesos. Vencedores y vencidos, explotadores y explotados, conquistadores y conquistados, opresores y resistentes fueron pares antagónicos que organizaron las interpretaciones de los especialistas pero también las genealogías de diferentes actores políticos. Dichas genealogías necesitaron —y necesitan, aun involuntariamente— de un grado importante de hipérbolo para mirar el pasado.

Esto no fue diferente en el caso de la última dictadura cívico-militar. Como ha sido hartamente estudiado, la sociedad argentina construyó un relato autoexculpatorio en el que la violencia fue un suceso transcurrido “por fuera” de las estructuras sociales. En la lógica binaria de la llamada “teoría de los dos demonios”, entonces, lo que sucedió

es que entre la toma del poder por parte de los militares, el 24 de marzo de 1976, y el 10 de diciembre de 1983 (asunción de Raúl Alfonsín), se había producido un mero reacomodamiento de aquello que era angélico o demoníaco, por lo que no es difícil imaginar los esfuerzos por ubicarse del lado correcto o, de ser difícil esto último, llamarse a silencio.

Esta introducción no busca minimizar las formas más visibles que en aquellos años de terror fueron desplegadas por algunos argentinos y que nos honran colectivamente *hoy*, pero que fueron esfuerzos muchas veces individuales y valientes en un comienzo. Notoriamente, las marchas de las Madres de Plaza de Mayo, la conformación de las organizaciones de derechos humanos y la creciente oposición obrera a la dictadura militar, que en condiciones de tremenda hostilidad lanzó una huelga general en abril de 1979 y convocó a una multitudinaria marcha el 30 de marzo de 1982 (e incluso en el caso del movimiento obrero esta reivindicación histórica es relativamente reciente). O el gesto individual, pero apoyado en una estructura colectiva, de Rodolfo Walsh, al publicar su célebre “Carta abierta”.

Pero el énfasis en estas acciones públicas, retrospectivamente, generó que otras tantas acciones de resistencia fueran menos conocidas o invisibilizadas, sencillamente porque en muchos casos ni siquiera fueron vividas como tales. Otras, directamente, aún no encuentran su lugar en la agenda

de los investigadores, como es el caso de la resistencia armada al gobierno militar, desplegada por las organizaciones armadas aun cuando estructuralmente ya estaban aniquiladas y desmembradas. El caso paradigmático es el de las “contraofensivas montoneras”.

¿Quién puede dudar, más allá de la valoración política que se haga de dichas campañas, que fueron vividas como acciones de resistencia por sus protagonistas? Con esto apuntamos que es también el contexto político el que permite calificar de un modo u otro los hechos del pasado, y que las elecciones acerca de los temas de investigación no son neutras.

Hoy sabemos más sobre las múltiples formas de escapar al confinamiento extremo que se buscó en las prisiones políticas: desde jugar al ajedrez por señas hasta los “caramelos” o las “bembas”, en las que iban y venían los mensajes. Con la publicación de *Poder y desaparición. Los campos de concentración en la Argentina*, la socióloga Pilar Calveiro no solo ofreció un marco interpretativo para comprender la experiencia concentracionaria en la clave del terror estatal, sino que permitió, de un modo audaz, entender la supervivencia a través de distintas formas de resistencia y no, como había predominado en los ochenta, en la clave de la sospecha sobre el sobreviviente a esa maquinaria totalitaria (sospecha estimulada tanto por los opresores como por el discurso político de algunas organizaciones). Listado provisorio de resistencias: escribir historietas, sacar de la ESMA a escondidas negativos fotográficos o recortes de periódico con fecha autografiados por una supuesta muerta en un enfrentamiento meses antes, regalarse

muñecos confeccionados con miga de pan, guardar un bocado para alguien más débil, atesorar en la memoria nombres y fechas para que en algún momento fueran castigados los culpables o al menos anoticiados los familiares sobre el destino final de sus seres queridos.

Estos gestos solo son reconocibles si hay un marco interpretativo que permite verlos como tales, puesto que se trata de un repertorio de acciones muchas veces desplegado en la vida cotidiana, no asociado a grandes hechos políticos y, por ende, poco explorado. [...] Las estrategias de los humildes, de los derrotados, de los sometidos frente a un poder que parece omnímodo y omnipresente.

Estos gestos solo son reconocibles si hay un marco interpretativo que permite verlos como tales, puesto que se trata de un repertorio de acciones muchas veces desplegado en la vida cotidiana, no asociado a grandes hechos políticos y, por ende, poco explorado. Una panoplia de gestos y decisiones que podemos englobar en el concepto de la *polemología del débil*, acuñado por Michel de Certeau.

Las estrategias de los humildes, de los derrotados, de los sometidos frente a un poder que parece omnímodo y omnipresente. Para reconocerlas, un esfuerzo inicial es el de pensar en espejo el principal objetivo del terrorismo de Estado, que fue el de la reestructuración de la sociedad argentina. Uno de los mecanismos privilegiados fue el confinamiento de cada uno de los ciudadanos en sus propios miedos y necesidades; como correlato, el corte, entonces de toda forma de lazo social. No ya ideológico-político, sino en situaciones extremas, las formas más elementales de la solidaridad. Pensado de esta manera, entonces, ocultar a alguien buscado por las fuerzas de seguridad, negarles información durante los rastrillajes en las villas a la caza de subversivos, guardar bolsos y valijas sin hacer preguntas, realizar trámites que le hubieran costado la vida al interesado, dejar volantes en el baño de una fábrica, o hacer una pintada son, también, formas de desobediencia. Pensemos en aquellos

directores de escuelas que albergaron a profesores “zurdos” echados de otras instituciones, y no elevaron los legajos como las autoridades les demandaban, en las maestras que siguieron enseñando como creían correcto y no “aprendieron a reconocer a su enemigo” (como rezaba la cartilla distribuida por el Ministerio de Educación), o pasaron olímpicamente por alto la precariedad de los documentos de algunos de sus alumnetos. Recordemos a una profesora de Latín, Marta Royo, en el Colegio Nacional de Buenos Aires, que hacía valer su condición de profesora para que no retiraran a un alumno de la clase rumbo a los tristemente célebres interrogatorios. Gestos cotidianos, más o menos grandes, pero que marcaron enormes diferencias. Que demandaron a quienes los protagonizaron ir contra la corriente, sostener las convicciones y vencer el miedo, el más eficaz disciplinador.

¿Qué sucede, además, cuando el sentido común de las mayorías acompaña una medida de la dictadura militar? Cobra entonces relevancia el gesto inicialmente anónimo de Carlos Brocato, que distribuyó en los días de la guerra de Malvinas un documento llamado “¿La verdad o la mística nacional?”, en el que llamaba a la

paz y criticaba a la dictadura asesina, que sorprende por su claridad y su valentía casi cuarenta años después.

Difícil, sin duda, resistir la presión de grupo en un contexto en el que además, la patria estaba de por medio mientras muchos hijos del pueblo morían en el sur. Pienso, para finalizar, en un testimonio que recogí hace años para el archivo de Memoria Abierta en el que una dirigente del Serpaj (Servicio de Paz y Justicia) me manifestó que se había opuesto a la guerra, y que su forma de demostrarlo durante todo el conflicto fue, en cada ocasión de las muchas en las que en las escuelas y en las reparticiones públicas se entonaba el himno nacional, alterar el estribillo épico y cantar: “O juremos con gloria vivir”. Recuerdo lo extraño que me sonó la idea cuando la escuché, hacia 2001. Lo disruptora que fue la escena para mi propia memoria de la guerra. Toda mi educación puesta en crisis por algo tan simple como poner en duda esa idea aprendida desde pequeño. Pienso en el enorme gesto que habrá significado en aquel entonces, cuando el triunfalismo reinaba, pero además cuando la vida y la muerte eran una realidad, una amenaza, una probabilidad. Entonces la perplejidad dio paso al respeto y a la voluntad de emulación.



Federico Lorenz (1970)

Investigador, historiador y novelista argentino, y desde 2016, director del Museo Malvinas e Islas del Atlántico Sur. Se ha especializado en la historia reciente de nuestro país, fundamentalmente en los años de la última dictadura y ha publicado numerosos libros sobre la materia, entre ellos: *Algo parecido a la felicidad. Una historia de la lucha de la clase trabajadora durante la década del setenta (1973-1978)* (2013), *Todo lo que necesitás saber sobre Malvinas* (2014) y las novelas *Montoneros o la ballena blanca* (2012) y *Los muertos de nuestras guerras* (2013).

Crónica de una indignación

Rogelio García Lupo

Durante los años de la guerra de Malvinas, Rogelio García Lupo trabajó como corresponsal del diario El Nacional de Caracas en el Cono Sur. Así fue que Pajarito, como solían llamarlo los más cercanos, escribió esta crónica de un acto en el que oficiales de alto rango militar fueron duramente repudiados e insultados por parte de familiares de ex combatientes. Que dicho suceso no haya sido cubierto por ningún medio de la Argentina hace de este artículo una pieza de gran interés. Forma parte, junto con el resto de su obra periodística, de las noventa y ocho cajas de archivos donadas a la Biblioteca Nacional que componen el Fondo Rogelio García Lupo.

MIÉRCOLES 8 DE DICIEMBRE DE 1982

PROTESTA POR LA GUERRA DE LAS MALVINAS

Violento tumulto en Buenos Aires contra los altos mandos militares

El hecho constituye el acto de insubordinación en masa más agresivo que se recuerda en el país.

BUENOS AIRES, 7 (Corresponsal)

El comandante en jefe del ejército, general Cristino Nicolaidis, ordenó una investigación sobre responsabilidades en el tumulto protagonizado por más de cinco mil personas que el sábado 4 recibieron a altos mandos militares coreando “hijos de p...” desde las tribunas de un estadio de fútbol.

La reunión fue organizada por el cuerpo 1 del ejército para tributar homenaje a dos mil combatientes de la décima brigada de infantería que habían luchado en las islas Malvinas. Los ex combatientes fueron congregados en el campo de juego del club Gimnasia y Esgrima de la ciudad de La Plata, a 60 kilómetros de esta capital. En las tribunas se reunieron unas tres mil personas, en su mayoría familiares de los soldados. En dos proscenios especiales fueron ubicados padres de soldados muertos en la guerra y mutilados.

El acto, que estaba previsto dentro del ritual tradicional de las concentraciones militares, comenzó con una silbatina al presentarse el general Juan Carlos Trimarco, jefe del primer cuerpo del ejército, acompañado por el general Alberto Schollaert, jefe

de la brigada a la que se rendía homenaje. Pero la situación quedó por completo fuera de control al comenzar la distribución de las medallas y diplomas a los padres de soldados muertos. La primera en recibirlo, una madre de condición humilde, rompió a llorar y fue retirada por un asistente. La segunda, de extremada palidez, se desmayó. El tercero, un padre, se negó a recibir los galardones. “Yo no recibo nada del ejército —exclamó— mientras no me devuelvan el cuerpo de mi hijo”. Y se retiró con las manos vacías.

A partir de ese momento, los cánticos antimilitaristas fueron creciendo y extendiéndose a las tribunas. Algunas docenas de oficiales pretendieron imponer orden, pero fueron desobedecidos abiertamente. Varios soldados golpearon con los puños a los oficiales y suboficiales, hasta que uno apuntó con su arma a uno de los amotinados que, a pesar de la amenaza, continuó insultándolo. Una orden para que los ex combatientes volvieran a ordenarse en filas fue contestada con gestos de protesta y varios cientos se arrojaron al suelo, mientras arremedaba la gritería.

En un momento dado, unos dos mil jóvenes agitaban los diplomas que acababan de recibir y repetían la consigna “se va a acabar la dictadura militar” y “paredón, paredón, a los milicos que vendieron la nación”. Finalmente, quebraron un sector del vallado del estadio y salieron vociferando del lugar, seguidos por sus familiares, mientras se iniciaba el desfile de los efectivos ante las tribunas vacías.

EL NACIONAL

Cuerpo A

MIÉRCOLES 8 DE DICIEMBRE DE 1982

PROTESTA POR LA GUERRA DE LAS MALVINAS

Violento tumulto en Buenos Aires contra los altos mandos militares

■ El hecho constituye el acto de insubordinación en masa más agresivo que se recuerda en el país

BUENOS AIRES, 7 (Corresponsal)

El comandante en jefe del ejército, general Cristino Nicolaides, ordenó una investigación sobre responsabilidades en el tumulto protagonizado por más de cinco mil personas que el sábado 4 recibieron a altos mandos militares coronado "hijos de p..." desde las tribunas de un estadio de fútbol.

La reunión fue organizada por el cuerpo 1 del ejército para tributar homenaje a dos mil combatientes de la décima brigada de infantería que habían luchado en las islas Malvinas. Los ex combatientes fueron congregados en el campo de juego del club Gimnasia y Esgrima de la ciudad de La Plata, a 60 kilómetros de esta capital. En las tribunas se reunieron unas tres mil personas, en su mayoría familiares de los soldados. En dos proscenios especiales fueron ubicados padres de soldados muertos en la guerra, y mutilados.

El acto, que estaba previsto dentro del ritual tradicional de las concentraciones militares, comenzó con una silbatina al presentarse el general Juan Carlos Trimarco, jefe del primer cuerpo de ejército, acompañado por el general Alberto Schollaert, jefe de la brigada a la que se rendía homenaje. Pero la situación quedó por completo fuera de control al comenzar la distribución de las medallas y diplomas a los padres de soldados muertos. La primera en recibirlo, una madre de condición humilde, rompió a llorar y fue retirada por un asistente. La segunda, de extremada palidez, se desmayó. El tercero, un padre, se negó a recibir los galardones. "Yo no recibo nada del ejército -exclamó- mientras no me devuelvan el cuerpo de mi hijo". Y se retiró con las manos vacías.

A partir de ese momento, los cánticos antimilitaristas fueron creciendo y extendiéndose a las tribunas. Algunas docenas de oficiales pretendieron imponer orden, pero fueron desobedecidos abiertamente. Varios soldados golpearon con los puños a los oficiales y suboficiales, hasta que uno apuntó con su arma a uno de los amotinados que, a pesar de la amenaza, continuó insultándolo. Una orden para que los ex combatientes volvieran a ordenarse en filas fue contestada con gestos de protesta y varios cientos se arrojaron al

suelo, mientras arrojaba la gritería.

En un momento dado, uno dos mil jóvenes agitaban los diplomas que acababan de recibir y repetían la consigna "se va a acabar la dictadura militar" y "paredón, paredón, a los milicos que vendieron la nación". Finalmente, quebraron un sector del vallado del estadio y salieron vociferando del lugar, seguidos por sus familiares, mientras se iniciaba el desfile de los efectivos ante las tribunas vacías.

La crónica procura describir la temperatura actual del país y, sobre todo, la desigual sensibilidad de los militares, profesionales y del resto de la sociedad, incluidos los ex soldados, para colocarse ante las consecuencias de la guerra perdida. Los militares evidentemente consideraron que podían mantener bajo control a una multitud de jóvenes de dieciocho años sobre quienes ejercieron las formas clásicas de la disciplina. Pero se equivocaron y dieron paso al acto de insubordinación en masa más violento que se recuerda en la Argentina.

Los militares parecen estar despertando sin ganas de un sueño de grandezas cuya última ilusión fue la guerra del Atlántico Sur.

Uno de los voceros de los altos mandos, el general Antonio Bussi, admitió la semana pasada que "hemos visto frustrarse muchas esperanzas, esfumarse muchas promesas y cometerse muchos errores". Dijo que "los cometimos más por confiar en el saber de supuestos entendidos que por soberbia, más por proceder de buena fe, tras impulsos bien intencionados, que por ambición". Sin embargo, la sociedad encuentra difícil aceptar la autoindulgencia de los militares, que insiste en llamar a la derrota de las Malvinas "revés transitorio", mencionando como "gloriosa victoria" la represión interna de los últimos seis años.

La resistencia a ver la realidad tal como es parece estar en la base de los grandes desacuerdos actuales y, lo que es aún peor, en los del futuro. Esta resistencia puede explicar que se organice un desfile marcial, y propio de una victoria, con los abatidos soldados a quienes aún nadie ha explicado las causas de la guerra y menos las de la derrota.

por el liderazgo. El actual presidente de la Unión Industrial de la fuerza política argentina, que ubican a su partido en el fin pronunciarse por la lucha de

sería ideal que radicales y mos alternando en el gobierno y as "no debemos ceder el espacio os".

acción adjudicó hoy a Contín la "los partidos políticos puedan a la zaga de las iniciativas do a la respuesta obtenida en el dirigentes sindicales

LA ONU

Inidadas las delegaciones de Italia hoy un áspero diálogo en torno en el país sudamericano, la Tercera Comisión de las estudio la situación de los a diversas naciones.

is deliberaciones, el delegado jo que en numerosas ocasiones s había pedido información por arecidos en la Argentina. le miles de personas, s disidentes y a personas que na clase de actividad política, fortunadamente común en Cuccioni.º

prohibida manifestación, ilio el viernes a Brasil pocas detenidos.

terior informó que Edelmiro de Dios Alvarez Avalos, anueva, Sergio Mascilla Marin ine fueron confinados por el es meses a localidades del

IRLANDA DEL NORTE

Bomba desmoronó discoteca

La crónica procura describir la temperatura actual del país y, sobre todo, la desigual sensibilidad de los militares profesionales y del resto de la sociedad, incluidos los ex soldados, para colocarse ante las consecuencias de la guerra perdida. Los militares evidentemente consideraron que podían mantener bajo control a una multitud de jóvenes de dieciocho años sobre quienes ejercieron las formas clásicas de la disciplina. Pero se equivocaron y dieron paso al acto de insubordinación en masa más violento que se recuerda en la Argentina. Los militares parecen estar despertando sin ganas de un sueño de grandezas cuya última ilusión fue la guerra del Atlántico Sur. Uno de los voceros de los altos mandos, el general Antonio Bussi, admitió la semana pasada que “hemos visto frustrarse muchas esperanzas, esfumarse muchas promesas y

cometerse muchos errores”. Dijo que “los cometimos más por confiar en el saber de supuestos entendidos que por soberbia, más por proceder de buena fe, tras impulsos bien intencionados, que por ambición”. Sin embargo, la sociedad encuentra difícil aceptar la autoindulgencia de los militares, que insisten en llamar a la derrota de las Malvinas “revés transitorio”, mencionando como “gloriosa victoria” la represión interna de los últimos seis años. La resistencia a ver la realidad tal como es parece estar en la base de los grandes desacuerdos actuales y, lo que es aún peor, en los del futuro. Esta resistencia puede explicar que se organizara un desfile marcial, y propio de una victoria, con los abatidos soldados a quienes aún nadie ha explicado las causas de la guerra y menos las de la derrota.



Rogelio García Lupo (1931-2016)

Periodista de investigación e historiador argentino. Fundó en 1959, junto con Rodolfo Walsh, Gabriel García Márquez y Jorge Masetti la agencia Prensa Latina. Actor clave del periodismo argentino, participó en el armado del semanario de la CGT, colaboró en las revistas *¿Qué Sucedió en Siete Días?* y *Primera Plana* y colaboró con Walsh en la investigación del caso Satanowsky. En 2012, donó su archivo personal a la Biblioteca Nacional.



Antígona furiosa

Griselda Gambaro

La protagonista del drama que Sófocles escribió durante el apogeo político y cultural de Atenas ha logrado un lugar de privilegio entre el resto de las tragedias griegas desde la Revolución francesa. Joven y mujer, símbolo de la resistencia a la arbitrariedad del poder y encarnación del núcleo trágico de la política, Antígona ha sido objeto de profundas reflexiones filosóficas durante el siglo XIX; su historia ha sido escrita y reescrita como voz de los grandes dilemas civiles del último siglo. La historia de la hija de Edipo y Yocasta cobrará su más descarnado dramatismo local a partir de la reversión que presenta Griselda Gambaro en 1986. La justicia, las leyes, la memoria, la resistencia y la subversión se desatan en la boca de esta Antígona furiosa con toda la potencia que la época reclama.

página
144

La batalla. Irrumpe entrechocar metálico de espadas, piafar de caballos, gritos y ayes imprecisos. Antígona se aparta. Mira desde el palacio. Cae al suelo, golpean sus piernas, de un lado y de otro, con un ritmo que se acrecienta al paroxismo, como si padeciera la batalla en carne propia.

ANTÍGONA.— (Grita) ¡Eteocles, Polinices, mis hermanos, mis hermanos!

CORIFEO.— (Se acerca) ¿Qué pretende esta loca? ¿Criar pena sobre pena?

ANTINOO.— Enterrar a Polinices pretende, ¡en una mañana tan hermosa!

CORIFEO.— Dicen que Eteocles y Polinices debían repartirse el mando un año cada uno. Pero el poder tiene un sabor dulce. Se pega como miel a la mosca. Eteocles no quiso compartirlo.

ANTINOO.— Otro se hubiera conformado. ¡No Polinices!

CORIFEO.— Atacó la ciudad por siete puertas y cayó vencido ¡en las siete! (Ríe) Y después enfrentó a su hermano Eteocles.

ANTÍGONA.— ¡Se dieron muerte con las espadas! ¡Eteocles, Polinices! ¡Mis hermanos, mis hermanos!

CORIFEO.— (Vuelve a la mesa) Siempre las riñas, los combates y la sangre. Y la loca esa que debiera estar ahorcada. Recordar muertes es como batir agua en el mortero: no aprovecha. Mozo, ¡otro café!

ANTINOO.— (Tímido) No hace mucho que pasó.

CORIFEO.— (Feroz) Pasó. ¡Y a otra cosa!

ANTINOO.— ¿Por qué no celebramos?

CORIFEO.— (Oscuro) ¿Qué hay para celebrar?

ANTINOO.— (Se ilumina, tonto) ¡Que la paz haya vuelto!

CORIFEO.— (Ríe) ¡Celebremos! ¿Con qué?

ANTINOO.— Con... ¿vino?

CORIFEO.— ¡Sí, con mucho vino! ¡Y no café! (Remeda) ¿Qué es ese líquido oscuro? ¡Veneno! (Ríe. Jadea paródicamente estertoroso. Después, Antinoo lo acompaña)

Antígona camina entre sus muertos, en una extraña marcha donde cae y se incorpora, cae y se incorpora.

ANTÍGONA.— ¡Cadáveres! ¡Cadáveres! ¡Piso muertos! ¡Me rodean los muertos! Me acarician... me abrazan. Me piden... ¿Qué?

CORIFEO.— (Avanza) Creonte. Creonte usa la ley. Creonte.

Creonte usa la ley en lo tocante

Creonte usa la ley en lo tocante a los muertos

Creonte

y a los vivos.

La misma ley.

Creonte no permitirá enterrar a Polinices

que quiso quemar a sangre y fuego

Sangre y fuego la tierra de sus padres. Su

cuerpo servirá de pasto

Pasto a perros y aves de rapiña. Creonte

Creonte

Su ley dice:

Eteocles será honrado

Y Polinices

festín de perros. Podredumbre y pasto.

Que nadie gire —se atreva— gire gire como loca dando vueltas frente al cadáver insepulto insepulto insepulto

(Vuelve a su lugar, se sienta) Nadie hay tan loco que desee morir. Ese será el salario.

ANTÍGONA.— Mi madre se acostó con mi padre, que había nacido de su vientre, y así nos engendró. Y en esta cadena de los vivos y los muertos, yo pagaré sus culpas. Y la mía. Ahí está. Polinices. Polinices, mi hermano más querido. Creonte no quiere para él sepultura, lamentos, llantos. Ignominia solamente. Bocado para las aves de rapiña.

CORIFEO.— Quien desafíe a Creonte, morirá.

ANTÍGONA.— ¿Me ves, Creonte? ¡Lloro! ¿Me oís, Creonte? *(Profundo lamento, salvaje y gutural)*

CORIFEO.— ¡No oí nada! ¡No oí nada! *(Canta tartamudeando, pero con un fondo de burla)* No hay... lamentos ba-ba-bajo el cielo, ¡ta-ta-tan sereno!

ANTINOO.— ¡Prohibido! *(Sacude al Corifeo)* ¿No es verdad que está prohibido?

ANTÍGONA.— ¿Para quién? ¡Para quienes mueven la cola como perros! ¡No para mí! ¿Me ves, Creonte? Yo lo sepultaré, ¡con estos brazos, con estas manos! ¡Polinices! *(Largo alarido silencioso al descubrir el cadáver de Polinices, que es solo un sudario)*

Antígona se arroja sobre él, lo cubre con su propio cuerpo de la cabeza a los pies.

ANTÍGONA.— Oh, Polinices, hermano. Hermano. Hermano. Yo seré tu aliento.



Antígona Furiosa. Dirección de Laura Yusem. Septiembre de 1986.

(Jadea como si quisiera revivirlo) Tu boca, tus piernas, tus pies. Te cubriré. Te cubriré.

CORIFEO.— ¡Prohibido!

ANTÍGONA.— Creonte lo prohibió. Creon te te creo te creo Creon te que me matarás.

CORIFEO.— Ese será el salario.

ANTÍGONA.— Hermano, hermano. Yo seré tu cuerpo, tu ataúd, tu tierra.

CORIFEO.— ¡La ley de Creonte lo prohíbe!

ANTÍGONA.— No fue Dios quien la dictó ni la justicia. *(Ríe)* ¡Los vivos son la gran sepultura de los muertos! ¡Esto no lo sabe Creonte! ¡Ni su ley!

CORIFEO.— *(Dulcemente)* Como si lo supiera.

ANTINOO.— *(Id.)* ¿Qué?

CORIFEO.— Salvo a Polinices, a quien redobla su muerte, Creonte solo a los vivos mata.

ANTINOO.— ¡Corre las sepulturas! *(Ríe)* De uno a otro.

CORIFEO.— Sabiamente. En cadena.

ANTÍGONA.— También se encadena la memoria. Esto no lo sabe Creonte ni su ley. Polinices, seré césped y piedra. No te tocarán los perros ni las aves de rapiña. *(Con un gesto maternal)* Limpiaré tu cuerpo, te peinaré. *(Lo hace)* Lloraré, Polinices... Lloraré... ¡Malditos!

Ceremonia, escarba la tierra con las uñas, arroja polvo seco sobre el cadáver, se extiende sobre él. Se incorpora y golpea, rítmicamente, una contra otra, dos grandes piedras, cuyo sonido marca una danza fúnebre.

CORIFEO.— Le rinde honores. Mejor no ver actos que no deben hacerse. *(Apartan la mesa)*

ANTINOO.— *(Espionando)* No llegó a enterarlo. La tierra era demasiado dura.

CORIFEO.— Ahí la sorprendieron los guardias. Despreciable es quien tiene en mayor estima a un ser querido que a su propia patria.

ANTINOO.— ¡Exacto!

CORIFEO.— *(Dulcemente)* Niña, ¿cómo no lo pensaste? *(Corre hacia la carcasa de Creonte)*

ANTINOO.— *(Se inclina, exagerado y paródico)* ¡El rey! ¡El rey!

CORIFEO.— Ese soy. Mío es el trono y el poder.

ANTINOO.— Te arreglará las cuentas, Antígona. *(Un ademán para que avance)*

CORIFEO.— Eh, la que se humilla, la que gime, la que padece el miedo y tiembla.

ANTÍGONA.— *(Avanza serenamente)* Temor y temblor, temor y temblor.

CORIFEO.— Hiciste lo que prohibí.

ANTÍGONA.— Reconozco haberlo hecho y no lo niego.

ANTINOO.— *(Asustado)* ¡No lo niega!

CORIFEO.— Transgrediste la ley.

ANTÍGONA.— No fue Dios quien la dictó ni la justicia.

[...]

CORIFEO.— Ella sería hombre y no yo si la dejara impune. Ni ella ni su hermana escapan a la muerte más terrible.

ANTÍGONA.— *(Palidece)* ¿Ismena? ¿Por qué Ismena?

ANTINOO.— Sí. ¿Por qué Ismena?

CORIFEO.— *(Sale de su carcasa, apurado para retomar su papel)* ¿Por qué?

ANTÍGONA.— Ella no quiso ayudarme. Tuvo miedo.

CORIFEO.— ¿Y cómo no iba a tener miedo? Es apenas una niña. ¡Tan tierna!

ANTÍGONA.— Delante de Creonte yo también tuve miedo. [...] Pero él no lo supo. Señor, mi rey, ¡tengo miedo! Me doblo con esta carga innoble que se llama miedo. No me castigues con la muerte. Dejame casar con Hemón, tu hijo, conocer los placeres de la boda y la maternidad. Quiero ver crecer a mis hijos, envejecer lentamente. ¡Tengo miedo! *(Se llama con un grito, trayéndose al orgullo)* ¡Antígona! *(Se incorpora, erguida y desafiante)* ¡Yo lo hice! ¡Yo lo hice!

CORIFEO.— ¡Loca!

ANTÍGONA.— Me llamó Creonte, ese loco de atar que cree que la muerte tiene odios pequeños. Cree que la ley es ley porque sale de su boca.

CORIFEO.— Quién es más fuerte, manda. ¡Esa es la ley!

ANTINOO.— ¡Las mujeres no luchan contra los hombres!

ANTÍGONA.— Porque soy mujer, nací para compartir el amor y no el odio.

ANTINOO.— A veces te olvidás.

CORIFEO.— ¡Lo escuchamos! ¡Y qué bien sonaba! Nací, para compartir el amor, ¡y no el odio!

ANTÍGONA.— Se lo dije a Creonte, que lleva siempre su odio acompañado porque nunca viene solo. El odio.

CORIFEO.— La cólera. La injusticia.

ANTÍGONA.— Yo mando.

CORIFEO.— No habrá de mandarme una mujer.

ANTÍGONA.— Y ya estaba mandado, humillado. Rebajado por su propia omnipotencia.

ANTINOO.— Yo no diría rebajado.

CORIFEO.— (*Lo remeda, sangriento*) ¡No diría, no diría! Yo tampoco. Ismena fue más sagaz.

ANTÍGONA.— No quiso ayudarme. Tuvo miedo. Y con miedo, como culpable, Creonte la obligó a presentarse ante él. Polinices clama por la tierra. Tierra piden los muertos y no agua o escarnio. (*Gime como Ismena*) No llores, Ismena. No querés ayudarme. “¡Ssssss! Silencio, que nadie se entere de tu propósito. Será lapidado quien toque el cadáver de Polinices. Pido perdón a los muertos. Prestaré obediencia”. ¿A quién, Ismena? ¿A Creonte, el verdugo?

CORIFEO.— Verdugo. Dijo verdugo.

LOS DOS.— Cuando se alude al poder / la sangre empieza a correr.



Griselda Gambaro (1928)

Escritora argentina, autora de novelas, obras teatrales, cuentos y novelas para niños y textos periodísticos. Nació en el barrio de Barracas y tras la publicación de algunas novelas y libros de cuentos comenzó pronto a profundizar en la dramaturgia, género que le permitió indagar sobre la condición humana, la justicia y las instituciones. Su novela *Ganarse la muerte* fue prohibida durante la última dictadura y obligó a su autora a exiliarse en Barcelona entre 1977 y 1980. Entre sus publicaciones más destacadas, pueden mencionarse *El desatino* (1965), *Después del día de fiesta* (1994) y las recopilaciones de sus numerosos trabajos dramáticos entre los que se encuentran piezas reconocidas como *La malasangre*, *Decir sí* y *Antígona furiosa*.

Antígona

Salvador Espriu

Las Antígonas de Anouilh y de Brecht fueron los desgarrados gritos de la resistencia antifascista europea. Pero, previa a estas dos relecturas, hoy ya clásicas, existió una versión no muy conocida en la pluma del poeta y dramaturgo catalán Salvador Espriu. Escrita por primera vez en 1939, un mes antes de la entrada de las tropas franquistas a Barcelona, la acción de esta obra no comienza con la muerte de Eteocles y Polinices, sino que asume como tema principal la guerra fratricida: el enfrentamiento de dos facciones hermanas, vencedores y vencidos, y todo un pueblo como víctima. Presentamos aquí una traducción inédita (no existe aún publicación en castellano) del comienzo de la obra, junto con el prólogo que escribió su autor para la reedición y reescritura de 1947.

página
148

Prefacio de 1947

Quando mis personajes comenzaron a hablar, una noche de marzo, hace más de ocho años, con la corrección que sus nombres griegos imponía, no había llegado todavía a nuestra provincia —y no recuerdo siquiera si ya había sido escrita— la famosa Antígona de Anouilh. Leí mi obra, luego de terminada, a unos cuantos amigos, entre ellos a mi padre, que ya está muerto, a Palau Fabre, que ahora está en París, a Josep Cruset, que también está afuera, por los campos de Andalucía, y al querido Enric Bagué, que no se ha movido de aquí. Después la tuve que encerrar en un cajón —porque todos hemos aprendido que es el sitio donde estas cosas pueden madurar mejor—, en medio de otros cautivos, una buena parte más bien bárbaros, ante la insignificancia de los cuales no procedería la purificación de un bautismo helénico. Ahora que me entero por papers y revistas de un nuevo y nobilísimo entusiasmo por las lenguas muertas, trato de sacar a la luz mi ejercicio, siempre de justificación difícil, como otros análogos, después de Sófocles, y quizás del todo inoportuno después de Anouilh. Pero es comprensible que intente airear mi cajón, tras un tiempo tan generoso de cuarentena, y que los pálidos personajes salgan a tomar un poco el sol.

El posible lector advertirá enseguida que ellos y yo aman a Tebas, la fuente Dirce, el río Ismenos, el cielo azul. Sí, aman Tebas, tal cual como es, con Eteocles y Polinices y la

memoria de las altivas dinastías y la discordia perdurable de las pasiones de uno y del otro príncipe. Aman la ciudad de los beocios y quieren que siga eterna, a pesar de los presentimientos de Tiresias, que mueve la cabeza pesaroso y nos anuncia que será destruida. Pero él es ciego y, aunque experto en el grito y el presagio de los pájaros, ignora la claridad de las estrellas. Comprendemos, tan bien como el adivino, que hay que sepultar y perdonar, que hay que tratar de cumplir la ley moral, esa llamita débil, vacilante, sin embargo inextinguible. Nunca cejaríamos en mostrar el sacrificio de la princesa, la lección de su alto ejemplo. Para que, criminosa como es, estulta, turbulenta y rica de malas riquezas, Tebas no sea, en castigo, destruida. Porque allí está la fuente, el cielo, el río de todos y los pobres beocios que no tienen culpa ninguna.

Yo soy de una vieja y cansada raza que ha peregrinado y escuchado. Antiguos señores mendigos, saben algunos de mi sangre cómo es de bueno reposar y acogerse a la sombra de los pórticos de Tebas. ¡Extranjeros! Después del desierto y de la sed, una mano te acerca una concha llena del agua de la ciudad. Y no preguntes, al beber, si has de agradecer el beneficio al servidor de Eteocles o al partidario del promotor de batallas. Solo deseas quedarte y borrar con sueños la fatiga del camino.

Y por favor, aunque te desveles por conversar, en horas bajas, con Ismene, la dulce Eurídice y aquellas dos nodrizas, rivales de Yocasta en el amor de Edipo, no te avengas a otorgarle

crédito a una erudición mordaz. Se acercará Creonte, con sus consejeros, y preferirá de vez en cuando una sentencia justa. Conseguida la corona con tantos esfuerzos, con tantos consejos perversos, te encuentras al fin, desengañado, Creonte, apurándote a hacer, desde el trono mágico, un bien ya inútil. Tu ley condena a la princesa, mata a tu hijo Hemón, hundirá —lo dice Tiresias— a Tebas. Y tú no anhelas ahora sino lo que conviene a los súbditos, eres bien intencionado, quieres la paz y el olvido de los odios. Todo, todo, excepto consentir enterrar a Polinices —escéptico como eres, sin amor por la gloria de Eteocles—, simplemente porque te contemplas heredero presa de tu consejo y presides una peligrosísima verdad oficial. Muros del palacio de los labdácidas, nieblas de la caída de la tarde. Antígona ha marchado al suplicio, acompañada de Eumolpo, el jorobado que quizás conoce y practica los ritos misteriosos de mi pueblo. Los dedos de la princesa eran demasiado delicados para el polvo, tan áspera, y es verosímil creer que alguien la ayudó en su piedad. ¿Nos lo contaron Apolodoro y Pausanias, lo oímos al rondar por las calles y la plaza de Tebas? En cualquier caso, partieron juntos, a su destino, el esclavo y la dama. Y la tristeza avanza, con la tiniebla, casas y palacio adentro, mientras nosotros, temerosos de los vaticinios de Tiresias, rogamos al dios secreto de nuestro culto, antes de dormir de nuevo, y quien sabe si por siempre, por la vida y la grandeza de la ciudad.

Barcelona, 23-IV-1947
Revisado el 14-I-1964 y el 30-IX-1967

PRIMERA PARTE

Interior del palacio de los reyes de Tebas. Hablan Eurídice, Eurigania, Astimedusa y Eumolpo.

ASTIMEDUSA.— Dicen que Antígona ha visitado a su hermano pequeño a punto de terminar la lucha.

EUMOLPO.— No sé si es verdad.

EURIGANIA.— Han caído muchos guerreros. En Tebas no quedan sino madres y viejos. Ahora nos destruirán del todo.

ASTIMEDUSA.— ¡Vaya palabras! Los dioses aman a nuestra ciudad y quieren que sea eterna.

EUMOLPO.— Pero un dios nos es adverso desde hace años.

EURÍDICE.— Su odio no durará siempre.

EURIGANIA.— No obtendremos su perdón. Veo llegar la ruina de la ciudad.

ASTIMEDUSA.— Hablas tenebrosamente. Dices oscuras palabras.

EURÍDICE.— Ha perdido los hijos en la guerra.

(Eurigania llora)

ASTIMEDUSA.— Pero los míos y los tuyos viven. ¡Y son tan jóvenes! No es tarde para salvarnos.

EURIGANIA.— Sí, también lloraréis por vuestros hijos. Nada detendrá la ira y el poder del enemigo.

EURÍDICE.— A tus ojos la ciudad está muerta, lo comprendo. Tu desesperación desea el mal que ha de venir.

ASTIMEDUSA.— El destino puede cambiar.

EUMOLPO.— No hagas mucho caso de las predicciones. El adivino no siempre acierta.

ASTIMEDUSA.— Te ríes de todos. Los dioses pueden castigarte.

EUMOLPO.— ¿Todavía más? ¿Acaso no me has mirado?

ASTIMEDUSA.— Recuerda que hablas delante de una princesa.

EUMOLPO.— Lo recuerda suficiente mi espalda. Mi lengua tiene menos memoria, sobre todo cuando estoy distraído como ahora.

EURÍDICE.— Eres rápido para responder. Te he de perdonar porque me haces reír.

EUMOLPO.— Desearía no llorar tan seguido.

EURÍDICE.— Desea que nos liberemos de este extremo peligro.

ASTIMEDUSA.— La suerte puede cambiar. No hay solamente viejos y mujeres en la ciudad. No nos faltará coraje para defenderla.

EURÍDICE.— El consejo de mi marido está con vosotros, nos protege el valor del rey.

EUMOLPO.— Las horas son graves, pero el adivino advirtió que esperar el supremo ataque de las fuerzas enemigas podría ser el fin.

ASTIMEDUSA.— Insensata guerra que nos traes tanta destrucción, insensata pelea entre hermanos.

EUMOLPO.— Nuestra ciudad guerreó largamente y sin prudencia. ¿Olvidaréis las generaciones perdidas en luchas interminables como de hormigueros? Tebas es solo un pueblo de campesinos estúpidos.

EURÍDICE.— Juzgas como si te consideraras a ti mismo un habitante de algún otro lugar más inteligente.

EUMOLPO.— Soy un esclavo jorobado. Puedo contemplar los hechos sin pasión.

ASTIMEDUSA.— No tienes nada que perder, nadie pensará en hacerte daño. Si caes prisionero, divertirás a los nuevos señores y serás bien tratado. Podrás presenciar con frialdad la desgracia que nos llegue.

EURIGANIA.— La espada del enemigo herirá a los defensores, las llamas quemarán la ciudad, seremos esparcidas y vendidas en mercados lejanos.

EURÍDICE.— Calla.

EURIGANIA.— Mis hijos han muerto y los vuestros también morirán. Las bocas extranjeras profanarán la fuente sagrada. Nuestra grandeza pasará.

EURÍDICE.— Calla, te lo mando.

ASTIMEDUSA.— El dios habla hostilmente a través sus labios. ¡Ay, nuestra sangre! ¡Ay, si Antígona no logró convencer a Polinices!

Entra Eteocles.

ETEOCLES.— ¿Por qué gritas? ¿Por qué siempre tienes que llorar a gritos?

ASTIMEDUSA.— Por los labios de Eurigania un dios nos anuncia desgracias.

ETEOCLES.— Si llegan, las soportaremos con coraje.

EURIGANIA.— ¡Ay, de vuestra casa!

EURÍDICE.— No escuches los lamentos de esta mujer, príncipe. Está enloquecida por la muerte de sus hijos.

ETEOCLES.— Eran jóvenes y cayeron con honor. No los olvido.

EURIGANIA.— Se acerca la hora de su linaje. Los ruegos de Antígona no detendrán a Polinices.

ETEOCLES.— ¿Qué habla de Antígona?

EURÍDICE.— No hagas caso de esta mujer, no sabe lo que dice.

ETEOCLES.— ¿Qué habla de mi hermana? Respondedme.

EUMOLPO.— Cuentan que ha visitado a Polinices para que pare la lucha.

ETEOCLES.— La traición ronda siempre el poder (*A Astimedusa*) Busca a Antígona.

Sale Astimedusa.

EURÍDICE.— No castigues a tu hermana.

ETEOCLES.— Yo sé lo que me propongo.

EURÍDICE.— Recuerda que también es hermana de Polinices. Haya hecho lo que haya hecho, recuerda esto.

ETEOCLES.— Ahora no soy el hermano, sino el rey. Me debe fidelidad. Me había de obedecer.

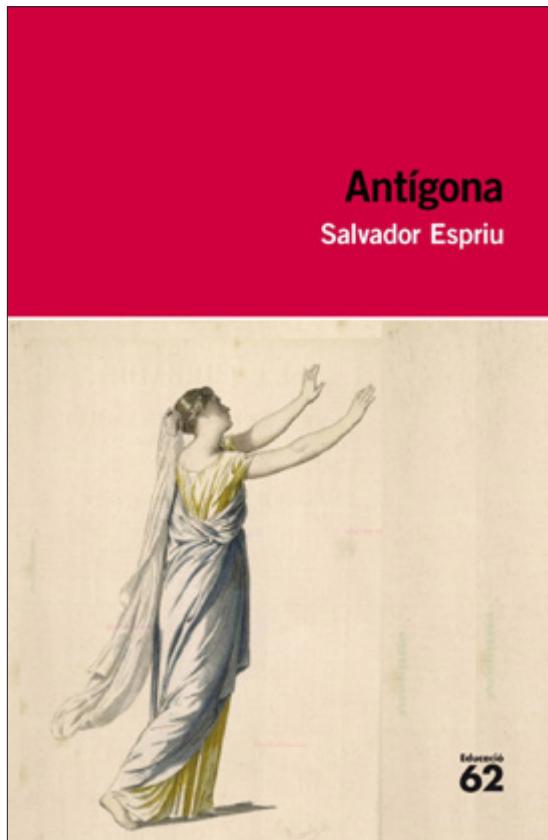
EUMOLPO.— Mira...

ETEOCLES.— Calla cuando los príncipes hablan.

EURÍDICE.— Si me quisieras escuchar...

Entra Antígona.

ETEOCLES.— No temas. Ahora salid. (*A Eumolpo*) Que Creonte venga aquí enseguida.



Eumolpo sale.

EURIGANIA.— (*Yéndose con Eurídice*) ¡Esta ciudad de discordias! Dos hermanos se disputaban la corona, hermanos de padre y madre. Y todos los nuestros murieron, debido a los que se disputaban la corona de la ciudad.

Las dos mujeres salen.

ETEOCLES.— Esta voz me hace estremecer.

ANTÍGONA.— Tiene razón. ¿Qué querías?

ETEOCLES.— ¿Has visto a Polinices?

ANTÍGONA.— Sí.

ETEOCLES.— Es un crimen contra la ciudad.

ANTÍGONA.— ¿Y qué es vuestra guerra?

ETEOCLES.— Has hablado con mi enemigo.

ANTÍGONA.— He hablado con mi hermano.

ETEOCLES.— Has pasado al campo contrario sin decirme nada.

ANTÍGONA.— Si te hubiera comunicado mi propósito, lo habrías impedido.

ETEOCLES.— ¡Sí! Ahora Tebas sabrá que la has traicionado.

ANTÍGONA.— ¡Qué grandes palabras! Sabrá que he intentado salvarla.

ETEOCLES.— Te has visto con Polinices. ¿Qué sé yo lo que le has revelado? Ya no me puedo fiar ni de ti. (*Se sienta, con un gran gesto de fatiga*)

ANTÍGONA.— Pobre pequeño hermano, rey de Tebas.

ETEOCLES.— Sí, soy rey, el único rey de Tebas. Y no quiero que me digas “pequeño hermano” con lástima. (*Transición*) ¡Qué cansado estoy!

ANTÍGONA.— Pequeño hermano. (*Se acerca sonriente y le pasa una mano por el cabello*) ¿Recuerdas?... Te llevaba a bañarte al río, yo, la hermana mayor, y siempre temía que, jugando, te ahogaras. Ya entonces te peleabas con Polinices.

ETEOCLES.— Él tenía la culpa. Tú lo querías más.

ANTÍGONA.— He querido a ambos igualmente.

ETEOCLES.— Prefieres a Polinices.

ANTÍGONA.— Era el pequeño, pero a ti madre te prefería. Él no lo podía soportar. Me daba pena.

Representación de *Antígona* de Salvador Espriu en Catalunya, 1958.



ETEOCLES.— Sí, madre me quería mucho. Tenía las manos largas, suaves... Hace años que está muerta.

ANTÍGONA.— Casi no la puedes recordar.

ETEOCLES.— Recuerdo, en cambio, demasiado bien a padre. Nos maldijo, él, cargado de crímenes.

ANTÍGONA.— Era un ciego sin paz. No fuisteis piadosos con él.

ETEOCLES.— No lo merecía. Lo recuerdo con horror.

ANTÍGONA.— Es que nunca lo viste llorar.

ETEOCLES.— Dijo que nos repartiéramos su herencia con la espada. Ahora hay que combatir hasta la muerte.

ANTÍGONA.— Os perdió la ambición. Os dominaba, a ti más que a Polinices.

ETEOCLES.— Me acusa y lo defiendes. Lo prefieres a él.

ANTÍGONA.— ¿No habíais de reinar un año el uno, un año el otro? ¿Has respetado el pacto?

ETEOCLES.— Si lo dices así, él tiene razón. Yo no deseaba todo el poder: mucha gente odia a Polinices. Mis partidarios y su injusticia me obligaban a actuar.

ANTÍGONA.— También él tiene partidarios en la ciudad.

ETEOCLES.— Por todas partes hay hombres enemigos de las leyes. Esos son sus partidarios.

ANTÍGONA.— Él piensa lo mismo de los tuyos. Habla igual, pero con palabras contrarias. No vendrá la paz.

ETEOCLES.— Vendrá si él se retira con el ejército enemigo. Yo no lo odio. Lo recibiría en privado y lo abrazaría: no lo veo desde hace tiempo. Jugamos juntos de pequeños. Yocasta fue también su madre. Pero yo no puedo, como príncipe, parlamentar ni pactar con el que viene contra Tebas si antes no se somete a mi poder.

ANTÍGONA.— Es inútil de suplicar a favor de la paz. La ciudad debe seguir su destino. Que no se cumpla lo que el viejo nos anunciaba.

Traducción del catalán de Diego Manso.



Salvador Espriu (1913-1985)

Poeta, dramaturgo y novelista catalán. Licenciado en Derecho e Historia Antigua, y con un marcado interés por la filología clásica, sus estudios, su producción literaria y vida intelectual se vieron largamente truncados por la guerra civil y el triunfo de las fuerzas franquistas. La obra de este autor, escrita en un idioma censurado durante años en el ámbito público (en 1977 fue cofundador de la Asociación de Escritores en Lengua Catalana), ha comprendido una gran variedad de géneros y temáticas, pero aparece recurrentemente la problemática de la guerra y la devastación, la división de España y la pesadumbre del mundo. Entre sus obras más conocidas se destacan *Ariadna al laberint grotesc* (1935), *Primera història d'Esther* (1948), *Cementiri de Sinera* y *La pell de brau* (1960).



Biblioteca Nacional
Mariano Moreno

— Diciembre 2017 —